

ANNE HOLT

LA DIOSA CIEGA



Los entresijos de la jefatura de Policía de Oslo por la maestra de la novela negra escandinava. Primera entrega de una nueva serie.

ePUB

La subinspectora Hanne Wilhelmsen, miembro de la jefatura de Policía de Oslo, se vuelca a diario en su lucha por destapar los ojos de esa diosa ciega que es la justicia. Wilhelmsen es una mujer moderna, competente y aguda, cuya aparente seguridad y distancia en el trato esconden una personalidad tan contradictoria como interesante. Junto a sus compañeros, Håkon Sand, Billy T. y Karen Borg, Wilhelmsen investiga una serie de crímenes en la capital noruega, a la vez lidia con los vaivenes de su vida personal. Y es que en su entorno, no sólo los criminales tienen algo que ocultar.

La diosa ciega pertenece a una serie de Anne Holt que se caracteriza por su minuciosa descripción de los entresijos de la justicia criminal, así como por abordar los pormenores del trabajo cotidiano de una jefatura de Policía. Anne Holt debe su dominio en este ámbito a sus años como asesora legal del cuerpo de Policía noruego.



eBooks con estilo

Anne Holt

La diosa ciega

Hanne Wilhelmsen - 1

ePUB v1.0

ebookofilo 11.07.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Blind gudinne*

Anne Holt, 1993.

Traducción: Mario Puertas y Cristina Gómez Baggethun

Editor original: Ebookofilo (v1.0)

ePub base v2.0

Estaba muerto. Definitivamente y más allá de cualquier duda. Se dio cuenta enseguida. Más tarde no supo explicar con exactitud aquella absoluta certeza. Tal vez fuera la forma en que yacía, con la cara enterrada en la hojarasca putrefacta del suelo y un excremento de perro pegado a la oreja.

La mujer giró suavemente el cuerpo. La cara había desaparecido. Era imposible distinguir lo que alguna vez había sido una persona, una identidad. El tórax era el de un hombre, atravesado por tres balazos. Se volvió rápidamente y sintió fuertes náuseas, sin más consecuencia que un sabor agridulce en la boca y un doloroso espasmo en el diafragma. El cadáver, al soltarlo, había vuelto a caer bocabajo. Se percató demasiado tarde de que había desplazado el cuerpo lo justo como para que la cabeza tocara los excrementos, que ahora se deshacían en el empapado pelo rubio oscuro. Cuando se dio cuenta, vomitó. Como un gesto desdeñoso de un vivo hacia un muerto, éste se vio rociado con masa estomacal de color tomate. Los guisantes sin digerir de la cena permanecieron sobre la espalda del muerto como venenosos puntitos verdes.

Karen Borg echó a correr. Llamó al perro y lo ató a la correa que siempre llevaba encima, aunque más por apariencia. El perro corrió exaltado a su lado hasta que se dio cuenta de que su ama sollozaba, luego contribuyó al coro fúnebre con angustiados aullidos y gemidos.

Corrieron, corrieron y corrieron.

Lunes, 28 de septiembre

Con miradas retrospectivas

La jefatura de Policía de Oslo, calle Grønland, número 44. Una dirección sin historia; no como la de la calle Møller número 19, y lejos de Victoria Terrasse. Calle Grønland, 44, sonaba a cansino, gris y moderno, con un regusto a ineptitud pública y conflictos internos. Grande y ligeramente inclinada, como si no hubiese podido aguantar las ráfagas de viento, la comisaría estaba encajonada entre la capilla y la cárcel. A sus espaldas, una asolada aglomeración de casitas se extendía sobre la loma Enerhaugen y, por delante, sólo un enorme césped la protegía del barrio con más tráfico y más contaminado de la ciudad. La entrada, que era escueta, poco acogedora y demasiado pequeña en relación con la fachada de doscientos metros de largo, estaba constreñida y de través, casi escondida, como para dificultar el acceso e imposibilitar la huida.

A las nueve y media de la mañana del lunes, la abogada Karen Borg llegó a pie y subió la cuesta adoquinada hacia las puertas de entrada, que era lo bastante larga como para que llegara con la espalda sudada. Llegó a la conclusión de que el repecho era deliberado: todo el mundo entra en la jefatura de Oslo con la ropa húmeda.

Empujó las pesadas puertas metálicas y pasó al vestíbulo. Si no hubiera tenido tanta prisa, se habría fijado en la frontera invisible que cruzaba la sala. En la parte luminosa de la inmensa estancia, los noruegos con fiebre viajera

esperaban su certificado rojo de nacionalidad. Hacia el norte, agolpados bajo la galería, se hallaba la gente de piel oscura, inquieta y con las manos sudorosas tras largas horas de espera ante los verdugos de la Policía de extranjería.

Karen Borg llegaba un poco tarde. Echó una mirada hacia arriba, a las galerías que remataban las paredes. A un lado, las puertas eran azules, y el suelo, de linóleo; al otro, hacia el sur, puertas amarillas. Hacia el oeste, se esfumaban dos agujeros, uno rojo y otro verde. La amplísima sala se alzaba a lo largo de siete plantas de altura. Más tarde comprobaría que era un derroche de espacio excesivo: los despachos eran minúsculos. Cuando se familiarizara con la casa, se enteraría de que las zonas más importantes se encuentran en la séptima planta, donde están el despacho del comisario principal de la Policía y el comedor. Y por encima de éstos, imperceptible desde el vestíbulo como el Señor en las alturas, anidaba la Brigada de Información.

«Como en una guardería», pensó Karen cuando se fijó en los códigos de colores. «Como para asegurarse de que cada uno encuentra su sitio».

Tenía que subir a la tercera planta, zona azul. Los tres ascensores con puertas metálicas habían tomado simultáneamente la decisión de obligarla a subir por las escaleras. Tras constatar, al cabo de cuatro minutos, que el puntito luminoso a un lado de la puerta ascendía y descendía sin acercarse nunca al número uno, se dejó convencer y subió andando.

El número de cuatro cifras del despacho estaba garabateado en un papelito. Fue fácil encontrarlo. La puerta azul estaba cubierta de pegatinas que alguien había intentado despegar, pero Mickey y el pato Donald se habían opuesto obstinadamente a la exterminación y la miraban sonrientes, sin piernas y con medias caras. Habría quedado mejor si las hubieran dejado en paz. Karen llamó a la puerta, recibió respuesta y entró.

Håkon Sand no tenía buena cara. La habitación olía a after shave; sobre una silla, la única del cuarto aparte de la que ocupaba el propio Sand, había una toalla húmeda. Observó que tenía el pelo mojado.

Sand agarró la toalla, la tiró en un rincón e invitó a la mujer a sentarse. El asiento estaba húmedo, pero ella se sentó.

Håkon Sand y Karen Borg eran viejos amigos que nunca se veían.

Intercambiaron algunas frases vacías como «qué tal estás», «hace demasiado tiempo que no nos vemos», «tenemos que comer juntos algún día», un ejercicio de reiteraciones llevado a cabo durante encuentros casuales, tal vez en la calle o en casa de amigos comunes que eran más constantes que ellos a la hora de cuidar las amistades.

—Qué bien que hayas venido. Me alegro —dijo de repente. No lo parecía. La sonrisa de bienvenida le quedó arrugada y marchita, forzada tras veinticuatro horas de trabajo—. El tipo se niega a hablar. Sólo repite una y otra vez que te quiere a ti como abogada.

Karen había encendido un cigarrillo. Desafiando todas las advertencias, fumaba Prince en su versión original, la que dice «Ahora yo también fumo Prince», con el máximo nivel de nicotina y alquitrán, etiqueta roja, rojísima, con una advertencia aterradora de las autoridades sanitarias. Nadie le pedía un cigarro a Karen Borg.

—Debería ser fácil hacerle entender que es imposible. En primer lugar, de alguna forma soy testigo del caso, pues encontré el cadáver. Y en segundo lugar, yo ya no sé nada de derecho penal. No lo he tocado desde que me examiné hace siete años.

—Ocho —rectificó él—. Hace ocho años que nos examinamos. Fuiste la tercera de una promoción de ciento catorce. Yo acabé el quinto por la cola. Claro que sabes de derecho penal, si quieres.

Estaba irritado, cosa que se contagiaba. De repente, Karen volvió a sentir la tensión que solía surgir entre ellos en sus tiempos de estudiantes. Sus siempre excelentes resultados contrastaban con la arrastrante cojera académica de su compañero en una licenciatura que nunca hubiese obtenido de no ser por ella. Lo había arrastrado, amenazado y tentado a través de los estudios, como si su propio éxito le resultara más llevadero con una cruz a la espalda. Por alguna razón que nunca llegaron a entender, tal vez porque nunca lo hablaron, ambos sentían que era «ella» la que estaba en deuda con él y no al revés. Desde entonces, siempre le había fastidiado esa sensación de deberle algo. Nadie entendía por qué habían sido como uña y carne durante los estudios. Nunca fueron novios, ni siquiera un morreo estando bebidos, simplemente eran amigos inseparables, una pareja embroncada pero siempre

con un cuidado recíproco que los hacía invulnerables a las profundas trampas que deparaba la vida estudiantil.

—Y en cuanto a tu condición de testigo, si te soy sincero, en estos momentos me importa una mierda. Lo más importante es que el tipo empiece a hablar. Es evidente que no lo va a hacer hasta que te tenga a ti como abogada defensora. Podemos volver a la cosa esa de que seas testigo cuando se le ocurra a alguien, pero para eso falta mucho.

«La cosa esa de que seas testigo». Su lenguaje jurídico nunca fue especialmente preciso, aun así, a Borg le costaba mucho aceptarlo. Sand era fiscal adjunto de la Policía^[1] y, en teoría, un guardián de la ley y el orden. Ella quería seguir pensando que la Policía se tomaba en serio el derecho.

—¿No podrías al menos hablar con él?

—Con una condición. Tienes que darme una explicación creíble de cómo sabe quién soy.

—La verdad es que eso, precisamente, fue culpa mía.

Sand sonrió con el mismo alivio que había sentido cada vez que ella le explicaba algo que había leído diez veces sin entenderlo. Se dirigió a la salita a buscar dos tazas de café.

A continuación, le contó la historia de un joven súbdito holandés cuyo único acercamiento al mundo de los negocios —según las teorías provisionales de la Policía— había sido el tráfico de estupefacientes en Europa. La historia trataba de cómo este neerlandés, que ahora esperaba mudo como una ostra a Karen Borg en el patio trasero más rancio de Noruega —los calabozos de la jefatura de Policía de Oslo—, sabía quién era ella: una desconocida pero sumamente exitosa abogada dedicada al mundo de la empresa que tenía treinta y cinco años.

—¡Bravo dos-cero llamando a cero-uno!

—Cero-uno a Bravo dos-cero, ¿qué ocurre?

El policía hablaba en voz baja, como si esperara que le confiaran un secreto. No fue así. Estaba de guardia, en la Central de Operaciones. En la gran sala de suelo inclinado el vocerío era tabú; la determinación, virtud; y la

facultad de expresarse con brevedad, una necesidad. El turno de funcionarios uniformados, como las gallinas cuando aovan, estaba sentado en hilera en la pendiente de la escena teatral; en la pared que estaba situada frente a ellos, sobre el escenario principal, había un plano gigantesco de la ciudad de Oslo. La sala se encontraba en el mismísimo centro del edificio, sin una sola ventana que diera al exterior, hacia la bulliciosa tarde del sábado. Aun así, la noche capitalina se abría paso a través de las comunicaciones con los coches patrulla y el voluntarioso teléfono 002 que socorría a los habitantes más o menos necesitados de Oslo.

—Hay un hombre sentado en medio de la calle Bogstad. No hay quien hable con él, tiene la ropa ensangrentada, pero no parece estar herido. No lleva identificación. No ofrece resistencia, pero obstaculiza el tráfico. Nos lo llevamos a jefatura.

—De acuerdo, Bravo dos-cero. Avisad cuando volváis a salir. Recibido. Corto y cierro.

Media hora más tarde, el arrestado se encontraba en la recepción de detenidos. Sin duda alguna, la ropa estaba empapada de sangre. Bravo dos-cero no había exagerado. Un joven aspirante se puso a cachear al hombre. Con sus impecables hombreras azules, sin un solo galón que le resguardara de los trabajos sucios, le aterraba tal cantidad de sangre, presumiblemente contaminada de VIH. Dotado con guantes de plástico, quitó al detenido la chaqueta de cuero abierta y pudo constatar que la camiseta había sido blanca en algún momento. El rastro de sangre bajaba hasta los vaqueros; por lo demás, el tipo tampoco parecía ir muy aseado.

—Datos personales —preguntó el jefe de servicio, mirándolo por encima del mostrador con los ojos cansinos.

El arrestado no contestó. En lugar de eso, contempló con deseo el paquete de cigarrillos que el aspirante introdujo en una bolsa de papel color castaño claro, junto con un anillo de oro y un juego de llaves atadas con un cordel de nailon. Las ganas de fumar eran lo único que se podía leer en su rostro y el rasgo desapareció en cuanto soltó la bolsa con la mirada y reparó en el jefe de

servicio. La distancia entre ambos era de casi un metro. El joven permanecía de pie detrás de un sólido arco metálico que le llegaba hasta la cadera y que casi tenía forma de herradura, con los dos extremos fijados en el suelo de hormigón, a medio metro de distancia del altísimo mostrador de madera. Este, a su vez, era considerablemente ancho y sólo asomaba el flequillo gris y deshilachado del policía.

—¡Datos personales! ¡Tu nombre, chaval! ¿Fecha de nacimiento?

El desconocido dibujó una sonrisa, aunque no era en absoluto desdeñosa. Mostraba más bien signos de leve simpatía hacia el fatigado policía, como si el chico quisiera expresar que no era nada personal. No pensaba abrir la boca, así que por qué no encerrarle sin más en una celda y acabar con aquello. La sonrisa era casi afable. El hombre se mantuvo en silencio. El jefe de servicio no lo entendió, claro.

—Mete a este tío en una celda. La cuatro está libre. Por mis cojones que no va a seguir provocándome.

El hombre no protestó y caminó dócilmente hasta el calabozo número cuatro. En el pasillo había un par de zapatos colocados delante de cada celda. Zapatos viejos de todos los tamaños, como placas identificativas que contaban quién vivía dentro. Es probable que pensara que dicha norma también valía para él. En cualquier caso, se deshizo de sus playeras y las colocó con cuidado delante de la puerta, sin previa petición.

La lúgubre celda medía tres metros por dos. Las paredes y el suelo eran de color amarillo mate, con una llamativa falta de grafitis. La única y levísima ventaja que pudo constatar enseguida en aquello que ni de lejos era comparable a un hotel, era que el anfitrión no escatimaba en electricidad. La luz era demasiado intensa y la temperatura del cuartucho alcanzaba los veinticinco grados.

A un lado de la puerta se encontraba la letrina. No merecía la denominación ni de aseo ni de servicio. Era una estructura de ladrillo con un agujero en el centro. Nada más verlo, se le encogió el estómago en un terrible estreñimiento.

La falta de pintadas de anteriores inquilinos no impedía que el lugar mostrara signos de haber sido visitado con frecuencia. Aunque él mismo no

estaba ni mucho menos recién duchado, sintió convulsiones en la zona del diafragma cuando lo alcanzó el hedor. La mezcla de orina y excrementos, sudor y ansiedad, miedo y maldición, había impregnado las paredes; era evidente que resultaba imposible eliminarlo. Salvo la letrina, que recibía las diversas evacuaciones, cuya limpieza era totalmente irrealizable, el resto del cuarto, de hecho, estaba limpio. Era probable que lo lavaran a diario con una manguera.

Escuchó el cerrojo de la puerta a sus espaldas. A través de los barrotes pudo oír cómo su vecino de celda continuaba con el interrogatorio allí donde había desistido el jefe de servicio.

—¡Oye, soy Robert! ¿Cómo te llamas? ¿Por qué te persigue la pasma? — Tampoco el tal Robert tuvo suerte y hubo de resignarse tan irritado como el jefe de servicio—. Tío mierda —murmuró al cabo de unos minutos, aunque lo bastante alto como para que el mensaje llegara a su destinatario.

Al fondo del cuarto, una elevación que ocupaba todo el ancho de la celda podía tal vez, con considerable buena voluntad, representar un catre. Carecía de colchón y no se veía ni una manta en toda la celda. Tampoco es que importara demasiado, estaba sudando con el calor. El sin-nombre hizo una almohada con su chaqueta de cuero, se tumbó sobre el lado ensangrentado de su cuerpo y se durmió.

Cuando el fiscal adjunto, Håkon Sand, llegó a su trabajo a las diez y cinco del domingo por la mañana, el arrestado desconocido seguía durmiendo. Sand no lo sabía. Tenía resaca, algo que debería haber evitado, y el arrepentimiento del campesino hacía que la camisa del uniforme se le adhiriera aún más al cuerpo. Al pasar por el puesto de control de seguridad, de camino a su despacho, empezó a tirarse del cuello de la camisa. Los uniformes eran una mierda. Al principio, todos los criminalistas estaban fascinados con ellos. Ensayaban en casa, de pie ante el espejo, y acariciaban las distinciones que les cubrían las hombreras: un galón, una corona y una estrella para los ayudantes de la fiscalía. Una estrella que podía convertirse en dos o tres, dependiendo de si se aguantaba lo suficiente como para llegar a fiscal adjunto

o inspector jefe. Sonreían a su propio reflejo en el espejo, enderezaban espontáneamente la espalda, advertían que tenían que cortarse el pelo y se sentían limpios y arreglados. Sin embargo, al cabo de pocas horas de trabajo, constataban que el acrílico hacía que olieran mal y que los cuellos de las camisas eran demasiado rígidos y les producían heridas y marcas rojas alrededor del cuello.

La labor administrativa de un fiscal adjunto era una mierda. Aun así quería conservar su trabajo, que era, por lo general, bastante aburrido y, en consecuencia, insoportablemente cansino. Estaba prohibido dormir; algo que la mayoría infringía cubriéndose el uniforme con una manta de lana sucia y maloliente. Pero los turnos de guardia se pagaban muy bien. A cada criminalista, con un año de navegación, le tocaba una guardia al mes, que les reportaba cincuenta mil coronas extra al año en el sobre de la paga. Valía la pena. El gran inconveniente era que la guardia empezaba nada más acabar la jornada laboral, a las tres de la tarde, y cuando terminaba, a las ocho de la mañana siguiente, había que empalmar con otro día de trabajo. Durante los fines de semana, las guardias se dividían en turnos de veinticuatro horas, lo que las hacía aún más lucrativas.

La mujer a la que iba a relevar Sand estaba ya impaciente. Aunque según las reglas el cambio de turno debía producirse a las nueve, existía un acuerdo tácito que permitía al turno dominical llegar una hora más tarde, con lo que el jurista saliente estaba siempre en ascuas por que llegara el relevo. Así era como estaba la rubia a la que iba a relevar.

—Todo lo que necesitas saber está en el libro de relevos —dijo—. Sobre la mesa tienes una copia del informe sobre el asesinato del viernes por la noche. Hay mucho que hacer. He redactado ya catorce sanciones y dos resoluciones de párrafo 11.

Joder. Por mucho que se esforzara, Sand era incapaz de entender que él fuera más competente a la hora de resolver custodias que la propia gente de protección de menores. No obstante, la fiscalía siempre tenía que despachar los casos de niños que resultaban incómodos más allá de lo burocrático y que además lo pasaban muy mal fuera del horario de oficina. Que hubiera dos casos en un sábado significaba, estadísticamente, que no habría ninguno el

domingo. Al menos no perdía la esperanza.

—Encima, el patio trasero está lleno, deberías darte una vuelta por ahí en cuanto puedas —dijo la rubia.

Sand cogió las llaves y se las colocó en el cinturón con algo de torpeza. La caja contenía lo que debía. El número de impresos de solicitud del pasaporte era también correcto. El libro de relevos estaba al día.

Habían concluido las formalidades. Decidió hacer una ronda de multas y sanciones ahora que la mañana dominical ya había posado su pegajosa, aunque, sin duda, tranquilizadora mano sobre los detenidos por embriaguez. Antes de marcharse, hojeó los documentos de la mesa. Había oído mencionar el asesinato en la radio. Se había hallado un cadáver muy maltrecho cerca del río Aker. La Policía carecía de pistas. «Frases hechas», pensó. La Policía siempre tiene pistas, lo que ocurre es que, con demasiada frecuencia, son pésimas.

Era evidente que la carpeta con las fotografías del lugar de los hechos, que proporciona la Policía científica, aún no estaba incluida. No obstante, en la carpeta verde había alguna polaroid suelta que era lo bastante grotesca. Sand no acababa de acostumbrarse a ver fotos de personas muertas. En sus cinco años en la Policía, los últimos tres ligados al A.2.11, el grupo de homicidios, había visto más que suficientes. Se informaba a la Policía de todas las muertes sospechosas y se introducían en el sistema informático con el código «sosp». El concepto de «muertes sospechosas» era muy amplio. Había visto personas calcinadas, ahogadas, envenenadas por inhalación de gases, apuñaladas, abatidas con escopetas de caza y estranguladas. Incluso los trágicos casos de ancianos que sólo habían sido expuestos al «crimen» de que nadie se había acordado de ellos durante meses, hasta que el vecino de abajo empezaba a notar un olor desagradable en el comedor, miraba al techo y veía dibujarse una aureola de humedad para, acto seguido, indignado por los daños, llamar a la Policía; incluso esta pobre gente era fichada como «sosp» y recibía el dudoso honor de que su último álbum de fotos fuera realizado post mórtem. Había visto cadáveres verdes, azules, rojos, amarillos y de muchos colores a la vez, además de esos cuerpos rosas intoxicados por monóxido de carbono, cuyas almas no había podido aguantar más el valle de lágrimas de este mundo.

Sin embargo, aquellas fotos eran mucho más fuertes que las cosas que había visto hasta entonces. Las arrojó sobre la mesa para apartarlas de su vista. Como para olvidarlas enseguida, agarró con fuerza el informe del hallazgo y se lo llevó al incómodo sillón antiestrés, una barata imitación en escay del buque insignia de la marca Ekornes, demasiado redondeado en la espalda y sin apoyo donde la región lumbar más lo necesitaba.

Los hechos objetivos eran introducidos a golpe de martillo en un lenguaje extremadamente torpe. Sand frunció el entrecejo a modo de mueca irritada. Se decía que las pruebas de admisión para la Academia de Policía eran cada vez más duras, pero era imposible que la capacidad de exposición escrita formara parte de la prueba.

Se detuvo hacia el final de la hoja: «La testigo Karen Borg estuvo presente durante la visita al lugar de los hechos. La testigo descubrió al fallecido mientras paseaba con su perro. El cuerpo tenía restos de vómito. La testigo Borg dijo que fue ella».

La dirección de Borg y su credencial profesional confirmaba que era Karen. Se pasó los dedos por el pelo y notó que debería habérselo lavado por la mañana. Decidió que llamaría a Karen a lo largo de la semana. Siendo las fotos tan crudas, el cadáver tenía que estar en un estado pésimo. Desde luego que la iba a llamar.

Volvió a dejar los papeles sobre la mesa y cerró la carpeta. Se fijó un instante en los nombres que aparecían en la parte superior izquierda: Sand. Kaldbakken. Wilhelmsen. El caso era suyo. Kaldbakken era el inspector de Policía responsable; Hanne Wilhelmsen, la investigadora principal.

Era hora de imponer sanciones.

La cajita de madera contenía un grueso montón de minutas de detenciones perfectamente enumeradas. Pasó las páginas con rapidez. La mayoría eran casos de embriaguez. Luego había un maltratador de mujeres, otro que había sido declarado enfermo mental —y que ese mismo día por la tarde iba a ser trasladado al hospital Ullevål— y un delincuente perseguido por estafa. Los tres últimos podían esperar. Iba a ocuparse de los borrachos uno por uno. Lo

cierto es que no entendía muy bien la razón de tales sanciones. La mayoría de las notificaciones aterrizaran en la papelera más cercana y la minoría que pagaba lo hacía a través de la Oficina de Asistencia Social. Ciertamente este carrusel del dinero público contribuía a mantener puestos de trabajo, pero no podía ser muy razonable.

Quedaba una minuta. No tenía nombre.

—¿Qué es esto?

Se giró hacia el jefe de servicio, un cincuentón con exceso de peso que nunca obtendría más galones que los tres que lucía en las hombreras y que nadie le podía discutir. Se los habían dado por antigüedad, no por cualificaciones. Hacía mucho que Håkon Sand había constatado que el tipo era un necio.

—Un imbécil. Estaba aquí cuando comencé mi turno. Un gilipollas. Se negó a dar sus datos personales.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. Estaba estorbando en medio de la calle en algún sitio. Lleno de sangre. Puedes multarle por no haber facilitado sus datos. Y por desorden público. Y por ser un mierda.

Tras cinco años en el cuerpo, Sand había aprendido a contar hasta diez antes de hablar. En aquella ocasión contó hasta veinte. No deseaba tener un conflicto sólo porque un estúpido uniformado no entendiera que conllevaba cierta responsabilidad privar a alguien de su libertad.

Calabozo número cuatro. Se llevó a un policía de apoyo. El hombre sin nombre estaba despierto. Los miró fijamente con el semblante abatido; era obvio que dudaba de sus intenciones. Anquilosado y entumecido, se incorporó en el catre y soltó sus primeras palabras desde que estaba bajo arresto policial.

—¿Me podríais dar algo de beber?

Hablaba en noruego y a la vez no lo hacía. Sand no sabría decir por qué, su lenguaje era perfecto; sin embargo, había algo que no era del todo noruego. ¿Tal vez era un sueco que intentaba dar a su idioma un aire más noruego?

Como es natural dieron al hombre algo de beber, una Coca-Cola comprada por Sand con su propio dinero, e incluso le permitieron ducharse y le

proporcionaron una camiseta y unos pantalones limpios. Todo provenía del casillero personal de Sand en su despacho. Los gruñidos del personal acerca del trato especial aumentaban con cada «regalito». Pero Sand ordenó guardar la ropa ensangrentada en una bolsa y al cerrar las pesadas puertas metálicas dijo:

—¡Estas prendas son pruebas importantes!

El joven era poco locuaz. Aunque la sed perentoria provocada por todas aquellas horas en una celda con un calor excesivo le había soltado la lengua, estaba claro que aquella necesidad de comunicarse había sido sólo temporal. Cuando aplacó su sed, volvió al silencio total.

Estaba sentado en una silla muy incómoda. En aquel despacho de ocho metros cuadrados que, además, albergaba un pesado armario archivador doble de tipo «estatal», tres filas de horrendas estanterías metálicas llenas de carpetas de anillas ordenadas por colores y un escritorio, apenas cabían dos sillas. El tablero de la mesa estaba fijado a la pared y presentaba una importante inclinación. Así se había quedado cuando al médico de la comisaría se le ocurrió encasquetarle a los empleados un ergoterapeuta. Por lo visto, las mesas de despacho inclinadas eran buenas para la espalda. Nadie entendía por qué. La mayoría había constatado que los problemas de espalda empeoraban porque la gente se pasaba el día hurgando por los suelos para recuperar las cosas que rodaban y caían del tablero inclinado. Con una silla de más resultaba imposible moverse sin tener que desplazar los muebles.

El despacho pertenecía a Wilhelmsen. Su belleza saltaba a la vista; acababa de ascender a subinspectora. Tras licenciarse en la Academia de Policía como la mejor de su promoción, había empleado diez años en la jefatura de Policía de Oslo para destacar como la policía perfecta para una campaña publicitaria. Todos hablaban bien de Hanne Wilhelmsen, toda una hazaña en un lugar de trabajo donde el diez por ciento de la jornada laboral se invertía en hablar mal de los demás. Se inclinaba ante los superiores sin que la tacharan de pelota, a la vez que tenía el valor de defender sus propias opiniones. Era leal con el sistema, pero también aportaba propuestas de

mejora que casi siempre eran lo bastante buenas como para que acabaran llevándose a cabo. Wilhelmsen poseía esa intuición que sólo tiene uno de cada cien policías, un olfato que indica cuándo se debe engañar y tentar a un sospechoso, y cuándo se le debe amenazar y pegar un puñetazo en la mesa.

Era respetada y admirada, y se lo merecía. Aun así, nadie en la gran casa gris la conocía de verdad. Ciertamente acudía siempre a la cena anual de Navidad, a la fiesta estival y algún que otro cumpleaños, y una vez allí bailaba de maravilla, hablaba del trabajo, sembraba hermosas sonrisas a su alrededor y se iba a casa diez minutos después de que se fuera el primero, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, nunca bebía hasta emborracharse y, por consiguiente, nunca metía la pata; pero, más allá de eso, nadie conseguía intimar con ella.

Hanne Wilhelmsen se sentía bien consigo misma y con el mundo, pero había cavado un profundo foso entre su vida profesional y su yo privado. No tenía un solo amigo en la Policía. Wilhelmsen amaba a otra mujer, un defecto en aquella perfección que estaba convencida de que, si se llegara a saber, estropearía todo lo que había tardado tantos años en construir. Un movimiento de su larga melena morena bastaba para atajar cualquier pregunta acerca del anillo en su dedo anular, la única alhaja que llevaba y que le había regalado su pareja cuando se fueron a vivir juntas a los diecinueve años. Corrían rumores, los rumores siempre corren. Pero es que era tan bella y tan femenina... Y aquella médica a quien conocía alguien a quien alguien conocía, y que otros habían visto con Hanne en varias ocasiones, era también muy guapa, se podría incluso decir que extremadamente coqueta. No podía ser verdad. Además, las pocas veces que vestía de uniforme, Hanne Wilhelmsen llevaba falda y eso no lo hacía casi nadie, los pantalones eran mucho más prácticos. Sin duda los rumores eran malintencionados.

Así pues, vivía su vida con la certeza de que lo que no está confirmado nunca es del todo cierto, y de que por eso era más importante para ella que para cualquier otro inquilino de la casa gris hacer siempre un buen trabajo. La perfección la protegía como un escudo. Eso era lo que quería y, puesto que carecía por completo de codazos, pisotones y ambiciones, y no tenía otro afán que hacer una buena labor, tampoco los celos y la envidia iban a quebrantar su

solidez.

Sonrió a Sand, que se había sentado en la silla sobrante.

—¿No confías en que haga las preguntas pertinentes?

—Descuida. Éste es tu juego, lo sé. Pero tengo la sensación de que estamos tocando algo. Como te dije, si no te importa demasiado, me gustaría estar presente. —Al momento añadió—: No va en contra del reglamento.

Håkon Sand conocía su necesidad de seguir el reglamento hasta lo humanamente posible, y la respetaba. No era habitual que alguien de la fiscalía estuviera presente durante el interrogatorio de un sospechoso, aunque desde luego tampoco iba contra las normas. Ya lo había hecho en otras ocasiones, sobre todo para aprender cómo se hacía, y algunas veces porque estaba especialmente involucrado en el caso. Por lo general, los agentes no solían oponerse. Al contrario, si el fiscal de la Policía se hacía imperceptible y no se entrometía en el interrogatorio, a la mayoría de los agentes les parecía hasta divertido.

Como respondiendo a una señal, ambos se giraron hacia el detenido. Wilhelmsen posó el codo derecho sobre la mesa y dejó que sus largas uñas lacadas de blanco juguetearan con el teclado de una antiquísima máquina de escribir eléctrica. Era una IBM de cabeza redonda, moderna quince años atrás. Ahora le faltaba la «e». Estaba tan desgastada que, cuando se pulsaba, sólo salía una mancha de la cinta de color. Tampoco pasaba nada, se entendía que la mancha debía leerse como una e.

—Me parece que este día va a ser muy largo si te empeñas en quedarte así, sin decir nada. —La voz era suave, casi condescendiente—. A mí me pagan por hacer esto, y al fiscal adjunto Sand también. Tú, en cambio, te vas a quedar ahí. Tarde o temprano, quizá te dejemos ir. ¿Tal vez pudieras contribuir a que sea más pronto que tarde?

Por primera vez, el joven mostró signos de estar desconcertado.

—Me llamo Han van der Kerch —dijo al cabo de unos minutos de silencio—. Soy holandés, pero tengo residencia legal en el país. Estudio.

Sand obtuvo la explicación a aquel lenguaje perfecto que, no obstante, no era del todo noruego. Se acordó de su héroe de juventud, el patinador Ard Schenk, y de cómo, con trece años, comprendió que aquel hombre hablaba un

noruego perfecto para ser extranjero. Y se acordó de cuando era niño y estudiaba historia de la literatura; se acordó de El holandés Jonas, de Gabriel Scott, un libro que le había encantado y que hizo que más tarde apoyara siempre al equipo naranja durante los torneos internacionales de fútbol.

—No quiero decir más.

Se hizo el silencio. Sand esperaba la próxima jugada de Wilhelmsen, fuera lo que fuera.

—En fin, está bien. Es tu elección y estás en tu derecho. Pero como sigas así nos vamos a quedar aquí bastante tiempo. —Había colocado una hoja en la máquina de escribir, como si ya en ese momento supiera que iba a tener algo que escribir—. Bien, pues vas a oír una teoría que tenemos nosotros.

Las patas de la silla rasparon el linóleo cuando la echó hacia atrás. Ofreció un cigarrillo al holandés y ella se encendió otro. El joven parecía agradecido. Håkon Sand estaba menos satisfecho, movió la silla y entreabrió la puerta para que se formara corriente. La ventana ya estaba entornada.

—El viernes encontramos un cadáver —dijo Hanne en voz baja—. Presentaba unas lesiones tremendas. Probablemente no quiso morir, no de una manera tan brutal. Tuvo que salpicar mucha sangre. Tú estabas bastante manchado cuando te encontramos. En la Policía podemos ser lentos, pero todavía estamos en condiciones de sumar dos y dos. Por lo general, nos sale cuatro, y creemos que ahora nos ha salido cuatro.

Se alargó para coger un cenicero que estaba sobre la estantería a sus espaldas. Era un recuerdo bastante cutre del sur de Europa, fabricado en cristal de botella marrón. En el canto, el cenicero tenía una figura de fauno de sonrisa malvada y un enorme falo erguido, que seguro no era del estilo de Hanne Wilhelmsen, pensó Sand.

—Bueno, lo diré de un modo claro y conciso. —Su voz sonaba ahora más incisiva—. Mañana dispondremos un análisis previo de la sangre de tu ropa. Si la sangre pertenece a nuestro amigo desfigurado, tendremos pruebas de sobra para encerrarte. Luego iremos a buscarte, sin previo aviso, para interrogarte una y otra vez. Tal vez pase una semana sin que tengas noticias nuestras, pero, de repente, estaremos allí otra vez, puede que después de que te hayas dormido, y seguiremos con el interrogatorio durante unas horas. Como

te negarás a hablar, te devolveremos a tu celda y vuelta a empezar. Para nosotros también es bastante agotador, claro está, pero al menos podemos turnarnos, para ti es peor.

Sand empezó a dudar de que Hanne Wilhelmsen mereciera realmente su fama de defensora a ultranza del reglamento. Sin duda, sus métodos interrogatorios no aparecían en el decálogo policial, y más dudosa aún era la legitimidad de usar dichos métodos como amenaza.

—Tienes derecho a un abogado de oficio —le recordó Sand, como para nivelar eventuales irregularidades cometidas por la subinspectora.

—¡Nada de abogados! —gritó el joven, y pegó una última calada al pitillo antes de aplastarlo con fuerza en el cenicero—. No quiero abogado. Me apaño mejor sin ellos. —Dirigió una mirada de soslayo, casi suplicante, hacia el paquete de tabaco sobre la mesa. Hanne asintió con la cabeza y le alcanzó un cigarro y una cajetilla de cerillas—. Así que creéis que he sido yo. Bueno, tal vez sea cierto.

Lo era. El hombre había saciado ya sus necesidades primarias, es decir, una ducha, un desayuno, algo de beber y un par de cigarrillos, y su comportamiento daba a entender que había soltado ya todo lo que tenía que decir. Se reclinó en la silla, deslizó el trasero hacia delante y se quedó casi tumbado con la mirada perdida.

—En fin —la subinspectora Wilhelmsen parecía tener controlada la situación—. Tendré que seguir —dijo, y empezó a hojear la finísima carpeta colocada al lado de la máquina de escribir—. Encontramos el cuerpo en un estado lamentable, sin rostro, totalmente desfigurado y sin documentación. Pero nuestros chicos de la patrulla, perfectos conocedores del paisaje de estupefacientes de esta ciudad, han tenido indicios suficientes con sólo analizar la ropa, el cuerpo y el pelo. Opinan que se trata de un ajuste de cuentas, y no creo que la suposición sea disparatada. —Wilhelmsen cruzó los dedos y colocó las manos detrás de la cabeza, antes de masajearse la nuca con los pulgares mientras clavaba la mirada en el holandés—. Creo que mataste a ese tipo. Mañana lo sabremos con seguridad, cuando lleguen los resultados del instituto anatómico forense. Pero los técnicos no pueden desvelarme la razón del crimen, ahí necesito tu ayuda. —El envite surtió poco efecto; el hombre no

contrajo ni un solo músculo de la cara, se limitó a mantener su sonrisa lejana, llena de menosprecio, como si quisiera remarcar que seguía siendo dueño de la situación, aunque en realidad no lo era—. Te seré sincera, creo que te conviene ayudarme —prosiguió infatigable la subinspectora—. Quizá lo hicieras por tu cuenta, tal vez fuera un encargo, puede incluso que te presionaran para hacerlo, lo cual significa que nos encontramos ante una serie de circunstancias que pueden ser de vital importancia para tu futuro.

La mujer detuvo el flujo constante de palabras, encendió otro cigarrillo y miró a los ojos del detenido, que seguía sin dar señales de querer hablar. Wilhelmsen suspiró elocuentemente y apagó la máquina de escribir.

—No me toca a mí decidir tu condena, si es que eres culpable. Pero cuando tenga que testificar en el juzgado sería muy importante para ti que yo pudiera decir algo bueno y positivo sobre tu disposición a cooperar con nosotros.

Sand volvió a experimentar esa sensación de cuando era pequeño y le dejaban ver la serie policíaca en televisión. Nunca se atrevía a ir al baño por si se perdía algo emocionante.

—¿Dónde lo encontrasteis?

La pregunta del holandés pilló completamente por sorpresa a Sand y pudo advertir por primera vez una leve inseguridad en el rostro de su compañera.

—En el sitio donde lo mataste —contestó ella de un modo exageradamente lento.

—Contesta a mi pregunta. ¿Dónde encontrasteis al tipo?

Ambos policías vacilaron.

—A la altura de la cabeza del puente Hundremann, al otro lado del río Aker. Pero eso ya lo sabes —dijo Hanne, mientras mantenía sus ojos clavados en él para no perderse un solo matiz de su rostro.

—¿Quién encontró el cuerpo? ¿Quién lo denunció a la Policía?

La vacilación de Wilhelmsen se convirtió en un vacío que Sand tuvo que rellenar.

—Fue una paseante, una abogada, amiga mía, por cierto, y seguro que fue una experiencia bastante jodida.

Wilhelmsen estaba furiosa, pero Sand se percató demasiado tarde de lo

que había hecho. Cuando empezó a hablar, no se dio cuenta que ella le estaba avisando con la mano de lo que estaba ocurriendo. Se sonrojó fuertemente bajo la intensa mirada de reproche de la subinspectora.

Van der Kerch se levantó.

—Pues ahora sí que quiero un abogado —dijo, como si fuera una declaración—. Quiero a esa mujer; si conseguís que venga, me pensaré si hablo o no. Prefiero pasar diez años aislado en la cárcel de Ullersmo que tener a otro defensor.

Se dirigió por iniciativa propia hacia la puerta, franqueando las piernas de Sand como si fuesen un obstáculo, y esperó educadamente a que le acompañaran de vuelta a su celda. Wilhelmsen lo siguió sin mirar al todavía muy ruborizado fiscal adjunto.

Se habían acabado el café; no estaba muy bueno, y eso que estaba recién hecho. Sand explicó que era descafeinado. En un horroroso cenicero de color naranja había seis colillas.

—Después tenía un cabreo de la hostia conmigo, y con razón. Creo que va a pasar algún tiempo hasta que me permitan volver a estar presente en un interrogatorio. Pero el tío es firme, dijo que te quería a ti o a nadie. —El fiscal adjunto no parecía ahora menos cansado que cuando Karen Borg llegó, se frotó las sienes y se revolvió el pelo ya seco—. Le pedí a Hanne que le pusiera al chico todo tipo de reparos y objeciones, pero dice que es inquebrantable. La he cagado y la cosa mejoraría algo si consiguiera que me ayudaras en esto.

Karen suspiró, durante seis años de su vida prácticamente no hizo otra cosa que hacerle favores a Håkon. Sabía que tampoco esta vez iba a ser capaz de negarse, pero pensaba ponérselo muy difícil.

—Sólo te prometo que voy hablar con él —dijo brevemente, y se levantó.

Ambos salieron por la puerta, ella delante y él detrás, como en los viejos tiempos.

El joven holandés había insistido en hablar con Karen Borg, no sin insinuar cierta apertura. Pero en ese momento parecía que se le había olvidado, estaba malhumorado y agrio como el vinagre. Karen se había cambiado a la silla de Håkon, mientras que éste, con buen juicio, se había retirado. El despacho de los abogados en el patio trasero tenía un aspecto bastante tétrico, así que Sand había puesto su oficina a disposición de Karen por temor a que se retractara de su promesa de hablar con el joven holandés.

El muchacho tenía un aspecto agradable pero soso, cuerpo atlético y pelo rubio oscuro. El crecimiento del cabello de las últimas tres o cuatro semanas había estropeado lo que en su día fue un corte de pelo carísimo. Las manos eran refinadas, casi femeninas. ¿A lo mejor tocaba el piano? «Las manos de un amante», pensó Karen, que en ese momento no tenía la menor idea de cómo afrontar la situación. Ella estaba acostumbrada a los consejos de administración y a las juntas directivas, a los muebles de roble en las salas de juntas y a los despachos amplios con cortinas de quinientas coronas el metro. Sabía cómo manejarse entre hombres trajeados, llevaran corbatas elegantes o espantosas, y entre alguna que otra mujer con maletín y perfume de Shalimar. Dominaba a la perfección el derecho mercantil y la creación de empresas y, hacía tan sólo tres semanas, se había hecho merecedora de 150.000 coronas de honorarios tras haber revisado un extenso contrato para uno de sus mayores clientes. Aquello, básicamente, consistía en leerse contratos de quinientas páginas, verificar que mantenían lo que prometían y poner un OK en la cubierta: 75.000 coronas por letra.

Como es obvio, las palabras del reo eran igual de valiosas.

—Querías hablar conmigo —dijo Karen—. No entiendo por qué. ¿Tal vez podamos comenzar por ahí? —El detenido la examinaba pero seguía sin decir nada, y balanceaba una y otra vez la silla, cosas que a ella la ponían nerviosa—. Lo cierto es que no soy el tipo de abogada que necesitas. Conozco a unos cuantos, podría hacer algunas llamadas y conseguirte a uno de los mejores en un periquete.

—¡No! —Las patas delanteras de la silla golpearon el suelo con fuerza, se

inclinó hacia delante y la miró por primera vez a los ojos—. No, te quiero a ti, no llames a nadie.

De repente la abogada se dio cuenta de que se encontraba a solas con un presunto asesino; además, el cadáver sin rostro no había dejado de aterrarla desde que lo descubrió el viernes por la noche. Hizo un esfuerzo para controlar sus nervios, nunca en este país un abogado había muerto a manos de su cliente, y menos en la propia jefatura. Respiró hondo y se tranquilizó con ayuda del cigarrillo.

—¡Y bien! ¿Qué es lo que quieres de mí? —El detenido seguía sin contestar—. Esta tarde ordenarán tu ingreso en prisión y me niego a presentarme allí si no tengo la menor idea de lo que vas a decir. —Tampoco las amenazas surtieron efecto en el chico, aunque la abogada advirtió una ligera preocupación en sus ojos, y lo volvió a intentar por última vez—. Además me queda muy poco tiempo —dijo mirando su Rolex con premura y notando que la ansiedad iba dejando paso a una creciente irritación. El holandés se percató de ello y empezó a bascular la silla—. ¡Basta ya con la silla! —Las patas de la silla golpearon el suelo por segunda vez, la mujer empezaba a dominar la situación—. No te estoy pidiendo que me digas la verdad. —Su voz era más serena—. Sólo quiero saber lo que vas a decir en el juzgado, y lo tengo que saber ahora.

La poca experiencia que Karen Borg tenía con criminales que no llevaran cuellos de camisa blancos y corbatas de seda se limitaba al caco que un día bajó pedaleando por la calle Mark sobre la bicicleta de quince marchas que ella misma acababa de estrenar. Pero veía la televisión y se acordó de lo que había dicho el abogado defensor Matlock: «No quiero oír la verdad, quiero saber lo que vas a decir en el juicio». No lo soltó de modo tan convincente como el personaje televisivo, en ella sonó más bien vacilante, pero quizá aquello fuera suficiente para provocar en el detenido algún tipo de desahogo oral.

Habían pasado muchos minutos y, en vez de columpiarse, el detenido restregaba el suelo de linóleo con las patas de la silla. El ruido era insoportable.

—Fui yo quien mató al hombre que encontraste.

Karen se sintió más aliviada que sorprendida, pues sabía que había sido él. «Dice la verdad», pensó, y le ofreció una pastilla para la garganta. El chico mostraba cierta predilección por fumar con una pastilla en la boca, igual que la abogada. Ella inició ese ritual muchos años antes, convencida de que prevenía el mal aliento, pero con el tiempo tuvo que reconocer que no servía de nada, aunque a esas alturas ya había empezado a gustarle.

—Fui yo quien mató al tío ese —lo dijo como si tratara de convencer a alguien, algo que no era necesario—. No sé quién es, quién era, quiero decir. Vamos, que sé cómo se llama y el aspecto que tenía, pero no le conocía. ¿Conoces tú a algún abogado defensor?

—Desde luego —contestó, esbozando una sonrisa de alivio que él no le devolvió—. Bueno, conocer, lo que se dice conocer, no tengo amistad con ninguno de ellos, si te refieres a eso, pero será fácil encontrarte un buen abogado. Me alegro de que empieces a entender lo que realmente necesitas.

—No te estoy pidiendo que me facilites otro abogado, sólo te estoy preguntando si conoces alguno, así en privado.

—No, sí, bueno, algunos de mis compañeros de estudios se dedican a ese tipo de derecho, pero ninguno juega en primera división, aún.

—¿Los ves con frecuencia?

—No, muy de vez en cuando.

Era cierto y doloroso a la vez, a Karen no le quedaban muchos amigos. Habían ido saliendo de su vida uno detrás de otro, o ella de las suyas, caminando por senderos cuya vegetación aumentaba cada vez más, pero que de vez en cuando se cruzaban: entonces intercambiaban fórmulas mutuas de cortesía, ya fuera tomando una cerveza o a la salida de un cine en otoño.

—Bien, entonces te quiero a ti. Que me acusen de homicidio: acepto la prisión preventiva. Pero tienes que conseguir que la Policía acceda a una cosa: quiero permanecer aquí, en estas dependencias. No pienso ir a la cárcel provincial.

El hombre no dejaba de sorprenderla.

Con relativa frecuencia los periódicos habían publicado grandes titulares acerca de las condiciones infrahumanas que sufrían las personas retenidas en aquella jefatura. Las celdas estaban pensadas para estancias de veinticuatro

horas, y apenas reunían las condiciones para tal propósito; sin embargo, aquel tipo quería quedarse allí durante semanas.

—¿Por qué?

El joven se inclinó hacia ella y se quedó a un palmo de su rostro. Ella notó su aliento, bastante desagradable tras varios días sin tocar un cepillo de dientes, y eso la obligó a echarse hacia atrás.

—No me fío de nadie, tengo que pensar y, cuando haya reflexionado durante algunos días, podremos volver a tener esta conversación. ¡Pero, por favor, no dejes de volver para hablar conmigo!

Su conducta era vehemente, al límite de la desesperación; por primera vez, sintió lástima por él.

Marcó el número de teléfono que Håkon había garabateado en un papel.

—Hemos terminado, puedes venir a recogernos.

Karen no tuvo que presentarse en el juzgado de instrucción, tuvo esa suerte. Sólo en una ocasión había estado presente en una vista oral, y fue durante su época de estudios, cuando aún creía que iba a utilizar sus conocimientos de derecho para ayudar a los necesitados. Se había dejado caer en el banquillo del público de la sala 17, detrás de un mostrador que daba la impresión de haber sido colocado allí para proteger a los espectadores de la brutal realidad de la sala. Se decretaba prisión para la gente cada media hora y sólo uno de cada once conseguía convencer al juez de que seguramente no había cometido el delito. En aquella ocasión tuvo problemas para distinguir al abogado defensor del fiscal, porque no dejaban de sonreírse y mantenían entre ellos una actitud de camaradería: se invitaron a cigarrillos y contaron burdas anécdotas de los tribunales, hasta el momento en que el pobre detenido se sentó en el banquillo y los actores se dirigieron cada uno a su sitio para dar comienzo a la lucha. La Policía ganó diez rondas. Ocurrió todo con rapidez, el funcionamiento parecía eficaz y era implacable. A pesar de su juvenil entusiasmo defensor, tenía que admitir que no había reaccionado demasiado cuando el juez decretaba prisión. A Karen Borg los acusados le parecieron peligrosos, desaliñados, antipáticos y poco convincentes cuando proclamaron

su inocencia y despotricaron contra el tribunal; algunos lloraron y muchos maldijeron. Pero sí que le había escandalizado el ambiente amistoso que retornaba a la sala en el mismo momento en que el preso era llevado de vuelta a los calabozos, con un policía agarrado a cada brazo. No era sólo que los dos oponentes, que un momento antes habían negado la honorabilidad el uno del otro, acto seguido siguieran contando la anécdota que se había quedado a medias, sino que incluso el juez se adelantaba en la silla, sonreía, negaba con la cabeza y soltaba algún comentario gracioso hasta que el siguiente desgraciado tomaba sitio en el banquillo. Karen pensaba entonces que había que mantenerse a respetuosa distancia de los jueces y que la amistad debía entablarse fuera de las salas de audiencias; y aún conservaba esa misma actitud solemne hacia los tribunales. Por eso se alegraba de que, en sus ocho años en un bufete de abogados, nunca hubiera tenido que poner un pie en una sala de audiencia. Siempre lo resolvía todo antes de que la cosa llegara tan lejos.

El auto de prisión de Han van der Kerch fue un mero trámite de despacho. Aceptó por escrito un máximo de ocho semanas de restricción de visitas y de correspondencia. No sin asombro, la Policía había aceptado su petición de permanecer en los calabozos del patio trasero. El hombre era un tipo raro.

De ese modo, Karen se había librado de acudir al juzgado de instrucción y estaba ya de vuelta en su despacho. Los quince abogados tenían sus oficinas en Aker Brygge, el antiguo puerto de Oslo, donde trabajaban además otros tantos secretarios y diez apoderados. La boutique de artículos de lujo para caballeros de la planta de abajo se había ido a la quiebra en tres ocasiones, y al final había sido sustituida por un H&M que iba muy bien. Un restaurante caro y agradable había tenido que ceder su sitio a un McDonalds. En suma, los locales no habían estado a la altura de lo que se esperaba de ellos en el momento en que los compraron, pero su venta hubiera implicado pérdidas catastróficas; y además estaban situados en el centro.

En las puertas de cristal de la entrada se podía leer Greverud & Co., en honor a Greverud, que, a sus ochenta y dos años, aún seguía pasándose por el despacho todos los viernes. Había fundado la empresa justo al acabar la guerra, a raíz de su brillante actuación durante los procesos contra los

traidores a la patria. En 1963 habían pasado a ser cinco abogados, pero lo de Greverud, Risbakk, Helgesen, Farmøy & Nilsen acabó resultándole muy pesado a la recepcionista. A mediados de los ochenta compraron aquellos locales en lo que creyeron que iba a ser el palacio del capital de Oslo. Eran de las pocas empresas que habían sobrevivido allí.

Karen hizo prácticas en el sólido bufete durante el verano anterior a su último año en la universidad. En Greverud & Co. sabían apreciar el trabajo duro y la inteligencia. Ella fue la cuarta chica a la que admitieron en prácticas en el despacho, y la primera en tener suerte. Cuando se licenció un año más tarde, le ofrecieron trabajo, buenos clientes y un sueldo desorbitado. No pudo más que sucumbir a la tentación.

En realidad nunca se había arrepentido. Karen se había dejado llevar por el emocionante remolino del mundo del capital y participó en el Monopoly de la realidad durante la década en que fue más emocionante. Era tan buena que al cabo de sólo tres años, un tiempo récord, le ofrecieron pasar a ser socio. Fue imposible decir que no. Se sintió halagada y contenta, pensaba que se lo merecía. Ahora ganaba un millón y medio de coronas al año y casi se le había olvidado la razón por la que en su momento empezó a estudiar derecho. Los diseños tradicionales de Sigrun Berg fueron sustituidos por elegantes trajes de chaqueta adquiridos en la calle Bogstad por una fortuna.

Sonó el teléfono. Era su secretaria. Karen presionó el botón del altavoz. Aquello resultaba incómodo para el que llamaba, porque su voz se veía rodeada de un eco que la tornaba difusa. Sentía que eso le proporcionaba cierta ventaja.

—Te llama un abogado llamado Peter Strup. ¿Estás, estás reunida o ya te has ido a casa?

—¿Peter Strup? ¿Qué quiere de mí?

Le fue imposible disimular su perplejidad. Peter Strup, entre otras muchas cosas, era presidente del Grupo de Abogados Defensores, la singular asociación de abogados defensores que se sentían demasiado buenos, o malos, como para sólo formar parte de la MNA, como todos los demás. Algunos años antes había sido elegido el hombre más guapo de Noruega y destacaba como uno de los creadores de opinión más activos del país en prácticamente todos

los ámbitos de la vida. Ya sobrepasaba los sesenta años, pero aparentaba cuarenta, y era capaz de acabar la carrera de Birkebein con una marca bastante buena. Por otro lado, se decía que era amigo cercano de la casa real, aunque había que concederle que nunca lo había confirmado en presencia de la prensa.

Karen no había coincidido ni hablado nunca con él, pero obviamente había leído muchas cosas sobre el abogado.

—Pásamelo —dijo, tras un instante de vacilación, y cogió el teléfono en un gesto de respeto inconsciente—. Karen Borg —dijo sin tono en la voz.

—Buenas tardes, ¡soy el abogado Peter Strup! No te entretendré mucho. He tenido conocimiento de que has sido nombrada abogada defensora de un holandés que está acusado del asesinato junto al río Aker del viernes por la tarde, ¿es así?

—Sí, hasta cierto punto es verdad.

—¿Hasta cierto punto?

—Bueno, quiero decir que es cierto que soy su abogada, pero la verdad es que no he hablado gran cosa con él.

Sin proponérselo empezó a hojear los documentos que tenía ante sí, la copia para el defensor del expediente del caso. Escuchó la encantadora risa del abogado Strup.

—¿Desde cuándo trabajáis por 495 coronas la hora? ¡No pensaba yo que el salario oficial pudiera cubrir los gastos de alquiler de Aker Brygge! ¿Van tan mal las cosas que has decidido robarnos una cuota de mercado?

No le pareció un comentario malintencionado. El precio de su hora de trabajo estaba por encima de las dos mil coronas, dependiendo de quién fuera el cliente. Ella misma se rió un poco.

—Nos apañamos bien. Es una casualidad que vaya a ayudar a este tipo.

—Ya, verás, eso pensaba. Estoy bastante ocupado, pero uno de sus amigos ha acudido a mí para pedirme que ayude al chico. Es uno de mis más viejos clientes, este amigo suyo y, ya sabes, los abogados defensores tenemos que cuidar a nuestros clientes. ¡Ellos también son fijos! —Volvió a reírse—. En otras palabras: estaría encantado de hacerme cargo del caso, y supongo que tú no estás demasiado interesada en conservarlo.

Karen no sabía qué decir. La tentación de dejar todo el caso en manos del mejor abogado defensor del país era grande. No cabía duda de que Peter Strup lo haría mejor que ella.

—Gracias, eres muy amable, pero es que ha insistido en que sea yo y, hasta cierto punto, le he prometido que continuaría. Como es obvio le transmitiré tu oferta, y en caso de que la acepte ya te llamará él.

—Está bien. En fin, entonces tendremos que quedar en eso. Pero supongo que entiendes que necesito que se me informe lo más rápido posible. Me tengo que poner al día del caso, ya sabes, confío en ti.

Karen estaba un poco aturdida. Aunque sabía que entre los abogados penales era mucho más habitual robarse los clientes, o hacer intercambios sensatos de éstos, como decía mucha gente, le sorprendía que Strup tuviera que recurrir a esas cosas. Hacía poco que había visto su nombre en un reportaje en un periódico, lo ponían como uno de tres ejemplos de cómo los casos penales se retrasaban durante meses e incluso años, por la excesiva longitud de las listas de espera de los abogados más famosos. Por otro lado, le resultaba simpático que quisiera ayudarlos, sobre todo cuando la petición provenía de un amigo de Van der Kerch. No le costaba ver el atractivo de semejantes atenciones, aunque ella mantenía a todos sus clientes a considerable distancia.

Karen cerró la carpeta que tenía ante sí, vio que eran las cuatro, dio la jornada por acabada y constató en la lista de recepción que era la primera de todos los abogados en irse. Aún no había conseguido deshacerse del pinchazo de mala conciencia que la atacaba cada vez que había menos de diez nombres bajo la rúbrica «Mañana más», se dijo. Ese día decidió no pensar en ello, dio un paseo bajo la lluvia y cogió un tranvía repleto en dirección a su casa.

—Tengo un caso de derecho penal —murmuró entre dos pedazos de pescado congelado.

Karen Borg era de Bergen, y en Oslo no comía pescado fresco. El pescado fresco no debía de llevar más de diez horas muerto. El pescado de cuarenta y ocho horas de la capital le sabía a goma de borrar; para eso prefería la

producción en masa ultracongelada.

—La verdad es que sería más correcto decir que me lo han endosado — añadió después de acabar de masticar.

Nils sonrió.

—¿Y tú sabes de esas cosas? Muchas veces te quejas de que has olvidado todo lo que aprendiste, a excepción de lo que llevas haciendo los últimos ocho años —dijo, y se secó la boca con las muñecas, una mala costumbre muy irritante que Karen había intentado quitarle durante los seis años que llevaban viviendo juntos; unas veces llamando su atención sobre ello, otras colocando enormes servilletas junto a su plato. Nils no había tocado la servilleta y volvió a servirse.

—Saber, saber... —murmuró, le sorprendió sentirse ofendida, puesto que ella había pensado exactamente lo mismo—. Claro que sé, sólo tengo que repasarlo un poco —dijo, y resistió la tentación de añadir que había sacado una nota impresionante en el último examen de Derecho Penal.

Le contó toda la historia, pero por alguna razón u otra omitió la llamada telefónica del abogado Strup. No sabía por qué. Tal vez fuera porque la incomodaba. Desde que era una niña, ponía mucho cuidado en no hablar de las cosas que le resultaban difíciles. Lo sombrío había que guardárselo para una misma. Ni siquiera Nils la conocía del todo. El único que alguna vez había estado cerca de penetrar en su alma había sido Håkon Sand. Después de que él desapareciera de su vida, se hizo campeona mundial en solucionar sus propios asuntos con discreción y los de los demás a cambio de dinero.

Cuando terminó de hablar habían acabado de comer. Nils empezó a recoger la mesa y no parecía demasiado interesado en el relato. Karen se sentó en un sillón orejero, reclinó el respaldo y lo oyó trajinar con el lavavajillas. Después de un rato, el sonido de la cafetera se unió al del lavaplatos.

—Está claro que está acojonado —gritó Nils desde la cocina, luego asomó la cabeza por la puerta y repitió—: Creo que tiene un miedo de la hostia, no sé a qué.

Genial, como si eso no fuera evidente. Típico de Nils, su capacidad para soltar obviedades la había seducido durante mucho tiempo, casi tenía la impresión de que era una parodia, como si lo hiciera a posta. Pero en los

últimos tiempos se había dado cuenta de que realmente creía ver cosas que los demás no conseguían ver.

—Por supuesto que tiene miedo, pero ¿a qué? —murmuró, mientras Nils entraba con dos tazas de café—. Es evidente que no le tiene miedo a la Policía. Quería que lo cogieran. Se sentó en medio de una calle llena de tráfico a esperar que la Policía fuera a buscarlo. Pero ¿por qué no quería decir nada? ¿Por qué no quería contar que era él quien había matado al hombre del río Aker? ¿Por qué tiene miedo de la cárcel si no tiene miedo de la Policía? ¿Y por qué narices insiste en que sea yo su abogada?

Nils se encogió de hombros y agarró un periódico.

—Lo irás averiguando, ya verás —dijo, y se sumergió en las tiras cómicas.

Karen cerró los ojos.

—Lo iré averiguando —repitió para sí misma, y bostezó, a la vez que rascaba al perro detrás de la oreja.

Martes, 29 de septiembre

Karen Borg había pasado una noche intranquila, lo que hasta cierto punto era habitual. Por la noche siempre tenía sueño y se quedaba dormida a los pocos minutos de acostarse. El problema era que luego se volvía a despertar, por lo general hacia las cinco de la mañana. Estaba cansada y tenía la cabeza embotada, pero era incapaz de volver a gatas al reino de los sueños. De noche todos los problemas se tornaban enormes, incluso aquellos que por el día no eran más que sombras incómodas, y a veces ni eso. Cosas que le resultaba fácil minimizar durante el día, como inconvenientes que solventaba como tal cosa, poco peligrosos y carentes de interés, en el tránsito de la noche al día se convertían en fantasmas que le atenazaban y arrojaban sombra sobre todo lo demás. Con demasiada frecuencia se quedaba dando vueltas en la cama hasta que, sobre las seis y media, caía desmayada y conseguía echarse una cabezadita inservible hasta que, media hora más tarde, el despertador la sacaba a rastras del sueño.

Aquella noche se había despertado a las dos de la mañana, empapada en sudor. Iba montada en un avión sin suelo; todos los pasajeros tenían que hacer equilibrios sobre unos pequeños salientes que asomaban del cuerpo del avión, sin cinturones de seguridad. Después de aferrarse al aparato hasta acabar exhausta, el avión había empezado a trazar un marcado arco hacia la tierra. Se despertó en el momento en que se estrellaban contra el suelo. Se decía que los sueños sobre aviones estrellados eran señal de falta de control sobre la existencia. No tenía la sensación de que ése fuera su caso.

Era un magnífico día de otoño. Llevaba una semana lloviendo a cántaros, pero esa noche la temperatura había subido hasta los quince grados y el sol había hecho un enorme esfuerzo para recordar que, al fin y al cabo, el verano no quedaba tan lejos. Los árboles de la plaza de Olaf Ryes estaban ya de color amarillo-rojizo, y la luz era tan deslumbrante que incluso los pakistaníes parecían un poco pálidos en el momento que sacaban a la calle los productos de sus tiendecitas y de sus puestos. La calle Tofte retumbaba por la densidad del tráfico, pero, a pesar de todo, el aire resultaba sorprendentemente fresco y limpio.

Cinco años antes, cuando Karen se convirtió en la socia más joven de Greverud & Co, además de la única mujer, Nils y Karen habían hablado de la posibilidad de abandonar el barrio de Grünerløkka. Sin duda se lo podían permitir; el barrio no había evolucionado en la dirección en que esperaba todo el mundo cuando ella, siendo estudiante, se las había ingeniado para hacerse con un piso de 30 metros cuadrados en un edificio ruinoso que poco después fue salvado por la campaña de renovación de Oslo. La salvación, por decirlo suavemente, había consistido en una reforma deleznable a un precio descabellado. Como consecuencia, los gastos de comunidad se quintuplicaron en tres años; los menos acomodados tuvieron que mudarse y, si no hubiera sido porque a los acreedores no les convenía declarar la comunidad de vecinos en quiebra, las cosas hubieran ido muy mal. Sin embargo, Karen vendió el piso a tiempo, justo antes de la gran caída del precio de la vivienda en 1987, y había salido del asunto con suficientes recursos económicos para hacerse con una nueva vivienda: un ático en el edificio contiguo. Éste se había librado del plan de renovación porque los propios inquilinos se habían encargado de llevar a cabo las reformas que exigía el Ayuntamiento en esa zona.

Karen y Nils se plantearon seriamente mudarse del barrio, pero algunos años atrás, en una maravillosa noche de sábado, habían analizado sus propios motivos. Hicieron una lista con los pros y los contras, como si tuvieran que responder a un examen de selectividad. Al final llegaron a la conclusión de que era mejor usar el dinero para ampliar su pequeño apartamento y de paso reforzaron las finanzas de la comunidad de vecinos al comprar el resto de la

planta del ático, de casi 200 metros cuadrados. Cuando estuvo acabado, se había convertido en un piso magnífico, y caro. Nunca se habían arrepentido. Después de que ambos, de forma sorprendentemente serena, hubieran asumido que nunca iban a tener hijos, una especie de reconocimiento silencioso que había surgido entre ellos después de que llevaran cuatro o cinco años sin usar medios anticonceptivos sin que eso tuviera la menor consecuencia, empezaron a olvidar todas las objeciones que sus amigos ponían al contaminado centro de Oslo. Tenían una azotea, una piscina jacuzzi y una barbacoa, se libraban de las labores de jardinería y podían darse un paseo hasta el cine más cercano sin llegar a cansarse. Tenían coche, un Ford Sierra que compraron de segunda mano pensando que era una tontería gastar mucho dinero en un coche que iba a estar aparcado al aire libre, pero por lo general iban en tranvía o a pie.

Karen se había criado en Kalfaret, un barrio bueno de Bergen. Tuvo una infancia marcada por el sofisticado servicio de vigilancia de las amas de casa, agentes que se asomaban por detrás de las cortinas, siempre perfectamente informadas del más mínimo detalle sobre todo el mundo, desde los suelos sin lavar hasta las relaciones extramatrimoniales. Un par de veces al año, cuando pasaba unos días en casa de sus padres, siempre la embargaba una claustrofobia insoportable que no acababa de entender, sobre todo porque nunca había tenido nada que ocultar.

Por eso, para ella, Grünerløkka era un lugar de libertad. Se habían quedado allí, y no tenían la menor intención de irse.

Se detuvo ante el pequeño quiosco cuya puerta daba a la parada del tranvía. La prensa amarilla se agolpaba ante ella.

«BRUTAL ASESINATO VINCULADO AL MUNDO DE LA DROGA ASOLA A LA POLICÍA.»

El titular del periódico Dagbladet llamó su atención. Agarró un ejemplar, entró en la tiendecita leyéndolo y lanzó siete coronas sobre el mostrador sin mirar al vendedor. Cuando salió, el tranvía acababa de llegar. Marcó su bonobús y se sentó en un asiento plegable que estaba libre. La portada remitía a la página cinco. Debajo de una foto del cadáver que ella misma había

encontrado apenas cuatro días antes, el texto informaba de que «el brutal asesinato de un hombre de unos treinta años, no identificado hasta ahora, responde a un ajuste de cuentas por asuntos de drogas, según la policía».

No se indicaban las fuentes, pero la historia coincidía inquietantemente con lo que le había contado Sand.

Estaba cabreada. Håkon había recalcado que lo que hablaran entre ellos no debía salir de allí. Por otro lado era una advertencia por completo superflua, poca gente le gustaba menos a Karen Borg que los periodistas. Por eso la irritaba aún más la dejadez de la Policía.

Pensó en su cliente. ¿Vería los periódicos en el calabozo? No, había aceptado la prohibición de recibir cartas y visitas, y Karen creía recordar que eso implicaba también la prohibición de periódicos, televisión y radio. Pero no estaba segura.

«Esto tiene que asustarlo aún más», pensó, y luego se abstrajo con el resto del periódico mientras el tranvía traqueteaba a través de las calles de la ciudad, al modo de los tranvías modernos.

En la otra punta de la ciudad un hombre tenía miedo a morir.

Hans A. Olsen era tan ordinario como su propio nombre. El aire inconfundible de la ingesta abusiva de alcohol durante un número excesivo de años había hecho estragos en su rostro. Su pálida piel grisácea era grasienta, con los profundos poros bien visibles, y nunca parecía seca del todo. En esos momentos sudaba con fuerza y aparentaba más de los cuarenta y dos años que tenía. La amargura había colaborado con el abuso del alcohol y había proporcionado a su cara un aire descontento y furibundo.

Hans A. Olsen era abogado. Al comienzo de sus estudios había mostrado prometedoras modales y por eso había tenido algunos amigos. Sin embargo, la infancia en un ambiente pietista al sudoeste del país había encadenado fuertemente toda la voluptuosidad y alegría de vivir que alguna vez hubiera tenido. Había perdido la fe de su infancia a los pocos meses de llegar a la capital, pero el joven no había encontrado nada con lo que sustituirla. Nunca se había librado del todo de la imagen de un dios vengativo e implacable, y el

desgarro entre su yo primitivo y el sueño sobre una época de estudios repleta de vino, mujeres y logros académicos no había tardado en llevarlo a buscar consuelo en las tentaciones de la gran ciudad. Ya en aquellos tiempos, sus compañeros de estudios afirmaban que Hans A. Olsen nunca había usado sus órganos sexuales más que para mear. Era una verdad a medias. El chico aprendió pronto que el sexo se puede comprar. Su falta de encanto y su inseguridad habían hecho que no tardara en comprender que las mujeres no eran lo suyo, así que había frecuentado la zona del Ayuntamiento y acumulado mucha más experiencia de la que le atribuían sus compañeros.

El consumo de alcohol, que aumentó a tal velocidad que ya a los veinticinco años se decía que era alcohólico —cosa que médicamente no era correcta—, le impidió licenciarse con los resultados que hubieran correspondido a un talento original. Se licenció en Derecho con un expediente medio y encontró trabajo en el Ministerio de Agricultura. Permaneció allí durante cuatro años, antes de establecerse por su cuenta tras dos años de prácticas en un juzgado del norte de Noruega, un tiempo que recordaba con horror y que no consideraba más que un mal necesario en el camino hacia la habilitación y la libertad que sentía haber estado siempre buscando.

Después encontró a otros tres abogados que tenían un espacio libre en el despacho que compartían y que llegaron a la conclusión de que era un hombre retraído y difícil, con una furia incontrolable. Sin embargo, lo aceptaron tal y como era, en gran medida porque, a diferencia de los demás, siempre y sin excepción estaba al día en el pago del alquiler y el resto de los gastos comunes, aunque sus compañeros lo atribuyeran más bien a su ínfimo gasto de dinero que a sus capacidades de ganarlo. Hans A. Olsen era simple y llanamente tacaño. Tenía debilidad por los trajes grises; poseía tres. Dos de ellos tenían más de seis años, y se notaba. Ninguno de sus colegas lo había visto jamás vestido de otra manera. Usaba el dinero en una sola cosa: alcohol.

Para sorpresa de todos, durante un breve periodo había florecido. El asombroso giro de su vida se manifestó en que se lavaba el pelo con más frecuencia, en que empezó a usar un after shave de lujo —que durante un rato ocultaba el olor gris y desaliñado de su cuerpo, que también impregnaba su despacho— y en que una mañana apareció con unos zapatos italianos que, en

opinión de la secretaria, eran muy elegantes. La causa de la transformación fue una mujer que estaba dispuesta a casarse con él. La ceremonia tuvo lugar a las tres semanas de que se conocieran, cosa que en realidad implicaba unas cincuenta cervezas en el Gamla.

La mujer era más fea que el demonio, pero quienes la conocían decían que era buena, inteligente y cálida. Era diácono, pero eso no había supuesto ningún impedimento en el corto camino hacia su divorcio y ruptura definitiva.

Sin embargo, Hans A. Olsen tenía un punto fuerte: los criminales se entusiasmaban con él. Se esforzaba por sus clientes como pocos. Al tener sentimientos tan fuertes hacia ellos, detestaba a la Policía, la odiaba sin restricciones y nunca lo ocultaba. Su furia incontrolable había irritado a incontables miembros de la Policía judicial durante el transcurso de los años y como consecuencia sus clientes permanecían en prisión preventiva durante mucho más tiempo que la media. Olsen odiaba a la Policía, y ésta lo odiaba a él. Como es natural, eso afectaba a los prisioneros a los cuales representaba.

En aquel momento, Hans A. Olsen estaba muerto de miedo. El hombre que tenía ante él lo apuntaba con una pistola que sus escasos conocimientos sobre armas le impedían identificar. Pero parecía peligrosa, y había visto suficientes películas como para reconocer el silenciador.

—Has cometido una enorme tontería, Hansa —dijo el hombre de la pistola.

Hans A. Olsen odiaba el sobrenombre de Hansa, aunque fuera consecuencia natural de que siempre se presentara con la «a» intercalada.

—Sólo quería comentar el asunto contigo —gimoteó el abogado desde el sillón orejero en el que le habían ordenado que se sentara.

—Tenemos un acuerdo inviolable, Hansa —dijo el otro tipo, con la voz exageradamente controlada—. Aquí no se retira nadie. Y nadie va a dar el chivatazo. Tenemos que ir sobre seguro. Tienes que recordar siempre que no se trata sólo de nosotros. Sabes lo que está en juego y nunca antes has tenido inconvenientes. Lo que me dijiste ayer por teléfono, Hansa, eran puras amenazas. No podemos aceptar las amenazas. Si se derrumba uno, se derrumban todos, y no nos lo podemos permitir, Hansa. Tú lo entiendes.

—¡Tengo documentos!

Fue un último intento desesperado de aferrarse a la vida. De pronto se extendió por la habitación el olor inconfundible de los excrementos y la orina.

—No tienes ningún documento, Hansa. Los dos lo sabemos. En todo caso, tengo que correr el riesgo.

El disparo sonó como una tosecilla medio ahogada. La bala alcanzó al abogado en medio de la nariz, que se deformó por completo en el momento en que el proyectil se abrió paso por su cabeza y formó un cráter del tamaño de una castaña en la parte trasera. Rojo y gris salpicaron el pequeño tapete de ganchillo que cubría el respaldo del sillón; grandes manchas llegaron hasta la pared que estaba un metro por detrás.

El hombre de la pistola se quitó el guante de plástico de la mano derecha, se dirigió hacia la puerta y desapareció.

Jueves, 1 de octubre

Los periódicos comentaron el asesinato del abogado Hans A. Olsen como correspondía. En vida no llegó nunca a los titulares, a pesar de repetidos y furibundos intentos. Su cadáver fue mencionado en un total de seis primeras páginas. Habría estado orgulloso. Las declaraciones de sus colegas iban acompañadas del respeto debido y, aunque la mayoría pensaba que fue un mierda, la prensa dibujó la imagen de un caballero del gremio altamente valorado y respetado. Fueron varios los que encontraron motivos para criticar a la Policía, que una vez más carecía de pistas en un caso serio de asesinato. La mayoría parecía estar de acuerdo en que el abogado había sido expedido al más allá por un cliente descontento; dada la considerable limitación de su carpeta de clientes, la caza del criminal debería resultar breve y sencilla.

La subinspectora Hanne Wilhelmsen no creía en esa teoría. Sentía la necesidad de airear unas ideas bastante desordenadas con el adjunto Håkon Sand.

Se habían buscado un sitio al fondo de la cafetería. La mesa se hallaba junto a una ventana con magníficas vistas sobre las zonas menos opulentas de Oslo. Cada policía se había pedido una taza de café y ambos habían derramado parte del líquido sobre el platillo, de manera que, al beber, las tazas goteaban. Sobre la mesa destacaba un alargado paquete de chocolatinas Smil.

Hanne fue la primera en hablar.

—Para serte franca, Håkon, creo que los dos asesinatos están

relacionados.

Lo miró, no sabía cómo iba a ser recibido el globo sonda y aguardaba expectante. Sand mojó un trozo de chocolate en el café, se lo metió en la boca y se relamió concienzudamente los dedos. Resultaba guarro. Miró de frente a la mujer.

—No hay un solo rasgo en común entre los dos casos —dijo, algo desanimado—. Las armas son distintas, es distinto el lugar de los hechos, las personas son diferentes y los momentos no coinciden. ¡Esa teoría tuya te va a dar problemas!

—Pero, escúchame: no te ciegues con las diferencias. Veamos lo que vincula los dos casos. —Estaba emocionada y usaba los dedos para enumerar los argumentos—. En primer lugar: los asesinatos fueron cometidos con sólo cinco días de diferencia. —No hizo caso de la sonrisa levemente desdeñosa de Sand y del modo en que arqueaba las cejas—. En segundo lugar: aún no tenemos explicación para ninguno de los asesinatos. Es cierto que hemos identificado al hombre del río Aker, Ludvig Sandersen: un drogadicto de toda la vida con una ficha policial tan larga como mi brazo. Hace seis semanas que salió en libertad tras su última temporada en la cárcel, pero ¿sabes quién era su abogado?

—Ya que lo preguntas en ese tono triunfal, apuesto a que era nuestro difunto amigo Olsen.

—¡Bingo! Ahí, al menos, tenemos algún tipo de vinculación —continuó en un tono más bajo—. Y no sólo era cliente de Olsen, ¡sino que tenía una cita con él el día en que el abogado fue asesinado! La agenda de Olsen la tiene Heidi, que es la responsable de ese caso. Ludvig Sandersen tenía cita el viernes a las dos, y habían reservado dos horas para él. Una conversación larga, por tanto. Si es que tuvo lugar. En realidad eso no lo sabemos. Supongo que su secretaria nos lo puede confirmar.

Sand se había comido la mayor parte del chocolate a toda velocidad, mientras que a la subinspectora no le había dado tiempo a tomar más de dos pedazos. Estaba haciendo una pequeña cigüeña con el papel dorado, mientras esperaba una respuesta.

De pronto empezaron los dos a hablar, y ambos se interrumpieron a sí

mismos con una sonrisa.

—Tú primero —dijo Sand.

—Hay una cosa más. —El tono de la voz se había vuelto llamativamente bajo, a pesar de que la cafetería estaba casi vacía y de que el cliente más cercano se encontraba a más de siete metros de distancia—. No pienso poner esto sobre el papel, ni mencionárselo a nadie. Sólo a ti. —Por un momento la subinspectora se metió los dedos en las orejas, y luego colocó los codos sobre la mesa—. Hace algún tiempo estuve interrogando a un tipo en relación con un caso de violación. Lo habíamos detenido por pura rutina, tiene un historial que le cuesta una visita nuestra cada vez que tenemos un caso sexual sin resolver. No tardamos en descartar su implicación en el aquel caso, pero parecía muy nervioso, joder. En aquel momento no le di importancia, siempre están nerviosos por las cosas que tienen sobre sus espaldas. Pero el tipo estaba asustado de verdad. Antes de que le dijéramos lo que queríamos, nos insinuó bastante a las claras que quería llegar a un acuerdo. Dijo algo, ya no lo recuerdo literalmente, sobre que sabía de un abogado que estaba implicado en el tráfico de drogas a gran escala. Ya sabes cómo es esta gente: mienten más que delinquen, y tienen pocos reparos si eso los puede sacar de un apuro. Por eso, en aquel momento, no le di ninguna importancia. —Wilhelmsen había bajado muchísimo el tono de la voz, por lo que el hombre tuvo que inclinarse por encima de la mesa y ladear la cabeza para enterarse de lo que decía, un observador casual podría creer que tenían una cita romántica—. Esta noche me he despertado porque no me podía quitar a este tipo de la cabeza. Lo primero que he hecho esta mañana ha sido buscar el caso de violación y comprobar su nombre. Adivina quién era su abogado.

—Olsen.

—Exacto.

Los dos se quedaron mirando la brumosa imagen de la ciudad. Sand tomó aire un par de veces y se relamió pensativamente los dientes. Sabía que resultaba desagradable y se controló enseguida.

—¿Qué tenemos? —dijo sacando un folio en blanco, en el que hizo una lista numerada—. Tenemos un drogadicto muerto. El autor del asesinato, conocido y apresado, se niega a facilitar sus motivos. —El bolígrafo raspaba

contra el papel, y el entusiasmo le llevó a desgarrar la hoja—. Lo mataron tan a conciencia que no hubiera sobrevivido ni con siete vidas. Luego tenemos un abogado muerto, al que quitaron de en medio de un modo algo más sofisticado. Sabemos que las víctimas se conocían. Tenían una cita el día que el primero de ellos se quitó las zapatillas para siempre. ¿Qué más tenemos? —Continuó sin aguardar respuesta—: Unos rumores sueltos y poco fiables sobre la presunta implicación en el tráfico de drogas de un abogado cuyo nombre desconocemos. El abogado de la fuente del rumor era nuestro Olsen. —La subinspectora Wilhelmsen se dio cuenta de que a Sand le temblaba un lado de la boca, como un espasmo en la zona de la barbilla—. Creo que no andas tan desencaminada, Hanne. Pienso que quizás estemos rozando algo grande. Pero ¿qué hacemos ahora?

Por primera vez en toda la conversación, Wilhelmsen se reclinó en la silla y tamborileó contra la mesa con los dedos.

—Nos rodeamos de la mayor discreción —declaró—. Ésta va a ser la pista más débil con la que haya trabajado en mi vida. Te mantendré informado, ¿de acuerdo?

La Patrulla Desorden era la oveja negra de la jefatura, y su gran orgullo. Desde que empezaron a trabajar en la patrulla, aquellos policías vestidos con vaqueros, parcialmente melenudos y, por épocas, considerablemente poco aseados, nunca se habían sentido vinculados por los códigos del vestir, cosa que tampoco debían hacer, aunque de vez en cuando se saltaban reglas algo más inviolables. A intervalos irregulares tenían que presentarse en el despacho del jefe de personal o incluso en el de la comisaría principal. Decían que sí a todo y prometían enmendarse, pero al salir les hacían un velado corte de mangas. Sólo unos pocos habían ido tan lejos como para que los trasladaran a un puesto de oficina mortalmente aburrido, al menos durante una temporada. Y es que la Policía amaba a sus agentes en vaqueros. La Patrulla Desorden era efectiva, trabajaba duro y, de vez en cuando, recibía incluso visitas de colegas procedentes de Suecia o de Dinamarca, que llegaban a la jefatura con ideas vagas y se marchaban profundamente

admirados.

La semana anterior, durante una visita de la Policía de Estocolmo, un equipo de la televisión sueca los había acompañado durante una noche. Uno de los chicos se llevó al equipo de la televisión a casa de una prostituta que siempre tenía por ahí algunos gramos de alguna cosa que otra. Fue fácil derribar la puerta, no quedaba mucho de los marcos tras repetidas visitas anteriores. Con el cámara a rastras entraron al asalto en el salón a oscuras. Tirado en el suelo había un hombre de mediana edad que llevaba puesto un vestido rojo chillón con un gran escote, y una cadena de perro en torno al cuello. Rompió a llorar en cuanto descubrió a los asaltantes. Los policías lo consolaron y le aseguraron que no iban por él. Pero después de descubrir cuatro gramos de hachís y dos dosis de heroína en una estantería, que por lo demás estaba químicamente exenta de libros y correspondientemente repleta de baratijas de todo tipo de materiales y formas, exigieron al hombre del suelo que se identificara. Entre sollozos, el tipo sacó una cartera de camuflaje. En su tarjeta de identidad, el policía comprobó, reprimiendo una carcajada, que el hombre era oficial del Ejército. Su desesperación era comprensible. Circunstancias como aquélla, aunque no fueran un acto criminal, tenían, sin embargo, que ser comunicadas a los caballeros de la octava planta, la Brigada de Información. Nadie en Desorden supo lo que le pasó más tarde al tipo, pero el equipo de televisión sueco se lo pasó en grande con las grabaciones, que en nombre de la decencia nunca fueron emitidas.

La misión de la Patrulla Desorden se deducía del nombre. Tenían que provocar desorden en el mundillo de la droga, tanto para prevenir como para perseguir la venta, además de limitar el número de nuevos reclutas. No eran «secretas» en sentido estricto, por eso era esencial que no se supiera que eran policías. El lúgubre aspecto que habían adquirido la mayoría de ellos era más un modo de adaptarse al mundillo, que un intento de hacerse pasar por lo que no eran. Sabían casi todo lo que sucedía en el submundo de Oslo; el problema era que rara vez podían demostrar nada, a pesar de que a ese respecto le sacaban una cabeza a la mayoría de los demás departamentos de la jefatura.

Hanne oyó la animada conversación y las risas atronadoras que salían de la sala de reuniones de la patrulla mucho antes de llegar hasta allí. Llamó con

fuerza a la puerta un par de veces hasta que la oyeron. Al final abrieron la puerta, aunque sólo la dejaron entornada, y un hombre con pecas, el pelo increíblemente grasiento y una descomunal bola de tabaco de mascar bajo el labio superior le dirigió una sonrisa torcida, que le permitió apreciar que el tabaco se había extendido por entre los dientes.

—Caramba, Hanne, ¿qué quieres?

Fue muy amable, a pesar de lo poco acogedor de su lenguaje corporal y de que la puerta seguía sólo entreabierta.

Hanne le devolvió la sonrisa y empujó la puerta. El hombre de las pecas la soltó relucientemente.

Esparcidas por el suelo de la gran sala había restos de comida, basura y enormes cantidades de papel, periódicos y revistas medio pornográficas. En un rincón, se apoltronaba un hombre con la cabeza afeitada, una cruz invertida en una oreja, botines y un jersey de lana que probablemente podría andar solo. Lo llamaban Billy T. Había estudiado con Hanne Wilhelmsen en la Academia de Policía, y estaba considerado uno de los agentes más efectivos e informados de toda la patrulla. Billy T. tenía un carácter amable y alegre, era más bueno que el pan y tenía que convivir con un apetito por las mujeres que, combinado con su envidiable fertilidad, le había proporcionado nada menos que cuatro hijos con otras tantas mujeres. Nunca había vivido con ninguna de ellas, pero amaba a sus hijos, todos ellos varones, dos de los cuales se llevaban sólo tres meses de edad, y pagaba su manutención sin más queja que unas pocas maldiciones en voz baja cada día de cobro.

Hanne estaba buscando a Billy T. Pasó por encima de las prendas de vestir y demás objetos que bloqueaban el camino; él bajó la revista MC en la que estaba absorto y la miró con ligera sorpresa.

—¿Podrías acompañarme a mi despacho?

Con un elocuente movimiento de la cabeza y del brazo le invitó a mantener una conversación privada.

Billy T. asintió, tiró la revista que fue recogida ávidamente por el siguiente lector, y acompañó a la subinspectora de Policía a la tercera planta.

Wilhelmsen se inclinó sobre su propio escritorio y arrancó de la pared una lista escrita a máquina, por lo que la chincheta cayó al suelo. No la recogió, en su lugar colocó la lista frente a Billy T.

—Ésta es una lista de los abogados defensores habituales en la ciudad, además de algunos otros que no son tan habituales, pero que tienen muchos casos penales. Son treinta personas. Más o menos. —Billy T ladeó la cabeza rapada y miró con interés el papel; entornó un poco los ojos, la letra era pequeña para que todos los nombres cupieran en una hoja—. ¿Qué piensas de ellos? —preguntó Hanne.

—¿Que qué pienso de ellos? ¿Qué quieres decir con eso? —Deslizó el dedo por la hoja—. Este es majo, éste no está mal, éste es un cabrón, ésta es majísima... ¿Eso es lo que te interesa?

—Bueno, la verdad es que no —murmuró Hanne, y vaciló, antes de preguntar—: ¿Cuál de ellos lleva más casos de drogas?

Billy T. cogió un bolígrafo y dibujó una cruz junto a seis de los nombres. Hanne volvió a coger la hoja y la miró fijamente. Luego la volvió a dejar sobre la mesa, miró un rato por la ventana y preguntó:

—¿Alguna vez has oído rumores de que alguno de éstos pudiera estar implicado en el tráfico de drogas?

Billy T. no parecía sorprendido por la pregunta. Se mordisqueó el pulgar.

—Lo estás diciendo en serio, ¿verdad? Se escuchan tantas cosas que no te puedes creer ni una parte muy pequeña. Pero supongo que lo que me estás preguntando es si yo he sospechado alguna vez de alguno de ellos, ¿no?

—Sí, a eso me refiero.

—Digámoslo así: de vez en cuando tenemos razones para preguntárnoslo. Durante los últimos dos años ha ocurrido algo en el mercado. Tal vez sean tres años. Algo indefinible que no conseguimos entender del todo. Por un lado está el eterno problema de la droga en la cárcel. No hay quien lo pare. Los controles son cada vez más estrictos, pero no sirve de nada. En la calle también está sucediendo algo. Los precios están bajando. Eso significa que hay mucha oferta. Pura economía de mercado, ya sabes. Claro que se escuchan

rumores, pero se dispersan en todas direcciones. Así que si me preguntas si sospecho de alguno de estos abogados, en función de lo que sé, tengo que responderte que no.

—Pero si te pregunto por tus pensamientos más privados y tus instintos, y si no necesitas darme ningún motivo, entonces, ¿qué dices?

Billy T. de la Patrulla Desorden se acarició la cabeza rapada, agarró el papel y puso un dedo índice bien sucio sobre uno de los nombres. El dedo corazón se deslizó por la hoja y se detuvo sobre otro.

—Si supiera que pasara algo, estos dos serían los primeros a los que iría a ver —dijo—. Tal vez porque han corrido muchos rumores, quizá porque no me gustan. Tómallo por lo que es. Yo no he dicho nada, ¿de acuerdo?

Wilhelmsen tranquilizó a su compañero de promoción.

—Nunca has dicho esto, y nosotros sólo hemos estado hablando de los viejos tiempos.

Billy T. asintió, sonrió y se llevó su cuerpo de dos metros de alto de vuelta a la habitación de la quinta planta.

Viernes, 2 de octubre

Karen Borg recibió varias llamadas de teléfono en relación con su nuevo encargo no deseado. Aquella mañana la llamó un periodista. Trabajaba en el periódico Dagbladet y le resultó intrusivo y amable de un modo empalagoso.

No estaba nada acostumbrada a tratar con periodistas y reaccionó con un laconismo que le resultaba inusual: respondió casi únicamente con monosílabos. A modo de escaramuza, el periodista empezó soltando una parrafada con la que parecía querer impresionarla con todo lo que sabía sobre el caso, cosa que de hecho consiguió. Luego vinieron las preguntas.

—¿Ha dado alguna explicación sobre por qué mató a Sandersen?

—No.

—¿Ha explicado por qué se conocían?

—No.

—¿Tiene la Policía alguna teoría al respecto?

—No lo sé.

—¿Es cierto que el holandés no tiene más abogados que tú?

—Hasta cierto punto.

—¿Conocías al abogado asesinado, Hansa Olsen?

Le comunicó que no tenía más que aportar, le dio las gracias por la conversación y colgó.

¿Hansa Olsen? ¿Por qué le había preguntado eso? Había leído en la prensa del día los sanguinolentos detalles del caso, pero no le había dado mayor importancia. No era de su incumbencia y no conocía en absoluto al hombre.

No se le había pasado por la cabeza que el caso tuviera algo que ver con su cliente. En realidad tampoco tenía por qué tener relación, podía ser un palo de ciego del periodista. Algo irritada, decidió tranquilizarse con eso. En la pantalla del ordenador que tenía enfrente vio que nueve personas habían intentado contactar con ella aquel día, y por los nombres comprendió que tendría que emplear el resto del día en su cliente más importante: Producción Petrolera Noruega. Sacó dos de las carpetas del cliente, que eran de color rojo chillón con el emblema de PPN. Después de servirse un café, comenzó con la ronda de llamadas. Si acababa rápido, tendría tiempo de hacer una visita a la Comisaría General antes de irse a casa. Era viernes y tenía mala conciencia por no haber visitado a su cliente encarcelado desde la primera vez que se vieron. Desde luego pretendía hacer algo al respecto antes de tomarse el fin de semana libre.

Casi una semana en prisión preventiva no habían vuelto más locuaz a Han van der Kerch. Habían instalado en su celda un colchón impregnado en orina y le habían dado una manta de borra. En uno de los rincones de la elevación a modo de catre, el holandés había colocado una pila de libros baratos sin encuadernar. Tenía permiso para darse una ducha al día y había empezado a acostumbrarse al calor. Se quitaba la ropa en cuanto entraba en la celda y, por lo general, iba en calzoncillos. Sólo en las raras ocasiones en que lo sacaban para ventilarlo o interrogarlo, se tomaba la molestia de vestirse. Una patrulla había pasado por su habitación en Kringsjå y le habían traído ropa interior, artículos de aseo e incluso un pequeño reproductor portátil de CD.

Ahora se había vestido y estaba con Karen Borg en un despacho de la tercera planta. No mantenían exactamente una conversación, era más bien un monólogo en el que la contraparte a veces introducía murmullos.

—A principios de semana me llamó Peter Strup. Dijo que conocía a uno de tus compañeros y que te quería ayudar. —No hubo reacción, sólo un gesto aún más oscuro y cerrado en torno a los ojos—. ¿Conoces al abogado Strup? ¿Sabes de qué compañero habla?

—Sí. Yo te quiero a ti.

—Está bien.

Karen se estaba desanimando. Tras un cuarto de hora intentando sonsacar a aquel hombre, estaba a punto de tirar la toalla. De pronto el holandés se echó hacia delante en la silla. Con un movimiento desvalido, apoyó la cara en las manos y los codos sobre las rodillas separadas, se restregó la cabeza, alzó la mirada y habló.

—Entiendo que estés confusa. Yo tengo una confusión de la hostia. El viernes pasado cometí el error de mi vida. Fue un asesinato frío, planeado y espantoso. Me pagaron por hacerlo. Mejor dicho, me prometieron dinero por hacerlo. Aún no he visto la guita y no creo que en los próximos años vaya a estar muy activo en el frente de los créditos. Llevo una semana en una celda sobrecalentada preguntándome qué me pasó.

De repente rompió a llorar. Fue tan brusco e inesperado que Karen se vio completamente desarmada. El chico, que ahora parecía un adolescente, mantenía la cabeza entre las piernas, como si estuviera practicando las medidas de seguridad de un avión en caso de accidente, y en la espalda parecía tener convulsiones.

Al cabo de unos segundos se reclinó en la silla para respirar mejor. Tenía manchas rojas en la cara, se le caían los mocos y, a falta de nada que decir, Karen sacó unos Kleenex de su cartera y se los tendió. El chico se secó la nariz y los ojos, pero no dejó de llorar. Karen no sabía cómo consolar a un asesino arrepentido, pero se acercó un poco con la silla y le cogió la mano.

Permanecieron así diez minutos. Dio la impresión de ser una hora, y ella pensó que era probable que ambos lo hubieran sentido así. Pero por fin la respiración del joven empezó a estabilizarse. Karen le soltó la mano y apartó un poco la silla, sin hacer ruido, como si quisiera borrar aquel ratito de cercanía e intimidad.

—Tal vez ahora quieras decir algo más —dijo en voz baja, y le ofreció un cigarrillo que él cogió con mano temblorosa, como un mal actor.

Ella sabía que el temblor era auténtico. Le dio fuego.

—No tengo ni idea de qué decir —tartamudeó el chico—. Una cosa es que haya matado a un hombre, pero es que he hecho muchas cosas más, y no me gustaría hablar tanto como para conseguir una cadena perpetua. No sé cómo

contar lo uno sin revelar lo otro.

Karen no sabía qué decir. Estaba acostumbrada a tratar la información con la mayor discreción y confidencialidad. Si no fuera por esa cualidad, no habría tenido muchos clientes. Pero hasta ahora, su discreción había abarcado asuntos de dinero, secretos industriales y estrategias comerciales. Nunca le habían confesado algo abiertamente criminal; de hecho, no estaba segura de qué se podía callar sin transgredir ella misma la ley. Antes de pensar bien sobre aquel problema, tranquilizó a su cliente.

—Lo que me digas a mí, queda entre nosotros. Soy tu abogada y estoy obligada a mantener el secreto profesional.

Tras otros dos o tres suspiros, el holandés se sonó con los Kleenex empapados y contó su historia:

—He estado en una especie de liga. Digo «una especie» porque la verdad es que no sé gran cosa sobre ella. Conozco a un par de personas más que están implicadas, pero son gente a mi nivel, nosotros recogemos y entregamos, y a veces vendemos un poco. Mi contacto tiene una empresa de coches usados en Sagene. Pero el tinglado entero es bastante grande. Al menos eso creo. Nunca he tenido problemas a la hora de cobrar los trabajos que he hecho. Un tipo como yo puede viajar con frecuencia a Holanda, no tiene nada de sospechoso. Cada vez que voy, visito a mi madre. —Al pensar en su madre, se volvió a derrumbar—. Nunca antes he estado en contacto con la Policía, ni aquí ni en casa. Joder. ¿Cuánto tiempo voy a tener que pasar en la cárcel? —Karen sabía perfectamente lo que le esperaba a un asesino, que tal vez fuera también correo, pero no dijo nada; se limitó a encogerse de hombros—. Calculo que habré hecho unos diez o quince viajes en total —continuó el hombre—. Es un trabajo muy sencillo, en realidad. Antes de salir me dan una dirección en Ámsterdam, cada vez es distinta. La mercancía siempre está ya embalada. En plástico. Yo me trago los paquetes, aunque en realidad no sé lo que contienen. —Se interrumpió un momento antes de continuar—. Bueno, siempre he pensado que era heroína. En realidad lo he sabido. Unos doscientos gramos por vez, que son más de dos mil dosis. Todo ha salido siempre bien y, al entregarlo, me dan mis veinte mil coronas. Además de cubrirme los gastos.

La voz sonaba espesa, pero se explicaba con corrección. No paraba de

desgarrar los pañuelos, que estaban ya a punto de desintegrarse. En ningún momento apartó la vista de sus manos, como si tuviera que constatar con incredulidad que eran precisamente aquellas manos las que habían matado a otro ser humano hacía justo una semana.

—Creo que debe de haber bastante gente implicada, aunque yo no conozco a más de dos o tres. Es un asunto demasiado grande, un pringado de Sagene no puede llevar todo eso él solo, no parece lo bastante listo. Pero yo no he preguntado. Yo he hecho el curro, he cogido el dinero y he mantenido la boca cerrada. Hasta hace diez días.

Karen estaba abatida, se sentía atrapada en una situación que no controlaba en absoluto. Su cerebro registraba la información que recibía, al mismo tiempo que luchaba febrilmente con la pregunta de qué hacer con ella. Se dio cuenta de que se había sonrojado y de que el sudor corría por sus axilas. Sabía que el holandés iba a empezar a hablar de Ludvig Sandersen, el hombre al que ella misma había encontrado la semana anterior, un hallazgo que desde entonces la perseguía por las noches y la atormentaba por el día. Se aferró a los reposabrazos de la silla.

—El martes pasado me pasé a ver al tipo de los coches usados —continuó Han van der Kerch, que estaba más tranquilo; por fin renunció a los restos de papel, los soltó en la papelera que tenía al lado y la miró por primera vez aquel día antes de continuar—. Hacía meses que no hacía ningún trabajo. Estaba esperando que se pusieran en contacto conmigo en cualquier momento. Me he instalado un teléfono en mi habitación, para no depender de la cabina de teléfonos que hay en el pasillo. Nunca cojo el teléfono antes de que suene cuatro veces. Si suena dos veces y luego se corta, y después suena otras dos veces y se vuelve a cortar, sé que me tengo que presentar allí a las dos del día siguiente. Es un sistema bastante inteligente. En mi teléfono no se ha registrado una sola conversación entre los dos, al mismo tiempo que sí puede contactar conmigo. En fin, que el martes pasado fui hasta allá, pero esta vez no se trataba de drogas. Había un tipo en el sistema que se había puesto un poco chulo. Había empezado a chantajear a uno de los peces gordos. Algo así. No me explicó gran cosa, sólo que constituía una amenaza para todos nosotros. Me llevé un susto de muerte. —Han van der Kerch esbozó una sonrisa torcida,

con ironía hacia sí mismo—. En los dos años que llevo con esto, nunca había pensado en serio en la posibilidad de que me cogieran. Hasta cierto punto me he sentido invulnerable. Joder, me cagué de miedo cuando entendí que algo podía salir mal. No se me había pasado por la cabeza que alguien de dentro del sistema pudiera suponer una amenaza. En realidad fue el pánico a que me cogieran lo que me llevó a aceptar el encargo. Me iban a dar doscientos de los grandes. Menuda tentación, coño. No se pretendía sólo matar al tipo, sino que, al mismo tiempo, todas las piezas del sistema escucharían un tiro al aire. Por eso le destrocé la cara. —El chico comenzó a llorar de nuevo, pero esta vez no con tanta intensidad, aún era capaz de hablar, pero las lágrimas corrían por su cara y de vez en cuando se tomaba una pausa, suspiraba profundamente, fumaba y pensaba—. Pero una vez hecho, me acojoné. Me arrepentí de inmediato. Me pasé veinticuatro horas dando vueltas, sin rumbo. No recuerdo gran cosa.

Karen no había interrumpido al chico una sola vez. Tampoco había tomado notas, pero se imponían dos preguntas.

—¿Por qué me querías a mí de abogada? —preguntó en voz baja—. ¿Y por qué no quieres ir a la cárcel provincial?

Han van der Kerch la miró durante una eternidad.

—Tú encontraste el cadáver, aunque estaba bien escondido.

—Sí, iba con un perro. ¿Y qué?

—Ya te he dicho que no sabía gran cosa del resto de la organización, pero alguna que otra cosa se va pillando. Alguien que se va de la lengua, alguna insinuación... Creo, aunque no lo sé, que hay algún abogado metido en el tinglado. No sé quién es y no puedo confiar en nadie. Pero la cosa es que nos convenía que se tardara en encontrar el cadáver. Cuanto más tiempo pasara, más frías estarían las huellas. Tú tienes que haberlo encontrado a las pocas horas de que yo lo matara. Es imposible que estés implicada.

—¿Y lo de la cárcel?

—Sé que el grupo tiene contactos dentro. Internos, creo, pero podrían ser empleados, qué sé yo. Lo más seguro es quedarse con el «tío policía». ¡Por mucho calor que haga, coño!

Parecía aliviado. Karen, en cambio, estaba abrumada, como si aquello que

llevaba una semana martirizando al chico se hubiera cargado ahora sobre sus hombros.

El holandés le preguntó qué pensaba hacer y ella respondió, con franqueza, que no estaba segura, que se lo tenía que pensar.

—Pero me has prometido que esta conversación va a quedar entre nosotros —le recordó el detenido.

Karen no respondió, pero se llevó el dedo a los labios en señal de silencio. Llamó a un agente. Se llevaron de nuevo al recluso, de vuelta a su repugnante celda amarillo pálido.

Aunque ya eran más de las seis de la tarde del viernes, Sand seguía en su despacho. Karen constató que el aire de cansancio que había adquirido su cara, que el viernes había atribuido a un fin de semana agotador, era en realidad permanente. Le asombraba que trabajara hasta tan tarde, sabía que en la Policía no se pagaban las horas extra.

—Esto de trabajar tanto es un desastre —admitió Sand—, pero peor es despertarse en medio de la noche agobiado por todo lo que no has hecho. Intento estar más o menos al día cada viernes. Así el fin de semana me resulta más agradable.

La gran casa gris estaba silenciosa. Los dos permanecieron sentados en un extraño estado de fraternidad. De pronto una sirena rompió el silencio, estaban probando un coche patrulla en el patio trasero. Se interrumpió con la misma brusquedad que había comenzado.

—¿Ha dicho algo?

Había estado esperando la pregunta, sabía que tendría que llegar, pero tras unos minutos de relajación la pilló de improviso.

—Poca cosa.

Se daba cuenta de lo difícil que le resultaba mentirle. El rubor empezó a ascender por su espalda, esperaba que no se extendiera hasta la cara, pero aun así él se dio cuenta de todo.

—La obligación de guardar silencio de los abogados. —Håkon sonrió, alargó los brazos por encima de la cabeza, entrelazó los dedos y se los colocó

en la nuca; Karen se percató de que tenía aros de sudor bajo los sobacos, pero no resultaba repelente, sino más bien natural después de una jornada laboral de diez horas de duración—. Lo respeto —continuó él—. ¡Tampoco es que yo pueda decir gran cosa!

—Yo creía que el abogado defensor tenía derecho a que le dieran información y documentos —le recriminó ella.

—No en caso de que pensemos que pueda afectar a la investigación.

Håkon sonrió aún más ampliamente, como si le divirtiera que se encontraran en una situación de enfrentamiento profesional. Se levantó y fue a buscar dos tazas de café. Sabía aún peor que el del lunes, como si la misma cafetera llevara hirviendo desde entonces. Karen se conformó con un trago y dejó la taza sobre la mesa con una mueca.

—Esa sustancia te va a matar —le advirtió, pero él ignoró la advertencia y afirmó que tenía un estómago a prueba de bombas.

Por alguna razón que no podía explicar, Karen se sentía bien. Había surgido entre ellos un conflicto extraño y sorprendentemente agradable, que nunca antes había estado allí. Nunca antes Håkon Sand había estado en posesión de información de la que ella carecía. Lo miró con atención y se dio cuenta de que le brillaban los ojos. El gris incipiente de sus sienes no sólo le hacía parecer mayor, sino también más interesante, más fuerte. La verdad es que se había puesto bastante guapo.

—Te has puesto muy guapo, Håkon —se le escapó.

Él ni siquiera se ruborizó, la miró a los ojos. Ella se arrepintió enseguida, aquello suponía abrir una escotilla en el tanque, el que hacía mucho tiempo había asumido que no se podía permitir abrir, ante nadie. Cambió inmediatamente de tema.

—En fin, si tú no me puedes contar nada y yo no te puedo contar nada a ti, será mejor que nos despedamos —concluyó. A continuación se levantó y se puso el chubasquero.

Él le pidió que se volviera a sentar. Ella obedeció, pero se dejó puesta la chaqueta.

—Francamente, este caso es aún más serio de lo que habíamos pensado. Estamos trabajando con diversas teorías, pero son bastante volátiles, y por

ahora no hay ni rastro de algo concreto. Lo que sí te puedo decir es que parece que se trata de tráfico de estupefacientes a gran escala. Es demasiado pronto para decir hasta qué punto está implicado tu cliente, pero aun así lo tenemos atrapado con un asesinato. Creemos que fue premeditado. Si no te puedo decir más, no es por mala idea. No sabemos más, así de sencillo, y yo, incluso ante una vieja amiga como tú, tengo que tener cuidado de no airear ideas sueltas y especulaciones.

—¿Tiene esto algo que ver con Hans A. Olsen?

Karen había pillado desprevenido a Håkon. Se quedó mirándola fijamente durante treinta segundos con la boca abierta.

—¿Qué coño sabes tú de eso?

—No sé nada —respondió ella—. Pero hoy me ha llamado un periodista. Un tal Fredrik Myhre o Myhreg o algo así. Del Dagbladet. Me preguntó si conocía al abogado asesinado, en medio de una ristra de preguntas sobre mi cliente, así, sin venir a cuento. La verdad es que da la impresión de que los periodistas están perfectamente informados sobre el trabajo de la Policía, así que he decidido preguntártelo. Pero yo no sé nada. ¿Debería saber algo?

—Menudo cabrón —dijo Håkon, que se levantó—. Hablamos la semana que viene.

En el momento en que iban a salir por la puerta, Håkon alargó el brazo para apagar la luz. El movimiento llevó su brazo por encima del hombro de la mujer y, sin previo aviso, se inclinó sobre ella y la besó. Fue un beso juvenil, como el de un chico.

Se miraron durante unos segundos, luego él apagó la luz, echó la llave y, sin mediar palabra, la acompañó hasta la salida del enorme edificio casi desierto. Había llegado el fin de semana.

Lunes, 5 de octubre

El periodista Fredrick Myhreng estaba incómodo. Se tiró nerviosamente de las mangas recogidas antes de empezar a jugar con un bolígrafo que, de pronto, se le rompió y que hizo que la tinta le tiñera las manos de azul. Miró a su alrededor buscando algo con que secarse, pero se tuvo que contentar con el tieso papel de su cuaderno de espiral. No sirvió de mucho.

Además, se manchó de tinta el traje caro que llevaba, con las mangas remangadas, como si no se hubiera enterado de que eso pasó de moda cuando Corrupción en Miami desapareció de la televisión, y de eso hacía ya mucho tiempo. No había quitado la marca de la parte exterior de la manga derecha, al contrario, había doblado la manga con tanto esmero que la marca aparecía como una señal de aristocracia. No le fue de gran utilidad: se sentía pequeño e inquieto en el despacho de Håkon Sand.

Había acudido voluntariamente. Sand lo había llamado a primera hora de la mañana, antes de que se le hubiera aplacado la triste sensación de lunes tras un fin de semana libre y animado. El fiscal adjunto había sido correcto, aunque considerablemente firme, cuando le pidió que se presentara en la comisaría lo antes posible. Eran las diez y se sentía algo mareado.

Sand le ofreció un caramelo de un cuenco de madera y el periodista aceptó, pero se arrepintió en cuanto se lo metió en la boca, era un caramelo grande e imposible de manejar sin hacer ruido. El propio Sand se había abstenido y Myhreng entendía por qué. Resultaba difícil hablar con aquella bola en la boca y empezar a masticarlo le pareció demasiado infantil.

—Por lo que entiendo, estás investigando nuestros casos de asesinato —dijo el fiscal adjunto en un tono no falto de arrogancia.

—Sí, soy reportero de sucesos —respondió Myhreng secamente y disimulando mal su orgullo por el título de su profesión.

En su empeño por parecer seguro de sí mismo, estuvo a punto de perder el caramelo de la boca. Al intentar recuperarlo a toda prisa, acabó tragandoselo. Sintió la lenta e incómoda peregrinación del caramelo en dirección al estómago.

—¿Qué es lo que sabes, en realidad?

El joven periodista no estaba seguro de qué hacer. Todos sus instintos le recomendaban precaución, al mismo tiempo que sentía la imperiosa necesidad de presumir de todo lo que sabía.

—Creo que sé lo que sabéis vosotros —anunció, creyendo haber matado dos pájaros de un tiro—. Y tal vez algo más.

Sand suspiró.

—Escucha. Ya sé que no vas a decir nada sobre quién o cómo, sé que para vosotros es una cuestión de honor no revelar nunca vuestras fuentes. Así que no te estoy exigiendo nada, te estoy proponiendo un acuerdo.

Un atisbo de interés asomó en los ojos de Myhreng, pero el adjunto no estaba seguro de hasta dónde llegaba.

—Puedo confirmarte que no andas desencaminado —continuó Sand—. Me he enterado de que has vinculado los dos casos de asesinato, pero ya me he dado cuenta de que aún no has escrito nada sobre el asunto. Eso está bien. Para la investigación sería bastante malo, por decirlo suavemente, que esto saliera a imprenta. Como es obvio, podría conseguir que la comisaría principal de la Policía llamara al director de tu periódico, para presionaros, pero tal vez pueda evitar hacerlo. —El tipo estaba cada vez más interesado—. Te prometo que serás el primero en saberlo cuando tengamos algo más, pero eso presupone que pueda confiar en ti cuando te pida discreción. ¿Puedo?

A Fredrick Myhreng no le gustaba el giro que había tomado la conversación.

—Eso depende —dijo sonriendo—. Cuéntame más.

—¿Por qué has vinculado los dos asesinatos?

—¿Por qué los vinculáis vosotros?

Sand suspiró pesadamente. Se levantó, se giró hacia la ventana y permaneció así durante medio minuto. De pronto se volvió.

—Estoy intentándolo por las buenas —dijo con voz alta y dura—. Pero también puedo hacerte un interrogatorio judicial, puedo acusarte de retención de pruebas importantes para un proceso penal. Tal vez no te pueda obligar a soltar la información, pero sí que puedo hacer que lo pases muy mal. ¿Crees que será necesario?

El discurso tuvo cierto efecto. Myhreng se retorció en la silla, pidió más garantías de que sería el primero en saberlo cuando pasara algo y las obtuvo.

—Yo estaba en Gamle Christiania el día en que mataron a Sandersen, era por la tarde, creo que en torno a las tres. Estaban allí el abogado Olsen y Sandersen. Me fijé porque estaban sentados solos. Olsen tiene una pandilla con la que suele, perdón, solía salir a beber. Ellos también estaban allí, pero en otra mesa. En ese momento no lo pensé mucho, pero como es obvio lo recordé cuando se sucedieron los dos asesinatos. No sé de qué hablaron, ¡pero menuda casualidad! Más allá de esto no tengo idea de nada. Bueno, alguna idea sí que tengo, pero no sé nada.

Se hizo el silencio en la habitación. Oían el zumbido del tráfico en la calle Åkeberg. Una corneja se posó sobre el alféizar de la ventana y presentó sus altisonantes acusaciones. Sand no prestó atención.

—Tal vez los casos estén vinculados, pero no lo podemos asegurar. Por ahora no hay más de dos personas aquí en la jefatura que piensen en esa dirección. ¿Has hablado con alguien de esto?

Myhreng pudo desmentir tal extremo, dijo que le interesaba guardarse la información, pero que había empezado a investigar. Había estado preguntando un poco por aquí y por allá, pero nada que pudiera despertar sospechas. Además, todo lo que había averiguado hasta ahora, lo sabía de antes. La relación de Hansa Olsen con el alcohol, su apego a los clientes, su falta de amigos y su gran cantidad de compañeros de borrachera. ¿Qué hacía la Policía?

—Por ahora, poco —dijo Håkon—. Pero ya nos estamos poniendo en marcha. Hablaremos hacia finales de semana. Que no te quepa duda de que,

como no respetes nuestro acuerdo, voy a ir a por ti. Ni una palabra sobre esto en los periódicos. Ya te llamaré cuando sepamos algo más. Puedes irte.

Myhreng estaba encantado. Aquel día había hecho un buen trabajo y, al abandonar la Comisaría General, sonreía de oreja a oreja. La tristeza del lunes se la había llevado el viento.

La gran estancia era demasiado oscura. Pesadas cortinas marrones de velludillo con borlas en los bordes robaban la poca luz que hubiera podido colarse en el piso ubicado en la planta baja de un patio trasero. Todos los muebles eran de maderas oscuras; Wilhelmsen creía que era caoba. Olía a cerrado y estaba todo cubierto de una gruesa capa de polvo que era imposible que se hubiera acumulado en una sola semana, así que los policías llegaron a la conclusión de que a Hansa Olsen no le había importado mucho la limpieza. Pero estaba todo muy ordenado. Una estantería de libros cubría una pared entera; era marrón oscuro, con armarios en la parte baja y un mueble-bar iluminado y con puertas de vidriera de colores en un extremo. Sand se dirigió a la librería pisando la gruesa moqueta. Le daba la impresión de que se iba hundiendo en ella y sus pasos no producían más ruido que el suave crujido del cuero de los zapatos. No había ni una sola novela en los estantes, pero el abogado tenía una imponente colección de libros jurídicos. Sand ladeó la cabeza y fue leyendo los títulos de los lomos. Había allí obras que se podrían vender por varios miles de coronas en una subasta. Sacó una de ellas de la estantería, palpó el cuero auténtico con que estaba encuadernada y sintió aquel olor tan característico al hojearlo con cuidado.

Wilhelmsen se había sentado en la descomunal mesa de mármol con patas en forma de pie de león y miraba fijamente el sillón orejero de cuero. Sobre el respaldo había un tapete de ganchillo, cubierto de sangre seca y oscura. Le pareció sentir un ligero olor a hierro, pero lo descartó como meras imaginaciones suyas. El asiento también estaba manchado.

—¿Qué es lo que estamos buscando en realidad? —La pregunta de Håkon Sand era oportuna, pero no hubo respuesta—. Tú eres la investigadora, ¿por qué me has traído aquí?

Seguía sin recibir respuesta, aunque Hanne se levantó, se acercó a la ventana y palpó por debajo del alféizar.

—Todo esto ha sido revisado por los técnicos —dijo al fin—. Pero ellos estaban buscando pistas para un caso de asesinato, y tal vez se les haya pasado lo que estamos buscando nosotros. Creo que tiene que haber documentos escondidos en alguna parte. En algún sitio de este piso debe haber algo que hable de lo que este tipo se traía entre manos, más allá de la abogacía, quiero decir. Ya hemos revisado sus cuentas de banco, al menos las que conocemos, y no se ha encontrado nada sospechoso. —Continuó palpando las paredes y prosiguió—: Si tenemos razón en nuestra débil teoría, el hombre debería tener dinero. No creo que se atreviera a tener los documentos almacenados en el despacho. Por allí pasa un montón de gente todo el tiempo. Aquello es un flujo constante, joder. A no ser que tuviera otro escondite en algún otro lado, tiene que haber algo por aquí.

Håkon siguió el ejemplo de la detective y recorrió la pared de enfrente con los dedos. Se sentía idiota, no tenía ni idea de cómo reconocería una supuesta cámara secreta. Aun así, continuaron hasta que palparon debidamente toda la habitación, sin otro resultado que los dedos sucios.

—¿Y si probamos con lo obvio? —dijo Håkon, mientras se dirigía a la estantería de mal gusto y abría las puertas.

En el primer armario no había nada y el polvo de los estantes indicaba que llevaba mucho tiempo vacío. El siguiente estaba repleto de películas porno, meticulosamente ordenadas por categorías. La subinspectora sacó una de ellas y la abrió. Contenía lo que prometía la voluptuosa etiqueta. Dejó la película en su sitio y sacó la siguiente.

—¡Bingo!

Una nota había caído al suelo. La recogió, era un folio plegado con minuciosidad. En la parte de arriba de la hoja ponía «las alas», escrito a mano. Después aparecían una serie de números, en grupos de tres, con guiones intercalados: 2-17-4, 2-19-3, 7-29-32, 9-14-3. Y así continuaba casi hasta el final de la página.

Miraron la hoja largo rato.

—Tiene que ser un código —intervino Sand, y se arrepintió enseguida.

—No me digas —sonrió Hanne, y luego volvió a plegar la hoja con cuidado y la introdujo en una bolsa de plástico—. Entonces vamos a tener que intentar descifrarlo —dijo con énfasis, y metió la bolsa en una maleta que había traído.

El abogado Peter Strup era un hombre inquieto. Mantenía un ritmo que, teniendo en cuenta su edad, habría hecho saltar las alarmas de cualquier médico, si no fuera porque se mantenía en un impresionante estado físico. Actuaba en los tribunales treinta días al año, además de participar en campañas, programas de televisión y debates. Había publicado tres libros en los últimos cinco años, dos de ellos sobre sus muchas bravatas en los juzgados y el otro una pura autobiografía. Los tres se habían vendido bien, y habían salido al mercado con la anticipación precisa a las Navidades.

En aquel momento se hallaba en un ascensor que se dirigía hacia el despacho de Karen Borg. Vestía un traje de buen gusto, de franela de lana de color rojo que tiraba a marrón. Los calcetines hacían juego con una raya de la corbata. Se vio a sí mismo en el enorme espejo que cubría toda una pared del ascensor. Se pasó una mano por el pelo, se enderezó el cuello de la camisa y le molestó notar que se le insinuaba una franja oscura en torno al cuello.

En el momento en que se abrieron las puertas de metal y daba un paso hacia el pasillo, una joven salió por las grandes puertas de cristal con números blancos que le indicaban que se encontraba en la planta correcta. La mujer era rubia, una belleza del montón, y llevaba un traje chaqueta que era prácticamente del mismo color y tela que el traje que llevaba él. Al verlo, la mujer se detuvo perpleja.

—¿Peter Strup?

—Mrs. Borg, I presume —dijo él tendiéndole la mano, que ella estrechó tras una breve vacilación—. ¿Te estás yendo? —preguntó de modo bastante superfluo.

—Sí, pero sólo para recoger algo privado, acompáñame dentro —respondió Karen, y se detuvo—. ¿Querías verme a mí?

El abogado se lo confirmó y entraron juntos en el despacho de ella.

—Vengo a causa de tu cliente —dijo una vez que se hubo sentado en uno de los dos sillones separados por una mesita de cristal—. Lo cierto es que quisiera hacerme cargo del caso. ¿Has hablado con él del asunto?

—Sí, y me temo que no quiere. Quiere que sea yo. ¿Quieres un café?

—No, no te ocuparé tanto tiempo —dijo Strup—. Pero ¿sabes por qué insiste en que seas tú?

—No, la verdad es que no —mintió, y le asombró lo fácil que le resultaba mentir a aquel hombre—. Tal vez quiera que sea una mujer, así de sencillo.

Karen sonrió y el abogado soltó una carcajada breve y encantadora.

—No pretendo ofenderte —le aseguró—, pero con todos mis respetos: ¿sabes algo de derecho penal? ¿Tienes alguna idea de lo que sucede en un juicio?

Ella no respondió, pero se irritó considerablemente. A lo largo de la última semana había sufrido las bromas de sus compañeros, el acoso de Nils y el reproche de la esnob de su madre por haberse hecho cargo de un proceso criminal. Peter Strup pagó el pato. Karen estampó la mano contra la mesa.

—Para serte franca, estoy bastante harta de que la gente resalte mi incompetencia. Tengo ocho años de experiencia como abogada, y eso después de una licenciatura sin duda brillante. Y por usar tus propias palabras: con todos mis respetos, ¿cómo de difícil es defender a un hombre que ha confesado un asesinato? ¿Acaso no basta con poner el piloto automático y añadir una nota de color sobre las dificultades de su vida en el momento en que se esté decidiendo la duración de la pena?

No estaba acostumbrada a presumir, y no solía enfadarse. A pesar de todo, le sentó bien. Se percató de que Strup parecía cohibido.

—Por Dios, seguro que puedes hacerlo —dijo conciliadoramente, como un examinador amable—. No era mi intención herirte. —En el momento en que salía, se giró con una sonrisa y añadió—: ¡Pero la oferta sigue en pie!

Cuando cerró la puerta, marcó el número de teléfono de la jefatura de Policía. Al cabo de un rato le atendió una recepcionista de mal humor; pidió que le pasaran al fiscal adjunto Sand.

—Soy Karen.

Él no respondió, y durante una centésima de segundo sintió la peculiar

tensión que había surgido entre ellos antes del fin de semana, pero que entre tanto casi había olvidado. Tal vez era eso lo que quería.

—¿Qué sabes de Peter Strup?

La pregunta se abrió paso a través de la tensión. Él no pudo disimular su asombro.

—¿Peter Strup? Uno de los abogados defensores más competentes del país, tal vez el mejor, lleva siglos en activo ¡y la verdad, es un tipo muy majo! Eficaz, famoso y sin un solo rasguño en el esmalte. Lleva casado veinticinco años con la misma mujer, tiene tres hijos, que han salido muy bien, y vive en una villa modesta en Nordstrand. Lo último lo sé por la prensa rosa. ¿Qué pasa con él?

Karen contó su historia. Fue escueta, no añadió ni quitó nada. Al acabar dijo:

—Algo falla. No puede estar buscando trabajo. ¡Y se tomó la molestia de venir a mi despacho! ¡Podría haberme llamado otra vez! —Parecía casi indignada, pero Håkon se había puesto a pensar y no dijo nada—. ¡Oye!

—Que sí, mujer, aquí estoy —reaccionó él—. No, la verdad es que no lo entiendo, pero es probable que simplemente pasara por allí. Tal vez estaba en las inmediaciones por algún asunto de trabajo.

—En fin, puede ser, pero entonces me extraña que no llevara un maletín o algo así.

Håkon estaba de acuerdo, pero no dijo nada. Nada de nada. Aunque estaba pensando con tal intensidad que no hubiera sido raro que Karen lo oyera.

Miércoles, 7 de octubre

—Ésto es un código de libro. Eso al menos está claro.

El anciano estaba seguro de lo que decía. Se hallaba en la cantina de la séptima planta junto con Hanne Wilhelmsen y Håkon Sand.

Era un hombre guapo, delgado y muy alto para su generación. Aunque el pelo era más escaso de lo que fue en tiempos, aún conservaba el suficiente como para tener una imponente cabellera blanquecina, peinada hacia atrás y cortada hacia poco. Tenía una cara poderosa y bien definida, con la nariz recta, de estilo nórdico, y unas gafas que se balanceaban elegantemente sobre la punta. Iba bien vestido, con un jersey rojo oscuro y unos distinguidos pantalones azules. Las manos sujetaban la hoja de papel con firmeza y tenía una alianza atascada en el dedo anular derecho.

Gustav Løvstrand era policía retirado. Había comenzado su vida laboral durante la guerra, en los servicios secretos del Ejército, pero más tarde había apostado por una carrera en la Policía, más orientada hacia el público. Era un hombre de enorme aplomo, muy apreciado y respetado por sus compañeros antes de que lo reclutara la Brigada de Información, donde terminó su carrera como consejero. Había experimentado la gran alegría y satisfacción de ver a sus tres hijos trabajando en servicios relacionados con la Policía. Gustav Løvstrand cultivaba a su mujer y sus rosas, disfrutaba de la vida de jubilado y ayudaba a todo aquel que opinaba que él aún tenía algo que aportar.

—Es sencillo ver que se trata de un código de libro. Mirad —dijo, y dejó la hoja sobre la mesa y señaló la ristra de números—: 2-17-4, 2-19-3, 7-29-

32, 9-14-3,12-2-29,13-11-29,16-11-2. Increíblemente banal —añadió con una sonrisa.

Los otros dos no entendían bien lo que quería decir, fue Hanne la que se atrevió a preguntar:

—¿Qué es un código de libro? ¿Y por qué está tan claro que lo es?

Løvstrand la miró durante un momento y después señaló la primera fila de números.

—Tres dígitos en cada grupo. Número de página, de línea y de letra. Como veis, sólo los primeros números de cada grupo tienen alguna conexión lógica. O bien es el mismo número que el anterior, o bien es más alto: 2, 2, 7, 9, 12, 13, 16 y así sucesivamente. El número más alto en segunda posición es el 43, rara vez los libros tienen más de cuarenta y pocas líneas en una página. Si se tiene el libro de que se trata, el enigma se resuelve de inmediato. —Añadió que el código no debía de estar hecho por profesionales, los códigos de libros eran fáciles de reconocer—. Pero son increíblemente difíciles de descifrar. ¡Hay que saber de qué libro se trata! Si encima han acordado un código para saber de qué libro se trata, has de tener mucha suerte para averiguarlo. Cuando me mandaste esta copia, me pasé por una librería. Me dieron una lista con más de 1.200 libros cuyo título contiene las palabras «las alas». ¡Nada menos! En realidad, estas palabras también podrían ser un código, así que estaríamos en las mismas. Sin el libro adecuado, no hay manera de resolver esto. —Plegó la hoja y se la dio a Hanne, que parecía desanimada, porque no quería quedarse con el papel, aunque fuera una copia; sus muchos años en los servicios secretos habían dejado su huella—. Pero con lo banal que es el código en sí mismo, yo buscaría lo más evidente. Buscad el libro en el entorno cercano. Tal vez tropecéis con él. Gran parte del trabajo policial de calidad es resultado de una mera casualidad. Buena suerte.

Los otros dos se quedaron sentados sin decir nada.

—Míralo positivamente, Håkon —dijo Hanne al final.

Al menos sabemos que no andamos tan desencaminados. No creo que el abogado Olsen tuviera necesidad de escribir sus alegatos en código. Sin duda tiene que ser algo que intentaba ocultar.

—Pero ¿qué? —suspiró Håkon—. ¿Repasamos otra vez lo que tenemos?

Les llevó un rato. Al cabo de una hora, los dos estaban de bastante mejor humor. Estaba claro que cabía la posibilidad de que encontraran el libro. Además, hacia poco, les habían confirmado que el abogado Olsen se había reunido con su cliente el día que tenían una cita, aunque la reunión no había tenido lugar en el despacho y a ambos les sorprendía que se hubieran reunido en un sitio tan público como Gamle Christiania.

—Podría ser la señal de que era una reunión en confianza —dijo Håkon lúgubrementemente.

—You never know —dijo Hanne preparándose para irse.

—¿Por qué hablas tanto en inglés?

—Porque soy una apasionada de Estados Unidos. —La subinspectora sonrió algo avergonzada—. Sé que es una mala costumbre.

Se bebieron el resto del café y se fueron.

Esa misma tarde, dos excursionistas charlaban sentados sobre un árbol caído en Nordmarka. El mayor se había colocado una bolsa de plástico bajo el trasero para protegerse de la humedad. El otoño estaba pasando por su época más prototípica, en el aire había diminutas gotas de llovizna, además de una suave neblina. No veían gran cosa, pero tampoco estaban ahí para disfrutar del paisaje. Uno de ellos lanzó una piedra a la relumbrante laguna del bosque y ambos mantuvieron silencio mientras las ondas se extendían bellamente siguiendo las leyes de la física, hasta que el agua estuvo de nuevo quieta.

—¿Va a reventar todo el tinglado?

Lo preguntaba el más joven de los dos, un hombre de treinta y pocos años. La voz tenía un aire de calma tensa. Estaba asustado, y se le notaba, aunque intentara parecer relajado.

—No, no va a reventar —lo tranquilizó el mayor—. El sistema está construido con esclusas cerradas. Hemos podado una de las ramas. Una lástima, la verdad, porque era lucrativa. Pero era necesario. Hay demasiado en juego.

Lanzó otra piedra, esta vez con más fuerza, como para subrayar lo que había dicho.

—Pero sinceramente —se aventuró a decir el más joven—, hasta ahora el sistema ha sido seguro, nunca hemos corrido riesgos y la Policía nunca se nos ha acercado. Dos asesinatos se toman más en serio que lo que hemos estado haciendo hasta ahora. Con lo avaricioso que era Olsen, no entiendo por qué no podíamos comprarle su parte. ¡Mierda, me siento muy sudado!

El hombre mayor se levantó y se colocó ante él. Miró hacia ambos lados para asegurarse de que estaban solos. La niebla se había espesado y no veían más allá de veinte o treinta metros. No había nadie dentro de ese radio.

—Ahora me vas a escuchar —le espetó—. Siempre hemos tenido claro que esto implicaba sus riesgos. Pero, aun así, es necesario hacer unas pocas operaciones más, para impedir que quede demasiado clara la relación entre los dos asesinatos y la droga. Vamos a dejarlo mientras estemos en la cresta de la ola, pero eso exige que tú mantengas la cabeza fría y no tropieces durante los próximos dos o tres meses. Tú eres el que tiene los contactos. Pero tenemos un pequeño problema que nos puede quemar —añadió—. Han van der Kerch. ¿Cuánto sabe?

—En principio nada. Conoce a Roger, el de los coches usados. Más allá de eso no debería saber gran cosa. Pero lleva un par de años en el sistema, de algo debe de haberse enterado. Queda descartado que sepa algo de mí. Yo no he sido tan tonto como Hansa, que inició a uno de los correos. Yo me he atendido a los códigos y los mensajes por escrito.

—Pero puede llegar a ser un problema —concluyó el mayor—. Tu problema. —Calló elocuentemente sin soltar la mirada de su compañero más joven mientras mantenía una postura amenazadora, con una pierna sobre el tronco del árbol y la otra plantada junto a los pies del otro—. Y además tienes que recordar una cosa. Nadie aparte de ti sabe nada sobre mí, ahora que Hansa se ha ido. Ninguno de los chicos que van ocupando la escala hacia abajo sabe de mi existencia, sólo la conoces tú. Eso te hace muy vulnerable, amigo mío.

Era una amenaza sin ambages. El más joven se levantó y colocó la cara a pocos centímetros del otro.

—Lo mismo te digo —dijo con frialdad.

Domingo, 11 de octubre

Hanne Wilhelmsen tenía la misma relación con el cuerpo policial que la que, en sus momentos más románticos, se imaginaba que tenían los pescadores con el mar. Estaba indisolublemente ligada a la Policía y no se veía haciendo ninguna otra cosa. Cuando a los veinte años eligió la Academia de Policía, rompió con las pesadas tradiciones académicas de la familia. Aquello supuso una rebelión en contra de sus padres, catedráticos, y de sus orígenes, sólidamente burgueses. La elección de su camino en la vida fue recibida con un apabullante silencio por parte de su familia, a excepción de dos toses nerviosas de su madre durante una comida dominical. Pero se lo habían tomado con una calma aceptable, y ella acabó convirtiéndose en una suerte de mascota para todos ellos, era la que tenía las anécdotas más entretenidas que contar durante los encuentros navideños, la coartada realista de la familia, y amaba su trabajo.

Al mismo tiempo le daba miedo. Había empezado a notar cómo el alma, a la larga, se va viendo afectada por el contacto con los asesinatos, las violaciones, el maltrato y la violencia diaria. Todo aquello se adhería a su cuerpo como una sábana húmeda y, a pesar de haber cogido la costumbre de ducharse cada vez que volvía a casa del trabajo, a veces sentía que desprendía un olor a muerte, del mismo modo que a los pescadores siempre les huelen las manos a entrañas de pescado. La subinspectora se imaginaba que los pescadores siempre están alerta respecto de los indicios más o menos claros de peces en el agua —la aglomeración de gaviotas, la persecución de las

ballenas—, reflejos grabados en la médula espinal tras generaciones de hombres de mar; de ese mismo modo, Wilhelmsen dejaba que su subconsciente trabajara simultáneamente con todos los casos. No había dato que no pudiera conducir a algo. El peligro residía en el eterno exceso de trabajo. La criminalidad de Oslo aumentaba a mayor velocidad que el dinero destinado a la Policía en los presupuestos estatales.

Procuraba no investigar nunca más de diez casos al mismo tiempo, un objetivo que se saltaba con demasiada frecuencia. Las carpetas verdes de grosor variable se le estaban agolpando en una amenazadora pila a un lado de su escritorio. Incluso durante la última época, extremadamente ajetreada, se había tomado el tiempo de revisar la pila con regularidad para destinar el mayor número de casos posible a la pequeña hoja DINA-5 encabezada con el rótulo «Se recomienda archivar». Con el convencimiento sagrado e insuficiente de la culpabilidad del sospechoso, y atenazada por la mala conciencia, acudía al jurista que le proporcionaba el sello necesario, código 058, «Archivado por falta de pruebas». Como consecuencia, un delincuente volvía a la calle y ella tenía un caso menos en el que ocupar su tiempo, sólo le quedaba esperar que hubiera priorizado correctamente. Aunque la carga se veía acrecentada por el hecho de que los juristas nunca se oponían a sus recomendaciones. Confiaban en ella, se limitaban a hojear los documentos por obligación, antes de seguir sin excepción sus recomendaciones. Wilhelmsen sabía que las pilas verdes también eran la pesadilla de aquellos abogados.

Era domingo y tenía ante sí veintiuna carpetas. Las había ordenado según la tipología penal, pero el bloqueo no dejaba de rondarla, hasta que por fin consiguió deshacerse de él. Ninguno de los casos se destacaba en dirección al archivo. Tenía once casos en el montón del parágrafo 228/229, atentados contra la integridad física y lesiones. Tal vez podía apostar por proponer sanciones en algunos de esos casos, una manera sencilla y amparada por la ley de sacar el caso del mundo.

Tres horas más tarde había propuesto sanciones para siete casos, que versaban sobre violencia más o menos seria vinculada a clientes borrachos de restaurante o a porteros agresivos. Con una considerable dosis de buena voluntad, dos de los casos se podían dar por investigados, aunque no cupiera

duda de que supondría una ventaja disponer de más interrogatorios de testigos. Apostó porque los tribunales estuvieran en disposición de reconocer a un delincuente cuando lo tuvieran delante y recomendó que se presentara acusación.

Los domingos eran un buen día de trabajo. No había llamadas telefónicas ni reuniones, y muy poca gente con la que intercambiar autocomplacientes frases de admiración recíproca por emplear el día libre para trabajar, sin que les pagaran por ello ni se lo agradeciera nadie más que ellos mismos, pero la verdad era que después resultaba más sencillo enfrentarse al lunes.

Hanne escuchó voces en el patio trasero y miró por la ventana. Vio a una cantidad considerable de fotógrafos de la prensa y cayó en la cuenta de que el ministro de Justicia estaba de visita.

—¿Por qué en domingo? —había preguntado secamente el jefe de sección cuando anunciaron la visita desde el despacho de la comisaria principal.

La única respuesta que recibió fue que se ocupara de sus propios asuntos. Wilhelmsen tenía la sospecha de que la elección del día tenía relación con que los lunes los periódicos disponían de mucho espacio libre para titulares, después de que los domingos se hubieran ocupado del país y de las grandes noticias. Los periódicos de los lunes solían ser más delgados, con lo que resultaba más fácil que publicaran algo. La visita del ministro de Justicia era consecuencia de los frecuentes titulares sobre las malas condiciones de los calabozos. Al mismo tiempo, el ministro aprovecharía la visita para reunirse con la comisaria principal y discutir la creciente violencia callejera, lo que los periódicos gustaban de llamar «violencia no provocada», denominación que no resultaba ser la más adecuada si se tenía acceso a los informes de los casos. Pero, por lo general, los periodistas no tenían acceso. Por eso tampoco entendían que el problema no era la falta de provocación, sino que ésta fuera respondida con puños y navajas, en vez de con agresiones verbales como antes.

Había conseguido reducir su pila a doce casos sin resolver.

Se estaba acercando a sus objetivos personales y el humor iba mejorando. Cogió la carpeta más gruesa.

No sabían mucho más sobre los motivos por los que Ludvig Sandersen

había tenido que acabar, de un modo tan brutal, en el mundo que algunos afirmaban que era el mejor. Por el bien de Ludvig Sandersen, Hanne esperaba que fuera ella la que se equivocaba y que en aquellos momentos el difunto estuviera sentado en una nube, vestido de blanco, y disfrutando sin restricción de los polvos blancos que habían convertido su vida terrenal en un infierno.

El caso aún no había sido relacionado con el del asesinato del abogado Olsen. Lo había hablado con Sand el viernes, porque ella pensaba que ya tenían la suficiente información como para proponer una vinculación oficial. Él se había opuesto.

—Es mejor que esperemos un poco —había dicho.

Pero ella sentía que había llegado el momento de mirar los dos casos simultáneamente. Apartó el expediente y bajó los pies de la mesa. Los botines golpearon el suelo y rebuscó en el bolso las llaves que servían también para los despachos de los demás agentes. El caso lo tenía Heidi Rørvik, cuyo despacho se encontraba dos puertas más allá.

Wilhelmsen no vio a nadie en el pasillo al salir. Había silencio, como correspondía a un domingo por la tarde. En el momento en que iba a abrir la puerta del despacho de Rørvik, sintió pasos detrás de ella. Se giró, pero demasiado tarde. El golpe, asestado con un objeto que tampoco comprendió qué era, la alcanzó con fuerza en la sien. Su cabeza explotó en un violento mar de luces y tuvo tiempo de percibir que, antes de caer al suelo, sangraba en abundancia. El cuerpo quedó sin fuerza alguna y no pudo amortiguar la caída. La cabeza recibió otro golpe en el momento en que el lado izquierdo de la frente chocó con el suelo, pero Hanne no se dio cuenta. Estaba ya inconsciente y sólo alcanzó a registrar la intensa sensación de que la vida se había acabado, antes de sumergirse en una oscuridad que le evitó sentir el dolor provocado por el desgarramiento de la piel de la frente, que formaba una enorme sonrisa desdeñosa que asomaba por encima de los ojos cerrados.

Se despertó a causa de las intensas náuseas. Estaba tumbada boca abajo, con la cabeza en una postura retorcida e incómoda. La urgencia por vomitar eran tan enorme que, por un triste rato, consiguió ahogar la sensación de que se le iba a reventar la cabeza. Sentía dolor por todas partes. Con mucho cuidado, comprobó que tenía dos grandes desgarramientos sangrantes, uno en la frente y otro

sobre la oreja derecha, y constató con fatigada sorpresa que el dolor que le producían no era mayor que el punzante dolor luminoso que provenía de algún sitio de su interior, en las profundidades de la cabeza. Wilhelmsen permaneció unos minutos tumbada luchando contra las náuseas, pero al final tuvo que tirar la toalla. Por algún instinto, tuvo las fuerzas suficientes como para incorporarse sobre los brazos, como un niño que mira la televisión, y pudo vomitar sin tragar nada. Se sintió un poco mejor.

Se secó la frente, pero no pudo evitar que la sangre le cayera en un ojo y le dificultara la visión. Intentó levantarse. El pasillo azul no dejaba de dar vueltas, y tuvo que realizar el esfuerzo por etapas. Al final consiguió ponerse en pie. Se apoyó contra la pared y fue entonces cuando probó a entender lo que había pasado. No recordaba nada. Le entró el pánico. No sabía por qué estaba allí, pero comprendió que estaba en la jefatura. ¿Dónde estaban los demás? Consiguió llegar tambaleándose a su propio despacho y manchó de sangre el teléfono al marcar el número de su casa. Tuvo que hacerlo varias veces, le costaba acertar con las teclas correctas. La luz de la ventana le molestaba muchísimo y sentía martillazos detrás de los ojos.

—Cecilie, tienes que venir a buscarme. Estoy enferma.

Soltó el teléfono y volvió a desmayarse.

La oscuridad le resultaba placentera. Seguía doliéndole la cabeza, pero donde antes había tenido desgarros sangrantes, percibió que ahora tenía suaves vendas. No sentía en absoluto las heridas, así que supuso que le habían suministrado anestesia local. La cama era de metal y, tras palpase los vendajes, descubrió que le habían puesto una vía en una mano. Hanne estaba en el hospital y Cecilie estaba sentada a su lado. —Ahora lo estás pasando mal —dijo su compañera, y sonrió al coger la mano que no tenía entubada—. Me asusté un montón cuando te encontré. Pero ha salido todo bien. Yo misma he revisado tus radiografías, no hay indicio de fractura en ningún sitio. Tienes una fuerte conmoción, una conmoción cerebral. Las heridas eran muy feas, pero ya te las han cosido y se van a curar.

Hanne se echó a llorar.

—No me acuerdo de nada, Cecilie —susurró.

—Eso no es más que un poco de amnesia —dijo Cecilie con una sonrisa—. Es normal. No te preocupes, te vas a quedar aquí un par de días o tres, y luego podrás disfrutar de tres deliciosas semanas de baja. Yo te cuidaré. —El llanto no había cesado, Cecilie se inclinó sobre Hanne con mucho cuidado y apoyó la cara contra la cabeza vendada, de modo que su boca quedó a la altura de la oreja de Hanne—. Con esa cicatriz en la frente vas a estar muy sexy —susurró—. Muy, pero que muy sexy.

Lunes, 12 de octubre

—Esto no puede ser, me cago en la hostia. —Håkon Sand sólo decía palabrotas cuando estaba furioso—. ¡No estamos seguros ni en el despacho, joder! ¡Y en un puto domingo! —Las palabras salían como escupitajos de su boca, acusaciones de ineptitud sin destinatario; se encontraba en medio de la habitación y marcaba con el pie el ritmo de sus propios exabruptos—. ¡De qué sirve poner candado en las puertas y tener un sistema de seguridad cuando nos pueden atacar en cualquier momento!

El jefe de la sección A 2.11, un hombre estoico de cincuenta y pocos años, escuchaba y presenciaba la protesta sin mudar la expresión de su cara. No tomó la palabra hasta que el fiscal adjunto se hubo desahogado.

—No tiene mucho sentido colgarle el muerto a nadie en especial. No somos una fortificación y tampoco pretendemos serlo. En un edificio con cerca de dos mil empleados, cualquiera puede haberse colado en el momento en que alguien entraba por la puerta de personal. Sólo hay que coordinar el paso, así de sencillo. Se puede uno esconder detrás de uno de los árboles junto a la iglesia y entrar pegado a algún empleado que tenga tarjeta de acceso. Seguro que tú también le has abierto la puerta a gente que entraba detrás de ti, aunque no los conocieras. —Sand no contestó, cosa que el jefe de sección interpretó acertadamente como una admisión—. Además, en teoría alguien puede esconderse dentro del edificio mientras aún está abierto. Salir, siempre se puede salir. Más que preguntarnos cómo, deberíamos preguntarnos por qué.

—El porqué está más que claro, carajo —le espetó Sand—. El caso, coño,

¡el caso! ¡El expediente ha desaparecido del despacho de Hanne! No es que eso sea una tragedia en sí mismo, tenemos copias, pero es obvio que alguien ha querido saber lo que sabíamos. —De pronto se interrumpió, miró el reloj y el enfado pasó a ser una risa avergonzada—. Me tengo que ir corriendo. Me ha citado la comisaria principal a las nueve. Hazme un favor: llama al hospital y averigua si Hanne puede recibir visitas. Déjame un recado en la antesala en cuanto sepas algo.

La diosa Justicia era impresionante. Se alzaba treinta y cinco centímetros del tablero de la mesa, y el óxido del bronce indicaba que tenía cierta edad. La venda de los ojos estaba casi verde y la espada de la mano derecha era rojiza.

Pero los dos platillos de la balanza estaban brillantes y se balancearon levemente a causa del movimiento que provocó su entrada en la habitación. No se pudo contener y tocó la estatuilla.

—Impresionante, ¿verdad? —La mujer uniformada pareció afirmar un hecho más que formular una pregunta—. Me lo regaló mi padre la semana pasada, por mi cumpleaños. Se ha pasado toda la vida en su despacho y yo llevo admirándola desde que era una chiquilla. La compró mi bisabuelo en Estados Unidos, a finales de la década de 1890, o por ahí. Tal vez tenga valor, en todo caso es preciosa.

Era la primera mujer que ocupaba el puesto de comisaria principal de la Policía de Oslo. Había sustituido en el cargo a un tipo grandullón de Bergen, un hombre muy controvertido que siempre estaba en conflicto con sus empleados, pero que, a pesar de todo, tenía una integridad y una determinación que habían escaseado en la historia de la jefatura hasta que él había asumido el cargo siete años antes.

Dejó tras de sí una jefatura mucho mejor organizada que la que le pasaron a él, pero el precio fue alto. Tanto él como su familia suspiraron aliviados cuando pudo jubilarse, un poco antes de lo que le tocaba, pero lo bastante tarde como para irse honrosamente.

La mujer de cuarenta y cinco años que ahora ocupaba el sillón del jefe era

de un calibre muy distinto. Håkon no la aguantaba. Era una pija de Trøndelag y la persona más intrigante que conocía. Durante todos sus años en la jefatura había maniobrado para llegar al puesto de comisaria principal: se había acercado a la gente adecuada, había acudido a las fiestas correctas y había brindado con las personas convenientes en las reuniones de la fiscalía. Su marido trabajaba en el Ministerio de Justicia, aunque eso no era lo peor.

Por lo demás, su eficiencia era innegable. Si el antiguo comisario principal no hubiera decidido jubilarse lo antes posible, ella habría pasado por la posición intermedia de fiscal del Estado. Sand no sabía qué hubiera sido peor.

Presentó su informe del modo más escueto posible, y desde luego no se lo contó todo. Tras unos segundos de evaluación, concluyó que debía informar a su superior sobre la vinculación no oficial de los dos casos de asesinato. Pero fue breve. Para gran irritación del fiscal adjunto, la comisaria principal lo entendió todo de inmediato, planteó preguntas breves y apropiadas, asintió a sus conclusiones y, por último, le reconoció que había hecho un buen trabajo. Pidió que se la mantuviera informada en todo momento, preferentemente por escrito, y luego añadió:

—No especules demasiado, Håkon. Ocupate de un asesinato por vez. El caso de Sandersen ya está resuelto. Las pruebas técnicas bastan para condenar al holandés. Hasta cierto punto has de tomártelo como una orden.

—En sentido estricto, en cuestiones de investigación, mi superior es el fiscal del Estado —le replicó él.

Como respuesta la mujer le pidió que se retirara. Al levantarse, Sand preguntó:

—¿Por qué lleva, en realidad, una venda ante los ojos?

Señaló con la cabeza la diosa que estaba sobre la descomunal superficie de la mesa, acompañada solamente por dos teléfonos.

—No debe dejarse influir por ninguna de las partes. Ha de ejercer una justicia ciega —le explicó la comisaria principal.

—Pero con una venda ante los ojos resulta difícil ver —dijo Håkon, pero no obtuvo respuesta.

Aunque el rey, que aparecía junto a la reina en un marco dorado ubicado

por encima del hombro de la comisaria principal, parecía estar de acuerdo con él. Sand escogió interpretar la insondable sonrisa mayestática como un apoyo a sus propias ideas, se levantó y abandonó el despacho de la séptima planta. Se iba más irritado de lo que llegó.

Wilhelmsen se alegró de verlo. Sand reparó en lo guapa que era, incluso con el ojo vendado y el pelo afeitado en un lado de la cabeza. La palidez hacía que sus ojos parecieran aún más grandes y, por primera vez desde que escuchó que la habían atacado, se dio cuenta de lo preocupado que había estado. No se atrevió a darle un abrazo. Tal vez lo desanimaran los vendajes, pero al pensarlo mejor se dio cuenta de que de todos modos no hubiera resultado natural. Hanne nunca había alentado su intimidad más allá de la confianza profesional que siempre había depositado en él. Pero estaba claro que se alegraba de verlo. No sabía muy bien qué hacer con el ramo de flores y, tras unos segundos de duda, lo dejó en el suelo. La mesilla ya estaba repleta. Acercó una silla de tubos de aluminio a la cama.

—Estoy bien —dijo Hanne, antes de que alcanzara a preguntarle—. Volveré al trabajo tan pronto como pueda. Por lo menos, ¡nos han dado la prueba definitiva de que estamos rozando algo grande!

El humor negro no le sentaba bien; se dio cuenta de que le dolía sonreír.

—No puedes volver hasta que estés completamente recuperada. Es una orden —esbozó una sonrisa, pero se detuvo, porque ella intentaba hacer lo mismo, a pesar del dolor, y toda la mandíbula se le estaba poniendo azul y amarilla—. El expediente original ha desaparecido de tu despacho. No había nada de lo que no tengamos copia, ¿verdad?

La pregunta era más bien una constatación esperanzada, pero Hanne lo decepcionó.

—Pues sí —respondió en voz baja—. Tomé unas notas, para uso propio. Sé lo que puse, así que no es que lo hayamos perdido, pero es un fastidio que lo vayan a leer otros. —Håkon se dio cuenta de que se estaba acalorando, y sabía por experiencia que le iban a salir unos coloretos nada favorecedores—. Mucho me temo que, a partir de ahora, el asaltante se va a interesar como

nunca por Karen Borg. Escribí algo sobre que creo que sabe más de lo que nos dice. Y también sobre la relación que hemos establecido entre los dos casos. —Lo miró con una mueca y se tocó la cabeza con cuidado—. La cosa no pinta muy bien, ¿verdad?

Él estuvo de acuerdo. No pintaba nada bien.

Myhreng se mostró bastante exigente. Por otro lado, tenía razón cuando afirmaba que él había mantenido su parte del acuerdo. Estaba anotando todo lo que le contaba Håkon Sand, como un alumno aplicado. La idea de ser el primero en publicar la historia de que la Policía no se enfrentaba a dos asesinatos cualesquiera en la larga y creciente fila de asesinatos más o menos motivados, sino a un asesinato doble relacionado con el tráfico de drogas y tal vez hasta con el crimen organizado, le hacía sudar de tal manera que las gafas de pasta se le deslizaban constantemente por la nariz, a pesar de las prácticas patillas. Salpicaba tanta tinta cuando escribía que Sand pensó para sus adentros que el chico debería llevar un mono de trabajo cuando manejara su herramienta de escritura. Le ofreció al periodista un lápiz a cambio de su bolígrafo estropeado.

—¿Cómo ves las posibilidades de resolver el caso? —preguntó Myhreng después de escuchar las explicaciones convenientemente censuradas, pero aun así muy interesantes, del fiscal adjunto.

El periodista tenía ya la nariz completamente azul de tanto recolocarse las gafas. Sand empezó a preguntarse si debía llamar la atención del hombre sobre su extraño aspecto, pero llegó a la conclusión de que le sentaría bien hacer un poco el ridículo, así que dijo:

—Siempre creemos en la posibilidad de resolver los casos.

Pero puede llevar tiempo. Tenemos muchas cosas que investigar. Eso puedes citarlo de mi parte.

Eso fue lo último que Myhreng le sacó aquel día a Sand, pero estaba más que satisfecho.

Martes, 13 de octubre

Los titulares fueron dramáticos. Habían sacado una de las fotografías viejas del cadáver de Ludvig Sandersen y la habían montado junto a un fotografía de archivo de Hansa Olsen, que debía de tener al menos diez años; estaba desenfocada y, encima, era la ampliación de una parte de otra foto en la que originalmente aparecía más gente. El abogado aparecía con expresión de sorpresa y a punto de guiñar un ojo, con lo que los ojos adquirían un aire atontado. El titular iba en rojo y cubría parte del montaje fotográfico.

«La mafia responsable de dos asesinatos» era el violento mensaje que transmitían. Håkon apenas se reconocía. Leyó la primera plana y las dos páginas enteras que el periódico le había dedicado al caso. La parte superior de ambas páginas iba encabezada por una banda negra con letras blancas: «El caso de la mafia». Le rechinaron los dientes por la irritación que le causaba tanta exageración, pero tras leerlo con más detenimiento llegó a la conclusión de que Myhreng en realidad no decía nada que fuera directamente mentira. Había estirado los hechos, las especulaciones eran bastante burdas y estaban tan bien camufladas que se podían dar por ciertas, pero había citado correctamente al fiscal adjunto; por tanto, éste no tenía nada de qué quejarse.

—En fin, podría haber sido peor —dijo pasándole el periódico a Karen, que ya se estaba familiarizando lo bastante con la oficina como para ir sola a por aquel líquido al que llamaban café—. Ya va siendo hora de que me cuentes algo de tu cliente. El tipo sigue en calzoncillos y se niega a decir nada. Puesto que ya sabemos lo que sabemos, lo decente sería que nos ayudaras a

seguir adelante.

Se estudiaron el uno al otro. Karen recurrió a una vieja táctica de guerra callada de los viejos tiempos. Le agarró la mirada y se la mantuvo firmemente hasta que todo lo que quedaba más allá de sus ojos gris verdoso se volvió difuso. Håkon vio las manchitas marrones de su iris, más abundantes en el ojo derecho que en el izquierdo y no pudo ni pestañear; no se atrevía, no fuera a ser que al volver a abrir los ojos se le hubiera bajado la mirada. Joder, nunca había conseguido vencer en aquel juego. Ella siempre acababa viendo cómo él, el perdedor, el más débil de los dos, bajaba la mirada.

Fue ella la que tuvo que rendirse. A Karen se le llenaron los ojos de lágrimas, pestañeó y apartó la mirada hacia un lado, empujada hacia allá por un leve rubor que había comenzado en la mejilla izquierda. El vencedor no se regodeó, de hecho le sorprendió su propia actitud porque ella había dejado su flanco abierto de par en par. Pero lo que hizo fue cogerle las dos manos.

—Lo cierto es que estoy un poco asustado —le dijo con franqueza—. No sabemos mucho de esta banda, o de esta mafia, como la han bautizado ahora, pero sabemos que no son niños de catequesis. Es probable que el Dagbladet tenga razón cuando afirma que son capaces de pisar cadáveres para defender sus intereses. Tenemos razones para creer que ellos saben que tú sabes, o que al menos lo sospechan.

Le habló de las anotaciones de Hanne, que ya no estaban en sus manos. Aquello produjo un efecto visible en Karen. Toda su actitud le resultaba desconocida, era como si buscara su protección, la de Håkon, a quien había protegido y maltratado durante toda la época de estudiantes.

—¡No tenemos ninguna posibilidad de defenderte como no nos cuentes lo que sabes!

Se dio cuenta de que le estaba estrujando las manos con demasiada fuerza, se le habían puesto ya blancas con manchas rojas por donde se las tenía cogidas. Las soltó.

—Han van der Kerch me ha contado algo. No mucho. No quiere que lo transmita, pero sí que hay cosas que me ha dado permiso para contaros. No sé si serán de utilidad. —Karen se había sobrepuesto, los hombros volvían a estar en su sitio, al igual que el traje chaqueta—. Iba a recoger el dinero por

una entrega. Al contar el fajo de billetes, reparó en que uno de ellos tenía algo garabateado con bolígrafo. Un número de teléfono, que se le ha olvidado, y tres letras. Tuvo la impresión de que eran unas iniciales: estaban separadas por puntos. Se acuerda de las letras porque formaban una palabra. J.U.L.

—¿JUL^[2]?

—Sí, separadas por puntos. Por lo visto se echó a reír y le dijo al tipo que le daba el dinero que no quería billetes estropeados. El hombre le quitó el billete y, al parecer, se enfadó bastante.

—¿Has pensado en lo que significa eso?

—Sí que lo he hecho, sí.

Se quedaron callados.

—¿Qué has pensado, Karen? —le rogó Håkon en voz baja.

—He pensado que hay un abogado en Oslo con esas iniciales. Sólo uno. Lo he comprobado en el registro de colegiados.

—Jørgen Ulf Lavik.

En realidad no era tan impresionante que Håkon lo acertara, habían estudiado con Lavik, que ya por aquella época era un personaje popular, un chico con talento, siempre rodeado de gente y comprometido en política. Durante mucho tiempo, Håkon pensó que Karen estaba enamorada de él, extremo que ella siempre había negado hasta el final. Lavik era bastante conservador y Karen era miembro del consejo del Frente Socialista de la Facultad. En aquella época, ese tipo de barreras eran prácticamente insuperables y Karen había caracterizado con frecuencia a su compañero de estudios como un «cabrón reaccionario», incluso estando él presente. Sólo habían colaborado en un par de ocasiones, entre otras cuando lucharon juntos contra la implantación de cuotas de acceso a los estudios. En relación con aquella campaña, habían llegado a pasar un fin de semana juntos en la cabaña de los padres de Karen, en Ula, un viaje que estaba planeado como un seminario de política estudiantil, pero que acabó siendo un puro fin de semana de juerga. Aquello no contribuyó a mejorar la opinión de Karen sobre Lavik.

—No es que entienda mucho del asunto, pero en el periódico se insinúa que unos abogados podrían estar detrás de una especie de banda. No soy del todo capaz de imaginarme a Jørgen Ulf Lavik como líder de una banda, pero

tendrás que tomarte la información en lo que valga. —A Sand la información le valía bastante, y el valor subió cuando Karen añadió—: Seguro que lo averiguas tú solo, pero para ahorrarte la molestia: Jørgen empezó su carrera de abogado con uno de los puntos calientes del caso. ¿Adivinas con quién?

—Peter Strup —respondió Håkon de inmediato, y sonrió de oreja a oreja.

Antes de que Karen abandonara aquella tarde la jefatura de Policía, le prestaron un equipo BB, que a ella le recordó más bien a un walkie-talkie anticuado, más grande y más pesado que un teléfono móvil. Para encenderlo había que apretar un botón; entonces se ponía a rechinar como en una vieja película norteamericana de detectives. Después se apretaba otro botón que establecía contacto directo con la Central de Operaciones de la Policía. Ella se llamaba BB 04, y el 01 era la Central de Operaciones era 01.

—Llévalo siempre encima —le ordenó Håkon—. No dudes en usarlo. La Central de Operaciones está informada. La policía estará contigo en cinco minutos.

—Cinco minutos puede ser mucho tiempo —constató calladamente Karen.

Jueves, 15 de octubre

En una ocasión, hacía mucho, mucho tiempo, había coqueteado descaradamente con él. Por aquel entonces, ella no era aún comisaria principal, sino funcionaría en el grupo de hurtos y carteristas, y acababa de empezar a trabajar en la fiscalía. Viajaron a España para reunir pruebas para un caso de contrabando de alcohol, fue su primer viaje al extranjero con ese trabajo. El hombre que ahora tenía enfrente, sentado en la silla de invitados, era en aquellos tiempos abogado defensor. Les había llevado tres horas reunir las pruebas, el viaje duró tres días. Comieron mucho y bien, y bebieron aún más.

El hombre tenía todo lo que ella admiraba: era bastante mayor que ella, estaba forrado, tenía experiencia y éxito. Ahora era secretario de Estado en el Ministerio de Justicia. Eso tampoco estaba mal. Durante aquel viaje, diez años antes, nunca pasaron de darse unos besos, unas caricias y algún abrazo. No había sido por elección de ella, por eso estaba un poco cohibida.

—¿Una taza de café? ¿Té?

Aceptó lo primero y rechazó un cigarrillo.

—Lo he dejado —dijo.

La comisaria principal tenía las manos húmedas y se arrepintió de no haber sacado unos documentos o alguna otra cosa que hojear; acabó jugueteando con los dedos y moviéndose inquieta en el enorme sillón.

—¡Enhorabuena por el nombramiento de comisaria principal! —se rió él —. ¡No está nada mal!

—No me lo esperaba —faroleó ella.

Lo cierto es que el antiguo comisario principal la animó a solicitar el puesto, por eso a nadie le sorprendió que se lo dieran.

El secretario de Estado echó un vistazo al reloj y fue al grano.

—El consejo de ministros está preocupado por este caso de los abogados —la informó—. Muy preocupado. ¿Qué es lo que está pasando en realidad?

Era cierto que hacía muchos años se había insinuado abiertamente a aquel tipo, y también que el hombre seguía entusiasmándola, el título de secretario de Estado no amortiguaba precisamente sus sentimientos, pero la comisaria principal era una profesional.

—Es un caso difícil y aún bastante confuso —respondió de modo abstracto—. Me temo que no tengo gran cosa que contar, más allá de lo que ha salido en los periódicos. Parte de ello es verdad.

El hombre se enderezó la corbata y carraspeó elocuentemente, como para recordarle que él, en tanto que subordinado directo del ministro, tenía derecho a saber más de lo que se publicaba en la prensa más o menos fiable. No le sirvió de mucho.

—La investigación se encuentra en una fase muy inicial y la Policía aún no está preparada para dar información. En caso de que la investigación sacara a la luz algo que creyéramos que debe saber la dirección política del ministerio, yo te informaría de inmediato, como es obvio. Eso te lo puedo prometer.

No iba a conseguir sacarle nada más, el hombre era lo bastante mayor como para saberlo, así que ni siquiera lo intentó. Cuando se iba, la comisaria principal se dio cuenta de que los kilos que había cogido hacían que su trasero resultara bastante menos atractivo. Habría más oportunidades. Una cana cayó silenciosamente sobre el escritorio y ella se apresuró a recogerla. Después marcó el número de la secretaria.

—Pídeme hora con mi peluquero —le ordenó—. Tan pronto como sea posible, por favor.

Han van der Kerch estaba empezando a perder la noción del tiempo. Ciertamente apagaban la luz para informar a los detenidos de que era de noche, y además servían puntualmente la intragable comida empaquetada en plástico, lo que contribuía a descomponer la existencia en partes que luego

formaban un día; pero al no tener ocasión de ver el sol ni la lluvia, el aire o el viento, y disponiendo de mucho tiempo que no podía usar más que para dormir, el joven holandés se había derrumbado, entrando en un estado de apatía y de no-existencia. Una noche, en la que cinco horas de sueño diurno tornaron insoportable la eternidad que pasó escuchando el doloroso llanto del chico de la celda contigua y los desgarradores chillidos de un marroquí con fuerte síndrome de abstinencia, que estaba alojado en una celda un poco más allá, sintió que estaba a punto de volverse loco. Rogó a un Dios en el que no había creído desde que iba a catequesis que volvieran a poner pronto la potente luz del techo. Resultó evidente que Dios se había olvidado de él, del mismo modo que Han van der Kerch se había olvidado de Dios, porque la mañana no llegaba nunca. Estaba tan desesperado que había arrojado contra la pared el reloj de pulsera que le habían devuelto al cabo de un par de días. El reloj se había machacado y ya no podía siquiera seguir el tiempo en su insoportable avance hacia un futuro en blanco, sin el menor contenido.

La desenvuelta mujer miope que traía el carrito con la comida de los presos le daba de vez en cuando un trozo de chocolate que él aceptaba en cada ocasión como un regalo de Nochebuena. Partía el chocolate en pedazos diminutos que después dejaba que se le derritieran uno a uno en la boca. El chocolate no había impedido que perdiera peso; en tres semanas de prisión preventiva, había perdido siete kilos. No le sentaba nada bien, pero tampoco tenía mayor importancia dada su situación, a veces en calzoncillos y a veces desnudo del todo.

Además tenía miedo. La angustia que se le había instalado en el estómago como un cactus creciente en el momento en que se inclinó sobre el cadáver desfigurado de Ludvig Sandersen había acabado extendiéndose a todos sus miembros, y provocaba un desagradable temblor en sus brazos que le hacía derramar todo lo que bebía. Al principio había conseguido abstraerse con los libros que le prestaban, pero a la larga fue perdiendo la capacidad de concentración. Las letras danzaban y se agolpaban sobre el papel. Le habían dado pastillas, esto es, se las habían dado a los guardias que a su vez se las daban a él, siguiendo las instrucciones del médico, una a una y acompañadas de agua tibia en un vaso de plástico. Por la noche le daban unas diminutas

pastillas azules, que le ayudaban a montarse en el tren de los sueños, y, tres veces al día, pastillas blancas más grandes. Aquello le procuraba un respiro en el que, por un rato, el cactus retraía sus espinas. Pero la certeza de que no tardarían en retornar, recién afiladas y de mayor tamaño, era casi igual de terrible. Han van der Kerch estaba a punto de perder la noción de su propia existencia.

Creía que era de día. No podía saberlo a ciencia cierta, pero la luz estaba puesta y a su alrededor había muchos ruidos. Acababan de servir una comida, aunque no sabía si era el almuerzo o la merienda. ¿Tal vez fuera la cena? No, era demasiado pronto, había demasiado jaleo.

Al principio no entendió lo que era. Cuando el pequeño trozo de papel cayó a través de las rejas, tardó un buen rato en pensar en él. Siguió con los ojos la trayectoria del papelito, que era tan pequeño y ligero que tardó una eternidad en llegar al suelo. Se agitaba como una mariposa, oscilando de un lado a otro, mientras bajaba hacia el hormigón. El chico sonrió, el movimiento le resultaba gracioso y sentía que no le concernía.

Allí quedó tirado. Han van der Kerch lo dejó estar y alzó la mirada para fijarse de nuevo en las líneas rotas que le contaban lo que pasaba en el pasillo. Le acababan de dar una de las pastillas blancas y se sentía mejor que una hora antes. Al cabo de un rato intentó levantarse. Estaba mareado y llevaba tanto tiempo tumbado en la misma postura que los brazos y las piernas se le habían dormido. Sentía incómodos picores, pero con movimientos entumecidos recorrió los pocos pasos que le separaban de la puerta. Se agachó y cogió la nota sin mirarla. Le llevó varios minutos sentarse en la postura adecuada, sin que las diversas partes del cuerpo se quejaran demasiado.

La nota tenía el tamaño de una postal, plegada dos veces. La desdobló sobre un muslo.

Era obvio que el mensaje iba dirigido a él, sólo contenía unas pocas palabras escritas en mayúsculas con un rotulador grueso: «EL SILENCIO ES ORO, HABLAR ES LA MUERTE». Era bastante melodramático; se echó a reír. La risa fue estridente y tan alta que llegó a asustarse y se calló. Acto seguido el miedo lo dominó del todo. Si una nota era capaz de traspasar las rejas de su puerta, una bala también podría.

Empezó a reírse de nuevo, tan alto y tan estridentemente como hacía un instante. La risa retumbó en las paredes de ladrillo, rebotó de acá para allá y danzó alrededor del hombre que la producía antes de desaparecer entre las rejas y llevarse consigo el último resto de cordura que quedaba en su cabeza.

Viernes, 16 de octubre

—Dos muertos y dos personas en el hospital. Y todo lo que tenemos para seguir adelante son unas iniciales y unas sospechas vagas.

La hojarasca amarilla de los arces había sufrido su primera noche de helada y crepitaba como si caminaran entre billetes de banco nuevos. Por aquí y por allá había manchas de nieve reciente, las primeras que caían tan cerca del centro. Habían llegado hasta la parte alta de la loma de Saint Hans; la ciudad se extendía a sus espaldas con la palidez y el frío típico del otoño. Daba la impresión de que el frío repentino había pillado tan desprevenida a Oslo como a los automovilistas de la calle Geitemyr, que no conseguían manejar sus coches porque aún llevaban los neumáticos de verano. El cielo estaba bajo. Sólo las cúspides de las iglesias, la más alta en Uranienborg y las dos más bajas cercanas a Saint Hans, impedían que el cielo se desplomara.

Wilhelmsen había recibido el alta del hospital, pero apenas tenía fuerzas ni para dar un paseo por el bosque. Tampoco le convenía incordiar a su cerebro magullado, pero Håkon no pudo resistirse a la tentación cuando ella lo llamó para proponerle un paseo. Hanne estaba aún pálida y mostraba claros signos de la paliza. La mandíbula azulada se había puesto de un color verde claro y los enormes vendajes habían sido sustituidos por grandes tiritas. Tenía el pelo completamente irregular, cosa que sorprendió a Håkon, que había esperado que se lo cortara para armonizar el resto de la cabeza con la gran franja rapada en torno a una oreja. Cuando se encontraron, ella le explicó entre tímidas sonrisas que se negaba a renunciar al resto de la melena, por muy raro

que quedara.

—En el hospital sólo queda uno, Håkon —lo corrigió—. Yo ya he salido.

—Sí, en ese sentido tienes más suerte que nuestro amigo el holandés. Al tipo se le ha ido la cabeza del todo. Psicosis retroactiva, dice el médico, sea lo que sea eso. Como una cabra, creo que significa. Ahora está en la planta de psiquiatría del hospital de Ullevål. No creo que podamos contar con que le dé por hablar después de esto. Por ahora está en cama y sólo balbucea. Le aterra todo y todo el mundo.

—Es raro, en realidad —dijo Hanne, que se sentó sobre un banco, luego dio unas palmaditas en el espacio junto a ella, y Håkon obedeció—. Es bastante curioso que se le fuera la cabeza después de más de tres semanas. Me refiero a que ya sabemos lo que pasa en el patio, no son precisamente unas vacaciones; pero hay mucha gente que se pasa allí más tiempo de la cuenta. ¿Has oído que alguien se haya vuelto loco por eso?

—No, pero supongo que el chico tiene mejores razones que la mayoría para tener miedo. Es extranjero, supongo que se siente solo y todo eso.

—Pero aun así...

Håkon había aprendido a escuchar cuando Wilhelmsen hablaba. Él no había reflexionado gran cosa sobre el estado mental de Han van der Kerch, se había limitado a registrarlo con desánimo: se cerraba otra puerta en una investigación que estaba casi atascada.

—¿Puede haberlo provocado algo? ¿Puede haberle pasado algo en la celda?

Håkon no respondió y Hanne tampoco dijo nada más. Håkon tenía la extraña sensación de bienestar que siempre sentía en presencia de Hanne. Aquello resultaba nuevo en comparación con otras mujeres a las que había conocido hasta entonces, era una forma de camaradería, de comunidad colegial, y tenía la profunda convicción de que se respetaban y se caían bien. Se pilló pensando que deberían hacerse amigos, pero descartó la idea. Comprendía por instinto que debía ser ella quien tomara la iniciativa para que pasaran de ser compañeros de trabajo a amigos. Allí sentado sobre la loma de Saint Hans, un grisáceo día de octubre, estaba más que satisfecho con la sensación de estar en el equipo de aquella mujer, tan cercana y tan lejana al

mismo tiempo, tan competente y tan decisiva para el trabajo que él tenía que intentar llevar a cabo. Esperaba que no anduvieran mal de tiempo.

—¿Encontraron algo interesante en la celda?

—No que yo sepa, pero, de todos modos, ¿qué podría ser?

—Pero ¿buscaron algo?

Él no respondió. La echaba de menos en el trabajo y estaba empezando a entender por qué. A él le faltaba experiencia a la hora de dirigir una investigación: aunque formalmente fuera el responsable de todas las investigaciones a su nombre, rara vez los juristas participaban directamente en las pesquisas tal y como estaba haciendo él en este caso.

—Creo que ese punto se me ha pasado —admitió.

—No es demasiado tarde —lo consoló—. Todavía puedes investigar el asunto.

Él se dejó consolar y después, para enderezar su dudosa posición de jefe de la investigación, le contó a la subinspectora sus averiguaciones en torno a Jørgen Ulf Lavik.

Lavik había obtenido un éxito considerable en un plazo bastante corto. Después de trabajar dos años con Peter Strup, había empezado por su cuenta con otros dos abogados de su misma edad. Entre los tres cubrían la mayoría de los campos y la actividad de Lavik incluía un 50% de casos penales, mientras que la otra mitad se repartía entre casos de derecho mercantil en la franja media de la escala. Se había casado por segunda vez y había tenido tres hijos muy seguidos. La familia vivía en una chalet adosado en una zona medianamente buena de la ciudad. A primera vista, sus gastos no parecían sobrepasar lo que se podía permitir un hombre como Lavik: tenía dos coches, un Volvo de un año y un Toyota de siete para la mujer, y no poseía ni barco ni casa de campo. La mujer era ama de casa, cosa que quizá fuera necesaria, puesto que tenían tres niños de uno, dos y cinco años.

—Parece un abogado de Oslo cualquiera —dijo Hanne con resignación—. Tell me something I don't know.

Håkon pensó que parecía cansada, su blanco aliento estaba acelerado a pesar de que llevaban un rato sentados. Håkon se levantó, se cepilló el trasero para limpiarse una nieve imaginaria y tendió la mano a Hanne para ayudarla a

levantarse. Aunque no le hacía falta, ella la cogió.

—Investiga más de cerca su parte mercantil —le ordenó Hanne a su superior—. Y haz una lista de todos sus casos penales en los últimos dos años. Te apuesto lo que quieras a que encontramos algo. Además —añadió—, ha llegado el momento de unir los casos. Son todos míos, yo tenía el caso más antiguo.

Daba la impresión de que aquello la hacía casi feliz.

Lunes, 19 de octubre

Habían pasado sólo ocho días desde el brutal encuentro de Wilhelmsen con su atacante. Debería haber estado de baja al menos una semana más y, cuando se fijaba, tenía que admitir que hubiera sido lo razonable. Todavía le dolía un poco la cabeza, sentía mareos y le entraban náuseas cuando hacía demasiados esfuerzos. Pero ante todos los demás, incluida Cecilie, afirmaba que se sentía en plena forma, que sólo estaba un poco fatigada. Aceptó una baja al 50% durante una semana.

La recibieron con un aplauso cuando se presentó en la sala que hacía las veces de comedor y sala de reuniones simultáneamente, y se sintió abrumada. A pesar de ello sonrió y estrechó todas las manos que le tendían. Se hicieron algunos comentarios sobre su peinado, ella respondió a las bromas con ironía hacia sí misma y todos se rieron. Aún llevaba tiritas y la parte baja de la cara presentaba todas las tonalidades del verde y el amarillo. Eso le evitó los abrazos hasta que entró en la habitación el jefe de sección, que la agarró por los hombros y le propinó un buen abrazo.

—Ésta es mi chica —le dijo al oído—. ¡Joder, Hanne, nos has dado un buen susto, eh!

Hanne tuvo que repetir que estaba muy bien y prometió dar al jefe de sección las explicaciones a las que él creía tener derecho. Acordaron sitio y hora, y el inspector de Policía Kaldbakken lo aceptó.

De pronto Billy T. apareció en la puerta. Con sus doscientos cinco centímetros de altura, además de los botines, su cráneo rapado rozaba el

marco de la puerta. Sonreía de oreja a oreja y su aspecto daba un poco de miedo.

—¿Knock out en el primer asalto, Hanne? Habría esperado que te defendieras mejor —dijo, fingiendo decepción. Billy T. había sido el maestro de autodefensa de Hanne Wilhelmsen—. ¿Tienes pensado pasarte el día ahí, dejando que te hagan la pelota, o puedes dedicarle unos minutos al trabajo de verdad?

Hanne podía. El escritorio de su despacho estaba dominado por un descomunal ramo de flores. Era hermoso, pero el florero era un espanto, aparte de que no era lo bastante grande. Cuando lo levantó con cuidado para dejarlo en el alféizar de la ventana, todo el tinglado se desequilibró, se le cayó de las manos y se rompió contra el suelo. Las flores y el agua corrían. Billy T. se rió.

—Así salen las cosas cuando alguien intenta ser amable en esta jefatura —dijo.

Apartó a Hanne, recogió las flores con sus enormes manazas e intentó echar el agua hacia la pared con las botas. No sirvió de nada, así que se sentó y arrojó las flores a un rincón.

—Creo que tengo algo para ti —declaró, y se sacó dos hojas de papel del bolsillo de atrás del pantalón que habían cogido la forma de su trasero, como hacen con el tiempo las carteras de los hombres; estaba claro que llevaban unos días en su bolsillo—. Un alijo —explicó mientras la subinspectora desdoblaba las hojas—. La semana pasada entramos en un piso. Era un reincidente y tuvimos suerte. Veinte gramos de heroína y cuatro de cocaína. Una suerte de la hostia, hasta ahora sólo lo habíamos cogido por chorradas. En estos momentos lo tenemos tiritando ahí detrás. —Extendió el brazo en dirección a la ventana, debía de referirse al patio trasero—. Ahí se va a quedar, ya sabes, al menos durante una temporada —añadió con satisfacción.

Las dos hojas se parecían mucho al papel de la película pornográfica del abogado Olsen. Líneas enteras de números, agrupados de tres en tres. Ambas estaban escritas a mano, en la parte alta de la hoja ponía «Borneo» y «África» respectivamente.

—Está cantando como un loco, pero insiste en que no sabe lo que

significan estas hojas. Lo hemos presionado muchísimo y nos ha dado un montón de información útil, más de la que necesitábamos. Por eso empiezo a pensar que puede que diga la verdad cuando afirma que no tiene la menor idea de lo que significan estos números.

Se quedaron mirando las hojas como si ocultaran algo que de pronto podía saltarles a la cara, con tal de que las miraran lo suficiente.

—¿Ha dicho de dónde las ha sacado?

—Sí, insiste en que se las encontró por casualidad y que las ha guardado como una especie de seguro. Más allá de eso no conseguimos sacarle nada, ni siquiera de qué tipo de casualidad se trata.

Wilhelmsen se fijó en la extraña consistencia del papel. Estaba cubierto por una película polvorienta en la que se destacaban en lila claro algunas huellas dactilares.

—Ya he hecho que investiguen las huellas dactilares del papel, pero no hay nada —comentó Billy T, luego cogió los papeles, salió del despacho y volvió al cabo de dos minutos y le tendió dos copias, que aún estaban calientes—. Los originales me los quedo yo, pero, si los necesitas, me los pides.

—Muchas gracias, Billy T.

El agradecimiento era sincero, a pesar de su fatigada expresión.

Lo primero que le dijeron fue que era testigo, no sospechoso. Para él no había apenas diferencia, ya estaba siendo procesado por su propio caso. Luego le sirvieron una Coca-cola, siguiendo sus propios deseos; además, antes de convocarlo, le habían permitido darse una ducha. Wilhelmsen le trataba con amabilidad, estaba receptiva y consiguió hacerle entender que alguien que estaba acusado en un caso podía sacar ventaja de ser un buen testigo en otro. No pareció que el detenido se dejara impresionar. La conversación giraba en torno a banalidades y parecía agradecer la interrupción de su aburrida existencia en la celda; daba la impresión de que se lo estaba pasando bastante bien. Hanne Wilhelmsen no. La jaqueca había aumentado y los puntos de las heridas le tiraban cada vez que hacía una mueca por el dolor.

—Me van a caer unos cuantos años por esto, eso ya lo sé.

Parecía más entero de lo que Billy T. había dicho.

—Tal vez te lo tenga que repetir: no me interesa tu caso. Eso sigue siendo tu caso. Yo lo que quiero es hablar contigo sobre los dos documentos que encontraron en tu casa.

—¿Documentos? No eran documentos, ya sabes. Eran unas hojas de papel con números. Los documentos llevan sellos y firmas y cosas así, ya sabes.

Se había bebido la botella de Coca-Cola y pidió otra. Hanne apretó el botón del interfono y encargó otra botella.

—¡Servicio de habitaciones! ¡Me gusta! ¡Donde estoy yo, no hay cosas de esas, ya sabes!

—Los documentos esos, o las hojas —la policía lo intentó, pero fue interrumpida.

—No tengo ni zorra idea, de verdad. Me las encontré. Y las he guardado como una especie de seguro. En mi profesión nunca se puede ser lo bastante cauto, ya sabes.

—¿Un seguro contra qué?

—Un seguro, nada más, contra nada en especial. ¿Te han pegado una paliza, o qué?

—No, nací así.

Tras tres horas de trabajo, la agente empezaba a entender por qué el médico había insistido tanto en que siguiera de baja. Cecilie le había advertido sobre la jaqueca y las náuseas, y le había descrito escenas horribles sobre cómo el dolor podía hacerse crónico si no se lo tomaba con calma. Hanne estaba empezando a pensar que su novia podía tener razón. Se restregó con cuidado la sien en la que no llevaba tiritas.

—No puedo decir na, ya sabes. —De pronto parecía un poco más manso, su cuerpo desgarrado temblaba ligeramente y derramó el líquido cuando intentó beber de la segunda botella de Coca-cola, que le habían traído a los pocos minutos de que la encargaran—. El mono, ya sabes. Tengo que conseguir que me trasladen a la cárcel provincial. Allí tienen drogas a montones, ya sabes. ¿No podrías arreglármelo tú?

Wilhelmsen estudió al hombre. Estaba escuálido y pálido como un

fantasma. La barba desaliñada no conseguía cubrir del todo la gran cantidad de espinillas, tenía la piel muy estropeada para no tener mucho más de treinta años. En algún momento debió de ser guapo. Se imaginó al tipo con cinco años, con rizos rubios y vestido de marinerito para ir al fotógrafo. Era probable que hubiera sido un niño mono. Estaba acostumbrada a escuchar las quejas de los juristas de la casa sobre todas las tonterías que decían los abogados defensores: una infancia miserable, traicionado por la sociedad, padres que se mataban a beber, madres que bebían un poco menos y se mantenían con vida de manera que impedían una transferencia sensata de la custodia, hasta que el niño, en torno a los trece años, estaba completamente incontrolable y más allá de toda ayuda que pudieran ofrecerle los servicios de protección de menores u otras almas caritativas. Esas cosas no podían salir bien. Wilhelmsen sabía que los abogados defensores tenían razón. Con diez años de impotencia a sus espaldas, hacía mucho que había entendido que un trapero no sale de la nada. Todos ellos lo habían pasado fatal. Probablemente este tipo también. Como si le leyera los pensamientos, el hombre se encogió y dijo con un hilo de voz:

—Yo lo he pasado fatal, ya sabes.

—Sí, ya lo sé —respondió ella abatida—. Ahora no puedo ayudarte con eso, ya sabes. Pero tal vez pueda arreglar hoy lo del traslado, si me dices de dónde has sacado los documentos.

Fue evidente que la oferta le resultó tentadora. Lo vio contar bolas imaginarias, si es que sabía contar.

—Los encontré. No puedo decir na más. Creo que sé de quiénes son. Gente peligrosa, ya sabes. Te encuentran estés donde estés. No, la verdad es que creo que esos papeles siguen siendo un buen seguro. Será mejor que espere mi turno en el patio, he avanzado bastante en la lista, llevo ya cinco días ahí.

La subinspectora Wilhelmsen no tenía fuerzas para continuar. Le ordenó que se bebiera el resto de la Coca-Cola; él obedeció la orden y se la fue bebiendo por el camino hasta las celdas. Ante la puerta de la suya, le devolvió la botella vacía.

—He oído hablar de ti, ya sabes. Dicen que eres justa. ¡Gracias por las Coca-Colas!

El hombre fue trasladado a la cárcel provincial ese mismo día. Wilhelmsen no estaba tan cansada como para no tener tiempo de mover unos hilos antes de irse a su casa. Aunque no podía sacarse de la manga plazas en una cárcel repleta, al menos podía influir sobre las prioridades. Aquel hombre maltrecho se sintió feliz cuando, ese mismo día, una vez instalado en una celda con ventana en la que al menos había algo parecido a una cama, recibió la visita de su abogado.

Estaban solos en una habitación, el jurista de traje y el hombre con síndrome de abstinencia. En el cuarto, se entraba desde una sala más grande, donde los más afortunados recibían visitas de la familia o de amigos; una habitación yerma y poco acogedora que intentaba sin éxito causar buena impresión; incluso habían montado un rincón de juegos para las visitas más jóvenes.

El abogado hojeó los documentos. Tenía el maletín sobre la mesa. Estaba abierto y la tapa era como un escudo entre ellos. Parecía más nervioso que el preso, cosa que el estado de salud del drogadicto le impidió apreciar. El abogado bajó la tapa del maletín y le tendió un pañuelo. Desdobló el trozo de tela y le ofreció el contenido.

Allí estaba la bendición, todo lo que necesitaba aquel hombre exhausto para conseguir unas horas de bien merecido éxtasis. Intentó cogerlo, pero fue en vano. El abogado retiró la mano a toda velocidad.

—¿Qué has dicho?

—¡No he dicho na! ¡Ya me conoces! ¡Yo no hablo de más! ¡El menda no canta, ya sabes!

—¿Hay algo en tu piso que pueda darle pistas a la Policía? ¿Alguna cosa?

—No, no, na. Sólo el material. Mala suerte de cojones, ya sabes, eso de que vinieran justo antes de la entrega. No ha sido culpa mía.

Si el cerebro del hombre no hubiera estado atontado por veinte años de abuso de los estimulantes artificiales, quizás hubiera dicho otra cosa. Si el atisbo de la salvación en el maletín del abogado no hubiera debilitado la pizca de juicio que aún podía atribuírsele, tal vez habría contado que estaba en

posesión de material comprometedor, papeles que había encontrado en el suelo después de otro encuentro en una sala de visitas, tras otro arresto. Si hubiera estado en posesión plena de sus facultades mentales, probablemente habría comprendido que para que los documentos cumplieran el papel de seguro de vida, tenía que anunciar que los tenía en su poder. Tal vez incluso debería haberse inventado una historia sobre que alguien se lo contaría todo a la Policía en caso de que le sucediera algo. De eso al menos hubiera sacado alguna ventaja, quizá le hubiera salvado la vida, quizá no. Pero estaba demasiado atontado.

—Tú sigue manteniendo la boca cerrada —dijo el abogado, y permitió que el detenido se sirviera del contenido del pañuelo.

Le dio también un cilindro del tamaño de una purera, en cuyo interior el reo, con manos entusiasmadas y cada vez más temblorosas, consiguió introducir el material. Sin pudor, se bajó los pantalones y se metió el pequeño contenedor alargado en el recto con una mueca.

—Me van a cachear antes de volverme a meter en la celda, pero el culo no me lo van a mirar, sólo he visto a mi abogado —se rió el hombre, satisfecho.

Cinco horas más tarde lo encontraron muerto en su celda. La sobredosis lo había despachado a la muerte con una sonrisa dichosa en los labios. El material estaba en el suelo, ínfimos restos de la heroína en un pequeño trozo de plástico. En la hierba húmeda, dos pisos por debajo de la ventana enrejada de su celda, yacía un pequeño estuche con forma de puro; pero nadie lo buscó; se quedó allí, a la intemperie, hasta que, año y medio después, lo encontró un vigilante.

La anciana madre del preso no fue informada de la muerte hasta dos días más tarde. Vertió unas lágrimas amargas y, para consolarse, se bebió una botella entera de Eau de Vie. Había sufrido cuando el niño llegó al mundo sin que tal cosa estuviera planeada y lo acompañó llorosa a lo largo de su vida, del mismo modo que lloró en el momento de su muerte. Aparte de ella, nadie, absolutamente nadie, echaría de menos a Jacob Frøstrup.

Aunque el hombre ya se había comportado de modo amenazador la última

vez que se vieron, esta vez estaba furioso, casi irreconocible. Los dos hombres se habían encontrado como la otra vez, en un aparcamiento al fondo del valle de Maridalen. Habían aparcado sus respetables coches en extremos opuestos del aparcamiento, cosa que llamaba la atención, puesto que sólo había otros tres vehículos en el lugar, todos aparcados juntos. Cada uno por su lado, se habían dirigido al bosque, el mayor con el equipo adecuado, el más joven pasando frío con su traje y sus zapatos negros.

—¿En qué coño estás pensando? ¿No tienes otra ropa que ponerte? —le espetó el mayor, una vez que se hubieron adentrado unos cientos de metros entre los árboles—. ¿Pretendes que te mire todo el mundo?

—Relájate, no me ha visto nadie.

Le castañeteaban los dientes. El pelo oscuro ya se le había humedecido y la lluvia le había teñido los hombros de negro. Se parecía a Drácula, una impresión que se veía reforzada por los colmillos afilados que en aquellos momentos asomaban incluso cuando cerraba la boca, puesto que los labios se le encogían a causa del frío.

A poca distancia escucharon el zumbido de un tractor. Se apresuraron a esconderse detrás de sendos troncos de árbol, una medida de seguridad absolutamente innecesaria: se encontraban a más de cien metros del camino que cruzaba el bosque. El sonido del motor fue desapareciendo.

—Tenemos una política clara de no reunimos nunca —continuó el que estaba más enfadado—. Y ahora he tenido que reunirme contigo dos veces en muy poco tiempo. ¿Has perdido completamente el control?

La pregunta era superflua, el hombre mojado parecía estar fuera de sí. Su comportamiento desvalido y cutre se hacía aún más patente en contraste con el traje caro y el peinado a la última moda. Ambas cosas estaban a punto de desintegrarse. No respondió.

—¡Sobreponete, hombre! —El mayor parecía completamente desesperado y agarró al más joven de las solapas, lo sacudió; el otro no presentó resistencia, su cabeza colgaba como la de un muñeco de trapo—. Escúchame, escúchame ahora mismo. —El mayor cambió de técnica; lo soltó y habló despacio y articulando, como quien se dirige a un niño pequeño—:

Cerramos el negocio. Vamos a pasar como de la mierda de los dos o tres

meses de los que hablé. Recogemos nuestros bártulos. ¿Me oyes? Pero me tienes que contar en qué punto estamos. ¿El pájaro de la cárcel sabe algo sobre nosotros?

—Sí, sobre mí. Sobre ti no sabe nada, por supuesto.

El mayor se puso casi a gritar:

—¿Qué coño querías decir entonces cuando me contaste que no habías sido tan idiota como Hansa? ¡Me dijiste que no tenías contacto con los correos!

—Te mentí —respondió el otro con apatía—. ¿Cómo narices iba a reclutarlos si no? Les he proporcionado droga dentro de la cárcel. No mucha, pero la suficiente como para poder mover los hilos. Corren detrás de la droga como los perros tras las perras en celo.

El hombre mayor alzó el puño, como si le fuera a asestar un puñetazo, pero fue demasiado lento como para pillar al otro por sorpresa. El joven dio un paso hacia atrás, completamente espantado, resbaló en la hojarasca húmeda y cayó de espaldas. No se levantó. Lleno de desdén, el viejo le dio un puntapié en las piernas.

—Esto lo vas a arreglar —le ordenó.

—Ya lo he hecho —gimoteó el joven entre las hojas putrefactas—. Ya lo he arreglado.

Viernes, 23 de octubre

No tenía sensación de soledad, aunque tal vez sí la de estar solo. La voz femenina que emanaba del noticiero de las seis era agresiva y ordinaria, pero le servía de compañía. Había heredado la butaca de su abuela, era muy cómoda y por eso la usaba, pese a que la anciana se había reunido con el Señor estando sentada en el sillón en cuestión. Dos motas de sangre seguían manchando uno de los reposabrazos como resultado de un golpe que la mujer, al parecer, se había dado en la cabeza al sufrir un infarto. Eran imposibles de quitar, como si la abuela, desde su existencia inmaterial en el más allá, tratara obstinadamente de que prevaleciese su derecho de propiedad, cosa que provocaba en Håkon un sentimiento de ternura. La recordaba terca como una mula y los restos pálidos de sangre sobre la funda de terciopelo azul evocaban a la espléndida mujer que había ganado la guerra en solitario, que se había ocupado de todos los indefensos y abandonados, que había sido su heroína de la infancia y que le había convencido para que estudiara derecho a pesar de tener una cabeza bastante limitada para los libros.

El piso estaba amueblado con muy poco gusto, sin ninguna coherencia o intento de mantener un estilo homogéneo. Los colores se mataban, pero paradójicamente la vivienda transmitía amabilidad y calor hogareño. Cada objeto tenía su propia historia: había heredado algunas cosas, otras las había comprado en mercadillos, y los muebles del salón comedor los adquirió en IKEA. En suma, era un apartamento de hombre, aunque más limpio y recogido. Como hijo único de lavandera, aprendió pronto el oficio y le gustaban las

labores domésticas.

El fiscal general del Estado lanzaba duros ataques contra la prensa por el modo en que cubría los procesos criminales y la locutora tenía problemas para moderar la tertulia y conducir a los propios tertulianos, mientras que Håkon seguía el debate con los ojos cerrados y escaso interés. «Sea como sea, la prensa nunca se deja gobernar», pensó. Estaba a punto de dormirse cuando sonó el teléfono.

Era Karen. Podía oír el eco de su propio zumbido de oídos en el aparato. Intentó en vano tragar saliva, una y otra vez, pero tenía la boca seca como en un día de resaca.

Se saludaron, pero ahí quedó la cosa. Era incómodo permanecer mudo en un teléfono silencioso, así que, para llenar el vacío, Håkon carraspeó de modo algo forzado.

—Estoy sola en casa —dijo Karen finalmente—. ¿Te apetece pasarte por aquí? —Y como para justificar que deseaba compañía añadió—. Tengo miedo.

—¿Y Nils?

—En un cursillo. Puedo preparar algo rico para cenar, tengo vino y podemos hablar del caso y de los viejos tiempos.

Estaba dispuesto a hablar con ella de lo que fuese, estaba encantado, feliz, expectante y muerto de miedo. Tras una larga ducha y veinte minutos de taxi llegó al barrio de Grünerløkka y se quedó boquiabierto al ver el piso, en su vida había visto nada igual.

Las mariposas debajo de su camisa dejaron pronto de aletear y se tranquilizaron. El recibimiento por parte de Karen no fue muy atento, ni siquiera le dio un beso de bienvenida, sólo le dirigió esa sonrisa circunspecta que tenía por costumbre dispensarle. No tardaron en entrar en conversación y él fue recuperando su pulso normal; Sand estaba acostumbrado a las decepciones.

La comida dejó mucho que desear, él mismo lo habría hecho bastante mejor. Había frito demasiado las costillas de cordero antes de echarlas a la marmita, así que la carne estaba dura. Conocía la receta y sabía que la salsa contenía vino blanco, pero Karen había exagerado tanto la dosis que el penetrante sabor del vino blanco lo dominaba todo. Sin embargo, el tinto de

las copas era exquisito. Durante demasiado tiempo hablaron de esto y de aquello, de antiguos compañeros de estudios. Ambos se mantenían alerta, la conversación fluía, pero discurría por una senda estrecha y rígida. Karen fue quien eligió el camino.

—¿Habéis avanzado algo en la investigación?

Habían acabado de comer y el postre había sido un desastre, un sorbete de limón que se negó a mantenerse firme más de treinta segundos. Håkon se tragó la sopa limonera fría con una sonrisa y aparentemente buen apetito.

—Tenemos la sensación de que entendemos un montón de cosas, pero estamos a años luz de poder demostrar algo; ahora nos aburrimos con toda la mierda rutinaria. Reunimos todo lo que podría tener algún valor y lo repasamos con lupa para comprobar si sirve o no. De momento no tenemos nada que colgarle a Jørgen Lavik, pero dentro de unos días sabremos más sobre su vida.

Karen lo interrumpió alzando su copa para brindar; él, al tragar demasiado líquido, casi se ahogó, lo cual le provocó una tos indeseada, además de teñir el mantel de rojo. Se lanzó sobre el salero para atenuar su torpeza, pero ella le cogió la mano, lo miró a los ojos y lo calmó.

—Relájate, Håkon, lo limpiaré mañana, sigue hablando.

Posó el salero sobre la mesa y se disculpó un par de veces antes de proseguir.

—Si supieras lo aburrido que es... El noventa y cinco por ciento del trabajo en un caso de asesinato es totalmente estéril. Comprobar una y otra vez el ancho y el largo de las paredes y los postes de luz. Por suerte, a mí no me toca hacer ese trabajo, en la práctica, digamos, pero tengo que leérmelo todo y hasta ahora hemos interrogado a veintiún testigos. ¡Veintiuno! Y ninguno de ellos ha aportado lo más mínimo. Las pocas pistas técnicas que tenemos no nos dicen absolutamente nada. La bala que acabó con la vida de Hansa Olsen proviene de un arma que ni siquiera se vende en este país... Vamos, que seguimos igual. Creemos vislumbrar un patrón en todo esto, pero no encontramos el denominador común, esa pieza del puzle que nos proporcionaría la conexión para poder seguir trabajando. —Intentó aplanar el bultito de sal con el dedo índice, con la esperanza de que el consejo de maruja

fuera más eficiente—. Tal vez estemos equivocados del todo —añadió bastante desanimado—. Creímos haber encontrado algo importante cuando el registro de visitas reveló que Lavik había estado en los calabozos el día que tu cliente se volvió majareta. Yo estaba como una moto, pero el policía de apoyo recordaba la visita al detalle y juró que el abogado no habló con nadie más que con su propio defendido y que, además, estaba en todo momento acompañado, como ocurre con todas las visitas.

Håkon Sand no deseaba hablar del caso, era viernes, la semana había sido larga y agotadora, y el vino empezaba a subírsele a la cabeza. Se sintió aliviado y el calor interno se expandió y ralentizó sus movimientos. Estiró los brazos para recoger el plato de su anfitriona, echó los restos con cuidado en el suyo, colocó los cubiertos encima y se estaba levantando para llevarlo a la cocina cuando ocurrió.

Ella se despegó de la mesa como un resorte, rodeó la gigantesca mesa de pino y se golpeó la cadera con el borde redondeado, algo que tuvo que hacerle bastante daño, aunque no mostró signo alguno de dolor, y acabó sentada sobre las rodillas de su compañero. Él permaneció mudo y perplejo, sus brazos colgaban indolentes y flácidos; balanceaba sendas manos como dos pesas plomizas, no sabía qué hacer con ellas.

Tenía los ojos acuosos de miedo y de deseo, y el temor aumentó cuando ella le quitó las gafas con firmeza y habilidad. Estaba tan aturdido que al parpadear una lágrima diminuta y solitaria resbaló por su mejilla izquierda; ella la vio, acercó su mano y la limpió con el pulgar.

A continuación acercó su boca a la suya y le obsequió con un beso interminable. Era muy distinto al roce que habían experimentado en el despacho de Håkon. Éste era un beso lleno de promesas, de pasión y de deseo, un beso con el que había soñado Håkon, pero que también había desechado hacía tiempo, como una dulce fantasía. Era exactamente como se lo había imaginado, distinto a todos los besos que llevaba almacenando a lo largo de quince años de soltería. Era la compensación y la recompensa por haber amado a una única mujer, desde que se conocieron en la facultad catorce años antes, ¡catorce años! Se acordaba de aquel encuentro con más claridad que del almuerzo del día anterior. Llegaba cinco minutos tarde, entró dando tumbos al

aula del edificio Oeste y se sentó en un asiento abatible justo delante de una rubia muy mona. Al bajar el asiento aplastó los pies que ella tenía apoyados sobre la butaca. La chica pegó un grito y Håkon se disculpó entre sus propios balbuceos y las risas y alaridos de los demás, pero cuando descubrió a su víctima cayó en un enamoramiento que nunca más lo soltaría. Jamás dijo una sola palabra, aunque su paciente espera fue dolorosa y triste, pues durante todos esos años vio desfilar a los amantes de Karen. La resignación lo había sumido en la creencia de que las mujeres eran algo que podía uno agenciarse durante un par de meses, mientras el interés de la novedad mantenía la vitalidad en los juegos de cama. No esperaba nada más, no con otras mujeres.

Permaneció pasivo durante unos segundos hasta que el beso eterno empezó a ser cosa de dos. El valor creció y las manos dejaron de estar tan aturdidadas, se volvieron más ligeras y recorrieron la espalda de la mujer al tiempo que separaba las piernas para que ella estuviera más cómoda.

Hicieron el amor durante horas, una extraña y cercana pasión entre dos viejos amigos con mucha historia en común que nunca se habían tocado, no de esa forma. Era como pasear por un entrañable paraje familiar, pero disfrazado de una estación poco habitual. Conocido y desconocido a la vez, cada cosa en su lugar, aunque la luz fuera diferente y el paisaje inexplorado y ajeno.

Se susurraron intimidades y palabras dulces al oído y se sentían fuera de la realidad. El tranvía traqueteaba a lo lejos y el ruido se abrió camino y penetró en la densa atmósfera del suelo del salón, engulló el amanecer y desapareció como un buen amigo que les deseaba lo mejor. Karen y Håkon estaban de nuevo solos: ella, confundida, agotada y feliz; él, feliz, sólo feliz.

El viernes por la noche Hanne Wilhelmsen estuvo ocupada con cosas muy distintas. Compartió con Billy T. el asiento delantero de un coche oficial, que tenía las luces apagadas y estaba aparcado en el repecho de una callejuela en la zona de Grefsenkollen. La calle era estrecha y para no obstaculizar el escaso tráfico de una noche de fin de semana, dejaron el vehículo tan al borde que estaba ladeado. La espalda de Hanne protestaba por la postura que la obligaba a mantener un glúteo más bajo que el otro. Intentó incorporarse,

aunque sin éxito.

—Aquí tienes —dijo Billy T., estirándose para agarrar la cazadora que reposaba sobre el asiento trasero—. ¡Ponte esto debajo de medio culo!

Aquello la ayudó, al menos como remedio provisional. Comieron lo que ella había traído, elegantemente empaquetado en papel film: seis rodajas de pan con fiambre para él, y una para ella.

—¡La cena!

Billy T. vociferó de alegría y se sirvió café del termo.

—Viernes gourmet —dijo Hanne, dibujando una sonrisa con la boca llena.

Llevaban ya allí tres horas y era su tercer día de vigilancia, apostados frente al complejo de adosados donde vivían Jørgen Lavik y su familia. La casa era aburrida y de color marrón, pero las bonitas cortinas y la suave luz interior transmitían calor hogareño. Los miembros de la familia se acostaron tarde, aunque los policías estaban ya acostumbrados a ver las últimas luces apagarse alrededor de medianoche. De momento, su espera en un coche frío no había dado frutos, la familia Lavik se comportaba de un modo tediosamente normal. La luz azul de un televisor parpadeó a través de la ventana del salón, desde los programas infantiles hasta la última edición de las noticias. Sobre las ocho de la tarde se apagaron dos luces de un dormitorio de la segunda planta, los dos agentes supusieron que se trataba de los cuartos de los niños. Sólo una vez salió alguien por la puerta de madera blanca, que lucía una oca fijada con clavos que croaba la bienvenida con letras góticas. Era probable que fuera la señora Lavik, que sólo iba a sacar la basura. No les había resultado fácil verla bien, pero ambos tuvieron la impresión de estar ante una mujer arreglada, delgada y bien vestida, incluso en una noche de tinte casero.

Se aburrían, el radiocasete estaba prohibido en los coches oficiales y los avisos que escuchaba la radio de la Policía, acerca de la criminalidad capitalina del viernes por la noche, no eran especialmente entretenidos, pero los dos agentes se armaron de paciencia.

Había empezado a nevar, los copos eran grandes y secos y el coche llevaba tanto tiempo aparcado que la nieve ya no se derretía encima del capó, que no tardó en estar vestido de blanco. Billy T. accionó los limpiaparabrisas para mejorar la visión.

—Ya es de noche noche —dijo, apuntando hacia la casa cuyas luces se apagaban una tras otra.

Una de las ventanas de la segunda planta siguió encendida algunos minutos más, pero pronto la luz de la entrada quedó como la única fuente de iluminación que permitía discernir la silueta de la casa.

—Bien, pues vamos a ver si el bueno de Jørgen tiene otra cosa que hacer el viernes por la noche aparte de regocijarse debajo de las sábanas —dijo Hanne, sin parecer demasiado esperanzada.

Pasó una hora y seguía nevando, serena y silenciosamente. Hanne acababa de proponer la retirada. Billy T. resopló despreciando la idea. ¿Acaso era la primera vez que vigilaba a alguien? Tenían que aguantar otras dos horas más.

Alguien salió de la casa y los ocupantes del coche estuvieron a punto de perderselo, habían empezado a cerrar los ojos y a dormitar. El perfil de un hombre emergió del frío, vestía un abrigo de cuero negro e intentó torpemente cerrar la puerta con la llave. Al volverse, se levantó el cuello del abrigo, cruzó los brazos a la altura del pecho y empezó a correr hacia el garaje situado al borde de la carretera. La puerta se abrió antes de que alcanzara la cochera, «apertura automática», dedujeron los dos policías.

El Volvo era de color azul oscuro, pero con las luces encendidas fue fácil seguirlo. Billy T. se mantenía a una distancia prudencial, el tráfico a esas horas de la noche era tan poco denso que el peligro de perderlo de vista era mínimo.

—Es una locura vigilar con una sola unidad —murmuró Billy T.—. Esos tíos son unos paranoicos, deberíamos tener al menos dos coches.

—Dinero, dinero —contestó Hanne—. Este no está acostumbrado al juego, no se cubre las espaldas.

Bajaron hasta el cruce de Storo. Los semáforos de la bifurcación parecían enormes cíclopes descerebrados cuyo ojo de color ámbar parpadeaba de forma intermitente para empujar a los automovilistas hacia el siniestro. Había dos coches cruzados en la calzada de la autovía periférica Store Ringvei, uno de ellos con importantes daños en la parte delantera. Los policías no podían permitirse parar, así que prosiguieron hacia Sandaker.

—Ha parado —dijo Hanne, con brusquedad.

El Volvo estaba aparcado con el motor en marcha junto a una cabina telefónica en el distrito de Torshov. Lavik tenía problemas para abrir la puerta de la cabina, el hielo y la nieve atascaban las bisagras, y sólo pudo penetrar por una estrecha apertura. Billy T. pasó lentamente por delante de la cabina, giró a la derecha en la primera bocacalle y luego viró el vehículo ciento ochenta grados. Volvió al cruce y aparcó cincuenta metros más allá del hombre al teléfono. Era evidente que la luz que iluminaba el habitáculo era molesta, porque el tipo se encorvó para proteger su rostro y se colocó de espaldas hacia los dos policías.

—Conversación telefónica desde una cabina. Vale, un viernes por la noche; creo que nuestras sospechas tienen fundamento —dijo Billy T. con satisfacción manifiesta.

—Puede que tenga una amante.

Hanne quiso frenarle en seco, pero no consiguió sofocar el entusiasmo de su colega.

—¿Una amante a la que llama desde una cabina a las dos de la mañana? Venga ya, por favor —dijo él, a modo de censura y consolidado por el peso de su propia experiencia.

La conversación se prolongó durante un rato. La calle estaba casi vacía, tan sólo se veía a algún que otro chotacabras borracho, que volvía a casa dando tumbos, vadeando por la nieve que tapizaba el entorno y que confería un aspecto navideño al mes de octubre.

De repente el hombre colgó, parecía seguir teniendo prisa y se zambulló en el coche, que patinó un poco con las ruedas antes de soltarse y bajar la calle Vogt como un alud.

El coche de Policía salió del cruce y aceleró siguiendo el rastro del Volvo, que luego volvió a parar de pronto, esta vez en el distrito de Grünerløkka, tras tomar una bocacalle y prácticamente aterrizar en una plaza de aparcamiento libre. Los policías aparcaron cien metros más arriba. Jørgen Lavik desapareció del campo de visión en cuanto dobló la esquina. Hanne y Billy T. cruzaron sus miradas y sin hablar acordaron salir del coche en ese mismo instante. Billy T. la rodeó con el brazo, le susurró al oído que eran novios y, abrazados, bajaron el callejón por donde se había esfumado el abogado. El

pavimento estaba resbaladizo. Hanne tuvo que aferrarse con fuerza a Billy T. para no caerse, sus botas tenían las suelas de piel.

Torcieron por la misma esquina y enseguida avistaron a Lavik con otro hombre. Hablaban en voz baja, pero los aspavientos que hacían con los brazos decían mucho acerca del contenido de la conversación. No parecían muy amigos. La distancia que los separaba de los policías era de unos cien metros, cien largos metros.

—Los cogemos ahora —murmuró Billy T., impaciente como un Setter inglés que acaba de rastrear una perdiz blanca.

—No, no —bufó Hanne—. ¡Estás loco! ¿Con qué fundamento? No está prohibido charlar con alguien de noche.

—¿Fundamento? ¿Qué coño significa eso? ¡Arrestamos gente todos los putos días basándonos solamente en nuestro instinto!

Notó la sacudida que recorrió el largo cuerpo de su compañero y se colgó de la chaqueta para retenerle. Los dos hombres se percataron de su presencia y los policías, ya muy cerca de la pareja, percibieron sus voces, pero sin discernir las palabras. Lavik reaccionó ante los curiosos, levantó el cuello del abrigo y volvió despacio pero con paso firme hacia el coche. Hanne y Billy T. se camuflaron en un abrazo apasionado y sintieron cómo los pasos a sus espaldas se dirigían hacia el Volvo oscuro, mientras el otro hombre permanecía de pie en el mismo lugar. De repente Billy T. se soltó y echó a correr en dirección al hombre desconocido. Lavik había cruzado la calzada y tomado la primera bocacalle, estaba ya fuera del campo de visión, el extraño echó a correr, y Hanne se quedó sola y desconcertada.

Billy T. estaba bien entrenado y recortaba la distancia con su presa a razón de un metro por segundo, pero al cabo de unos cincuenta metros de carrera el hombre se escabulló por un zaguán. Billy T. estaba ya a sólo diez metros de él y alcanzó la puerta justo antes de que ésta se trancara. Era imposible que el portón hubiera estado cerrado antes, el hombre tenía que haberlo empujado con mucha fuerza al entrar corriendo. La puerta de madera era grande y pesada, y entretuvo lo bastante a Billy T. como para que éste perdiera de vista a su contrincante al entrar.

Se precipitó a través del portal que desembocaba en un patio trasero de

diez metros por diez, cercado por tapias de tres metros de altura. Uno de los muros aparentaba ser la pared trasera de un garaje o de un cobertizo; desde la parte superior de esa pared nacía un tejado de hojalata en pendiente. En una esquina asomaba un macizo enladrillado del cual brotaban, atravesando la capa de nieve, tristes y mustios restos de flores y, detrás, emergía una espaldera chapucera, totalmente desnuda y cuyas plantas apenas se agarraban al palo transversal inferior. En la parte superior, el fugitivo intentaba pasar al otro lado del muro.

Billy T. tomó la diagonal y alcanzó la esquina con diez zancadas, logró atrapar una bota, pero el hombre pateó con violencia y golpeó al agente en plena frente. El policía no lo soltó y además intentó trincar el pantalón con la otra mano, pero no tuvo fortuna, porque, al querer agarrarse, el otro hombre dio un potente respingo y consiguió soltarse. Billy T. se quedó con la bota en la mano y tuvo el tiempo suficiente como para sentirse ridículo antes de oír el golpe que produjo el otro al tocar el suelo al otro lado de la tapia. El policía tardó tres segundos en reaccionar, pero el fugitivo había aprovechado muy bien el tiempo, estaba a punto de alcanzar otro zaguán, y esta vez para salir a la calle. Cuando llegó a la salida en forma de arco, se giró hacia Billy T. empuñó un arma y apuntó en dirección al agente.

—¡Policía! —bramó Billy T.—. ¡Soy policía!

Paró en seco, pero sus suelas de piel no aguantaron el gesto y siguieron deslizándose por el suelo. La enorme figura bailó cinco o seis pasos intentando recuperar el equilibrio mientras sus aspaventados brazos parecían dirigir una orquesta imaginaria. De nada sirvió, se precipitó de espaldas al suelo y sólo la nieve recién caída le salvó de un terrible impacto. Su orgullo se llevó la peor parte y profirió todo tipo de juramentos en su interior al oír la puerta exterior cerrarse detrás del fugado.

Se estaba cepillando la nieve cuando Hanne aterrizó detrás de él desde lo alto de la pared.

—Estás loco —dijo, llena a la vez de admiración y reproche—. ¿Y de qué le habrías acusado si lo hubieses pillado?

—Tenencia ilícita de arma —masculló el agente, mientras limpiaba la nieve de su trofeo de caza: una vulgar bota de caballero, un número 44 hecho

en piel.

Ordenó la retirada. Bastante cabreado.

Lunes, 26 de octubre

La bandeja de entrada del correo, situada en la estantería de la salita, estaba llena de pegatinas amarillas. Hanne odiaba los mensajes de teléfono, era demasiado responsable como para tirarlos, aunque sabía que, al menos, la mitad de las once personas que la habían llamado no tenían nada importante que transmitir. La parte más molesta del oficio era tener que contestar a las preguntas de la gente; víctimas impacientes que no entendían por qué se tardaba más de seis meses en investigar un caso de violación cuando se conocía el agresor, abogados irascibles que exigían la búsqueda de antiguos fallos procesales y algún que otro testigo que se creía más valioso de lo que dejaba entrever la Policía.

Dos de los papelitos eran de la misma persona; en ellos se podía leer: «Llama a Askhaug, hospital de Ullevål», junto con un número de teléfono. Wilhelmsen sintió un fuerte desasosiego, recordó todas las pruebas que le habían practicado del cráneo y decidió llamar. Askhaug estaba en su puesto, aunque Hanne tuvo que pasar antes por otras tres extensiones antes de dar con la mujer en cuestión. Finalmente se presentó.

—Ah, sí, me alegro de que llames —contestó la señora del teléfono con voz de pollo—. Bueno, soy enfermera en la Sección de Psiquiatría. —Hanne respiró aliviada, no era su cabeza la que tenía problemas; la sanitaria prosiguió—: Tuvimos aquí a un paciente, un detenido en prisión preventiva. Creo que era holandés, y me han dicho que tú llevas el caso, ¿es cierto? —Lo era—. Ingresó en estado psicótico y se mantuvo a base de neurolépticos

durante varios días hasta que pudimos observar alguna mejora. Finalmente pudimos poner un poco de orden en su vida espiritual, aunque no sabemos cuánto durará. Las dos primeras noches tuvimos que ponerle pañales, es que ya no aguantábamos más, ¿sabes? —El suave acento del sur parecía pedir perdón, como si ella fuese la única responsable de los paupérrimos recursos de la sanidad pública—. Suelen ser las asistentes quienes les cambian los pañales, ¿sabes?, pero es que el chico estaba muy estreñado, llevaba así ya mucho tiempo, hasta que empecé mi turno de noche treinta y seis horas después de su hospitalización. Solemos echar una mano, quiero decir con los pacientes, así que le cambié los pañales al hombre, ¿sabes? Ese trabajo les corresponde a los asistentes, ¿sabes? —Hanne lo sabía—. Luego descubrí en las heces un grumo blanco sin digerir y, como tenía curiosidad, lo saqué..., bueno, tenemos guantes de plástico, claro.

Soltó una risita por el auricular.

—¿Y bien?

Wilhelmsen estaba perdiendo la paciencia, y empezó a frotarse la sien con el dedo índice, en la zona de la herida, donde el pelo que nacía estaba empezando a picar.

—Era un trozo de papel, del tamaño de una postal, pero enrollado, y se podía leer lo que ponía, incluso después de un ligero aclarado. Pensé que podía ser de interés, ¿sabes?, así que te llamé, por si acaso.

Wilhelmsen no escatimó los elogios hacia la mujer deseando que llegase lo antes posible al grano.

A duras penas, se enteró al fin de lo que ponía en el papel.

—Estaré ahí dentro de quince minutos —dijo toda acelerada—. Veinte minutos como mucho.

La jefatura disponía ahora de una sala de emergencias, nombre que sonaba algo pretencioso hasta que uno entraba a las dependencias. Habían sobrado veinte metros cuadrados tras la redistribución del espacio en el área A 2.11, al fondo del pasillo que miraba hacia el nordeste; aquél era un lugar impersonal y bastante inservible. Lo llamaban sala de emergencias cuando se trataba de

asuntos importantes; podía albergar en el mismo espacio a todo el personal y todo el papeleo a la vez, es decir, que, de algún modo, era relativamente funcional. Había dos teléfonos sobre sendos escritorios, colocados a su vez el uno frente al otro debajo de la ventana. Las patas eran metálicas, como todas las de los pupitres del edificio, y con los tableros inclinados formando una suerte de tejado. Sobre el caballete se balanceaban una bandeja llena de lápices roídos, gomas de borrar y bolígrafos baratos. Detrás de cada escritorio las paredes estaban tapizadas de estanterías vacías que recordaban a todo el mundo lo miserable de su situación y, en una habitación contigua, había una fotocopidora demasiado vieja que ronroneaba monótona e irritantemente.

El inspector Kaldbakken lideró la reunión, era muy delgado y usaba un dialecto cuyas palabras desaparecían a medias en un murmullo borroso, pero no importaba, porque todos los presentes estaban acostumbrados y adivinaban lo que decía.

La subinspectora Hanne Wilhelmsen aclaró la situación, fue desmenuzando toda la información entre hechos y especulaciones, realidades y rumores. Desgraciadamente, dominaban las especulaciones y los rumores, aun así causaron cierta impresión en los presentes, pero los descubrimientos técnicos eran escasos y no impresionaban ya a nadie.

—Detengan al abogado Lavik —exhortó un joven policía, lleno de pecas y con la nariz respingona—. Hay que jugárselo todo a una carta, está a punto de reventar.

Un ángel pasó por la habitación; el embarazoso silencio indicó al joven que había metido la pata, empezó a morderse las uñas de vergüenza.

—¿Tú qué dices åkon? ¿Qué es lo que tenemos, en realidad? —preguntó Hanne, que tenía mejor aspecto y que finalmente había decidido cortarse el pelo. Suponía una clara mejoría, el corte de pelo torcido que había lucido durante una semana era realmente cómico.

Håkon parecía ausente e hizo un esfuerzo por seguir la corriente.

—Si pudiésemos conseguir que Lavik hablara por propia voluntad, es posible que estuviéramos un poco más cerca. El problema es que, tácticamente, debemos lograr que el interrogatorio parezca auténtico.

Sabemos... —Interrumpió la frase y empezó de nuevo—. Creemos que el hombre es culpable, hay demasiadas coincidencias, como el encuentro en plena noche con el fugitivo armado, las iniciales en los billetes de banco, la visita al patio trasero el día que Han van der Kerch recibió la nota de amenaza que le dejó petrificado. Y otro hecho más: Lavik visitó a Jacob Frøstrup pocas horas antes de que ese buen hombre decidiera acabar con su propia vida.

—Eso no significa nada —aseveró Wilhelmsen—. Todos sabemos que las cárceles están llenas de drogas. Los propios carceleros, por ejemplo, entran y salen a su libre albedrío, no tienen que pasar un solo control desde la calle hasta las celdas, si les apetece. —Tras meditar durante unos segundos, añadió—: En realidad es increíble. Es bastante extraño que los empleados de los grandes almacenes Steen & trøm deban aceptar que se les registre para prevenir los hurtos mientras que los funcionarios de prisión se niegan a pasar los controles para evitar el contrabando de drogas en las cárceles.

—Los sindicatos, los sindicatos —murmuró Kaldbakken.

—Además, puede que el temor que siente Han van der Kerch por la cárcel tenga algo que ver con el caso. Tal vez sospeche de alguien dentro del sistema carcelario —prosiguió Hanne, sin dejarse afectar por las consideraciones políticas del inspector—. Me parece muy poco probable que Lavik se arriesgue a que le pillen con el maletín lleno de droga. La muerte de Frøstrup es sin duda una señal que viene a confirmar que el pavor que siente Van der Kerch por la cárcel está más que fundado.

—Pero este papelito es obra de Lavik, de eso estoy segura —dijo, sacando una bolsa que contenía la «advertencia» sin digerir.

La letra era borrosa y débil, pero nadie tuvo problema alguno para leer su mensaje.

—Parece una broma de mal gusto —se atrevió de nuevo el pelirrojo—. Ese tipo de historias tiene más que ver con las series policíacas que con esta casa.

Se rió entre dientes, fue el único en hacerlo.

—¿Es posible que la gente entre en un estado psicótico por leer un mensaje como éste? —preguntó Kaldbakken en tono escéptico, ya que en treinta años de servicio no había visto nada igual.

—Le dieron un susto de muerte, nunca mejor dicho —intervino Wilhelmsen—. Seguro que tampoco lo estaba pasando bien antes, y este mensaje fue la gota que colmó el vaso. Por cierto, ya está mejor y ha vuelto a la cárcel... Bueno, mejor lo que se dice mejor... Está sentado en un rincón y se niega a hablar. Por lo que tengo entendido, tampoco Karen Borg consigue comunicarse con él; en mi opinión debería estar en un hospital, pero los devuelven al sistema penitenciario en cuanto son capaces de recordar su nombre.

Lo sabían perfectamente: la psiquiatría carcelaria era un ir y venir perpetuo, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Los detenidos nunca mejoraban, sólo empeoraban.

—¿Qué tal si solicitamos una conversación con Lavik? —propuso Sand—. Apostamos a que no se niega y vemos hasta dónde llegamos. Puede ser una enorme estupidez, pero, por otro lado, ¿tiene alguien una propuesta mejor?

—¿Qué pasa con Peter Strup?

Era el jefe de sección, quien habló por primera vez. Fue Hanne la que contestó.

—Todavía no tenemos nada sobre él, en mis notas es sólo un gran punto de interrogación.

—No lo aparquéis del todo —sugirió el jefe, para concluir la reunión—. Traed a Lavik, pero, por Dios, traedlo por las buenas, no queremos que todo el colegio de abogados nos declare la guerra, al menos de momento. Mientras, tú... —apuntó al chaval con la nariz respingona y dejó que el dedo fuera señalando al siguiente—... y tú y tú, os encargáis del trabajo sucio. Venid conmigo: os voy a poner deberes, queda mucho por averiguar. Quiero saberlo todo sobre nuestros dos abogados, costumbres culinarias, qué desodorantes utilizan, afinidad política y sus historias de faldas. Ante todo, averiguar sus rasgos comunes.

El jefe de sección se llevó al pelirrojo y a otros dos de la misma edad, que habían sido lo bastante sensatos como para mantener la boca cerrada durante toda la reunión, aunque de poca servía, porque los jóvenes se las tenían que ver siempre con el trabajo rutinario.

Hanne Wilhelmsen y Håkon Sand fueron los últimos en abandonar la sala.

Ella se percató de que el hombre parecía contento y satisfecho, a pesar de la marcha de los acontecimientos.

—Estoy bien —contestó él a su amigable e inesperada pregunta—. Lo cierto es que estoy de puta madre.

Sand tuvo que pelear duro para poder estar presente, porque la subinspectora Wilhelmsen era reticente ante la idea; no había olvidado la metedura de pata durante el interrogatorio de Han van der Kerch.

—Conozco a ese tipo —argumentó—. A lo mejor se siente más tranquilo si estoy presente; no te puedes imaginar hasta qué punto los buenos juristas creen dominar a los malos, tal vez se ponga arrogante.

Finalmente ilhelmsen tuvo que rendirse a cambio de que Håkon le prometiera abiertamente que mantendría la boca cerrada. Podría hablar en cuanto ella le hiciese una señal, pero se limitaría a hacerlo de trivialidades, no de nada concerniente al caso.

—Hagamos de poli bueno y poli malo —dijo con una sonrisa a modo de conclusión.

Ella sería la gamberra y él daría palmaditas en la espalda.

—No te pases —advirtió el fiscal adjunto—. Nos arriesgamos a que se levante y salga por esa puerta, y no tenemos nada para retenerle.

Acudió por propia voluntad, sin portafolio, vestía de un modo elegante y acorde con la profesión, traje y zapatos bonitos, demasiado bonitos para el aguanieve que inundaba las calles de Oslo. Tenía las perneras mojadas y los zapatos de cuero presentaban un borde oscuro a lo largo de toda la suela que amenazaba con provocarle un catarro otoñal. Las hombreras del abrigo de tweed estaban caladas, y Sand reconoció la marca exclusiva por la etiqueta del forro que asomó cuando el abogado Lavik se quitó el gabán, que a continuación sacudió; luego buscó un gancho o una percha para colgarlo. No encontró ninguna de las dos cosas, así que echó el abrigo sobre el respaldo de la silla, estaba sonriente y de buen talante; no mostraba signos de nerviosismo.

—Estoy impaciente —dijo con una sonrisa, apartando de su frente un poco de pelo que volvió a caer inmediatamente en su sitio—. ¿Soy sospechoso de

algo? —preguntó con una sonrisa todavía más ancha.

Hanne le tranquilizó.

—De momento, de nada.

A Håkon la respuesta le pareció muy atrevida, pero había escarmentado y optó por callar, además ambos carecían de material para escribir. Sabían que la lengua habladora podía trabarse a la vista de una grabadora o de instrumentos para anotar.

—Estamos analizando varias teorías acerca de ciertos casos que nos están llevando por la calle de la amargura —admitió la subinspectora—. Tenemos la impresión de que nos puedes ayudar en algo. Serán sólo unas preguntas, puedes irte cuando quieras.

Lo último sobraba.

—Lo sé perfectamente —dijo sonriendo, aunque se notaba que lo decía con segundas—. Me quedaré el tiempo que me parezca, ¿de acuerdo?

—Vale —dijo Håkon, esperando que esa afirmación lo mantuviera dentro de las concesiones posibles. Sentía la necesidad de decir algo, algo que pudiera amortiguar la sensación de ser un inútil, pero no sirvió de nada.

—¿Conocía usted a Hans A. Olsen, el abogado asesinado?

Hanne soltó la pregunta a bocajarro, pero era obvio que el abogado Lavik la estaba esperando.

—No, la verdad es que no me suena —contestó con total serenidad, ni demasiado brusco ni demasiado dubitativo—. No lo conocía, pero he hablado con él algunas veces; trabajábamos en el mismo ámbito, es decir, como abogados defensores. Probablemente me he cruzado con él en los juzgados y puede que en alguna reunión del Grupo de Abogados Defensores, pero, como digo, no lo conocía.

—¿Qué opinión tiene sobre el asesinato?

—¿El asesinato de Hansa Olsen?

—Sí.

—¿Opinión? Pues... —Su vacilación era natural y parecía estar reflexionando, como si quisiera mostrar su buena disposición, como cualquier otro inocente que colabora con la Policía—. Si le digo la verdad, no le he dado muchas vueltas a este caso; se me ocurre a bote pronto un ajuste de

cuentas por parte de clientes descontentos, digamos que es una versión que transita en los medios jurídicos.

—¿Qué me dice de Jacob Frøstrup?

Con posterioridad los dos policías afirmaron haber percibido una leve inseguridad en el abogado al oír el nombre de su malogrado cliente. Ciertamente es que no pudieron definir esa percepción y tuvieron que admitir que fue más fruto de la esperanza que de una sana capacidad de juicio.

—Qué pena lo de Jacob, las ha pasado putas desde que nació. Lo tuve como cliente durante muchos años, pero nunca lo habían pillado por algo gordo, no entiendo por qué tuvo que mezclarse en algo así. No le quedaba mucho tiempo, la verdad, el sida se había extendido en los últimos tres años, si no me falla la memoria.

El abogado miró por la ventana mientras habló, fue el único cambio palpable desde el inicio de la conversación. Luego se calló y volvió a mirar a la policía.

—Me enteré de que murió el mismo día que lo visité, qué pena. Parecía muy deprimido y hablaba de quitarse la vida. No soportaba seguir viviendo con los dolores y la humillación y, encima, este último caso... Intenté animarlo un poco, reconfortarlo, le dije que tenía que aguantar. Aunque debo admitir que la noticia de su muerte no me ha sorprendido.

Lavik movió despacio la cabeza en señal de compasión y se cepilló una caspa inexistente de los hombros. Tenía una mata de pelo considerable y reluciente y un sano cuero cabelludo del que no podía presumir Håkon. El fiscal adjunto se sintió aludido enseguida, miró de reojo su propia chaqueta negra y se desembarazó enseguida de las partículas blancas que resaltaban sobre el fondo oscuro. El abogado replicó con una sonrisa caritativa e infinitamente desdeñosa.

—¿Dijo por qué tenía una partida tan grande de droga?

—Sinceramente —reprochó Lavik—, aunque esté muerto, me parece fuera de lugar estar aquí relatándole a la Policía lo que me contó.

Los dos policías aceptaron callados el razonamiento.

Wilhelmsen se concentró un instante antes de jugar su última baza. Se pasó el dedo por la sien rapada, una manía que había desarrollado durante los

últimos días. El cuarto estaba tan silencioso que se imaginaba que los demás podían oír el ruido que hacía al rascarse con la punta de los dedos.

—¿Por qué se citó con un hombre el viernes a las tres de la madrugada en Grünerløkka?

La voz era incisiva, como si quisiera que sonara más dramático de lo que realmente era. El estaba preparado.

—Ah, eso, sí, era un cliente. Tiene un problema muy gordo y necesitaba ayuda urgente. De momento, la Policía no está involucrada, pero tiene mucho miedo y tenía que darle algún que otro consejo.

Lavik exhibió una sonrisa tranquilizadora que daba a entender que era para él bastante habitual tener que levantarse de la cama en plena noche para atender a clientes en los barrios más desfavorecidos de la ciudad. Su rostro expresaba incluso que ocurría a diario, prácticamente todas las noches.

—¿Y quiere que me trague eso? —dijo ella por lo bajo—. ¿De verdad quiere que me lo trague?

—Me importa muy poco lo que crea o deje de creer —dijo Lavik dirigiéndole una sonrisa—. Lo importante es que yo cuente la verdad. Si usted opina otra cosa, su deber es demostrarlo.

—Es exactamente lo que voy a hacer —contestó Wilhelmsen—. Puede irse, por esta vez.

El abogado Lavik se puso el abrigo, dio las gracias, se despidió cordialmente y cerró la puerta educadamente al salir.

—Anda que has hablado mucho —dijo Hanne, irritada, dirigiéndose a su colega—. ¿De qué me sirve tenerte aquí?

La lesión de la cabeza la había vuelto más irascible. Håkon hizo caso omiso. Su estado emocional era fruto de la decepción que sentía por el brillante modo en que Lavik controló y bloqueó el interrogatorio. Håkon lo sabía y se limitó a sonreír.

—Mejor decir poco que demasiado —dijo como defensa—. Además, sabemos una cosa: el propietario de la bota ha tenido que hablar con Lavik después de lo que ocurrió el viernes por la noche. Parecía muy preparado. Por cierto, ¿por qué no le mencionaste nada sobre el papelito?

—Me lo reservo para mejor ocasión —dijo ella tras un instante de

reflexión—. Me voy a casa a dormir, me duele la cabeza.

—¡No saben nada!

Estaba radiante y satisfecho, algo que el hombre mayor pudo apreciar incluso a través del auricular que distorsionaba la voz. Había estado preocupado por su joven compañero; durante su último encuentro en el valle Maridalen había estado al borde de un ataque de nervios. Una confrontación con la Policía tendría consecuencias catastróficas, pero Lavik estaba completamente seguro de que no sabían nada. Se había enfrentado a una policía con la cabeza trasquilada y a un compañero de estudios estúpido, ambos desconcertados y sin ningún as en la manga. Como es obvio, el episodio del sábado por la noche fue muy desafortunado, pero se habían tragado su explicación, de eso estaba seguro. Lavik era, sencillamente, feliz.

—Me juego lo que sea a que no saben nada —repitió—. Además, estando muerto Frøstrup an der Kerch como una cabra y la Policía a dos velas, ¿no tenemos nada que temer!

—Te olvidas de un detalle —dijo el otro—, te olvidas de Karen Borg. No tenemos ni idea de lo que sabe, pero algo sabrá, al menos eso cree la Policía. Si tienes razón cuando dices que la Policía está sin pistas, es porque la mujer no ha cantado todavía..., y no sabemos cuánto tiempo tardará en hacerlo.

Lavik tuvo poco que decir a eso; su entusiasmo infantil del inicio se fue desmoronando.

—Puede que se equivoquen —replicó—. Tal vez la Policía se equivoque, quizá no sepa absolutamente nada. Ella y el fiscal eran como uña y carne en el instituto. Apuesto a que le hubiese soltado lo que sabe si tuviera algo que decir, estoy casi seguro. —El joven se repuso y volvía a sentirse en posición dominante, pero el hombre mayor no parecía nada convencido.

—Karen Borg representa un problema —afirmó con seguridad—. Es y seguirá siendo un problema. —Se hizo el silencio durante unos segundos antes de que el mayor de los dos pusiera punto final a la conversación—. No vuelvas a llamarme jamás. Ni desde una cabina ni desde un móvil. No llames, utiliza el método habitual; haré la comprobación cada dos días. Colgó el

teléfono, estampándolo contra la mesa. Lavik se sobresaltó al otro lado, el golpe retumbó en sus oídos y la úlcera de estómago lanzó el aviso de que todavía seguía allí. Sacó de su bolsillo interior un sobre de Ballancid, lo abrió a mordiscos y se lo tragó entero. Sus labios se cubrieron de una capa fina y blanca que acabaría permaneciendo ahí todo el día. Al cabo de diez segundos empezó a sentirse mejor, miró a ambos lados y salió de la cabina de teléfono. La alegría triunfalista que había sentido al salir de la jefatura se había apagado. Volvió regurgitando a su despacho.

Jueves, 29 de octubre

«Codicia. La codicia es el peor enemigo del delincuente. La moderación es la clave del éxito», se dijo.

Hacía un frío de perros; a esas alturas la montaña llevaba ya muchas semanas cubierta de nieve. En Dokka cambió las ruedas y puso unas cubiertas de invierno; se decidió tras un peligroso patinazo con el coche que lo había obligado a invadir el carril contrario. Aun así, tuvo enormes problemas para subir la larga y abrupta cuesta que atravesaba el bosque hasta la cabaña, hasta el punto de tener que hacerlo dando marcha atrás. Sólo una vez había experimentado dificultades parecidas, y eso que la cabaña era propiedad de la familia desde hacía más de veinte años. ¿Qué fue lo que le jugó esa mala pasada, la calzada o los nervios? El pequeño aparcamiento estaba vacío y sólo podía divisar el contorno de las cuatro cabañas que poblaban el lugar. Sin ninguna fuente humana de luz, pero con la luna para ayudarle a caminar con sus raquetas de nieve en los pies, recorrió los doscientos metros que lo separaban de la cabaña. Tenía las manos congeladas y se le cayeron dos veces las llaves en la nieve antes de conseguir abrir la puerta.

Al entrar olía a mohó y a cerrado; aunque no era necesario, cerró la puerta de la entrada con llave. Le costó mucho prender la mecha de la lámpara de parafina, debido a la propia falta de combustible y a la humedad ambiental. Tras algunos intentos consiguió encenderla y las amenazadoras nubes de hollín empezaron a amontonarse en el techo. El grupo que proporcionaba energía solar estaba vacío de corriente, debía de estar estropeado. Colgó la linterna

del techo, se quitó el gabán y se puso un jersey gordo de lana.

Al cabo de una hora estaba todo en su sitio. El quemador de parafina había dejado su lugar a la antigua pero inmejorable chimenea. El cuarto estaba aún lejos de haber alcanzado una temperatura agradable, sobre todo porque había estado ventilando durante media hora, pero el fuego ardía con ímpetu y el tubo de evacuación parecía aguantar la avalancha de fuego y humo. El horno de gas seguía funcionando, así que decidió obsequiarse con una taza de café. Decidió que el importante asunto que lo había llevado hasta allí debía esperar hasta haber calentado la cabaña lo suficiente; además de pasar frío, iba a tener que calarse hasta los huesos para poder cumplir su misión. Reparó en el revistero de mimbre repleto de viejos cómics de los sesenta, agarró uno de ellos y empezó a hojearlo con los dedos todavía yertos. Los había leído cientos de veces, pero cumplían con su propósito de pasatiempo, aunque el desasosiego le atormentaba.

Eran ya las doce de la noche cuando volvió a vestirse, esta vez con un mono de invierno Nelly-Hansen que encontró en el desván junto a unas botas militares desgastadas, que seguían acoplándose a sus pies a la perfección después de treinta años, desde que las sustrajo del ejército. La luna continuaba llena y luminosa en el cielo austral y hacía que el uso de la linterna fuese de momento innecesario. Llevaba una cuerda enrollada al hombro y una pala quitanieves, de aluminio, en la mano; sin embargo, dejó las raquetas atrás: podía vadear sin problemas los cuarenta metros que separaban el pozo de la cabaña.

El pozo se encontraba dentro de una caseta que asomaba como una señal en medio de lo que aparentaba ser un humedal. En el letrero de la puerta, se advertía sobre la posible insalubridad del agua, pero aquello nunca había afectado a nadie, el agua siempre estaba fresca y dulce, con distinto sabor según las estaciones. Cuatro troncos, atados en un extremo y separados en el otro, formaban sencillamente los cuatro pilares de una tienda tipo lapona. Los cuatro laterales vestían, a su vez, tableros contrachapados recortados en forma de A con una abertura en uno de los costados, a modo de puerta que se cerraba con un simple candado. Al principio, la caseta era diminuta y sólo era posible introducir el cubo, pero la había agrandado hacía cuatro años. Ahora una

persona tenía que reptar para entrar, algo que no le hacía mucha gracia a la familia, pero sin duda era más fácil sacar el agua de esta manera.

Tardó casi quince minutos en quitar la nieve y desenterrar la puerta hasta poder abrirla. Sudaba y respiraba con dificultad. Acto seguido clavó la puerta en la nieve para mantenerla abierta, se acurrucó y se deslizó por el resquicio hacia dentro. La parte interior de la caseta medía apenas un metro cuadrado, y el armazón se cerraba a poca altura e impedía que una persona pudiera ponerse de pie. Con mucho empeño consiguió acercar la linterna para iluminar el fondo del pozo oscuro y silencioso. Aquella postura tan forzada hizo revivir una vieja lesión que tenía en el hombro; se le escapó una ventosidad entre quejidos y esfuerzos. Al final, logró dirigir el haz de luz hacia un pequeño saliente situado medio metro más abajo, cerca de la superficie del agua. Introdujo una pierna, posó el pie con mucho cuidado sobre el pequeño saliente y notó, como era de esperar, que el firme estaba muy resbaladizo, así que dio un par de patadas hasta conseguir un buen apoyo. Repitió el mismo ejercicio con el otro pie hasta que pudo mantenerse erguido con las piernas abiertas y sentirse relativamente seguro. Se quitó los guantes y los colocó encima de la viga de madera que cruzaba el pozo a la altura de su cintura. A continuación, abrió la parte superior del mono Nelly-Hansen para sacar el brazo, pero era tremendamente difícil por el grosor y la dureza de la tela; además, sus dedos empezaban a entumecerse, por el frío. Al final tuvo que desistir, se agachó y sumergió el brazo derecho en el agua helada y se agarró con el izquierdo a la sujeción del caldero. El brazo se entumeció a los pocos segundos, el corazón latía con más fuerza y empezó a sentir una opresión en el pecho. Los dedos rebuscaban por la pared del pozo a medio metro bajo la superficie del agua, pero no encontraban lo que buscaban. Empezó a proferir juramentos y tuvo que recoger el brazo; se tapó la mano con la manga y frotó los dedos con vigor a la vez que soplabla para calentarlos. Al cabo de unos minutos, se atrevió a intentarlo de nuevo.

Esta vez tuvo más suerte. Al cabo de unos segundos consiguió atrapar una piedra suelta de la pared y la sacó con cuidado del agua. La espalda mojada, el brazo congelado y el corazón que latía con mucha fuerza intentaban convencerle de que abandonara. Apretó las mandíbulas antes de volver a

sumergir el brazo en el pozo. Ahora conocía el camino. Atrapó con sumo cuidado un objeto del tamaño y la forma de un maletín grueso alojado en el mismo hueco de la pared. El asa de uno de los extremos asomaba por el orificio; el hombre se aseguró de tenerlo bien asido antes de extraerlo del todo de su cámara oculta.

Cuando el maletín, que resultó ser un cofre, emergió del agua, sus dedos entumecidos no aguataron más. El hombre soltó la caja e hizo varios movimientos desesperados con los brazos para atrapar a su presa. Eso provocó que perdiera el equilibrio y el pie izquierdo se deslizó y se separó del saliente donde había reposado. Se hundió en el agua junto con el cofre.

No veía nada. Los oídos, la boca y la nariz se llenaron de agua; el traje pesado se empapó enseguida y notó que la ropa y las botas lo arrastraban hacia el fondo. Se puso como loco; el miedo y la ansiedad no pretendían proteger su propia vida, sino la urna. Con inusitada presteza, enganchó la caja que había quedado atrapada entre su cuerpo y la pared del pozo en su hundimiento hacia las profundidades. Con un increíble esfuerzo, consiguió estirarse lo bastante hacia la puerta de la caseta como para arrojar el cofre sobre la nieve del exterior. Luego se asustó mucho. Seguía revolviéndose agitadamente, pero empezó a notar que sus movimientos eran cada vez más lentos y que los brazos y las piernas no obedecían las órdenes que él daba. Por fin logró aferrarse al enganche del cubo y cruzó los dedos en su mente para que los pernos del finísimo tablero aguantaran. Sacó medio cuerpo a pulso y consiguió estirar el brazo hasta el marco de la puerta. Se atrevió a soltar la fijación del cubo y alcanzó a sacar el torso al exterior de la caseta. Un minuto después, el contorno de su cuerpo se dibujaba bajo la luz de la luna, chorreando agua y buscando aire a bocanadas. El corazón había intensificado sus protestas e intentó retener el estallido en el pecho con las manos. Los dolores eran insoportables. No cerró la puerta de la caseta antes de recoger el cofre y volver tambaleándose en dirección a la cabaña.

Se despojó de la ropa y se quedó de pie, desnudo delante de la chimenea. Estuvo tentado de meterse hasta el fondo de la hoguera, se acurrucó sobre la plancha metálica en el suelo, a tan sólo veinte centímetros de las llamas. Luego se acordó de ir a por un edredón, estaba todavía helado y húmedo, pero

tras unos minutos comprendió que no iba a morir de frío. La garra del pecho lo fue soltando poco a poco, pero la piel le picaba y quemaba, y los dientes parecían castañuelas, aunque se lo tomó como una buena señal. La temperatura de la cabaña había alcanzado, al menos, los quince grados; al cabo de media hora, estuvo ya tan recuperado que consiguió ponerse un chándal viejo, un jersey de lana, calcetines de lana y zapatillas de fieltro. Asimismo, fue capaz de calentarse otra taza de café y se instaló cómodamente para abrir la caja. Estaba hecha de metal y recubierta de caucho y cerraduras.

Todo estaba en su sitio. Veintitrés hojas codificadas, un documento adjunto de nueve páginas y una lista con diecisiete nombres. Sacó los papeles de una bolsita de plástico, una medida de seguridad innecesaria ya que la urna era totalmente estanca. Levantó la bolsa. Debajo había siete fajos de billetes que cubrían la práctica totalidad del cofre, con doscientas mil coronas en cada uno. Cinco de través y dos a lo ancho: un millón cuatrocientas mil coronas.

Sacó la cuarta parte de uno de los fajos y formó un pequeño mazo. Dejó el resto en la caja, la cerró con esmero y la posó en el suelo.

Los papeles estaban secos. Primero echó un vistazo a la lista de nombres y luego la quemó en la chimenea. La sostuvo mientras ardía hasta que tuvo que soltarla para no quemarse los dedos, insensibles. A continuación, hojeó el documento de nueve páginas.

Se trataba de una organización sencilla en su estructura, él mismo se sentía como un padrino retirado y desconocido, y había elegido a sus dos ayudantes con mucho celo. Hansa Olsen porque tenía mucha mano con los criminales, un marcado sentido por el dinero y una relación tortuosa con la ley. Jørgen Lavik porque daba la impresión de ser el antagonista de Olsen: hábil, afortunado, sensato y frío como el hielo. La histeria manifestada últimamente por el más joven de ellos demostraba que el mayor se había equivocado. Al principio, había empezado tanteando al diligente joven como si fuera a seducir a una virgen. Un comentario ambiguo por aquí, algunas palabras de doble sentido por allá; al final, decidió quedarse con aquellos dos candidatos. Nunca se había visto directamente involucrado en el trabajo, bajo ninguna circunstancia. Él era el cerebro y tenía el capital inicial, conocía todos los nombres, planificaba cada jugada. Tras innumerables trabajos como defensor sabía

dónde se encontraban las trampas. Codicia, la codicia acababa por derribarlos a todos. Era fácil hacer contrabando de drogas, sabía de dónde procedían y qué conexiones eran fiables. Numerosos clientes le habían advertido, aseverando con un movimiento de cabeza, de la pequeña equivocación que acababa por tumbarles a todos: la codicia desmesurada. El meollo del asunto residía en delimitar cada operación, en no dejar que fueran demasiado lejos. Era mejor un flujo continuo, aunque las ganancias fueran menores, que dejarse cazar por un par de éxitos que supuestamente lleven al gran golpe.

No, el problema no residía en la importación de la mercancía, el riesgo radicaba en la comercialización. En un entorno lleno de soplones, compradores colgados y camellos ávidos de dinero uno debe medir sus pasos con prudencia. Por eso nunca se había mezclado directamente con la parte «baja» de la organización.

Sólo un par de veces habían salido mal las cosas. En aquella ocasión, los correos se llevaron la peor parte, pero las transacciones fueron demasiado pequeñas como para que la Policía sospechara de la existencia de una organización detrás de todo ello. Los chicos mantuvieron la boca cerrada y aceptaron sus condenas, como hombres, con una promesa implícita que les garantizaba una prima considerable una vez que salieran de la cárcel de Ullersmo, al cabo de no mucho tiempo. La condena más larga fue de cuatro años, pero sabían que ganaban un buen sueldo anual por cada año que pasaban detrás de las rejas. En caso de que los correos hubiesen elegido hablar, habrían tenido poco que decir. Al menos eso pensaba, pues hasta hacía muy poco tiempo no había tenido claro que los dos herederos de la corona se habían excedido en sus atribuciones. Además de un sueldo anual legal y elevado, había amasado cantidades considerables de dinero que le proporcionaban una vida muy holgada. Sus gastos eran controlados y paulatinos, de modo que siempre podía justificarlos a tenor de su legítima economía. El dinero del pozo era suyo, así como otra cantidad similar oculta en una cuenta suiza. La mayor parte de los beneficios descansaba en una cuenta de la que no era usuario, podía ingresar dinero, pero no sacarlo. Ese dinero se destinaba a la «causa», y sentía cierto orgullo por ello. La felicidad por poder contribuir a la «causa» había reprimido eficazmente la convicción de toda una

vida basada en la distinción del bien y el mal, y acerca del crimen y el acatamiento de la ley. Era el elegido y hacía lo correcto. El destino que había salvaguardado con su mano protectora las operaciones durante tantos años estaba de su lado. Los escasos traspiés eran previsibles y los acontecimientos ocurridos últimamente representaban sólo una advertencia que provenía del mismo destino: tocaba liquidar el asunto. Eso implicaba que la tarea había acabado. El hombre entrecano consideraba el destino como un buen amigo y prestaba atención a las señales que le mandaba. Había acumulado millones, ahora les tocaba a otros seguir con el negocio.

La prima de los dos correos había mermado el capital, pero valía la pena. Sólo aquellos dos colegas sabían quién era él. Olsen estaba muerto y Lavik mantenía la boca cerrada, al menos, de momento. Se ocuparía del asunto sobre la marcha, lo tenía todo pensado y planeado.

Hansa Olsen fue su primera víctima en tiempos de paz; no le había costado tomar la decisión. Fue necesario y realmente no fue muy distinto de aquella vez, cuando dos soldados alemanes yacieron en la nieve delante de él con sendos balazos mortales en el uniforme. En aquel entonces tenía diecisiete años y se dirigía hacia Suecia. La detonación proveniente de la pistola retumbó en sus oídos mientras desvalijaba a los muertos de sus bienes; después, lleno de euforia nacional, prosiguió hacia Suecia y la libertad. Ocurrió justo antes de las Navidades de 1944 y ya sabía que pertenecía al equipo ganador. Había matado a dos enemigos y no sintió pena alguna por ello.

Tampoco el asesinato de Hansa Olsen provocó en él ningún sentimiento de culpabilidad, había sido necesario acabar con aquel tipo. Sintió incluso cierta excitación, una satisfacción emparentada con el sentimiento de triunfo que experimentó tras una redada exitosa entre los árboles frutales del vecino, más de cincuenta años atrás. El arma era antigua, sin registrar, pero estaba en perfecto estado de uso y comprada a un cliente fallecido hacía muchos años.

Tras leer el documento, enrolló las hojas en forma de antorcha y las apretó bien antes de arrojarlas a la hoguera. Los veintitrés folios de códigos fueron colocados en el mismo lugar. Diez minutos más tarde no existía documento alguno en el mundo que pudiera relacionarle con otras cosas que no fueran

actividades respetables. Ninguna firma, ninguna nota escrita a mano, ninguna huella dactilar, en suma, ninguna prueba.

Empezó a temblar y fue al cuartucho a buscar ropa seca. Fue más fácil devolver el cofre a su lugar de procedencia en el pozo que sacarlo de allí. Echó el poso de café a las llamas antes de volver a ponerse la ropa que llevaba cuando llegó, colgó las prendas mojadas en una despensa exterior y cerró la cabaña. Eran las dos de la mañana. Le daba tiempo para regresar a la ciudad con suficiente margen para ducharse y presentarse en la oficina puntualmente. Estaba acatarrado y cansado, pero eso era de lo más normal, al menos en opinión de su secretaria.

Martes, 3 de noviembre

Fredrick Myhreng estaba en plena forma. Mientras aún seguía con vida, Hans A. Olsen le había proporcionado un par de reportajes buenos a cambio de unas pocas cervezas en Gamla. El tipo corría detrás de los periodistas como los chiquillos detrás de los cascos de las botellas. A pesar de ello, Myhreng lo prefería muerto. Ahora contaba con la plena confianza del director del periódico y con tiempo libre para concentrarse en el caso de la mafia, además de recibir miradas de ánimo de los compañeros que entendían que el chico estaba a punto de hacerse su hueco.

—Contactos, ya sabes, contactos —respondía a la gente cuando le preguntaban.

Se encendió un cigarrillo y el humo se mezcló con el dióxido de carbono que, pesado como el plomo, flotaba tres metros por encima del asfalto. Se reclinó contra una farola y se subió las solapas de la cazadora de piel de borrego; se sentía como James Dean. Al inhalar, una brizna de tabaco acompañó al humo hasta las vías respiratorias, y le provocó una tos violenta. Los ojos se le llenaron de lágrimas y las gafas se empañaron, ya no veía nada, y James Dean había desaparecido, agitó la cabeza y abrió los ojos de par en par a fin de librarse del vaho.

Al otro lado del tráfico de la calle se encontraba el despacho de Jørgen Ulf Lavik. Una suntuosa placa de latón anunciaba que Lavik, Sastre & Villesen tenían su despacho en la tercera planta del espigado edificio de ladrillo de finales de siglo. Estaba muy céntrico, a tiro de piedra del juzgado.

Extremadamente práctico.

Lavik le resultaba interesante. Myhreng había investigado ya a unas cuantas personas, había hecho llamadas de teléfono, había hojeado viejas declaraciones de la renta y había frecuentado las tabernas mostrándose muy jovial. Al comenzar tenía veinte nombres en el cuaderno, ya sólo le quedaban cinco. La selección había sido difícil y en gran medida dictada por el instinto. Lavik se destacaba y había terminado encabezando la lista, con su nombre subrayado. Gastaba tan poco dinero que resultaba sospechoso. Tal vez sólo fuera ahorrativo, pero ¿hasta ese punto? La vivienda y los coches podrían ser los de un asesor de nivel 31 de ingresos, y no tenía ni barco ni cabaña en el campo, a pesar de que su declaración de la renta demostraba que los últimos años las cosas le habían ido muy bien y que había ganado mucho dinero con un proyecto hotelero en Bangkok, proyecto en el que aún seguía implicado. Al parecer, resultó ser una inversión especialmente ventajosa para sus clientes noruegos y había generado nuevos proyectos en el extranjero, la mayoría de ellos con pingües beneficios tanto para los inversores como para el propio Lavik.

Como abogado defensor se podía decir que su éxito era considerable. En la bolsa de renombres tenía un valor medio-alto, su estadística de absoluciones resultaba convincente y no era fácil encontrar a nadie que hablara mal de él.

Myhreng no era demasiado inteligente, pero sí lo bastante listo como para fijarse en el abogado. Por otro lado, era ingenioso y estaba dotado de buena intuición, además de haberse formado con el director de un periódico local, un hombre más listo que el hambre y que sabía que el periodismo de investigación consistía en su mayor parte en tiros fallidos y trabajo duro.

—La verdad está siempre bien escondida, Fredrick, siempre bien escondida —le repetía el viejo periodista—. Hay que remover mucha mierda para encontrarla. Abrígate, no tires nunca la toalla y lávate a fondo cuando hayas acabado.

No podía hacerle daño mantener una charla con el abogado Lavik. Lo mejor era no tener cita, llegar de improviso. Apagó el cigarro, escupió y cruzó la calle haciendo zigzag entre los coches que pitaban y un camión sin carga.

La señora de la recepción era sorprendentemente fea. Era una mujer mayor que parecía la bibliotecaria de una película para adolescentes. Las recepcionistas deberían ser bellas y amables, ésta no lo era. Tuvo la impresión de que iba a reñirlo cuando tropezó en la puerta y casi entró de bruces en la habitación, pero para su sorpresa sonrió, aunque sus dientes eran anormalmente regulares y grisáceos y era evidente que llevaba dentadura postiza.

—Esa puerta está fatal —se quejó—. Lo he dicho mil veces. En realidad es un milagro que a nadie le haya pasado nada grave. ¿En qué puedo ayudar al señor?

Myhreng le dedicó su sonrisa irresistible-para-señoras-mayores, pero ella desenmascaró sus intenciones y su boca adquirió un aire severo, y se le formaron mil arrugas alrededor como pequeñas flechas enfadadas.

—Me gustaría hablar con el abogado Lavik —dijo Myhreng, sin quitarse la sonrisa malograda.

La señora hojeó en un libro, pero no lo encontró.

—¿No tenía cita?

—No, pero la cosa tiene cierta importancia.

Myhreng dijo quién era y la boca de la señora se frunció aún más. Sin añadir palabra, la secretaria pulsó dos teclas en un teléfono. El abogado Lavik lo iba a recibir, pero tardaría unos minutos en estar disponible.

Tardó media hora.

El despacho de Lavik era grande y luminoso. Era una habitación cuadrada con suelo de parqué y en las paredes sólo había tres cuadros, con lo que la acústica era desagradable; hubiera resultado útil tener más adornos en las paredes. El escritorio estaba llamativamente ordenado, tan sólo contenía cuatro carpetas. Un enorme armario archivero de madera noble ocupaba uno de los rincones de la habitación, junto a una pequeña caja fuerte. La silla para los clientes era cómoda, pero Myhreng sabía que estaba comprada en Muebles A y que era más barata de lo que parecía, porque él tenía una igual. En la estantería no había gran cosa, así que el periodista supuso que el bufete contaba con una biblioteca. Sonrió al percatarse de que uno de los estantes estaba repleto de viejos libros juveniles, en envidiable estado de

conservación, a juzgar por los lomos.

Volvió a presentarse. El abogado parecía tener curiosidad y era probable que el sudor sobre su labio se debiera a que el termostato no funcionaba. Myhreng también tenía calor y se tiró un poco del jersey de lana.

—¿Esto es una entrevista? —preguntó el abogado, con mucha amabilidad.

—No, más bien se podría decir que es un pequeño interrogatorio.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu relación con Hansa Olsen y el asunto de drogas en el que la Policía cree que estaba implicado.

Hubiera jurado que el abogado Lavik reaccionó. Un rubor suave, casi invisible, asomó en su cuello y con el labio inferior succionó algunas de las gotas de sudor del superior.

—¿Mi relación?

Sonrió, pero la sonrisa no le quedó muy bien.

—Sí, tu relación.

—¿Pero si yo no tenía nada que ver con Olsen! ¿Estaba implicado en un asunto de drogas? ¿Implicado? Por tu periódico había creído entender que fue víctima de unos traficantes de drogas, no que estuviera implicado en algo...

—Por ahora, es todo lo que podemos afirmar, pero tenemos nuestras teorías. Y la Policía también, creo.

Lavik se había sobrepuesto. Volvió a sonreír, esta vez le quedó mejor.

—Bueno, estás errando mucho el tiro si me quieres relacionar a mí con todo eso. Apenas conocía a Olsen. He coincidido con él, por supuesto, por aquí y por allá, pero no se puede decir que lo conociera, en absoluto. Trágico, por cierto, morir de esa manera. ¿No tenía hijos?

—No, no tenía. ¿Dónde metes tu dinero, Lavik?

—¿Mi dinero?

Parecía sinceramente perplejo.

—Sí, ganas un montón de dinero. Si los datos que has proporcionado a Hacienda son correctos: 1,4 millones el año pasado. ¿Dónde los has metido? —¿Eso no es asunto tuyo! Para serte franco, tengo la conciencia completamente tranquila a este respecto; cómo invierto el dinero que gano legalmente no es, en absoluto, asunto tuyo.

Se interrumpió de pronto, se le había acabado la paciencia. Miró el reloj y dijo que tenía que preparar una reunión.

—Pero tengo más cosas que preguntarte, Lavik, muchas, muchas cosas más —protestó el periodista.

—Pues yo no tengo más respuestas —dijo Lavik con decisión, se levantó y señaló la puerta.

—¿Puedo volver otro día que te venga bien? —insistió Myhreng mientras cruzaba la habitación.

—Será mejor que llames antes. Soy un hombre muy ocupado —concluyó el abogado, y cerró la puerta.

Fredrick Myhreng estaba solo con la bibliotecaria. Se había contagiado de la actitud distante de su jefe y dio la impresión de que iba a negárselo cuando Myhreng pidió permiso para usar el servicio, pero al final accedió.

Al llegar se había fijado en una ventana con cristal ahumado situada a medio metro de la puerta de entrada, en el pasillo. Mientras esperaba había supuesto que debía de dar al servicio, pero no era exactamente así. Tras la puerta con un corazón de porcelana había una antesala con lavabo, mientras que el propio servicio estaba separado por una puerta con cerrojo. La sacudió un poco, pero en vez de entrar, sacó una navaja multiusos. Tenía tres destornilladores y no le resultó difícil aflojar los seis tornillos que sujetaban la ventana de cristal ahumado. Myhreng sabía lo suficiente de carpintería como para sonreír un poco al comprobar que la ventana estaba atornillada. Debería estar sujeta con masilla, si no acabaría atascándose. Aunque por ahora no había sucedido, quizá porque era una ventana interior y poco expuesta a la humedad. Se aseguró de que a los tornillos les quedaban un par de vueltas de rosca y tiró de la cadena. A continuación se lavó las manos y sonrió amablemente a la señora, que, en cambio, no se dignó a decirle adiós cuando salió del bufete. Él no se lo tomó a mal.

Ya era de noche. Hacía un frío tremendo, pero Myhreng no tenía prisa por entrar. Había empezado a inquietarse. Los ánimos desbordados de la mañana habían dado paso a una vacilación inquieta. En la Facultad de Periodismo no

le habían enseñado nada sobre cómo entrar en casas ajenas u otras ilegalidades, más bien al contrario. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

El edificio tenía oficinas en las tres primeras plantas y viviendas en las dos superiores, por lo que se podía deducir del telefonillo. En las películas, el ladrón solía llamar a todos los timbres y decir «Hi, it's Joe», con la esperanza de que alguien conociera a algún Joe y le abriera la puerta, pero dudaba de que eso funcionara. La puerta del portal estaba cerrada a cal y canto. Optó por la segunda mejor opción y sacó una palanca de hierro de su cazadora de cuero.

Fue bastante sencillo. Después de dos crujidos, la puerta cedió. Ni siquiera los pernios chirriaron cuando entornó la puerta lo bastante como para colarse hacia dentro. A la izquierda, tres lindos escalones conducían a otra puerta y ya habían echado sal contra las heladas de la noche. Myhreng estaba preparado para un nuevo obstáculo, pero, por si acaso, probó el pomo antes de arremeter contra ella con la barra de hierro. A alguien se le debía de haber olvidado echar la llave, pues la puerta se abrió. Le pilló tan por sorpresa que, sin querer, dio un paso hacia atrás, se quedó con el pie en el aire y gimoteó cuando alcanzó el suelo más tarde de lo que habían calculado sus reflejos. Pero aquello no disminuyó su alegría por lo bien que iba todo.

Subió las escaleras al doble de velocidad que unas pocas horas antes. Al llegar a la ventana ahumada se detuvo un rato para recuperar el aliento y para comprobar que nadie daba señales de haberlo descubierto, pero no se oía más que el pitido de sus propios oídos; al cabo de un minuto, sacó un bote de plastilina. Con cuidado pegó un poco de la masa contra el cristal y, con ayuda del pulgar, la fue introduciendo por el borde. No era fácil calcular cuánto podía apretar sin que el cristal se desprendiera, pero después de un rato le pareció suficiente y repitió la operación un poco más abajo con otro pedazo de plastilina. Una vez que la hubo extendido, apretó con fuerza. La ventana no se movió.

Había empezado a sudar y sentía la necesidad de quitarse la cazadora, que además dificultaba sus movimientos, así que tras un segundo intento se la quitó. Los dedos habían dejado profundas marcas en la masa de plástico, a pesar de los guantes. Al tercer intento empujó con todo el peso de su cuerpo y sintió cómo cedían los tornillos. Afortunadamente la ventana se desprendió

primero por abajo. Entornó el marco al mismo tiempo que se colaba dentro de la pequeña habitación. La ventana estaba completamente suelta, pero entera. Recogió la cazadora antes de quitar la plastilina y volvió a colocar el cristal en su sitio.

Con mucha precaución abrió la puerta que daba al recibidor. Myhreng no era tan tonto como para no prever una alarma, aunque tal vez no fuera muy sofisticada. Sobre la ventana descubrió una cajita con una luz roja. Se tumbó boca abajo y se arrastró hasta la puerta del despacho de Lavik. Se había metido la linterna entre el cinturón y la espalda, y le iba raspando la piel en su torpe movimiento hacia delante. La puerta estaba abierta. Buscó con la luz de la linterna una caja de alarma como la del recibidor, pero no había, o al menos la linterna no la encontró. Asumió el riesgo y se levantó.

Como es natural, no sabía qué estaba buscando. No lo había pensado y se sintió bastante idiota al verse en un despacho al que no tenía acceso legal, cometiendo su primer delito sin meta ni intenciones claras. La caja fuerte estaba cerrada, cosa que no podía considerarse sospechosa. El armario archivero estaba abierto; fue sacando los cajones y encontrando carpetas de cartón, todas ellas con una pequeña pestaña en una esquina en la que aparecía un nombre escrito con letra elaborada pero clara. Los nombres no le dijeron nada.

El cajón del escritorio contenía lo que se podía esperar. Post-it amarillos, subrayadores rosa fosforito, un montón de bolígrafos y un par de lápices. Estaba todo clasificado en una bandeja con compartimentos para ese tipo de cosas, sujeta por los bordes del propio cajón. Levantó la bandeja, pero los documentos que había debajo carecían de interés: el catálogo de invierno de Star Tours, un bloc de folios con impresos para el cobro de honorarios, además de un cuaderno normal de papel cuadriculado. Colocó la bandeja en su sitio y cerró el cajón. Debajo había un armarito suelto con ruedas que también estaba cerrado.

Recorrió con los guantes la parte baja del escritorio. Era lisa y pulida, los dedos no tocaron con nada en ningún sitio. Decepcionado, se giró hacia el armario archivero del rincón, se acercó a él, se agachó y comprobó la parte baja de la misma manera. Nada. Se tumbó en el suelo y lo recorrió

sistemáticamente con la linterna.

Estuvo a punto de escapársele la llave, quizá porque no esperaba encontrar nada. El haz de luz ya se había desplazado cuando el cerebro registró lo que había visto y, a causa de la emoción, dejó caer la linterna. Quedó colocada de tal manera que seguía viendo la pequeña mancha oscura. La soltó y se levantó. Las farolas arrojaban una luz pálida dentro de la habitación, la suficiente como para que viera enseguida de qué se trataba. Una llave, bastante pequeña, había estado pegada con celo en la parte baja del armario.

Fredrick Myhreng sentía una felicidad desbordante. Estaba a punto de meterse la llave en el bolsillo cuando se le ocurrió una idea mucho mejor. Sacó un trozo de plastilina del bote que llevaba en el bolsillo, lo calentó contra la mejilla y la moldeó hasta tener dos trozos planos. Presionó la llave contra el primero de ellos durante un buen rato. Tuvo que quitarse los guantes para poder volver a sacarla sin estropear el molde. Después hizo exactamente lo mismo con el otro lado de la llave. Al final, marcó el grosor de la llave en la parte alta de uno de los moldes.

Pudo volver a usar el celo con el que había estado pegada y le pareció que la colocaba más o menos donde había estado antes. Se puso la chaqueta, se arrastró de vuelta por el mismo camino por el que había llegado y consiguió volver a atornillar el cristal de la ventana desde dentro, sin que quedaran marcas del destornillador. Pasó la mano rápidamente por el marco para eliminar cualquier astilla que hubiera quedado y permaneció un momento en la puerta que daba al recibidor tomando aire antes del gran salto. Contó hacia atrás desde diez; cuando llegó a cero, salió disparado hacia la puerta de entrada, la abrió, la cerró detrás de sí; estaba ya bajando las escaleras cuando se disparó la estridente alarma. Se encontraba a una manzana de distancia antes de que a nadie en el edificio le hubiera dado tiempo a ponerse las zapatillas.

«Van a comerse bastante la cabeza —pensó triunfalmente—. No hay señales de violencia, no falta nada, no se ha toca do nada. Sólo hay una puerta abierta».

Myhreng se estaba acostumbrando a sentirse satisfecho d sí mismo, pero ahora se sentía mejor que nunca. Iba canturreando y medio corriendo, como un

niño tras una travesura lograda. Alcanzó a coger el último tranvía a casa pegando un grito y con una sonrisa en la boca.

Viernes, 6 de noviembre

Se había convertido en una costumbre ir a la prisión a visitar a su pobre cliente los viernes por la tarde. No es que el chico dijera gran cosa, pero daba la impresión de que apreciaba las visitas. Estaba encorvado y escuálido, y aún mantenía la misma mirada vacía, pero Karen tenía la sensación de intuir en su cara la insinuación de una sonrisa cada vez que se veían. A pesar de la insistencia con la que Han van der Kerch se había opuesto a ser trasladado a la cárcel mientras aún tenía capacidad de decir lo que pensaba, ahora estaba internado en la Cárcel Provincial de Oslo, sección B, Bayer'n. Karen había obtenido permiso para visitarlo en la celda, no tenía sentido arrastrar al tipo hasta la sala de visitas. En la celda había más luz y los vigilantes no sólo parecían honrados, sino que mostraban tanta buena voluntad como les permitía su carga de trabajo. Durante cada visita, cerraban la puerta al irse; ella sentía un extraño bienestar al sentirse encerrada, la misma sensación que de jovencita, en la casa de Kalfaret, la había empujado hacia el trastero bajo las escaleras cada vez que el mundo se le ponía en contra. Las visitas a la cárcel se habían convertido en un momento de contemplación. Se quedaba sentada frente al chico callado y escuchaba el traqueteo del carro del repartidor en el pasillo, el eco de risas y gritos obscenos, el pesado chirriar de las llaves cada vez que pasaba un carcelero por delante de la puerta.

Hoy no estaba tan extremadamente pálido como otros días. Sus ojos la siguieron durante todo el trayecto hasta que se sentó junto a él en el catre. Cuando le cogió la mano, sintió que el joven se la apretaba, de un modo casi

imperceptible, pero estaba segura de haber sentido la leve presión. Con vacilante optimismo, Karen se inclinó hacia delante y le apartó el pelo de la frente. Lo tenía ya demasiado largo y volvió a caer inmediatamente. Siguió acariciándole la frente y le pasaba los dedos por el pelo. Era evidente que le resultaba agradable porque cerró los ojos y se inclinó hacia ella. Permanecieron así durante varios minutos.

—Roger —murmuró el chico, tenía la voz gangosa y agrietada de no haberla usado en mucho tiempo.

Karen ni siquiera pegó un respingo, continuó acariciándolo y no le preguntó nada.

—Roger —dijo el holandés de nuevo, esta vez un poco más alto—. El tipo de Sagene, el de los coches usados. Roger.

Luego se quedó dormido, la respiración se homogeneizó y el peso contra el cuerpo de ella aumentó. Karen se levantó con cuidado, lo tumbó y, sin poder contenerse, le dio un beso en la frente.

—Roger de Sagene —repitió para sí misma, llamó suavemente a la puerta y al cabo de dos minutos estaba fuera.

—Nada. Absolutamente nada.

El fiscal adjunto agarró la gruesa pila de papeles y la estampó contra la mesa, pero no los había agarrado bien y se salieron de la carpeta.

—Joder —soltó, y se agachó para arreglar aquel desaguisado.

Hanne se puso a cuatro patas para ayudarlo y los dos quedaron de rodillas mirándose fijamente.

—Nunca me acostumbraré a esto. ¡Nunca! —Sand hablaba rápido y fuerte.

—¿A qué?

—A que tantas veces sepamos que algo anda mal, que alguien ha hecho algo malo, que sepamos quién lo ha hecho, lo que ha hecho... Joder, sabemos muchísimo, pero ¿podemos demostrarlo? Que va, estamos como los eunucos, paralizados y con todos los auspicios en contra de nosotros. Sabemos y sabemos, pero si nos arriesgáramos a acudir a los tribunales con lo que sabemos, aparecería algún abogado defensor que nos lo desmontaría todo y se sacaría de la manga una explicación natural para todas y cada una de las piezas de nuestra cadena de indicios. Hurgan y rebuscan y, al final, todo lo que

sabíamos se convierte en una masa informe de datos inciertos, más que suficiente como para exigir la duda razonable. Y, hala, el pájaro está libre y ha triunfado el estado de derecho. ¿El derecho de quién? Desde luego el mío no. El estado de derecho se ha convertido en una excelente herramienta para los culpables, coño. Cualquiera diría que está ahí para que metamos al menor número de gente posible en la cárcel. ¡Eso no es un estado de derecho, joder! ¿Y qué pasa con toda la gente asesinada, violada, con los niños que sufren abusos, con la gente a la que roban o asaltan? Me cago en la puta, yo debería haber sido sheriff en el salvaje oeste. Esos sí que actuaban cuando sabían lo que pasaba. Colgaban una cuerda del árbol más cercano y le partían el cuello al bandido. Una estrella y un sombrero de vaquero hubieran garantizado más estado de derecho a la mayoría de la gente que siete años de estudios de Derecho y diez estúpidos miembros de un tribunal. La inquisición. Eso sería la cosa. Juez, fiscal y defensor en una misma persona. Así se solucionan las cosas, y no con esa cháchara sobre el estado de derecho para los criminales y sinvergüenzas.

—Tú no piensas eso, Håkon —dijo Hanne recogiendo los últimos papeles, casi tuvo que tumbarse para poder coger un interrogatorio que se había colado bajo la cajonera—. Tú no piensas eso —repitió medio ahogada bajo la cajonera.

—Bueno, no del todo, pero casi.

Los dos frustrados se sentían frustrados. Era viernes y era ya demasiado tarde, llevaban demasiadas jornadas de trabajo agotadoras a sus espaldas. Ella lo llevaba mejor que él. Se quedaron sentados ordenando el montón de documentos.

—Infórmame de la situación —le ordenó él cuando hubieron acabado.

No les llevó mucho tiempo. Sand ya conocía las pocas pruebas técnicas que tenían y la investigación táctica estaba completamente parada. Habían interrogado a un total de cuarenta y dos testigos. Ni uno solo de ellos había podido contribuir con nada que pudiera arrojar luz sobre el caso, ni siquiera algo que creyeran que mereciera la pena seguir investigando.

—¿Ha salido algo del seguimiento a Lavik?

El fiscal adjunto dejó la pila de papeles a un lado, sacó una cerveza tibia

de una bolsa de plástico y le quitó la chapa contra el canto de la mesa. La madera hizo astillas y un pedacito de cristal se soltó de la botella.

—Al fin y al cabo ha llegado el fin de semana —se disculpó, antes de llevarse la botella a la boca.

Como el contenido estaba tibio se formó gran cantidad de espuma y tuvo que inclinarse bruscamente hacia delante y separar las piernas para no mancharse. Se secó la boca y aguardó la respuesta.

—No, con la capacidad de esta jefatura, es imposible seguirlo las veinticuatro horas al día. Así que no es más que una lotería. No tiene sentido seguirlo si no se hace con eficacia. Si lo hacemos así, sólo conseguiremos sentirnos frustrados.

—¿Y qué pasa con la parte mercantil del negocio de Lavik?

—Va a ser un follón investigarlo. Ha tenido algunos proyectos hoteleros en el Lejano Oriente. Bangkok. Eso no queda muy lejos de los mercados de heroína, pero los inversores para los que ha trabajado son gente seria y los hoteles se han construido, así que no hay nada turbio en el propio negocio. Si consigues fondos, no me importaría viajar a Tailandia para investigar el asunto.

Wilhelmsen arqueó las cejas en una mueca que expresaba a las claras lo que opinaba sobre una extravagancia presupuestaria de ese tipo. En el exterior se había hecho de noche y el cansancio que ambos sentían, unido al suave olor de la cerveza, hacía que el despacho resultara casi acogedor.

—¿Estamos ahora de servicio?

Sand sabía a qué se refería y sonrió negando con la cabeza, a la vez que le pasaba otra cerveza, después de abrirla de la misma manera que la anterior. El tablero de la mesa se quejó, pero esta vez consiguió que el cristal no se rompiera. Ella cogió la cerveza, pero de pronto la soltó y se fue sin decir nada. Dos minutos después se afanaba por conseguir mantener en pie dos velas sobre la mesa. Después de derramar una buena cantidad de cera, se quedaron erguidas, aunque ligeramente ladeadas, cada una en una dirección. Luego apagó la luz del techo, mientras Håkon giraba hacia la pared la lámpara de mesa, de modo que sólo arrojaba una luz medio ahogada a la habitación.

—Como nos vea alguien, van a correr un montón de rumores.

Él se mostró de acuerdo.

—Pero yo saldré ganando —sonrió Håkon.

Brindaron con las botellas.

—Qué buena idea hemos tenido. ¿Se puede hacer?

—Yo hago lo que me da la gana cuando estoy en mi propio despacho un viernes a las seis y media de la tarde. No me pagan un duro por estar aquí y me voy a casa en metro, aparte de que en casa no me espera nadie. ¿Y a ti? ¿Te espera alguien?

Sólo pretendía ser amable, no era más que un intento bienintencionado y espontáneo de adecuarse al extraño ambiente que se había generado y en absoluto pretendía pasarse de la raya. Pero ella se puso tensa, se enderezó en la silla y dejó la botella. Él se percató de su cambio de actitud y se arrepintió profundamente.

—¿Y qué pasa con Peter Strup? —dijo tras una pausa incómoda—. En realidad no lo hemos investigado demasiado. Tal vez deberíamos. Sólo que no sé exactamente a qué podríamos agarrarnos. Me interesa más lo que pudiera saber Karen Borg.

Incluso en aquella luz vacilante, ella pudo percibir su rubor. Håkon se quitó las gafas, en una maniobra de distracción, y se limpió los cristales con la parte baja de su jersey de algodón.

—Sabe más de lo que dice. Eso está claro. Probablemente se trate de otros delitos de Van der Kerch que no conocemos. Lo hemos cogido por asesinato. La investigación técnica ya está acabada y con eso basta para condenar al tipo. Pero si tenemos razón en nuestras teorías, puede que además esté metido hasta el cuello en el narcotráfico. No es que sea muy conveniente sumar eso a la pena por asesinato premeditado. Es su obligación mantener silencio. Karen Borg es una mujer de principios, créeme. La conozco muy bien, coño. O al menos la conocía.

—No da la impresión de que mis notas hayan tenido consecuencias para ella —dijo Hanne—. ¿No ha notado nada inusual ni inquietante?

—No.

Håkon no estaba tan seguro como parecía. Hacía dos semanas que no hablaba con ella y no era porque no lo hubiera intentado. Aunque ella lo había

besado hasta persuadirlo para que prometiera no llamarla, él había roto su promesa exactamente dos días después de haber salido dando tumbos de su casa trece días antes, a primera hora de la mañana de un sábado. El lunes por la mañana había probado llamarla al número de su despacho y le había atendido una recepcionista muy amable. Karen estaba ocupada, pero no debía preocuparse, le dejaría el recado de que había llamado. Desde entonces, la mujer le había dejado otros cuatro recados, pero no había respondido a ninguno. Él lo había asumido con aquel viejo sentimiento de resignación, pero, aun así, cada vez que sonaba el teléfono y lo descolgaba con la intensa esperanza de que fuera ella, se sentía profundamente decepcionado al comprobar que Karen se atenía a su determinación de no querer hablar con él por lo menos en un mes. Quedaban dos semanas.

—No —repitió, a pesar de todo—. No ha notado nada raro.

Las velas habían formado dos grandes círculos en la mesa. Håkon protegió la llama con la mano en un gesto completamente inútil y las apagó. Luego se levantó y encendió la luz del techo.

—Hasta aquí los preliminares —dijo fingiendo alegría—. ¡La juerga tendremos que corrérnosla cada uno por nuestra cuenta!

Sábado, 7 de noviembre

A pesar de haber blandido violentamente los sables, el otoño había tenido que rendirse ante un invierno frío y normal. Durante algunos días, los restos de las escaramuzas yacieron como manchas grisáceas sobre la tierra, pero ya habían desaparecido. A la lluvia le faltaban tres o cuatro grados para convertirse en nieve, pero así era mucho más desagradable. El asfalto, que hacía pocos días había relumbrado en la oscuridad de la noche compuesto por millones de diamantes negros, parecía ahora un monstruo chato y baboso que absorbía todo rayo de luz tan pronto como alcanzaba el suelo.

Hanne y Cecilie se dirigían a casa después de una fiesta agradable. Cecilie había bebido demasiado e intentaba coquetear agarrando la mano de Hanne. Recorrieron algunos metros cogidas de la mano, la distancia entre dos farolas, pero Hanne la soltó en el momento en que entraron bajo la luz pálida.

—Gallina —le dijo Cecilie bromeando.

Hanne se limitó a sonreír y recogió las manos dentro de las mangas de la chaqueta, protegiéndose así de nuevas tentativas de intimidad.

—Ya casi estamos en casa —dijo, tenían ya el pelo mojado; y Cecilie se quejaba de que no veía nada a través de las gafas—. Pues hazte con unas lentillas, mujer.

—¡Ya! ¡Pero no puedo conseguirlas ahora mismo! ¡Es ahora cuando no veo! Déjame que me agarre a tu brazo, por lo menos. Como no lo hagas me voy a caer y me voy a romper la crisma, y te vas a quedar completamente sola en el mundo.

Continuaron cogidas del brazo. Hanne no quería quedarse completamente sola en el mundo.

El parque estaba muy oscuro. Las dos tenían miedo a la oscuridad, pero querían ahorrarse los cinco minutos de camino que ganaban cruzándolo. Corrieron el riesgo.

—En realidad eres muy graciosa, Hanne. Supergraciosa. —Cecilie iba charloteando como si las voces humanas fueran capaces de ahuyentar a eventuales fuerzas oscuras que pudieran acechar en una noche de otoño—. Me muero de risa con tus chistes. Cuéntame el del Teatro Nacional de Gryllefjord. Ése me hace la misma gracia cada vez que lo cuentas. Y además dura un montón. ¡Cuéntamelo!

Y Hanne se lo contó encantada. Cuando llegó a la segunda visita del Teatro Nacional al ateneo de Gryllefjord, de pronto se interrumpió. Detuvo a Cecilie con un gesto agresivo de la mano y arrastró a su novia detrás de un enorme álamo. Cecilie lo malinterpretó y le ofreció la boca para un beso.

—¡Corta el rollo, Cecilie! ¡Espábilate y calla!

Se desembarazó del abrazo involuntario, se apoyó sobre el tronco del árbol y asomó la cabeza.

Los dos hombres habían sido tan incautos como para situarse debajo de una de las dos únicas farolas que había en aquel gran parque oscuro. Las mujeres se encontraban a treinta metros de distancia y no podían oír lo que decían. Wilhelmsen sólo veía la espalda de uno de los hombres, que estaba de pie con las manos en los bolsillos y alternaba en darse pataditas una pierna contra la otra. Podía ser la señal de que ya llevaba un tiempo allí. Permanecieron así un buen rato, los hombres conversando en voz baja y las mujeres en silencio detrás de un árbol. Cecilie había entendido por fin la seriedad de la situación y se había hecho a la idea de que tendría que esperar para escuchar la explicación de Hanne sobre su comportamiento.

El hombre que les daba la espalda iba vestido completamente normal. Llevaba los vaqueros metidos en unas botas con las suelas inclinadas por el uso, la cazadora, que también era vaquera, estaba forrada con piel artificial que asomaba grisácea en torno al cuello: llevaba el pelo corto, casi rapado.

El hombre al que Wilhelmsen veía perfectamente la cara vestía un abrigo

beis claro, pero tampoco llevaba gorro. No decía gran cosa, aunque parecía absorto por el flujo oral del otro. Al cabo de unos minutos cogió la pequeña carpeta que le tendía su compañero, podía ser un fajo de documentos. Hojeó rápidamente los papeles y pareció preguntar alguna cosa sobre el contenido. Señaló varias veces los documentos y giró a medias el montón para que pudieran verlo los dos. Al final los plegó a lo largo y tuvo algunos problemas para metérselos en un bolsillo interior.

La luz caía sobre ellos en vertical, como un débil sol en el cénit, con lo que su cara parecía una caricatura casi diabólica. Daba igual. Wilhelmsen lo había reconocido inmediatamente. En el momento en que los dos hombres se estrecharon la mano y salieron cada uno en una dirección, Hanne se soltó del álamo y se giró hacia su pareja.

—Sé quién es ese tipo —constató satisfecha; el hombre del abrigo correteaba con los hombros encogidos hacia un coche aparcado al otro lado del parque—. Es Peter Strup. El abogado Peter Strup.

Lunes, 9 de noviembre

Los cuadros se apretujaban en las paredes y generaban un ambiente agradable pese a que no pegaban entre ellos. Reconoció algunas de las firmas. Artistas reconocidos. Una noche húmeda le había ofrecido al dueño una bonita suma de dinero por un cuadro de la plaza de Olaf Ryes de casi un metro cuadrado. Era una pintura al agua, pero no de acuarela, daba la impresión de que habían extendido la pintura por un papel de embalar que no había absorbido los colores. El cuadro era duro y violento, rebosante de vida urbana y salpicaduras. Al fondo se intuía el edificio en el que vivía Karen Borg. El cuadro no estaba a la venta.

Las mesas estaban demasiado apiñadas, eso era lo único que le disgustaba de aquel lugar. No resultaba fácil mantener una conversación íntima con la mesa contigua a pocos centímetros de distancia, pero los lunes no estaba demasiado lleno. Había tanto silencio en el local que los dos habían rechazado la mesa que les ofrecieron cortésmente y habían insistido en sentarse en la otra punta de la sala, donde por ahora no había más clientes que ellos.

El hule negro contrastaba elegantemente contra las servilletas blancas de tela, las copas de vino eran perfectas, sin perifollos, y el vino era fantástico. Había que reconocer que el hombre había elegido bien.

—Tú no te rindes —le dijo sonriendo tras el primer trago.

—No, no tengo fama de rendirme, ¡al menos con las mujeres guapas!

En boca de otro habría resultado banal, incluso descarado, pero Peter Strup conseguía que sonara como un cumplido, y ella se dio cuenta —no sin

cierto autorreproche— de que le gustaba.

—Nadie puede negarse ante una invitación por escrito —dijo Karen—. Hace siglos que no recibo una invitación de este tipo.

La postal había coronado la pila de correo de aquel mismo día. Una postal amarillenta de Alvøen, con los bordes ribeteados y con un texto breve impreso en el rincón superior: «Peter Strup. Abogado del Tribunal Supremo».

El texto estaba escrito a mano, con una letra masculina pero elegante y fácilmente legible. Era una humilde invitación a que se reuniera con él para cenar en un restaurante; con mucha consideración, había escogido uno situado a sólo dos manzanas de la casa de Karen. La cita era para aquella misma noche. Al final había escrito:

Ésta es una invitación con la mejor de las intenciones. Con tus negativas anteriores in mente, dejo en tus manos la decisión de acudir o no. No hace falta que me avises, pero si vienes, estaré allí a las 19.00. Si no vienes, te prometo que no sabrás nada más de mí, ¡al menos respecto a este asunto!

Había firmado con su nombre de pila, como una invitación norteamericana a la confianza. Resultaba un poco impositivo, pero sólo lo del nombre. La carta en sí misma era elegante y le proporcionaba a Karen la posibilidad de elegir. Podía acudir si quería. Y quería. Sin embargo, antes de decidir nada, llamó a Håkon.

Hacía más de dos semanas que le había pedido que se mantuviera a distancia. En el tiempo posterior había oscilado entre la urgente necesidad de llamarlo y el pánico por lo que había sucedido. Aquélla había sido la mejor noche en la vida de Karen Borg. Amenazaba todo lo que tenía en la vida y le demostraba que llevaba dentro algo incontrolable que le tentaba a salir de esa seguridad en la existencia que tanto necesitaba. No quería mantener una relación paralela y no deseaba, en ningún caso, divorciarse. La única conclusión razonable era que había que mantener a Håkon a distancia. Pero al mismo tiempo se sentía enferma y había perdido cuatro kilos por el camino hacia una decisión que por ahora no tenía la menor idea de cuál iba a ser.

—Soy Karen —anunció cuando por fin, tras tres intentos, consiguió dar con el fiscal adjunto.

Él tragó saliva con tanta fuerza que empezó a toser. Karen notó que Håkon tuvo que soltar el aparato, lo que no oyó fue que la tos y la excitación ante su llamada le provocaron náuseas y que apenas alcanzó a agarrar la papelería. El sabor amargo aún le escocía en la garganta cuando finalmente fue capaz de contestar.

—Disculpa —le dijo todavía tosiendo—. Se me ha atascado algo en la garganta. ¿Cómo estás?

—Ahora no quiero hablar de eso, Håkon. Hablaremos, pero más adelante. Tengo que pensármelo. Eres un buen chico. Me vas a dar un poco más de tiempo.

—Y entonces, ¿por qué llamas?

La mezcla de desesperación con una pizca de esperanza hacía que su voz sonara innecesariamente borde. Él mismo se dio cuenta, pero esperaba que la línea telefónica le quitara el aguijón a su voz.

—Peter Strup me ha invitado a cenar.

Se hizo un silencio absoluto. Sand estaba francamente sorprendido y sentía unos celos incontrolables.

—Ya veo.—¿Qué más podía decir?—. Ya veo. ¿Has aceptado? ¿Te ha dado alguna razón para invitarte?

—En realidad no, no me ha dado ninguna —respondió ella—. Pero sospecho que tiene algo que ver con el caso. Estoy tentada de ir. ¿Crees que debo?

—¡No, claro que no debes! ¡El tipo es sospechoso de un delito grave! ¿Estás completamente chiflada? ¡Sabe Dios lo que puede querer! No, no te permito que vayas. ¿Me oyes?

Ella suspiró y se dio cuenta del error que había cometido al llamarlo.

—Por Dios, Håkon, no está bajo sospecha. Ya vale. ¡No tenéis nada contra el tipo! El hecho de que muestre un interés particular por mi cliente no puede de ninguna manera ser suficiente como para que la Policía sospeche de él. Francamente, siento cierta curiosidad por saber a qué viene tanto interés y tal vez una cena lo aclare. Eso también tiene que venir bien a vosotros, ¿no? Te prometo contarte lo que salga de la cena.

—Tenemos más indicios en contra de ese tipo —replicó Håkon con

intensidad—. Tenemos más que el simple intento de robar a un cliente. Pero no te puedo contar nada sobre eso. Simplemente me tienes que creer.

—Lo que creo es que estás celoso, Håkon.

El fiscal se dio cuenta de que ella estaba sonriendo.

—No siento ni una pizca de celos —le berreó tragando nuevas oleadas de ácidos intestinales—. ¡Siento una preocupación genuina y profesional por tu salud!

—Está bien —concluyó ella—. Si esta noche desaparezco, tendrás que arrestar a Peter Strup. Pero yo voy a ir. Adiós.

—¡Espera! ¿Dónde os vais a encontrar?

—None of your businnes, Håkon, pero si te empeñas en saberlo: Casa de Vinos y Comidas de la calle Marke. No me llames. Ya te llamaré yo. Dentro de unos días o de unas semanas.

Colgó y desapareció dejando tras de sí un despectivo zumbido monótono.

—Mierda —murmuró Sand, antes de escupir en la papelera, sacar la bolsa de plástico y hacerle un nudo. A continuación salió para deshacerse del pestilente contenido.

La comida era fantástica. Karen disfrutaba enormemente de una buena comida. Sus propios intentos con las ollas eran siempre un fracaso y un estante de un metro de largo con libros de cocina no la habían ayudado gran cosa. A lo largo de los años de convivencia con Nils, él se había ido haciendo cargo de la cocina. Era capaz de hacer comidas de gourmet a partir de una sopa de sobre, mientras que ella podía destrozar hasta un solomillo.

Peter Strup era más guapo de cómo lo recordaba en los periódicos. Según decían, tenía sesenta y cinco años. En las fotografías parecía mucho más joven, pero probablemente fuera porque no salían sus muchas arrugas diminutas. Ahora, sentado a menos de un metro de ella, se daba cuenta de que la vida no le había tratado tan bien como había creído hasta entonces. A pesar de ello, las marcas de su rostro lo volvían más creíble, con más experiencia vital. Su imponente cabellera gris oscuro parecía un casco de acero sobre su cabeza. Un jefe vikingo con ojos de hielo.

—¿Qué tal te va de abogada defensora? —le preguntó sonriente por encima del oporto, después de tres platos más tarta de queso.

—No me va mal —dijo ella, tratando de no decir ni mucho ni poco.

—¿Tu cliente sigue igual de psicótico?

¿Cómo podía saber el estado de salud en que se encontraba su cliente? La pregunta la abandonó tan bruscamente como había llegado.

—Sí. La verdad es que el tipo da lástima. De verdad. Ni siquiera se han iniciado los trámites del juicio, ¡está demasiado loco! Debería estar ingresado, pero ya sabes cómo son las cosas... Es frustrante. No puedo hacer gran cosa por él.

—¿Lo visitas?

—Sí, la verdad es que sí. Todos los viernes. Tengo la impresión de que, en las profundidades de las tinieblas de su cabeza, lo aprecia. Es curioso.

—No, no es nada curioso —dijo Strup agitando levemente la mano para deshacerse del humo del cigarrillo de Karen.

—¿Te molesta? —preguntó ella con tristeza, y apagó el Prince a medio fumar.

—No, por Dios —le aseguró él, agarró el paquete, cogió un cigarrillo y se lo ofreció—. No me molesta en absoluto. —A pesar de ello, Karen rechazó el cigarrillo y se metió el paquete en el bolso—. No es nada raro que aprecie tus visitas. Siempre las aprecian. Debes de ser la única persona que se pasa por allí. Eso te convierte en un rayo de luz en su existencia, algo que puede esperar con alegría, algo a lo que agarrarse hasta la próxima visita. Por muy psicótico que esté, se da cuenta de lo que pasa. ¿Habla?

Era una pregunta completamente inocente y natural en ese contexto. Pero eso no impidió que ella se espabilara por completo, a pesar de la cálida atmósfera y el agradable mareo provocado por las tres copas de vino.

—No son más que murmullos sin sentido —le respondió—. Pero sonrío cuando llego. Al menos hace una mueca que me recuerda a una sonrisa.

—Así que no dice nada —replicó Strup con ligereza, y la miró por encima de la copa de oporto—. ¿Y sobre qué murmura?

A Karen se le tensó la mandíbula. La estaban interrogando y no le gustaba. Hasta ese momento había disfrutado de la comida y se había sentido bien en

compañía de un hombre experimentado, inteligente y encantador. Le había contado anécdotas de los juzgados y del mundillo del deporte, además de chistes con triple fondo, y lo había aderezado todo con una atención que hubiera halagado a mujeres más atractivas que Karen Borg. También ella se había abierto, más de lo que solía, y le había confesado sus frustraciones sobre la vida de abogado entre los ricos y hermosos.

Ahora Strup la estaba interrogando. Y no estaba dispuesta a aceptarlo.

—No quiero hablar de un caso en concreto. Y mucho menos de este caso en concreto. Estoy obligada a mantener silencio. Aparte de que me parece que va siendo hora de que me expliques tu llamativa curiosidad.

Había cruzado los brazos, como hacía siempre que estaba enfadada o se sentía vulnerable. Ahora sentía ambas cosas.

Strup dejó la copa sobre la mesa, cruzó los brazos como si fuera su reflejo masculino en el espejo y la miró fijamente a los ojos.

—Estoy interesado porque intuyo el contorno de algo que me incumbe, como abogado y como persona. Tengo la posibilidad de protegerte contra algo que puede ser peligroso. Déjame que me haga cargo del caso.

Soltó los brazos y se inclinó hacia ella. Tenía la cara a menos de treinta centímetros de la suya; ella intentó, sin querer, echarse un poco hacia atrás. No tuvo éxito, la cabeza chocó con la pared con un pequeño ruido sordo.

—Puedes tomarte esto como una advertencia. O me dejas hacerme cargo del holandés o tendrás que asumir las consecuencias. Puedo asegurarte una cosa: no cabe duda de que saldrás ganando si te olvidas de este asunto. Probablemente aún no sea demasiado tarde.

En la sala había empezado a hacer demasiado calor. Karen sintió que el rubor le subía por las mejillas y una leve alergia al vino había empezado a formar manchas rojas en su cuello. Los aros del sujetador se le clavaban en la piel sudorosa bajo los pechos y de pronto se levantó para escapar de todo aquello.

—Y yo te puedo asegurar una cosa a ti —dijo en voz baja mientras cogía su bolso sin dejar de mirarle—. No pienso renunciar al chico por nada del mundo. Él me ha pedido ayuda, y he sido nombrada oficialmente y lo voy a ayudar. Me importan un bledo las amenazas, provengan de delincuentes o de

abogados del Tribunal Supremo.

Aunque había hablado en voz baja, su exabrupto había llamado la atención. Los pocos clientes en el otro lado del local estaban callados y miraban con curiosidad a los dos abogados. Ella bajó aún más el tono de su voz y casi le susurró:

—Muchas gracias por la comida. Estaba muy buena. Cuento con no volver a tener noticias tuyas. Si vuelvo a escuchar una sola palabra de tu boca sobre este caso, te voy a denunciar a la Asociación de Abogados.

—No soy miembro —sonrió él, y se secó la boca con una gran servilleta blanca.

Karen se dirigió al ropero estampando los pies contra el suelo, se echó el abrigo por encima. Al cabo de menos de dos minutos, estaba de vuelta en casa. Se sentía furiosa.

Cuando se despertó, la noche estaba aún en la pubertad. Los números digitales de la radio despertador le arrojaban la hora en rojo airado: 02.11. La respiración de Nils sonaba lenta y constante, e intercalaba extraños ronquiditos cada cuatro inspiraciones. Intentó acompañarse a su ritmo, contagiarse de la calma del hombretón que dormía a su lado, respirar igual que él, obligar a sus pulmones entrecortados a coger el mismo ritmo que los del hombre, pero sus pulmones protestaron hasta provocarle un ligero mareo. También sabía por experiencia que tras el mareo, el sueño solía regresar de su huida nocturna.

Pero esta noche no. El corazón se negaba a frenar y los pulmones chillaban protestando contra la imposición de otro ritmo. ¿Qué era lo que había soñado? No se acordaba, pero sentía tal tristeza e impotencia, además de una angustia indefinible, que tenía que haber sido algo fuerte.

Se desplazó con cuidado hacia el borde de la cama, alargó la mano hacia la mesilla y desenchufó el contacto del aparato telefónico antes de salir sigilosamente de la cama, sin despertar a Nils, gracias a incontables noches de entrenamiento. Luego salió de la habitación, aunque se detuvo en la puerta para coger la bata.

Sólo la lamparita sobre la mesa le permitía ver algo en la entrada. Karen agarró el teléfono inalámbrico y lo levantó con cuidado de la base. Luego se fue apresuradamente hacia lo que ambos llamaban «el despacho», al que se accedía desde el otro lado del salón. La luz estaba encendida. Un montón de libros de psicología estaban esparcidos por el enorme tablero de pino grueso que pendía de dos columnas cuadradas que bajaban del techo inclinado. Las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías, pero, aun así, no bastaba, había varias pilas de libros sobre el suelo. Era la habitación más acogedora de la casa y, en un rincón, había un sillón orejero con una banqueta para los pies y una buena lámpara de lectura. Karen se sentó.

Se sabía de memoria su número de teléfono, a pesar de que sólo lo había marcado una vez en su vida, hacía poco más de dos semanas. Aún recordaba su número de estudiante, después de haberlo marcado al menos una vez al día durante seis años. Por alguna extraña razón, marcar su número mientras Nils dormía sólo tres habitaciones más allá le parecía mayor traición que hacer el amor con él en el suelo del salón mientras Nils estaba fuera de la ciudad.

Se quedó sentada mirando fijamente el teléfono durante varios minutos, hasta que finalmente sus dedos, prácticamente por sí solos, escogieron la combinación correcta de números. Tras dos llamadas y media escuchó su «hola» medio ahogado.

—Hola, soy yo.

No se le ocurrió nada más original.

—¡Karen! ¿Qué pasa?

De pronto parecía completamente despierto.

—No puedo dormir.

El ruido de las sábanas le indicó que se estaba incorporando en la cama.

—En realidad no debería despertarte por eso —se disculpó.

—No, no pasa nada. Seamos sinceros, está claro que me alegro de que me llames. Tienes que llamarme siempre que te apetezca. Da igual la hora. ¿Dónde estás?

—En casa. —Se hizo el silencio—. Nils está durmiendo —le explicó atajando su pregunta—. He desenchufado el teléfono del dormitorio. Además, a esta hora de la noche duerme siempre como un tronco. Está acostumbrado a

que yo me despierte y deambule un poco. No creo que le importe.

—¿Qué tal la cena?

—Fue agradable hasta que llegamos al café. Luego se puso otra vez a dar la lata. No entiendo qué es lo que quiere de ese chico. Fue bastante descarado, así que tuve que ponerlo en su sitio. No creo que vuelva a tener noticias tuyas.

—Sí, la verdad es que parecías bastante cabreada cuando te fuiste.

—¿Cuándo me fui? ¿Cómo lo sabes?

—Te fuiste del sitio exactamente a las 22.04, y saliste corriendo en dirección a tu casa.

Se rio un poco, como para disculparse.

—¡Sinvergüenza! ¿Me estabas espionando?

Karen estaba indignada y halagada al mismo tiempo.

—No, no te estaba espionando, te cuidaba. Fue un frío placer. Tres horas en un portal de Grünerløkka no son de lo más apetecible. —Hizo una pausa involuntaria y, sin querer, estornudó dos veces—. Mierda, me he resfriado. Deberías estarme agradecida.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando salí? —Håkon no respondió—. ¿Creías que me iba a enfadar?

—No descartaba esa posibilidad, la verdad. ¡Tal y como estabas ayer por teléfono!

—Qué rico eres. Eres rico de verdad. Seguro que me hubiera cogido un buen cabreo. Pero me alegra pensar que estabas allí cuidándome todo el rato. ¿Estabas como policía o como Håkon?

En la pregunta subyacía una sutil invitación. Si hubiera sido de día, él se habría expresado con elegancia, tal y como sabía que a ella le gustaba. Pero eran las tantas de la madrugada, y dijo lo que pensaba, sin más.

—Los fiscales adjuntos no hacen de guardaespaldas, Karen. Los fiscales adjuntos de la Policía se quedan en sus despachos y les importa un bledo todo lo que no sean los documentos o los juicios. Era yo el que estaba de guardia. Estaba celoso y estaba preocupado. Y te amo. Por eso estaba allí.

Estaba tranquilo y satisfecho, que ella reaccionara como quisiera. Y su reacción fue tan sorprendente que casi lo tumba.

—Tal vez yo también esté un poco enamorada de ti, Håkon.

De pronto Karen rompió a llorar, él no sabía qué decir.

—¡No llores!

—Pues sí, lloro si quiero —sollozó—. Lloro porque no sé qué voy a hacer.

Había empezado a llorar desconsoladamente. Håkon tenía problemas para entender lo que decía, por eso dejó que acabara de llorar.

Le llevó diez minutos.

—Vaya chorrada en la que gastar teléfono —murmuró Karen finalmente.

—Por la noche el teléfono casi no gasta. Seguro que te lo puedes permitir.

Ya estaba más tranquila.

—Estoy planeando marcharme de viaje —dijo—. Irme a la casa de la montaña, yo sola. Me voy a llevar al perro y unos cuantos libros. Tengo la sensación de que aquí en la ciudad no consigo pensar. Al menos no aquí en el piso, y en la oficina no me da tiempo más que a intentar resolver los asuntos del trabajo, y casi ni eso consigo hacer.

El lloriqueo volvió a intensificarse.

—¿Cuándo te vas?

—No lo sé. Te prometo llamarte antes de irme. Puede que me lleve una semana o dos. Tienes que prometerme que no me llamarás. Hasta ahora lo has hecho muy bien.

—Te lo prometo. Palabra de honor. Pero, oye, ¿podrías volver a decirlo?

Tras una breve pausa, lo dijo.

—Tal vez esté un poco enamorada, Håkon. Tal vez. Buenas noches.

Martes, 10 de noviembre

—Vaya pérdida de tiempo.

Wilhelmsen había sido lo bastante sensata como para amarrar los documentos del caso con dos gruesas gomas. Ahora tenían el aspecto de un tentador regalito de Navidad. Un regalo que aguantaba que lo arrojaran. Pang.

—Ya hemos investigado a Olsen y a Lavik. Nada.

—¿Nada? ¿Nada de nada?

Sand estaba sorprendido. Resultaba más llamativo que no dieran con nada de interés que si hubieran encontrado alguna cosilla; por pequeña que fuese. Muy poca gente soportaba la mirada crítica de la Policía sin que se les descubriera alguna que otra cosa.

—Por cierto, hay una cosa curiosa que me llama mucho la atención —dijo Hanne—. No tenemos acceso a las cuentas bancarias de Lavik, puesto que no está acusado, pero mira sus declaraciones de la renta de los últimos años.

Era una hoja con unos números que no le decían nada. No entendía una palabra, más allá del hecho de que el tipo tenía unos ingresos anuales que hubieran conseguido que cualquier representante del Ministerio Fiscal palidciera de envidia.

—Da la impresión de que ha desaparecido dinero —dijo Hanne a modo de explicación—. ¿Desaparecido?

—Pues sí, resulta que el dinero que dice que ha ganado no se corresponde con su patrimonio. O bien el tipo tiene unos gastos cotidianos enormes, o bien tiene dinero escondido en algún sitio.

—Pero ¿por qué iba a esconder el dinero que gana legalmente?

—Pues sólo existe una explicación lógica: evasión de impuestos sobre el patrimonio. Pero para el nivel que tiene el impuesto sobre el patrimonio en este país me parece bastante estúpido, además de poco plausible. No me encaja que se vaya a arriesgar a evadir impuestos sobre el patrimonio por unas pocas coronas. Sus cuentas están en orden, y el inspector se las aprueba todos los años. Aquí hay algo que no acabo de entender.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Håkon se metió un poco de rapé en la boca.

—¿Has empezado a usar esa guarrada? —dijo Hanne con cara de asco.

—Sólo es un intento de no volver a caer en los cigarrillos. Es puramente temporal —se disculpó él, y escupió los restos del tabaco por la habitación.

—Eso te destroza las encías. Y además huele fatal.

—A mí no me va a oler nadie —replicó él—. Bueno, juguemos a la pelota. ¿Qué te llevaría a ti a esconder dinero?

—Pues escondería dinero negro o dinero completamente ilegal. En Suiza, quizá. Eso hacen en las novelas policíacas. Pero con los bancos suizos no tenemos nada que hacer. No tienes ni que dar tu nombre para tener una cuenta, basta con un número.

—¿Hemos registrado algún viaje a Suiza?

—No, pero tampoco le hace falta viajar hasta allí. Los bancos suizos tienen filiales en muchos de los países a los que ha viajado. Además no se me quita de la cabeza que tiene que haber algo en sus negocios en Oriente. Drogas. Eso encaja con nuestra teoría. Es una pena que tenga una explicación tan buena, y legítima, para sus viajes. Los hoteles están ahí.

Llamaron a la puerta y, sin aguardar respuesta, un agente rubio abrió. Håkon se molestó, pero no dijo nada.

—Aquí están los papeles que me has pedido —dijo el policía tendiéndole a Hanne cinco páginas impresas de ordenador, luego se fue sin cerrar la puerta.

Håkon se levantó y lo hizo por él.

—No tienen modales, los jóvenes de hoy en día.

—Si tuviera un montón de dinero ilegal y usara una cuenta suiza, y si

además fuera tacaña, ¿no intentaría tal vez mandar parte de mi dinero legal al mismo lugar?

—¿Tacaño? ¡Sí, puede que Lavik encaje con ese calificativo!

—¡Mira lo austeramente que vive! Ese tipo de gente disfruta especialmente de tener dinero guardado. ¡Lo ha metido todo en la misma cuenta!

La teoría no era muy buena, pero les servía, a falta de algo mejor. La avaricia lleva incluso a los mejores a cometer errores. Aunque tampoco era un gran error: difícilmente se podía defender la ilegalidad de tener menos dinero en tus cuentas del que has ganado.

—A partir de ahora vamos a suponer que Lavik tiene dinero metido en Suiza. Ya veremos adonde nos lleva eso. No muy lejos, me temo. ¿Y qué pasa con Peter Strup? ¿Has hecho algo con él tras vuestro misterioso encuentro en el parque de Sofienberg?

Ella le tendió una carpeta fina. El fiscal adjunto se dio cuenta de que no llevaba número de caso.

—Es mi carpeta privada —le explicó—. Este juego de copias es para ti. Llévatelo a casa y guárdalo en algún sitio seguro.

Håkon hojeó los papeles. La historia de la vida de Strup era impresionante. Durante la guerra participó activamente en la resistencia, a pesar de que apenas tenía dieciocho años cuando llegó la paz. Ya entonces era miembro del Partido Laborista. En los años posteriores no destacó dentro del partido, pero, como había mantenido relación con sus compañeros, contaba con un impresionante círculo de amistades que ocupaban posiciones importantes. Era amigo íntimo de varios antiguos peces gordos del partido, mantenía buenas relaciones con el rey —con el que además había navegado de joven, Dios sabría cómo sacaba tiempo para todo— y se reunía una vez por semana con el secretario de Estado del Ministerio de Justicia, con el que también había trabajado en tiempos. Era masón de décimo grado y tenía, por lo tanto, acceso a la mayoría de los pasillos del poder. En su momento se casó con una antigua cliente, una mujer que había asesinado a su marido tras dos años de infierno y que, tras pasar año y medio en la cárcel, quedó en libertad y se dirigió hacia las campanas de la boda y una vida brillante. El matrimonio era aparentemente feliz y nadie había podido nunca demostrar que el tipo

hubiera tenido una aventura extramatrimonial. Ganaba mucho dinero, a pesar de que, por lo general, recibía su salario del ámbito público. Pagaba sus impuestos con alegría, según había repetido muchas veces en los periódicos, aunque se tratara de cantidades considerables.

—Esto no parece exactamente el retrato de un gran delincuente —dijo Håkon plegando la carpeta.

—No, pero tampoco parece muy legal reunirse con gente en parques siniestros en medio de la noche.

—El encuentro nocturno con clientes se está convirtiendo en una costumbre en este caso —ironizó Håkon mientras se colocaba el rapé con la lengua.

—Tenemos que tener cuidado. Entre los muchos amigos de Peter Strup también hay gente de la Brigada de Información de la Policía.

Håkon se rindió en la lucha contra el rapé y lo escupió en la papelera. Ya no estaba en forma.

Era una verdadera preciosidad, además de ser el único artículo de lujo que poseía Wilhelmsen. Al igual que la mayoría de los artículos de lujo, no tenía cabida en el sueldo de una subinspectora, pero gracias a la ayuda de una médica, durante seis meses al año podía sentir la libertad de conducir una Harley-Davidson de 1972. Era rosa. Completamente rosa. Rosa Cadillac, con cromo pulido y relumbrante. En esos momentos la tenía desmontada en el sótano, en un taller con las paredes amarillas y una vieja estufa en un rincón que había conectado a la chimenea de la casa sin pedir permiso a la comunidad de vecinos. En las paredes, estanterías de IKEA con numerosas herramientas; en el estante superior, una televisión portátil en blanco y negro.

Ante sí tenía todo el motor desmontado y lo estaba limpiando con bastoncillos para los oídos. Todo era poco para una Harley. Pensó que aún faltaba demasiado tiempo para que llegara marzo, y el pensamiento le hizo sentir la emoción de la primera excursión del año. Era preciso que hiciera un tiempo estupendo y que hubiera charcos. Cecilie iría montada detrás y el ruido del motor sería constante y abrumador. Si no hubiera sido por la mierda del

casco... Años atrás, Hanne había recorrido Estados Unidos de costa a costa, con una cinta en la cabeza en la que ponía «Fuck Helmet laws». Pero en Noruega era policía e iba con casco. No era lo mismo. Se perdía parte de la libertad, parte del placer del peligro, el contacto con el viento y los olores.

Volvió a la realidad y encendió el televisor para ver Actualidad de la tarde. El programa estaba empezado y ya se había caldeado. Unos periodistas habían publicado un libro sobre la relación del Partido Laborista con los servicios secretos y, al parecer, sostenían unas tesis que a unos cuantos les resultaban intragables.

Acusaban a los autores de especular y de aportar afirmaciones no documentadas, de periodismo de aficionados y cosas aún peores, de emponzoñar el éter. El periodista, un atractivo hombre de pelo gris, de unos cuarenta años, respondía con la voz tan calmada que al cabo de pocos minutos Hanne se convenció de que tenía razón. Después de atender durante un cuarto de hora, volvió a ponerse con el motor. Los ventiladores estaban sucios tras usarlos durante una larga temporada.

De repente el programa volvió a captar su atención. El presentador, que parecía estar del lado del autor, planteó una pregunta a uno de los críticos. Quería que el invitado le garantizara que no se realizaba ningún trabajo ni se hacía ninguna compra de material para los servicios secretos sin que el dinero saliera de los presupuestos del Estado. El hombre, un señor gris vestido con un traje gris, abrió los brazos de par en par y lo garantizó sin contemplaciones.

—¿De dónde íbamos a sacar el dinero? —preguntó retóricamente.

Aquello le puso la zancadilla durante el resto del programa, y Hanne siguió con su trabajo hasta que Cecilie apareció en la puerta.

—Tengo ya muchísimas ganas de acostarme —dijo sonriendo.

Miércoles, 11 de noviembre

Estaba insatisfecho y de muy mal humor. Su caso, el «gran caso», últimamente se había quedado en nada, y tampoco conseguía sacarle gran cosa a la Policía, aunque probablemente se debiera a que ésta se hallaba tan atascada como él. El director del periódico estaba disgustado y lo había vuelto a meter en el viejo sistema de turnos. Le aburría tener que acudir a los juzgados para intentar sacarle información anodina a un policía lacónico acerca de casos que apenas obtenían espacio para un artículo de una columna.

Estaba sentado con los pies sobre la mesa y daba la impresión de estar tan enfurruñado como un niño de tres años tras una rabieta. El café estaba amargo y tibio. Incluso el cigarrillo le sabía mal. No tenía nada apuntado en su cuaderno.

Se levantó tan bruscamente que se le volcó la taza de café. El negro contenido se extendió rápidamente por los periódicos, las notas y un libro de bolsillo que estaba boca abajo para que no se le cerrara. Fredrick Myhreng se quedó unos segundos mirando el charco antes de decidir que le importaba un bledo. Agarró su cazadora y se apresuró a cruzar la redacción antes de que nadie pudiera pararlo.

La tiendecita la llevaba un antiguo compañero del colegio. Myhreng se pasaba por allí de vez en cuando, para hacerle una copia de las llaves de su casa a la nueva novia de turno —como nunca las devolvían...—, o para ponerle suelas nuevas a las botas. Era incomprensible para él qué tendrían que ver el arreglo de zapatos con las copias de llaves, pero su compañero del

colegio no era el único en la ciudad que operaba con esa combinación.

Se saludaron con un «choca esos cinco». Myhreng tenía la incómoda sensación de que el hombre de la tienda estaba orgulloso de conocer a un periodista de la capital, pero se avino a tomar parte en el ritual. El diminuto local estaba vacío y el dueño estaba trabajando con una desgastada bota de invierno negra.

—¡Novia nueva otra vez, Fredrick! ¡En esta ciudad debe de haber ya cerca de cien juegos de llaves de tu casa!

El hombre esbozó una gran sonrisa burda.

—No, sigo con la misma chica. Vengo para pedirte ayuda con una cosa especial.

El periodista sacó una caja de metal de uno de sus holgados bolsillos, la abrió y, con cuidado, sacó los dos moldes de plastilina. Por lo que podía apreciar, los moldes estaban perfectos. Se los enseñó a su amigo.

—Pero, bueno, Fredrick, ¿has empezado a delinquir? —Había una insinuación de seriedad en la voz y añadió—: ¿Es una llave numerada? Yo no hago copias de llaves numeradas. Ni siquiera para ti, viejo amigo.

—No, no está numerada. Lo puedes ver en el molde.

—El molde no me garantiza nada. Qué sé yo, podrías haber quitado los números... Pero me fiaré de tu palabra.

—¿Quiere eso decir que me puedes hacer una copia?

—Sí, pero me va a llevar un tiempo. Aquí no tengo el equipo que me hace falta. Yo uso llaves hechas, como la mayoría de la gente. Luego las pulo con este ordenador tan majo que tengo. —Acarició una máquina monstruosa con un montón de botones—. Dentro de una semana puedes pasarte por aquí. Para entonces debería tenerla lista.

Fredrick Myhreng le dijo que era un ángel; estaba ya saliendo por la puerta cuando se dio la vuelta.

—¿Me podrías decir qué tipo de llave es?

El hombre vaciló.

—Es pequeña. No creo que sea de una puerta grande. ¿Quizás de un armario? Tal vez una caja. ¡Me lo pensaré!

Myhreng volvió al periódico un poco más animado.

Tal vez el chico entre tinieblas disfrutara de salir a dar una vuelta. Wilhelmsen, al menos, estaba dispuesta a hacer un nuevo intento. La información proveniente de la cárcel indicaba que estaba algo mejor, cosa que no significaba mucho.

—Quítale las esposas —ordenó, mientras se preguntaba para sus adentros si los policías jóvenes no eran capaces de pensar por sí mismos.

La figura apática y escuálida que tenía ante ella no hubiera podido hacer gran cosa contra dos fornidos policías. Era dudoso que fuera capaz ni de correr. La camisa le quedaba grande, el cuello que asomaba parecía el de un bosnio apresado por los serbios. Probablemente el pantalón había sido de su talla en algún momento, pero ahora se mantenía subido gracias a un cinturón al que alguien había tenido que hacerle un agujero extra, a muchos centímetros de distancia del anterior. Por si fuera poco, el agujero estaba torcido, con lo que el cabo suelto del cinturón se subía hacia un lado, para luego caer por su propio peso, como una erección malograda. El hombre iba calzado, aunque sin calcetines. Estaba pálido, poco aseado y aparentaba diez años más que la última vez que lo había visto. Le ofreció un cigarrillo y una pastilla para la garganta. Ella se acordaba y él sonrió débilmente.

—¿Qué tal estás? —le preguntó con amabilidad, sin esperar en realidad respuesta, y no la obtuvo—. ¿Puedo traerte algo? ¿Una Coca-Cola? ¿Algo de comer?

—Una chocolatina. Stratos.

Tenía la voz débil y agrietada, probablemente apenas habría hablado en las últimas semanas. La subinspectora pidió tres Stratos por el interfono, y dos cafés. No había metido papel en la máquina de escribir, ni siquiera estaba encendida.

—¿Tienes algo que puedas contarme?

—Stratos —respondió él calladamente.

Esperaron durante seis minutos. Ninguno de los dos dijo nada. El café y la chocolatina los trajo una oficinista, ligeramente molesta por tener que hacer de camarera, aunque se animó con los agradecimientos de la subinspectora.

El holandés que comía chocolate era todo un personaje. Primero desenvolvió la chocolatina con cuidado, siguiendo el borde del pegamento para que no se rompiera el papel, y luego partió la chocolatina siguiendo escrupulosamente las líneas marcadas por la fábrica. A continuación acható el papel sobre la mesa y separó las piezas dejando un milímetro exacto entre ellas. Finalmente empezó a comérselo siguiendo un esquema definido: comenzó por una esquina, luego cogió el pedazo que quedaba por encima en diagonal, después el de la siguiente fila en diagonal hacia atrás, y así fue subiendo en zigzag hasta que llegó arriba. Entonces empezó desde arriba y fue comiendo hacia abajo, siguiendo el mismo patrón, hasta que se acabó la chocolatina. Le llevó cinco minutos. Para acabar lamió el papel hasta que estuvo completamente limpio, lo alisó con los dedos unidos y lo plegó minuciosamente.

—En realidad ya he confesado —dijo finalmente.

Hanne pegó un respingo, se había quedado completamente fascinada por el espectáculo de su ingestión.

—No, estrictamente hablando no has confesado, aún —dijo y, sin hacer movimientos demasiado bruscos, sacó el papel que había preparado con los datos personales obligatorios en la esquina superior de la derecha—. No es necesario que confieses —dijo con calma—. Además tienes derecho a que esté aquí tu abogado. —Con eso había cumplido las reglas y le pareció intuir una sonrisa en la boca del joven cuando mencionó a la abogada, una sonrisa buena—. A ti te gusta Karen Borg —constató con amabilidad.

—Es buena.

El holandés había empezado a comerse la segunda chocolatina, siguiendo el mismo esquema que con la primera...

—¿Te gustaría que ella estuviera ahora aquí o te parece bien que tú y yo tengamos una charla solos?

—Me parece bien.

No estaba del todo segura de si se refería a la primera alternativa o a la segunda, pero lo interpretó a su favor.

—Así que fuiste tú quién mató a Ludvig Sandersen.

—Sí —dijo, aunque estaba más pendiente de la chocolatina que de la

conversación. Se le había movido un pedazo y el dibujo estaba alterado, era evidente que eso lo inquietaba.

Hanne suspiró y pensó para sus adentros que aquel interrogatorio iba a tener menos valor que el papel sobre el que lo iba a escribir; aun así merecía la pena intentarlo.

—¿Por qué lo hiciste, Han? —Él ni siquiera la miró—. ¿No quieres contarme por qué? —Siguió sin haber respuesta, la chocolatina estaba a medias—. ¿Hay alguna otra cosa que me quieras contar?

—Roger —dijo, con voz alta y clara, y con la mirada lúcida durante una milésima de segundo.

—¿Roger? ¿Fue Roger quién te pidió que lo mataras?

—Roger.

Estaba a punto de volver a desaparecer en sí mismo, la voz volvía a parecer la de un anciano. O la de un niño.

—¿Se llama algo más aparte de Roger?

Se había roto la comunicación. La mirada distante había reaparecido. La policía llamó a los dos hombres fornidos, ordenó que no lo esposaran y le dio al holandés la última chocolatina, para la merienda. Él se puso muy contento y se fue con una sonrisa.

La nota con su número colgaba en el corcho. Respondieron enseguida al teléfono y ella se presentó. Karen sonaba amable, pero sorprendida. Hablaron durante varios minutos antes de que Hanne fuera al grano.

—No tienes por qué contestar a esto, pero, de todos modos, te lo pregunto: ¿Han van der Kerch te ha mencionado alguna vez el nombre de Roger?

Había dado en el blanco. La abogada se quedó completamente callada. Hanne tampoco dijo nada.

—Todo lo que sé es que anda por Sagene. Prueba allí. Creo que debes buscar a un vendedor de coches. No debería decirte esto. No te lo he dicho.

Hanne le aseguró que nunca lo había oído, le dio las gracias efusivamente, cortó la conversación y marcó un número de tres cifras en el teléfono.

—¿Está Billy T.?

—Hoy tiene el día libre, pero se va a pasar por aquí, creo.

—¡Cuando venga pídele que se ponga en contacto con Hanne en la once!

—¡¡¡Está bien!!!

La atmósfera al otro lado de la ventanilla del coche tenía el aspecto de airados garabatos a lápiz y el aguanieve se adhería al cristal a pesar de los intensos esfuerzos del limpiaparabrisas. Había sido un otoño extraño, el frío intenso se había alternado con la nieve, la lluvia y hasta ochos grados centígrados. Pero ahora el termómetro se había aferrado a algún punto por la mitad del árbol, y desde hacía varios días la temperatura se mantenía en torno a los ceros grados.

—Te estás aprovechando bastante de nuestra vieja amistad, Hanne. —No estaba enfadado, sólo se hacía valer un poco—. Yo trabajo en Desorden, no soy el recadero de Su Alteza Wilhelmsen. Y encima hoy tengo el día libre. En otras palabras: me debes un día libre. Apúntatelo.

Para ver algo tenía que inclinar su enorme cuerpo hasta tocar el cristal. Si no hubiera sido por su tamaño y la cabeza rapada, se le hubiera podido tomar por una cuarentona de un barrio fino, con un BMW y el carné recién sacado.

—Estaré eternamente en deuda contigo —le aseguró Hanne, y pegó un respingo cuando él frenó bruscamente a causa de una sombra que resultó ser un adolescente despistado.

—Joder, no veo una mierda —dijo Billy T., que intentó limpiar el vaho que se formaba en la parte interior del cristal tan pronto como lo quitaba.

Hanne giró la clavija de la calefacción, sin que tuviera el más mínimo resultado.

—Propiedad pública —murmuró, y se anotó para sus adentros el número del coche para no volver a cogerlo en días de lluvia—. Sólo he encontrado a un Roger en el negocio del automóvil en Sagene. Así que, por lo menos, no vamos a tener que andar buscándolo —dijo, intentando consolarlo. El coche se subió a una acera y Hanne se golpeó contra la puerta y se dio un golpe en el codo con la manivela de la ventanilla—. Ay, ¿pretendes matarme?

Primero se enfadó, pero luego descubrió que habían llegado.

Billy T. aparcó junto a una pared de hormigón gris, que tenía pintado un gran letrero de prohibido aparcar. Apagó el motor y se quedó sentado con las manos en el regazo.

—¿Qué es lo que vamos a hacer, en realidad?

—Sólo vamos a echar un vistazo. Tal vez asustarlo un poco.

—¿Yo hago de policía o de bandido?

—De cliente, Billy T. Tú eres un cliente. Hasta que yo te diga lo contrario.

—¿Qué estamos buscando?

—Lo que sea. Algún rasgo particular, cualquier cosa de interés.

Hanne salió del coche y cerró la puerta con llave, aunque fue bastante innecesario. Billy T. se limitó a cerrar la suya de un portazo, sin mayores contemplaciones.

—Nadie va a robar este trasto —dijo encogiéndose de hombros, sobre todo para protegerse del frío que le esperaba a la vuelta de la esquina.

La subinspectora adivinó las letras: «SAGENE CAR SALE». Aunque hubiera convenido cambiar los tubos de neón, pues en la penumbra sólo se podía leer: «SA ENE CA S LE».

—¡Vaya, qué ambiente tan internacional!

Cuando entraron por la puerta sonó una campana lejana. Olía a Volvo Amazon. Un olor completamente mareante que procedía de la colección más grande que Wilhelmsen hubiera visto nunca de los así llamados purificadores de aire: cuatro árboles de Navidad de cartón, de unos cincuenta o sesenta centímetros de altura, estaban alineados sobre el mostrador de cinco metros de largo. Los árboles estaban a su vez decorados con árboles más pequeños que colgaban de hilos brillantes y con exuberantes dibujos de mujeres impregnadas de la misma sustancia. Como si fueran regalos al pie de los árboles, en torno a los troncos había unas pilas de tortugas de plástico con olor a ambientador que contribuían lo suyo a que el aire en torno a la caja registradora fuera uno de los más purificados de la ciudad. Las tortugas tenían las cabezas sueltas sobre un pequeño muelle y, cuando los policías abrieron la puerta y se formó corriente, los saludaron amablemente moviendo la cabeza.

Por lo demás, el local estaba repleto de todo lo que pudiera tener alguna utilidad en cualquier cosa que fuera sobre cuatro ruedas. Había tubos de

escape y tapas para el contenedor de la gasolina; fundas para los asientos, de nailon, que imitaban la piel de leopardo; dados de cuero y encendedores de coche. Entre las estanterías, donde no cabía ni un estante, había viejas fotografías de calendario de mujeres medio desnudas. Las tetas ocupaban dos tercios de la foto, mientras que los días del calendario se agolpaban en la parte baja, en una estrecha franja completamente innecesaria.

Más de un minuto después de que sonara la campanilla apareció un hombre desde las habitaciones posteriores. Wilhelmsen tuvo que pincharse la mano con la uña del dedo meñique para no reírse.

El tipo tenía el aspecto de un tópico. Era fornido y bajito, no debía de medir más de metro setenta. Llevaba unos pantalones de poliéster marrón, con la raya del pantalón cosida. La costura se había abierto por la rodilla y le daba un aspecto cómico: una larga costura de salchicha que desaparecía y se quedaba en un fino hilo sobre la rodilla, para luego aparecer otra vez después de unos quince centímetros. El pantalón tenía que tener más de veinte años. Desde entonces no había vuelto a ver un pantalón con la raya cosida.

La camisa era una de esas sin mangas, de las que habían llevado en el instituto, azul claro con pequeñas bombas, y en honor a la verdad había que decir que la corbata hacía juego: también era azul celeste. Por encima de aquello, el hombre llevaba una chaqueta de traje a cuadros a la que le faltaba un botón, aunque daba igual, le quedaba tan pequeña que no tardaría en ser imposible cerrarla. Su cabeza recordaba a la de un puercoespín.

—¿Puedo ayudarles? ¿Puedo ayudarles? —dijo en voz alta y amable.

Casi pareció asustarse ante el aspecto del policía con el pendiente en la oreja, pero la presencia de Hanne debió de tranquilizarlo, porque se le iluminó la cara cuando se giró hacia ella para repetir la oferta.

—Sí, me gustaría ver un coche usado —dijo Hanne vacilando un poco y echando una mirada, por encima del hombro del hombrecito, hacia los cristales de una puerta que no debía de haberse limpiado en los dos últimos años. Tenía la sensación de que detrás había un almacén de coches.

—Un coche usado, sí. Pues entonces habéis llegado al sitio adecuado —dijo el hombre riéndose, esta vez con mayor amabilidad aún, como si al principio hubiera pensado que estaban buscando un encendedor de coche y

ahora viera la posibilidad de hacer un negocio más sustancioso—. ¿Querrían acompañarme los señores? ¡Acompañenme!

Los condujo a través de la puerta mugrienta. Billy T. se dio cuenta de que había una puerta igual justo al lado, que daba a una especie de oficina.

El olor del aceite supuso una liberación de los ambientadores. Allí olía simplemente a coche. Estaba claro que aquel negocio no tenía pretensiones de especializarse, había allí Lada, Peugeot, Opel y dos Mercedes de cuatro o cinco años que parecían estar en buen estado.

—¡No hay más que elegir! ¿Podría preguntar qué precio está contemplando pagar el matrimonio?

Les sonrió esperanzado y lanzó una mirada al Mercedes más cercano.

—Unas tres o cuatro mil coronas —murmuró Billy T., el hombre frunció su húmeda boca.

—Está de broma —atajó Hanne—. Tenemos alrededor de unas setenta mil. Pero el límite es flexible. Los buenos de nuestros padres también podrían aportar algo —dijo inclinándose hacia el hombre y susurrando en un tono íntimo.

Al vendedor de coches se le iluminó la cara y la cogió del brazo.

—Pues entonces debería ver este Kadett —dijo. El Kadett tenía muy buena pinta—. Modelo de 1987, no tiene más que cuarenta mil kilómetros, garantizado, y sólo ha tenido un dueño. El coche está perfecto. Y les puedo hacer un buen precio. Un buen precio.

—Es un coche precioso —asintió Hanne, y le dirigió una mirada inequívoca a su marido ficticio.

Él se llevó la mano a la entrepierna y le preguntó al hombre de la chaqueta de cuadros si podía ir al servicio.

—Está justo ahí fuera, justo ahí fuera —respondió él alegremente.

Hanne empezó a preguntarse si tendría algún defecto del habla que le obligara a repetirlo todo dos veces. Una especie de tartamudeo avanzado, pensó. Billy T. desapareció.

—No está bien de la tripa —dijo—. Esta tarde tiene una entrevista de trabajo. Es la cuarta vez que va al baño, el pobre. —El vendedor mostró mucha compasión y la invitó a sentarse en el Kadett, que estaba realmente bien

—. No conozco este tipo de coches —continuó ella—. ¿Se tomaría la molestia de sentarte conmigo y explicarme un poco?

Desde luego que se tomaba la molestia. Encendió el motor y le mostró todos los detalles.

—Es un modelo magnífico —dijo enfáticamente—. Va sobre ruedas. Que quede entre nosotros, pero el antiguo dueño era muy agarrado. Lo bueno de eso es que cuidó muy bien del carro.

Acarició el salpicadero recién lavado, encendió y apagó las luces, reguló el asiento, encendió la radio, metió una cinta de Trond Granlund y tardó más de lo necesario en engancharle el cinturón de seguridad a Hanne.

Ella se giró a medias hacia él.

—¿Y el precio?

Ninguno de los coches llevaba precio, cosa que le resultaba llamativa.

—El precio, sí. El precio... —Se lo pensó un poco, se chupó los dientes y luego le dirigió una sonrisa que ella supuso que pretendía ser íntima y amable—. Usted tiene setenta mil coronas y unos padres majetes. Por eso se lo dejo en setenta y cinco mil. Incluida la radio y las ruedas de invierno nuevas.

Llevaban ya más de cinco minutos allí sentados y Hanne estaba empezando a echar de menos a Billy T. No podía pasarse demasiado tiempo regateando por un coche sin verse de pronto comprándolo. Al cabo de tres minutos, su compañero llamó a la ventanilla. Ella la bajó.

—Nos tenemos que ir. Tenemos que ir a buscar a los niños —dijo.

—No, ya iré yo a buscarlos. Tú tienes que ir a la entrevista —lo corrigió ella—. Le llamaré para hablar de este coche —le dijo al hombre del poliéster, que, de todos modos, no pudo disimular del todo su decepción por perder lo que creía que era una venta segura.

Se sobrepuso y le dio a la subinspectora su tarjeta, que era de tan mal gusto como su dueño: de seda artificial azul oscuro:

«Roger Strømsjord, director administrativo», ponía en letras doradas. Un título pretencioso.

—Soy el dueño del negocio —dijo encogiéndose de hombros—. ¡Pero se tiene que dar prisa! Este tipo de coches me los quitan de las manos. Son muy populares. Muy populares, la verdad.

Doblaron la esquina del edificio, esta vez con el viento a su espalda, se metieron en el coche y pasaron dos minutos riéndose, hasta que Hanne tuvo que enjugarse las lágrimas.

—¿Has encontrado algo de interés?

Él se inclinó hacia delante y alzó el culo para sacar un cuadernito del bolsillo trasero del pantalón. Se lo arrojó al regazo.

—Esto es lo único que puede tener interés de lo que había ahí dentro. Lo llevaba en el bolsillo del abrigo.

Hanne ya no se reía.

—¡Joder, Billy T.! Esto no encaja precisamente con lo que aprendimos en la Academia de Policía. Y además es una enorme tontería, como contenga algo de interés no vamos a poder usarlo como prueba. ¡Lo hemos requisado ilegalmente! ¿Cómo podríamos explicarlo?

—Relájate, mujer. Ese cuaderno no va a meter a nadie entre rejas, pero nos puede ayudar a avanzar un poco. A lo mejor. No tengo ni idea de lo que contiene, sólo lo he hojeado un poco. Son números de teléfono. Sé un poco agradecida, anda.

La curiosidad reprimió la irritación de la subinspectora, que empezó a hojear el cuaderno. Como era de esperar, olía a ambientador. Era cierto que contenía un montón de números de teléfono. La mayoría de ellos aparecían a continuación de un nombre; en las cinco o seis primeras páginas, seguían el orden alfabético, pero después era todo un caos. Los últimos números no tenían nombre, algunos llevaban unas iniciales, la mayoría simplemente pequeños signos indescifrables.

Hanne se sorprendió. Algunos de los números empezaban con cifras que no se usaban para eso, pero tampoco tenían prefijos. Siguió pasando las páginas y se detuvo junto a unas iniciales:

—H. V. D. K. —exclamó—. ¡Han van der Kerch! Pero no reconozco el número...

—Compruébalo en la guía telefónica —dijo Billy T., aunque la cogió de la guantera antes de que Hanne tuviera tiempo de reaccionar—. ¿Cómo aparece Van der Kerch? ¿En Van, en Der o en Kerch?

—No lo sé, pruébalo todo.

Lo encontró en Kerch. El número no coincidía con el del cuaderno. Hanne estaba decepcionada, pero tenía la sensación de que en aquellos dos números había algo inexplicable. Era como si tuvieran algún parecido, aunque fueran completamente diferentes. Le llevó treinta segundos comprenderlo.

—¡Eureka! El número de la guía telefónica es el número del cuaderno menos el siguiente número en la serie, si cuentas también con los números negativos y luego le quitas el menos. Billy T. no comprendió una palabra.

—¿Cómo?

—¿Nunca has visto los pasatiempos esos de números? Te dan una serie de números y luego tienes que descubrir la regla para agregar el último número a la lista. Una especie de test de inteligencia, eso dicen algunos, a mí me parece más bien un pasatiempo. Mira: el número del cuaderno es 93 24 35. Si a 9 le restas 3, sale 6. 3 menos 2 es 1, y 2 menos 4 es menos 2. Pasamos del menos. 4 menos 3 es 1, y 3 menos 5 es menos 2. Al 5 le restamos el primer número, 9, y nos da menos 4. El número de la guía telefónica tiene que ser 61 21 24.

—¡Exacto! —Estaba francamente impresionado—. ¿Cómo has aprendido a hacer eso?

—Bah, la verdad es que hubo un tiempo en que tuve intención de estudiar Matemáticas, los números son algo fascinante. Esto no puede ser casualidad. Busca el número de Jørgen Lavik.

Usó el mismo método y tuvo suerte. El número aparecía codificado en la página ocho del cuaderno. Billy T. encendió el motor, que resonó con un bramido tan triunfal como se podía sacar de un viejo Opel Corsa, y se adentró en la tarde grisácea.

—O bien Jørgen Lavik compra muchos coches usados, o esto es la prueba más firme que tenemos en este caso —dijo Hanne en tono triunfal.

—Eres un genio, Hanne —respondió Billy T. con una sonrisa que le partía la cara en dos—. ¡Una puta crack!

Siguieron un rato en silencio.

—¿Sabes? Creo que me han entrado bastantes ganas de comprarme el Kadett ese —murmuró Anne en el momento en que entraban en el garaje de la Comisaría General.

Jueves, 12 de noviembre

Jørgen Ulf Lavik estaba tan seguro de sí mismo como en la ocasión anterior. Håkon Sand se sentía cohibido en sus pantalones de pana con rodilleras y un jersey que tenía desde hacía cinco años, con un caimán agotado al que no le gustaba el agua de la lavadora. El traje del abogado contrastaba fuertemente con la teoría de que el tipo era un tacaño.

—En realidad, ¿qué hace él aquí? —preguntó Lavik dirigiéndose a Wilhelmsen, pero señalando con la cabeza a Sand—. Yo creía que eran los policías los que hacían el trabajo de los negros.

Ambos se ofendieron, probablemente fuera la intención.

—¿Y qué estatus tengo hoy? —continuó el abogado, sin aguardar la explicación de la presencia de Sand—. ¿Soy sospechoso de algo o sigo siendo sólo «testigo»?

—Eres testigo —dijo secamente la subinspectora.

—¿Podría preguntar de qué se supone que soy testigo? Ya es la segunda vez que me presento aquí. Colaboro encantado con la policía, ¿sabéis?, pero a partir de ahora voy a tener que oponerme a más visitas, como no tengáis pronto algo concreto que preguntarme.

Wilhelmsen se quedó mirándolo fijamente durante varios segundos y Lavik tuvo que apartar la mirada, aunque la desvió desdeñosamente hacia Sand.

—¿Qué coche tienes, Lavik?

Al tipo no le hizo falta ni pensárselo.

—¡Pero si lo sabéis perfectamente! ¡La Policía observó mi encuentro

nocturno con un cliente! Volvo, modelo 1991. Mi mujer tiene un Toyota más viejo.

—¿Los comprasteis nuevos o usados?

—El Volvo era nuevo. Una ranchera estándar. El Toyota tenía ya un año cuando lo compramos, si no recuerdo mal. Tal vez año y medio.

Seguía pareciendo completamente seguro.

—Supongo que el Volvo lo compraríais en Isberg, ¿no? —sugirió la subinspectora condescendiente.

Y así había sido. El Toyota lo habían comprado por vía privada, a través de un amigo.

La ventana estaba entornada y amarrada, con una apertura de apenas un centímetro. En el exterior, el viento soplaba con fuerza y, a intervalos regulares, sonaba un lento silbido quejumbroso, como un fino aullido, cuando el viento se abría paso a través del marco de metal y entraba en la habitación. Resultaba casi tranquilizador.

—¿Conoces a un tipo que vende coches en Sagene?

Se arrepintió inmediatamente. Debería haber sido más astuta, haberle puesto una trampa más sutil. Esto no tenía nada de trampa. ¡Novata! ¿Estaba perdiendo la capacidad de hacer su trabajo? ¿Le habría privado la conmoción cerebral de la astucia de la que tanto se enorgullecía? La metedura de pata hizo que empezara a mordisquearse una uña. El abogado se tomó el tiempo que necesitaba. Se lo pensó muy bien, evidentemente más de lo necesario.

—La verdad es que no tengo por costumbre revelar el nombre de mis clientes, pero ya que me lo preguntáis: un viejo cliente mío se llama Roger, lleva una pequeña tienda de coches, y sí, puede que sea en Sagene. Yo no he estado nunca. Preferiría no decir nada más. La discreción, ya sabéis. En esta profesión hay que ser discreto; si no, te quedas sin clientes.

Cruzó las piernas y enlazó las manos alrededor de las rodillas. La victoria era suya, eso lo sabían todos.

—Es curioso que tenga tu número de teléfono guardado en código. — Hanne probó suerte, pero no la tuvo.

El abogado Lavik insinuó una sonrisa.

—Si tuvieras idea de lo paranoica que es la gente, no te sorprendería en

absoluto. Tuve un cliente que insistía en revisar mi despacho con un detector de aparatos de escucha cada vez que teníamos una reunión. ¡Le estaba ayudando a hacer un contrato de alquiler! ¡Un contrato de alquiler!

Su risa fue contundente y sonora, pero nada contagiosa. Wilhelmsen no tenía más preguntas, y no había nada apuntado en sus papeles. Capituló. El abogado Lavik se podía ir. Sin embargo, en el momento en que se estaba poniendo el abrigo, la subinspectora se levantó de pronto y se colocó a treinta centímetros de la cara del abogado.

—Sé que tienes trapos sucios, Lavik. Y tú sabes que yo lo sé. Eres lo bastante buen abogado como para saber que en la Policía sabemos mucho más de lo que podemos utilizar, pero te voy a prometer una cosa: voy a estar encima de ti. Todavía tenemos nuestras fuentes, nuestra información y nuestros datos ocultos. Tenemos a Han van der Kerch en la cárcel. Ya sabes que ahora no está diciendo gran cosa, pero tiene una abogada con la que ha hablado, una abogada con un calibre ético completamente distinto al de un chupatintas como tú. No tienes ni idea de lo que sabe ella, y no te puedes ni imaginar lo que nos ha contado a nosotros. Vas a tener que vivir con eso. Mira por encima del hombro, Lavik, porque voy detrás de ti.

El hombre se había puesto de color rojo oscuro, con manchas blancas en torno a la nariz. No había retrocedido ni un centímetro de la cara de la subinspectora, pero sus ojos daban la impresión de haber desaparecido en el fondo de su cabeza cuando le chilló de vuelta:

—Eso son amenazas, agente. Son amenazas. Voy a presentar una queja por escrito. ¡Hoy mismo!

—Yo no soy agente de policía, Lavik, soy subinspectora. Una subinspectora que se te va a pegar a la chepa hasta que te derrumbes. Y adelante, quéjate.

El abogado estuvo a punto de escupirle a la cara, pero se controló y salió dando un portazo y sin decir una palabra más. Las vibraciones rebotaron entre las paredes durante varios segundos. Håkon estaba con la boca abierta y no se atrevía a decir una palabra.

—¡Con esa expresión pareces tonto!

El hombre se sobrepuso y cerró la boca de golpe.

—¿Qué sentido ha tenido eso? ¿Tienes pensado poner en peligro la vida de Karen? ¡Va a presentar una queja!

—Pues que la presente. —A pesar de haber estado considerablemente torpe, parecía contenta—. Le he metido el miedo en el cuerpo, Håkon. Y la gente con miedo mete la pata. No me extrañaría que a tu amiga Karen Borg le saliera aún otro abogado criminalista entre sus novios. Si Lavik lo hiciera, estaría cometiendo un gran error.

—Pero ¿y si le hacen algo?

—No van a hacerle daño a Karen Borg. Tan tontos no son.

Por un segundo sintió una duda aterradora, pero la descartó inmediatamente. Se restregó una de las sienes y se bebió el resto del café. Del cajón superior de su escritorio sacó un pañuelo y una bolsa de plástico. Con mucho cuidado, cogió por el asa la taza de la que el abogado Lavik apenas había bebido unos sorbos.

—Tenía agarrada toda la taza —dijo con tono de satisfacción—. Merece la pena tener el despacho un poco fresco. Supongo que se quería calentar las manos. —La taza desapareció dentro de la bolsa y el pañuelo volvió al cajón—. ¿Tienes algo que preguntarme?

—No te mereces la fama que tienes. Esa no es la manera en que tomamos huellas dactilares.

—Parágrafo 160 del Código Penal —le replicó como una empollona—. No necesito una orden judicial para cogerle las huellas dactilares, si es sospechoso en un caso penal. Yo sospecho de él, y tú también. Así que estamos cumpliendo la ley.

Sand negó con la cabeza.

—Esa es la interpretación más libre de la ley que he escuchado nunca. El tipo tiene derecho a saber que tenemos sus huellas dactilares. ¡Tiene incluso derecho a saber que las hemos borrado una vez que deje de ser sospechoso!

—Eso no va a pasar nunca —dijo ella segura de sí misma—. ¡Ponte a trabajar!

Se habían olvidado del cinturón. Pero si no le dejaban tener nada, ¿por qué

se les había olvidado el cinturón? Al levantarse para ir al interrogatorio con la policía de la chocolatina, el pantalón se le había caído. Había intentado sujetárselo por delante, pero cuando le pusieron las esposas, se le caía constantemente. Los dos hombres rubios habían mandado al vigilante del pasillo por su cinturón y habían empleado unas tijeras para hacerle un agujero extra. Había sido todo un detalle, pero ¿por qué no se lo habían vuelto a llevar? Tenía que ser un error. Por eso se lo había vuelto a quitar, y esa noche lo había dejado debajo del colchón. Se había despertado varias veces para comprobar que aún seguía allí. Y no lo había soñado.

Se convirtió en su pequeño tesoro. Durante más de veinticuatro horas, el holandés se sintió feliz con su cinturón secreto. Se trataba de algo que los demás no sabían que tenía, de algo que estaba en su poder, pero que no debía estarlo. Era como si le proporcionara cierta ventaja sobre ellos. Dos veces en aquel día, justo después de que el guardia lo controlara a través de la mirilla, se lo había puesto a toda prisa, saltándose un par de enganches del pantalón por lo apresurado que iba, y había dado unos paseos por la celda con los pantalones en su sitio y una gran sonrisa en la boca. Pero sólo durante algunos minutos, luego se quitaba el cinturón y lo volvía a meter debajo del colchón.

Intentó hojear las revistas que le habían dado. Nosotros los Hombres. Se sentía fuerte, pero aun así no conseguía concentrarse, no dejaba de pensar en lo que iba a hacer. Pero antes tenía que escribir una carta. No le llevó mucho tiempo. ¿Tal vez ella se alegrara? Era una buena mujer, y tenía buenas manos. Las dos últimas veces que lo había visitado, había fingido quedarse dormido. Le resultaba muy placentero, que le acariciaran la espalda, que lo tocaran.

La carta estaba lista. Cogió la banqueta del escritorio y la colocó debajo de la ventana que estaba en lo alto de la pared. Se estiró y consiguió enganchar el cinturón a las rejas. Hizo un nudo con la esperanza de que aguantara; antes había introducido el cabo del cinturón por la hebilla, de manera que formaba un lazo. Un buen lazo. Fue fácil introducir la cabeza.

Lo último en lo que pensó fue en su madre en Holanda. Durante un nanosegundo se arrepintió, pero era ya demasiado tarde. La banqueta ya se estaba moviendo bajo sus pies y el cinturón se tensó como un rayo. Durante cinco segundos, alcanzó a constatar que no se le había partido el cuello. Luego

todo se volvió negro, en el momento en que la sangre, que entraba a raudales en la cabeza a través de las arterias del cuello, vio obstaculizado su regreso hacia el corazón por el cinturón que le comprimía la garganta. Al cabo de poco minutos, la lengua asomó por su boca, grande y azul, y los ojos parecían los de un pez fuera del agua. Han van der Kerch había muerto con sólo veintitrés años.

Viernes, 13 de noviembre

Billy T. lo había llamado un bloque de pisos, pero el lugar no merecía tal denominación. El edificio tenía que tener la peor ubicación de toda Oslo, estaba aprisionado entre la calle Moss y la de Ekeberg. Fue construido alrededor de 1890, mucho antes de que nadie se imaginara el monstruoso tráfico que acabaría destruyendo el edificio a mordiscos, aunque lo volvía a escupir por ser completamente intragable. Pero aún seguía en pie, a duras penas y en un estado completamente inaceptable para cualquiera que no fuera uno de los usuarios habituales de los bancos de la ciudad, cuya alternativa era un contenedor en el muelle.

Olía a cerrado y era nauseabundo. Según se entraba, había un cubo con restos de vómito viejo y alguna otra cosa indefinible, pero probablemente orgánica. Wilhelmsen ordenó al pelirrojo de nariz respingona que probara la ventana de la cocina. Él tiró y empujó, pero el cristal no se movió.

—Esta ventana hace años que no la abren —jadeó el joven, y recibió un breve asentimiento en respuesta, que él interpretó como el permiso para abandonar aquel intento—. Joder, cómo está esto —constató, y parecía que no se atrevía a moverse por miedo a contagiarse de bacilos desconocidos y mortalmente peligrosos.

«Es demasiado joven», pensó Hanne, que ya había visto demasiados zulos como aquél, a los que algunos llamaban hogares. Dos guantes de plástico atravesaron el aire.

—Toma, ponte éstos —dijo, y ella también se puso los suyos.

La cocina se encontraba a la izquierda según se entraba por el estrecho pasillo. Por todas partes había vómitos de hacía varias semanas. En el suelo había dos bolsas de basura negras. La subinspectora se valió de la punta del zapato para abrirlas un poco. La peste se extendió por la habitación y al pelirrojo le entraron ganas de vomitar.

—Disculpa —jadeó—. Discúlpame.

El chico salió corriendo y ella sonrió un poco y entró en el salón.

No debía de tener más de quince metros cuadrados, a los que había que restarle una alcoba para dormir instalada provisionalmente. La habitación era cuadrada y, más o menos en el centro, habían colocado un puntal. Una cortina marrón de tela barata estaba corrida hacia una pared, enganchada con un clavo a una tabla del techo. La tabla estaba torcida, probablemente había sido puesta allí en una borrachera.

Al otro lado de la cortina había una cama casera, igual de ancha que larga. Era imposible que hubieran lavado aquellas sábanas aquel año. Al levantar el edredón con dos dedos plastificados vio que la sábana bajera parecía la paleta de un pintor, donde la gama de colores era de matices marrón con algo de rojo. Había una botella de medio litro de aguardiente a los pies de la cama. Vacía.

Detrás de la cortina había una estantería estrecha. Sorprendentemente contenía algunos libros. Al mirarlos más detenidamente resultó que eran libros pornográficos daneses, en edición de bolsillo. Por lo demás, la estantería estaba ocupada por algunas botellas medio vacías y otras completamente vacías, algún que otro souvenir de los países vecinos y una fotografía desenfocada de un chico de unos diez años. La cogió y la estudió detenidamente. ¿Tendría Jacob Frøstrup un hijo? ¿Habría en algún sitio un niño que tal vez hubiera querido al pobre heroinómano que murió de una sobredosis en la cárcel provincial de Oslo? Casi sin darse cuenta, limpió el polvo del cristal con la manga de la chaqueta, lo despejó un poco para la fotografía y la devolvió a su sitio.

La única ventana del salón estaba constreñida en el pasillo que se formaba entre la alcoba y el resto de la habitación. Se podía abrir. En el patio trasero, tres pisos más abajo, vio cómo el joven agente de policía se inclinaba con un brazo contra la pared y la cara hacia el suelo. Aún llevaba puestos los guantes

de plástico.

—¿Cómo andas?

No obtuvo respuesta, pero el chico se enderezó, miró hacia arriba e hizo un movimiento tranquilizador con el brazo. Inmediatamente después volvió a aparecer por la puerta. Pálido, pero sobrepuesto.

—Yo tuve que pasar por eso por lo menos cinco o seis veces —le dijo ella sonriendo—. Acabarás acostumbrándote. Respira por la boca y piensa en frambuesas. Suele ayudar.

No les llevó más de quince minutos revisar el apartamento. No apareció nada de interés, pero Wilhelmsen no se sorprendió. Billy T. le había asegurado que allí no había nada, que había buscado por todas partes. En fin, no había nada visible. Tendrían que empezar a buscar lo invisible. Envió al chico por herramientas al coche y él pareció agradecerle la oportunidad de volver a salir al aire fresco. Tres minutos después estaba de vuelta.

—¿Pod dónde quíedes que empecemos?

—No hace falta que respíres por la boca al hablar, ¿no hablarás al inspirar?

—Como no me tape la nariz todo el dato, vomito, incluso hablando.

Empezaron por la pared que parecía más nueva, la que estaba detrás del sofá. Era de tablas de madera y eran fáciles de desprender. El joven manejaba bien la palanca y sudó la gota gorda. Allí no había nada. Volvieron a clavar las tablas y colocaron el sofá en su sitio.

—Mída, esto no está tan zucio como lo demás —murmuró el joven, que señaló una tabla del suelo de unos veinte centímetros junto a la pared.

Tenía razón. No cabía duda de que la tabla era mucho más clara que el resto del suelo mugriento. Además, la suciedad entre las tablas, que alisaba el resto del suelo, había desaparecido. Hanne sacó un destornillador, soltó la tabla y la apartó con cuidado. Apareció una pequeña cámara. Estaba repleta de algo envuelto en una bolsa de plástico. El pelirrojo se emocionó tanto que se olvidó respirar por la nariz:

¡Es dinero, Wilhelmsen! ¡Mira, es dinero! ¡Un huevo de dinero!

La subinspectora se levantó, se quitó los guantes de plástico manchados, los arrojó a un rincón y se puso un par limpio. Luego volvió a ponerse en

cuclillas y sacó el paquete. El chico tenía razón. Era dinero. Un grueso fajo de billetes de mil. A toda velocidad calculó que debía de haber por lo menos cincuenta mil coronas. El agente había sacado una bolsa de plástico de un bolsillo y se la tendió abierta. El dinero casi no cupo.

—Buen trabajo, Henriksen. Serás un buen Torvald.

Al chico le gustó el piropo y, por la pura alegría de ver la posibilidad de salir de aquel lugar pestilente, lo recogió todo por propia iniciativa y cerró la puerta a sus espaldas antes de seguir a su superiora escaleras abajo.

Jueves, 19 de noviembre

Nadie podía sostener que los resultados fueran predecibles. A decir verdad, nadie aparte de Hanne había esperado ningún resultado. Sand se había olvidado de las huellas dactilares de Lavik el jueves anterior, tras un simple encogimiento de hombros. La muerte de Han van der Kerch había dejado todo lo demás en la sombra. Se había montado un jaleo considerable con el asunto del olvido del cinturón. Bastante gratuito, puesto que el chico podría haber usado tanto la camisa como el pantalón para el mismo fin. La experiencia decía que no había manera de parar a un suicida una vez que estaba decidido. Y Han van der Kerch lo estaba.

—¡Sí! —Hanne Wilhelmsen se inclinó hacia delante con la cadera girada, cerró el puño y bajó el brazo doblado como si tirara de una cadena imaginaria—. ¡Sí!

Repitió el movimiento. La gente que estaba en la sala de emergencias lo presencié todo en silencio, algo cohibida.

La subinspectora Hanne Wilhelmsen arrojó un documento sobre la mesa ante el escuálido inspector. Kaldbakken lo cogió tranquilamente, en una elocuente reprimenda por lo inapropiado de su explosión de sentimientos. Se tomó su tiempo. Cuando lo dejó a un lado, intuyeron una sonrisa en su cara de tipo caballo.

—Esto me anima —carraspeó—. Me anima de verdad.

—What an understatement!

Hanne quería más entusiasmo. Las huellas dactilares del abogado Jørgen

Lavik, marcadas claramente en una taza de las Cantinas del Estado, eran idénticas a una hermosa huella completa de un billete de mil coronas encontrado bajo una tabla del suelo de un apartamento nauseabundo de la calle Moss, perteneciente a un heroinómano muerto. El informe de Kripos era unívoco e indiscutible.

—¡No me lo creo!

El fiscal adjunto Sand agarró el documento y éste se partió por la mitad. Era verdad.

—Ya tenemos a ese tipo —exclamó el pelirrojo, orgullosísimo de haber contribuido a la resolución del caso—. ¡No tenemos más que detenerlo!

Evidentemente no era así. Las huellas dactilares no demostraban nada, pero, como pensó, era un indicio de la hostia de alguna cosa. El problema era que Lavik, sin duda, sería capaz de sacarse un montón de explicaciones de la manga. Su relación con Frøstrup había sido completamente legítima, con las huellas no bastaba. Todos los presentes lo sabían, tal vez a excepción del emocionado agente de policía novato. Wilhelmsen colocó un flip-over delante de los hombres sentados y sacó un rotulador azul y otro rojo. Ninguno de los dos funcionaba.

—Toma —dijo el pelirrojo arrojando un rotulador negro nuevo a través de la habitación.

—Recapitulemos lo que tenemos —dijo Hanne, y empezó a escribir—. Para empezar: la declaración de Han van der Kerch a su abogada.

—¿Ha contado lo que le dijo el tipo?

Kaldbakken parecía sinceramente sorprendido.

—Sí, míralo en el documento. 11.12. El holandés dejó una carta, una especie de carta de despedida. Un cariñoso saludo a Karen Borg en el que le concedía permiso para hablar. Ayer se pasó aquí todo el día declarando. Es como creíamos, ¡pero qué gustazo que te lo confirmen! La cosa es que ya lo tenemos sobre papel.

Se giró hacia el flip-over y empezó a escribir en silencio.

1. La declaración de H. V. D. K. (Karen B)
2. Relac. Lavik-Roger el de los coches (n.º de teléfono en la agenda)

3. La huella de Lavik en el dinero de la casa de Frøstrup (!!!)
4. La hoja de los códigos encontrada en casa de J. F., que era del mismo tipo que la que encontramos en casa de Hansa Olsen.
5. Lavik estuvo en la comisaría el día que H. V. D. K. perdió la cabeza.
6. Lavik estuvo en la cárcel el día que Frøstrup tomó una sobredosis.

—La declaración de Han van der Kerch es importante —dijo, utilizando para señalar una regla mellada con la que aporreaba el punto uno de la lista—. El único problema, bastante considerable, por otro lado, es que el tipo no nos lo ha dicho a nosotros directamente. Es información de segunda mano. Por otro lado, Karen Borg es una testigo muy creíble. Puede confirmar que Han llevaba varios años metido en el tinglado; además, admitió su relación con Roger, el de los coches, y había oído rumores de que había unos abogados detrás de todo el tinglado. Los rumores son un fundamento bastante endeble para una detención, pero todas sus tribulaciones en torno a la elección de abogado muestran que tenía que disponer de información bastante clara. Por medio de la declaración de Karen Borg, al menos tenemos pillado a Roger. —Cambió la regla por un rotulador y subrayó enérgicamente el nombre de Roger—. Y nos estamos acercando a nuestro querido amigo Jørgen. —Enérgicas rayas bajo el nombre de Lavik—. El vínculo aquí es muy flojo, aunque hayamos establecido que se conocían. Lavik lo ha admitido una vez, y seguro que lo vuelve a hacer, aunque sin duda nos vendrá de nuevo con el cuento de que era un cliente, pero es un hecho incontrovertible que eso de codificar los números de teléfono es bastante curioso. Resulta pesado y sería raro que lo hiciera sin motivos. Además —dijo enfáticamente mientras, por si acaso, trazaba un gran círculo en torno al punto tres de la tabla—, hemos encontrado la huella dactilar de Lavik en el billete de Jacob Frøstrup. Los tribunales han demostrado dieciséis veces que era un camello. Además, tenía entendido que eran los abogados quienes recibían dinero de sus clientes; no al revés. A Lavik le va a costar explicar eso. Ésta es nuestra mejor carta, en mi opinión. —La subinspectora se detuvo, como esperando protestas; como no las hubo, siguió adelante—. El punto cuatro es ya otra cosa. Es muy interesante dentro del contexto general y estoy convencida de que las hojas de códigos nos dirían muchas cosas si

fuéramos capaces de encontrar la maldita clave. Sin embargo, puesto que no tenemos pensado acusar a Lavik de asesinato, tengo dudas acerca de la conveniencia de sacar a relucir este asunto ahora. Puede que más adelante necesitemos algún as en la manga. En cuanto a la presencia de Lavik en el momento crítico de la vida de Kerch y de Frøstrup, debemos esperar. Así que nos quedamos con los puntos del uno al tres como base de una eventual detención. —Volvió a hacer una pausa—. ¿Tenemos suficiente, Håkon?

No era suficiente; los dos lo sabían.

—¿Detención? ¿Por qué motivo? ¿Por asesinato? No. ¿Por tráfico de drogas? No creo. No tenemos ningún alijo.

—Claro que lo tenemos —objetó Kaldbakken—. El alijo de la casa de Frøstrup no era nada desdeñable.

—Usa un poco la imaginación, Håkon —le increpó Hanne con una sonrisa torcida—. Algo tienes que poder sacar de todo esto. Las acusaciones que escribís suelen tener carencias y ser imprecisas; aun así, conseguís la preventiva sin problemas.

—Se te olvida una cosa —dijo Håkon—. Se te olvida que este hombre es abogado. Eso no se le va a escapar al tribunal. A éste no le meten en la cárcel en veinte minutos. Si queremos intentar encerrar a ese mierda, tenemos que estar seguros de que lo vamos a conseguir. En todo caso esto va ser un jaleo de la hostia. Como decidan no encerrarlo, esto se va a poner más caliente de lo que queremos.

A pesar del escepticismo de Håkon, Kaldbakken estaba convencido. Y nadie podía desacreditar al autoritario inspector cuando se trataba de labores policiales. Punto por punto, los cuatro repasaron el caso tal y como estaba, sacaron lo que no se sostenía, apuntaron qué más necesitaban y al final tenían el boceto de una acusación.

—Estupefacientes —concluyó por fin el inspector—. Tenemos que pillarlo por los estupefacientes. Tampoco hace falta que empecemos a lo grande. Tal vez nos debamos conformar con los veinticuatro gramos que encontramos en casa de Frøstrup.

—No, tenemos que apuntar más alto. Si nos basamos sólo en esos gramos, nos cerramos la posibilidad de usar todo lo que no tenga directamente que ver

con esa cantidad. Si queremos tener una oportunidad, tenemos que incluir todo lo que tenemos. Hay tanta mierdecilla en esa lista que tenemos que dársela toda al tribunal.

Håkon parecía ahora más seguro. Su corazón había empezado a latir como un helicóptero ante la idea de que por fin se encontraban ante un punto de inflexión.

—Vamos a elaborar una acusación de carácter general, sin especificar el espacio temporal ni la cantidad. Luego lo apostamos todo a la teoría de la liga y nos apoyamos en la afirmación de Han van der Kerch de que realmente existe una organización de ese tipo. Y que sea lo que Dios quiera.

—¡Y podemos decir que tenemos un chivatazo de una fuente! —El chico de la nariz respingona no se había podido contener—. ¡Tengo entendido que suele funcionar en los casos de drogas!

Se produjo un embarazoso silencio. Antes de que Kaldbakken asesinara al chico, Hanne intervino.

—Esas cosas nosotros no las hacemos nunca, Henriksen —dijo con decisión—. Supongo que con la emoción hablas por hablar. Lo voy a apuntar en la misma cuenta que tu vomitona. Pero nunca pasarás de ser un novato como no aprendas a pensártelo dos veces antes de hablar. Se pueden coger atajos, pero nunca se pueden hacer trampas. ¡Nunca! —Y añadió—: Y además te equivocas por completo. Lo que menos les gusta a los tribunales de instrucción son los chivatazos anónimos. Que lo sepas.

El chico había recibido su bronca y concluyeron la reunión. Hanne y Håkon se quedaron.

—Esto hay que consultarlo con la comisaria principal. Y con el fiscal del Estado también. Para cubrirme las espaldas, en realidad debería consultárselo al mismísimo rey.

Estaba claro que no sentía únicamente alegría ante la idea de lo que le esperaba. El desánimo se le había instalado en el pecho una vez que el helicóptero se había calmado. Estaba tentado de preguntar a Hanne si no podía ir ella con la demanda de encarcelamiento.

Ella se sentó a su lado en el pequeño sofá. Para su gran sorpresa, Hanne colocó la mano sobre su muslo y se inclinó hacia su hombro con confianza. El

leve aroma de un perfume que no conocía le hizo inspirar profundamente.

—Ahora es cuando esto empieza —dijo ella en voz baja—. Lo que hemos hecho hasta ahora no ha sido más que reunir pedacitos, un pedazo aquí y otra allá, pedazos tan pequeños que no merecía la pena intentar montar el puzle. Es ahora cuando vamos a empezar a hacerlo. Aún nos faltan un montón de piezas, pero ¿no ves ya la imagen de conjunto, Håkon? Ponte un poco chulo, hombre. Los héroes somos nosotros, que no se te olvide.

—No siempre da esa sensación, la verdad —contestó en tono hosco, y posó la mano sobre la de ella, que aún seguía sobre su muslo; para su sorpresa, ella no la retiró—. Pero tendremos que intentarlo de todos modos —dijo con desánimo. Luego le soltó la mano y se levantó—. Procura resolver todo lo que hay que hacer antes de la detención. Supongo que quieres hacerlo tú misma.

—Puedes estar seguro —dijo ella con decisión.

Estaban todos allí. La comisaria principal, con su uniforme recién planchado, permanecía seria y con la espalda estirada, como si hubiera dormido en mala postura. El fiscal del Estado, un tipo pálido y rechoncho con camisa de piloto y ojillos inteligentes detrás de los gruesos cristales de las gafas, tenía la mejor silla. El jefe del grupo de drogas —que, por lo demás, sólo lo era en funciones, dado que el verdadero jefe del grupo de drogas estaba sustituyendo al comisario de Hønefoss, el cual estaba ejerciendo funciones de abogado del Estado, que a su vez desempeñaba funciones de juez de segunda instancia— también se había puesto el uniforme para la ocasión. Le quedaba demasiado pequeño y la camisa se le abría sobre su abultada barriga. Tenía aspecto de buena persona, con la cara redonda y rosada; con finos rizos grisáceos. La diosa Justicia seguía sobre la mesa, en la misma posición, con la balanza alzada y la espada lista para la ejecución.

Una oficinista llamó a la puerta y les sirvió café en tazas de plástico, sin decir nada. Wilhelmsen y Sand fueron los últimos a los que sirvió, y tampoco les llenó la taza. Dio igual, Hanne no llegó a probarlo antes de levantarse. Les llevó algo más de media hora repasar el caso. El contenido era el mismo que

aquella mañana, pero estaba todo más estructurado. Por añadidura, Hanne había conseguido algo más. Sonrió por primera vez cuando añadió:

—¡Uno de los perros del grupo de drogas reaccionó al dinero! —El jefe de drogas asintió elocuentemente con la cabeza, pero como que la comisaria principal como el abogado del Estado la miraron sin entender, Hanne siguió con la explicación—. El dinero ha estado en contacto con drogas. O lo que es más probable: alguien ha tocado el dinero justo después de tocar drogas. Éste es el pedacito que nos faltaba. Por desgracia, la sustancia no estaba en el mismo billete que las huellas dactilares, pero aun así...

—Hablando de las huellas dactilares —la interrumpió el abogado del Estado—: en sentido estricto no tenéis las huellas de Lavik. Por eso vamos a tener que obviar esa parte cuando evaluemos el fundamento de la detención. ¿Habéis pensado en eso?

Miró a Håkon Sand, que se levantó y se acercó a Hanne y al slip-over arrastrando los pies.

—Claro que lo hemos pensado. Lo detenemos con lo que tenemos e inmediatamente después le cogemos las huellas dactilares. Hemos acordado con Kripos que van a tener preparado un informe oficial el lunes por la mañana. Estará listo a tiempo. Nuestro plan es detener a Lavik y a Roger, el de los coches, mañana por la tarde. Nadie puede exigirnos que, en un caso tan gordo, presentemos la demanda de encarcelamiento ya el sábado. Eso nos concede tiempo hasta el lunes a la una para componer una demanda de encarcelamiento que no haga agua por todas partes. En ese sentido, el viernes por la tarde es el momento ideal para detenerlos.

Se hizo el silencio. La comisaria principal, que parecía incómoda y nerviosa, estaba sentada en la enorme silla del jefe, con la espalda completamente estirada y sin apoyarse en el respaldo. Este caso podía llegar a convertirse en una carga para la jefatura. Y cargas no era precisamente lo que necesitaban. La vida como comisaria principal estaba siendo mucho más cansada de lo que se había imaginado. Recibía críticas y había jaleo todos los santos días. Este caso verdaderamente podía explotarle en la cara. Una gruesa vena latía feamente en su flaco cuello.

El jefe del grupo de drogas seguía sonriendo de modo inapropiado. Con

aquella sonrisa de inocencia y los ojos entornados, parecía menos inteligente. El abogado del Estado se levantó y se acercó a la ventana, se quedó allí dando la espalda a los demás y habló como si sus oyentes estuvieran subidos a un andamio en el exterior.

—En sentido estricto, deberíamos obtener una orden judicial —dijo en voz alta—. Vamos a tener un jaleo de la hostia como no vayamos primero al juzgado.

—Pero si eso no lo hacemos nunca —objetó Håkon.

—No —dijo el abogado del Estado, y se giró con brusquedad—, ¡pero deberíamos! Aunque... Eres tú quién se va a comer la mierda. ¿Cómo tienes pensado defenderte?

Sorprendentemente, a Håkon se le estaban pasando los nervios. El abogado del Estado estaba de su parte, en realidad.

—Francamente. No vamos a conseguir una orden de arresto como no tengamos las huellas dactilares. Y las huellas no las vamos a conseguir a no ser que lo detengamos. Esperemos que su abogado tenga mucho que hacer este fin de semana, demasiado como para preocuparse por las formalidades. Yo estoy dispuesto a asumir las críticas y, como somos nosotros quienes tenemos que evaluar la necesidad de acudir al juzgado por una orden de arresto, no creo que nos ataquen demasiado por ahí. Todo lo que nos pueden hacer es echarnos una buena bronca. Eso podré soportarlo.

El hombrecillo de la camisa de piloto sonrió y trasladó la mirada a Hanne Wilhelmsen.

—¿Qué tal estás tú? ¿Te has recuperado del asalto?

Hanne se sintió casi halagada y se irritó consigo misma por ello.

—Estoy bien, gracias. Pero aún no sabemos quién lo organizó. Pensamos que tiene algo que ver con esto, así que tal vez por el camino surjan algunas pistas.

Estaba empezando a anochecer y el denso aire de noviembre presionaba contra las ventanas de la séptima planta. De las profundidades del edificio salía música de Jenízaro, la banda de música de la Policía estaba ensayando. Todos habían vuelto a sentarse y Hanne estaba recogiendo la gran pila de documentos.

—Para acabar, Sand: ¿cómo has pensado formular la acusación contra Lavik? ¿Cantidad desconocida, lugar desconocido, espacio temporal desconocido y cosas así?

—Lo retenemos en prisión preventiva por la cantidad que encontramos en casa de Frøstrup. Veinte gramos de heroína y cuatro de cocaína. No es demasiado, pero es más que suficiente para pasar al segundo escalón. Y más que suficiente para la preventiva.

—Introduce un apartado II en la acusación —le ordenó el abogado del Estado— por «haber introducido en los últimos años una cantidad desconocida de estupefacientes». O algo así.

—Está bien —dijo Håkon asintiendo con la cabeza.

—Además —prosiguió el abogado del Estado, que se giró hacia el jefe del grupo de drogas—, ¿por qué tiene este caso la once? ¿No debería manejarlo la A 2.4? Al fin y al cabo ha acabado siendo un caso de drogas, aunque los asesinatos sigan ahí, en el trasfondo.

—Estamos colaborando —se apresuró a decir Wilhelmsen, sin aguardar a la respuesta del jefe de drogas—. Colaboramos muy bien. Y en el fondo del asunto, al final, están los casos de asesinato, como has dicho tú.

La reunión había acabado. La comisaria principal estrechó la mano del abogado del Estado antes de que éste se fuera; a los demás sólo les dedicó un movimiento de cabeza. Håkon fue el último en salir; junto a la puerta, se giró y echó una última mirada a la hermosa estatuilla. La comisaria principal se dio cuenta y sonrió.

—Que tengas buena suerte, Håkon. Muy buena suerte.

La verdad es que sonaba como si lo dijera en serio.

Viernes, 20 de noviembre

Si hubiera visto pequeños marcianos verdes con los ojos rojos, no habría parecido más sorprendido. Por un momento, incluso a Wilhelmsen la atacó la duda. El abogado Jørgen Ulf Lavik leía una y otra vez la nota azul, mientras alternaba entre mirarla a ella con los ojos abiertos de par en par y soltar leves sonidos quejumbrosos por la garganta. La cara se le había hinchado y había cogido un color rojo oscuro, el infarto de corazón empezaba a parecer un peligro inminente. Dos agentes de Policía vestidos de civil se habían situado ante la puerta cerrada, con las manos a la espalda y las piernas separadas, como si esperaran que el abogado en cualquier momento fuera a intentar abrirse paso entre ellos para acceder a una libertad de la que al menos debía ya intuir que iba a carecer durante bastante tiempo. Incluso la lámpara del techo vibró y parpadeó como en un ataque de excitación y furia, en el momento en que un pesado camión atravesó el cruce a toda velocidad para coger el semáforo en ámbar.

—¿Esto qué es? —gritó después de haber leído el papel azul al menos seis veces—. ¿¿¿Qué mierda de gilipollez es ésta???

Estampó el puño contra la mesa, con lo que causó gran estruendo. Fue evidente que se hizo daño y agitó involuntariamente la mano.

—Es una orden de detención. Te vamos a detener. O a arrestar, si prefieres. —Hanne señaló el papel que yacía sobre el escritorio, medio destrozado por el arrebató del abogado. Aquí dice por qué. Tendrás todo el tiempo que quieras para presentar objeciones. Todo el tiempo que quieras.

Pero ahora tienes que venir con nosotros.

El hombre, furioso, se controló poniendo en juego todas sus fuerzas. La musculatura de su barbilla se agitaba fuertemente e incluso los hombres junto a la puerta pudieron oír el ruido de sus muelas que se restregaban las unas contra las otras. Cerraba y abría los ojos a una velocidad increíble y, al cabo de un minuto, estaba algo más tranquilo.

—Tenéis que dejarme llamar a mi mujer. Y tengo que buscarme un abogado. Salid a la antesala, mientras tanto.

La subinspectora sonrió.

—A partir de ahora y durante bastante tiempo, me temo que no vas a poder hablar con nadie sin que haya un policía delante. Eso, evidentemente, no incluye a tu abogado, pero eso tendrá que esperar hasta que lleguemos a la comisaría. Ahora abrígate y no montes jaleo. Todos saldremos ganando.

—¡Tengo que hablar con mi mujer! —Casi les inspiró lástima—. ¡Me espera en casa dentro de una hora!

No podía causar ningún mal que se le permitiera darle el recado. Les ahorraría críticas a ese respecto, al menos. Hanne descolgó el teléfono y se lo tendió.

—Explícale como quieras lo de que no vas a ir a casa. Puedes decirle que estás arrestado, si quieres, pero no puedes decir una palabra sobre el motivo. Como digas algo que no me guste, corto la conversación.

Colocó un dedo disuasorio sobre la tecla de cortar y dejó que marcara el número. La conversación fue escueta y el abogado dijo la verdad. Hanne pudo oír una voz llorosa que preguntaba «¿Por qué? ¿Por qué?», al otro lado de la línea. En un acto digno de admiración, el hombre consiguió mantener la compostura y para acabar prometió a su mujer que su abogado la contactaría a lo largo de la tarde. Colgó el teléfono de un golpetazo y se levantó.

—Acabemos ya con esta farsa —dijo en tono malhumorado; se puso el abrigo del revés, al darse cuenta empezó a maldecir y consiguió enderezar el entuerto antes de echar una ojeada a los dos hombres de la puerta—. ¿Me vais a poner también las esposas?

No fue necesario. Un cuarto de hora más tarde se encontraba en comisaría. No era la primera vez que estaba allí, pero anteriormente todo había sido muy,

muy, distinto.

La elección de abogado de Jørgen Ulf Lavik sorprendió a todo el mundo. Habían creído que iba a escoger a una de las dos o tres superestrellas y estaban preparados para enfrentarse a un infierno. Sobre las seis de la tarde, Christian Bloch-Hansen se presentó en la comisaría y, de modo correcto y en tono bajo, saludó tanto a Hanne como al inspector Kaldbakken. Luego insinuó cortésmente su deseo de hablar con Sand antes de reunirse con su cliente. Cogió el fino expediente del caso con una ceja arqueada y, sin mayores objeciones, aceptó las disculpas de Håkon por no poderle proporcionar más documentos sin perjudicar la investigación. Bloch-Hansen no se dejó provocar. Llevaba treinta años en el oficio y era un hombre conocido y respetado dentro del gremio; sin embargo, el lector habitual de la prensa no hubiera reconocido su nombre. Nunca se había interesado demasiado por las relaciones públicas, más bien al contrario, parecía evitar cualquier publicidad en torno a su persona. Eso a su vez había reforzado su renombre en los tribunales y en los ministerios y le había proporcionado una serie de tareas y misiones especiales, que él había cumplido con gran seriedad y solidez profesional.

El alivio inmediato que sintió Håkon Sand ante la amabilidad de su oponente tuvo que ceder el sitio a la constatación de que le había tocado el peor de los contrincantes. El abogado del Tribunal Supremo Christian Bloch-Hansen no iba a montar jaleo, no iba a proporcionar titulares de guerra a la prensa amarilla ni se iba a empeñar en asuntos irrelevantes. Lo que iba a hacer era descuartizarlos. No se le iba a escapar nada y, además, era un fuera de serie en lo que respectaba a procesos penales.

Al cabo de treinta minutos, el aseado abogado de mediana edad tenía información suficiente. A continuación se reunió a solas con su cliente durante dos horas. Al acabar, pidió que el interrogatorio de Lavik se pospusiera hasta el día siguiente.

—Mi cliente está cansado. Y supongo que vosotros también. Por mi parte, he tenido un día muy largo. ¿A qué hora os viene bien que empecemos? —

Abrumada por la buena educación de Christian Bloch-Hansen, Hanne dejó que el abogado del Tribunal Supremo propusiera la hora—. ¿Os parece demasiado tarde a las diez? —preguntó con una sonrisa—. Los fines de semana me gusta tomarme mi tiempo para desayunar.

Para Hanne Wilhelmsen no era ni tarde ni pronto. El interrogatorio comenzaría a las diez.

Sábado, 21 de noviembre

¿Qué coño de jaleo sería aquél? Al principio no entendió lo que era, se giró aturdido y guiñó los ojos al despertador, que era anticuado y mecánico: tenía una maquinaria que hacía tictac, números normales y una llave en la parte de atrás que le recordaba a los patinetes de su infancia. Cada noche tenía que darle cuerda hasta que chirriaba, para que no se quedara parado a las cuatro de la mañana. En ese momento marcaba las siete menos diez. El fiscal le pegó un manotazo a la campana de la parte de superior. No sirvió de nada. Se despabiló, se incorporó en la cama y, finalmente, se dio cuenta de que lo que sonaba era el teléfono. Palpó en busca del auricular, pero sólo consiguió que el teléfono entero cayera al suelo con un estruendo. Al final consiguió lo que necesitaba para murmurar que estaba allí.

—Håkon Sand al habla. ¿Quién es?

—¡Hola, Sand! Soy Myhreng. Siento...

—¿¿¿Que lo sientes??? ¿Qué coño pretendes llamándome a las siete, no, «antes» de las siete de la mañana de un sábado? ¿Quién coño te crees que eres?

Pang. No le bastó con colgar el teléfono, se levantó furioso y desenchufó el aparato. Luego se tiró de nuevo sobre la cama y, tras dos minutos de enfado, dormía profundamente. Durante hora y media. Al cabo de ese tiempo llamaron furiosamente a la puerta.

Las ocho y media era una buena hora para levantarse. A pesar de ello, se lo tomó con calma, con la esperanza de que quién fuera perdiera la paciencia

antes de que él llegara a la puerta. Mientras se cepillaba los dientes volvieron a llamar. Aún más violentamente. De todos modos, Håkon se tomó tiempo para lavarse la cara y se sintió agradablemente libre y dispuesto a ponerse el albornoz y poner a calentar agua antes de dirigirse al interfono.

—¿Sí?

—¡Hombre! Escucha, soy Myhreng, ¿Podría hablar contigo?

El chico no se rendía, pero Sand tampoco.

—No —dijo, y colgó el telefonillo.

No sirvió de nada. Al cabo de un segundo, el desagradable zumbido atravesó el piso como una avispa gigante fuera de sí. Håkon se lo pensó durante algunos segundos, antes de volver a coger el telefonillo.

—Ve al Seven & Eleven de la esquina y compra unos panecillos. Y zumo de naranja, de ese con pulpa. Y los periódicos. Los tres.

Se refería al Aftenposten, al Dagbladet y al VG. Myhreng le trajo un ejemplar del Arbeiderbladet y los dos últimos, y además se olvidó de la pulpa.

—Qué piso tan cojonudo tienes —dijo Myhreng echando una larga mirada al dormitorio.

«Tiene tanta curiosidad como los policías», pensó Håkon, y cerró la puerta.

Invitó a Myhreng a entrar en el salón, después salió al baño y sacó un cepillo de dientes extra además de un frasco de perfume especialmente femenino que alguien se había dejado allí un año atrás. Era mejor no parecer demasiado penoso.

Fredrick Myhreng no había ido para charlar, antes de que el café estuviera listo atacó con sus preguntas.

—¿Lo habéis detenido o qué? No lo encuentro por ningún lado. Su secretaria dice que está en el extranjero, pero en su casa sólo atiende un niño que dice que su papá no se puede poner al teléfono y que su mamá tampoco. He estado a punto de llamar a protección de menores, la verdad, después de que en seis ocasiones me cogiera el teléfono un niño de cinco años o los que fueran.

Håkon negó con la cabeza, fue por el café y se sentó.

—¿Te dedicas a maltratar a menores? Si tenías en la mente que tal vez hubiéramos detenido a Lavik, ¿deberías haberte dado cuenta de que ni al niño ni al resto de la familia les podía resultar muy agradable que los aterrizaras por teléfono!

—Los periodistas no podemos andarnos con ese tipo de consideraciones —dijo Myhreng, que se abalanzó sobre una lata sin abrir de caballa en tomate.

—Sí, está bien, puedes abrirla —dijo Håkon con tono de enfado, después de que la mitad del contenido de la lata estuviera colocado sobre el pan de Myhreng.

—¡Hamburguesa de caballa! ¡Delicioso! —Siguió hablando con la boca llena de comida y esparciendo perlitas de tomate por el mantel blanco—: Admítelo, habéis cogido a Lavik. Te lo veo en la cara. Desde el principio me he dado cuenta de que pasaba algo con ese tío. Me he enterado de un montón de cosas, ¿sabes?

La mirada que asomaba por encima de las gafas demasiado pequeñas era desafiante, pero no completamente segura de lo que decía. Håkon se permitió dirigirle una sonrisa y untó la margarina con parsimonia.

—Dame una sola buena razón para que te cuente algo.

—Te puedo dar varias. Para empezar: la buena información es la mejor protección contra la información errónea. En segundo lugar: mañana los periódicos van a estar llenos de información sobre el caso, de todos modos. El arresto de un abogado no se le va a pasar por alto a los periódicos durante más de un día, ni de coña. Y en tercer lugar... —Se interrumpió a sí mismo, se secó el bigote de tomate con los dedos y se inclinó sobre la mesa con aires seductores—. Y en tercer lugar ya hemos colaborado bien en otras ocasiones. A los dos nos conviene seguir haciéndolo.

Aparentemente, el fiscal adjunto Håkon Sand se dejó convencer, aunque Myhreng se atribuyó más mérito del que realmente le correspondía. Porque mientras el periodista lo esperaba, obediente como un colegial, después de que le hubiera prometido que le iba a proporcionar información de interés, Sand se fue al baño con la carpeta del caso, con la que había estado trabajando hasta altas horas de la madrugada, y se tomó una larga ducha reconfortante.

La ducha duró casi un cuarto de hora y, durante ese tiempo, Håkon esbozó una historia periodística que supondría un buen tiro de advertencia para los que estuvieran allá fuera, en el frío de noviembre, entrechocando los dientes. Porque a Håkon no le cabía ninguna duda de que ahí fuera había alguien, sólo tenían que tentarlo para que saliera, o tal vez mejor asustarlo...

Lunes, 23 de noviembre

Se montó la de San Quintín. Tres cámaras de televisión, innumerables fotógrafos de prensa, al menos veinte periodistas y una cantidad importante de curiosos se habían congregado en el enorme vestíbulo situado en la primera planta de los juzgados. Las ediciones dominicales se iban superando unas a otras en cuanto a titulares, aunque, analizando de cerca el contenido, se limitaban a informar acerca de un abogado de Oslo de 35 años que se encontraba arrestado, sospechoso de ser el hombre en la sombra y el cerebro de una red de tráfico de estupefacientes. Los periodistas carecían de más información; aun así llenaron portadas y páginas de sus diarios. Lograron cocinar un caldo bien aderezado de contenidos a partir de un pobre hueso sin chicha y con la inestimable ayuda de los compañeros de Lavik, quienes, según sabrosas encuestas, «estaban enérgicamente en desacuerdo con la monstruosa detención por parte de la policía de un colega apreciado y respetado». El hecho de que sus honrados colegas no supieran absolutamente nada del caso no les impidió hacer buen uso de toda la paleta lingüística. El único al que la gente de la calle Aker no había conseguido sacarle algo era precisamente el que más sabía: el abogado del Tribunal Supremo Christian Bloch-Hansen.

Fue difícil abrirse camino entre la masa de gente que bloqueaba la entrada del juzgado 17. Aunque sólo dos o tres de todos los periodistas allí presentes lo reconocieron, la muchedumbre reaccionó como una bandada de palomas cuando un tipejo de la televisión le enchufó un micrófono a la cara. El periodista televisivo estaba conectado con su micrófono mediante un cable al

cámara, un hombre de dos metros que no consiguió levantar las piernas cuando el entrevistador tiró de repente del cable. Tuvo que esforzarse mucho para mantener el equilibrio; durante unos segundos la gente que lo rodeaba evitó que se cayera, pero fue sólo durante unos instantes. Finalmente perdió la vertical y se llevó en la caída a seis personas, y en ese caos total Bloch-Hansen entró a hurtadillas en la sala 17.

Sand y Wilhelmsen ni siquiera lo intentaron. Se quedaron sentados en un coche con las ventanas tintadas hasta que Lavik, con la chaqueta de rigor sobre la cabeza, fue introducido en el edificio por el zaguán situado al lado de la entrada principal. A casi nadie le importó la presencia del pobre Roger de Sagene, y el chubasquero beis que se había subido hasta las orejas le confería un aspecto más bien cómico. Inmediatamente después, todos los curiosos entraron al juzgado, mientras que Hanne y Håkon penetraron furtivamente por la puerta trasera que solía utilizar la Policía, y subieron directamente del sótano a la sala.

Un ujier debilucho intentó mantener el orden en la sala, pero fracasó en el intento. El hombre mayor y uniformado no tenía la menor posibilidad de resistir la presión de la gente que se encontraba en el exterior. Håkon entendió la expresión de desesperación de aquel hombre y utilizó el interfono del juez para contactar con el sótano y pedir refuerzos. Al poco rato, cuatro agentes de Policía sacaron a todos los que no cabían en el único banco de oyentes de la sala.

La vista estaba prevista para la una en punto y el juez se estaba retrasando. A la una y cuatro minutos hizo su entrada, sin mirar a nadie, y colocó una carpeta llena de documentos encima de su mesa. Era algo más gruesa que la carpeta que había recibido el abogado Bloch-Hansen tres días antes y con la que había tenido que conformarse. Håkon se levantó y le dio al defensor unos cuantos folios suplementarios para equilibrar la cosa. Le había costado más de siete horas clasificar y seleccionar lo que deseaba presentar ante la audiencia, y el tribunal no podía disponer de más documentos que la defensa.

El juez solicitó la presencia del acusado dirigiéndose a Håkon Sand; éste miró al abogado asintiendo con la cabeza y el defensor se levantó.

—Mi cliente no tiene nada que esconder —dijo en voz alta, para

asegurarse de que todos los periodistas lo oyeran—. Pero la detención, como es de suponer, ha dejado muy tocado a mi cliente, además de conmocionar a su familia. Pido que se celebre la vista oral a puerta cerrada.

Un suspiro de decepción y desesperanza recorrió al grupito de espectadores, no tanto por las expectativas fallidas de una vista abierta al público, sino porque esperaban que fuera la Policía quien cerrara las puertas, como de costumbre. Este defensor mudo y discreto no alimentaba los buenos augurios. El único que se lo tomó todo con una sonrisa fue Fredrick Myhreng, que estaba muy satisfecho con la filtración de información de la que seguía beneficiándose. El diario Dagbladet había sido más extenso que sus competidores en la edición de la víspera. Myhreng había disfrutado de la hora previa a la vista oral. Se había regocijado al ver cómo sus colegas de mayor edad y experiencia se pegaban a él como lapas, con sus miradas interrogativas y sus preguntas camufladas; sin querer reconocer su propia ignorancia, aunque mostraran cierta curiosidad fácil de desenmascarar. El joven periodista se sentía muy bien.

El juez estampó el puño contra la mesa y ordenó vaciar el local para celebrar la vista a puerta cerrada. El ujier salió feliz y arrastrando los pies detrás del último periodista que se resistía a regañadientes a abandonar el recinto; finalmente colgó el cartel negro con letras blancas: «PUERTA CERRADA».

En realidad no hubo ninguna negociación. Con un rictus facial que recordaba vagamente a una sonrisa, el hombrecito se levantó del asiento de juez, entró en el despacho contiguo y salió con una resolución en la mano, resolución que había sido redactada con anterioridad.

—Me lo imaginaba —dijo, y firmó la hoja.

A continuación hojeó la carpeta durante unos minutos, luego volvió a coger el documento y finalmente se encaminó hacia la salida y se presentó ante el público para anunciarle lo que éste ya sabía. Al entrar de nuevo se quitó la chaqueta y la colgó sobre el respaldo de la silla. Seguidamente sacó punta a tres lápices con sumo esmero y se inclinó hacia el interfono.

—Suban a Lavik —ordenó, se soltó la corbata y sonrió a la algo estirada mecanógrafa que estaba escribiendo en el ordenador—. ¡Me parece Else que

vamos a tener un día muy largo!

Aunque Hanne le advirtió con antelación, Håkon se impresionó al ver a Lavik entrar por la puerta detrás de su abogado. Si no hubiese sido físicamente imposible, el fiscal adjunto habría jurado que Jørgen Lavik había perdido diez kilos durante el fin de semana. El traje se balanceaba y daba la impresión de que el hombre estaba hueco debajo de la ropa, el color facial era inquietantemente gris y el contorno de sus ojos hinchados estaba rojo. Parecía caminar hacia su propio entierro y, por lo que a Håkon le constaba, éste podía estar más cerca de lo que la mayoría quería pensar.

—¿Le han dado algo de comer y de beber? —le susurró con preocupación a Hanne, quien contestó asintiendo descorazonadamente con la cabeza.

—Sólo quiso un poco de Coca-cola. No ha probado bocado desde el viernes —contestó ella en voz baja—. No es culpa nuestra, lo han tratado a cuerpo de rey.

El juez también pareció preocuparse por el estado del detenido. Midió varias veces a Lavik con la mirada hasta que ordenó a los dos policías que lo custodiaban quitar la cabina de acusados y poner una silla en su lugar. La estricta mujer del ordenador se liberó por un instante de su propia imagen, bajó del estrado y ofreció a Lavik un vaso de agua y una servilleta de papel.

Una vez que el juez hubo comprobado que Lavik no se encontraba tan cerca de la muerte como aparentaba, pudieron comenzar. Sand tomó la palabra y, en el momento en que se levantaba, Hanne le dio un golpecillo de ánimo en el muslo. El impacto fue más fuerte de lo pretendido y con el dolor le entraron ganas de salir corriendo al excusado.

Cuatro horas más tarde, tanto el fiscal como el abogado defensor habían seguido el ejemplo del juez y se habían quitado la chaqueta. Wilhelmsen también se había despojado de su jersey, mientras Lavik daba la impresión de tener frío. Sólo la mujer del ordenador mantuvo el gesto impertérrito. Hacía poco más de una hora habían hecho un pequeño receso, pero nadie en la sala había tenido el valor de salir y mostrar la zarpa a los lobos que deambulaban por los pasillos. Cada vez que se hacía el silencio en la sala, era fácil

comprobar que el exterior seguía repleto de gente.

Lavik aceptó hablar, pero lo hizo con una lentitud exasperante; medía cada palabra con una balanza de oro. La historia del abogado no aportó nada nuevo, lo negó todo y se ciñó a la versión que en su día le dio a la Policía. Incluso pudo explicar, de alguna manera, por qué habían encontrado sus huellas dactilares en los billetes. Su cliente sencillamente le había pedido dinero prestado, cosa que Lavik afirmó que no era inusual. A la ácida pregunta por parte de Håkon de «si se dedicaba a repartir dinero entre todos sus clientes más desfavorecidos», él contestó afirmativamente, y añadió que podía aportar testigos y testimonios para corroborarlo. Evidentemente, Lavik no pudo explicar por qué un billete de mil coronas, legalmente adquirido, había acabado junto al dinero sucio del narcotráfico en una bolsa de plástico debajo de un entablado en la calle de Moss, pero no se le podía achacar que su cliente hiciese cosas raras. Sobre su relación con Roger, relató una historia bastante creíble: en alguna ocasión había echado un cable al hombre ayudándole con cosas como la declaración de la renta, alguna que otra multa de tráfico, etc. El problema de Håkon Sand era que Roger había contado exactamente la misma historia.

En cualquier caso, la explicación sobre el billete de mil coronas fue bastante vacua. Aunque era muy difícil leer o captar algo en el rostro del pequeño juez, Håkon se sintió relativamente tranquilo. A este respecto, estaba claro que uno de los pilares de la imputación iba a aguantar. ¿Sería suficiente? Ya se vería al cabo de un par de horas, ahora tenía que jugarse el todo por el todo. Håkon inició el procedimiento.

El dinero y las huellas dactilares conformaron la parte más importante de su argumentación. Luego repasó la relación misteriosa entre Roger y Lavik y habló de los números de teléfono codificados. Hacia el final, derrochó veinticinco minutos en exponer lo que Van der Kerch le había contado a Karen, antes de culminar con una retahíla tenebrosa acerca del peligro de destrucción de pruebas y el de huida.

Eso era todo lo que tenía, punto final. No dijo ni una sola palabra sobre las vías de comunicación y suministro que manejaba Hans A. Olsen a través del difunto y desfigurado Ludvig Sandersen, nada sobre las hojas de códigos,

absolutamente nada sobre la presencia de Lavik en la cárcel los días en que Van der Kerch entró en psicosis y Frøstrup tomó la sobredosis.

El día antes se había mostrado muy seguro de sí mismo, lo habían estudiado y comentado, lo habían discutido y argumentado. Kaldbakken se había mostrado favorable a lanzarse con todo lo que tenían, invocando la convicción que había abanderado Håkon tan sólo unos días antes. Pero finalmente el inspector había tenido que rendirse, Håkon estuvo convincente y seguro de sí mismo. Ya no lo estaba. Buscaba febrilmente la réplica final y contundente que se había pasado toda la noche ensayando, pero ésta se había desvanecido. En su lugar tragó saliva un par de veces, antes de balbucear que la Policía mantenía la demanda. Luego se le olvidó sentarse y durante unos segundos se produjo un silencio embarazoso, hasta que el juez carraspeó y le recordó que no necesitaba permanecer de pie. Hanne le obsequió con una leve sonrisa alentadora y otro golpecito en el costado, más flojo que la primera vez. .

—Respetado tribunal —empezó diciendo el abogado defensor ya antes de ponerse totalmente de pie—. No cabe duda de que nos encontramos ante un asunto ciertamente delicado. Nos enfrentamos a un abogado que ha violado lo más sagrado.

Los dos compañeros que ocupaban el banquillo de la acusación se sobresaltaron. ¿Qué demonios era esa? ¿Pretendía el abogado Bloch-Hansen apuñalar por la espalda a su propio cliente? Miraron en dirección a Lavik intentando captar alguna reacción, pero el rostro triste y cansado del abogado no contrajo ni un músculo.

—Es una buena máxima no utilizar palabras más fuertes que las que uno mismo pueda respaldar —continuó Bloch-Hansen, que se puso de nuevo la chaqueta como para asumir una actitud formal que hasta entonces no había resultado perentoria en la enorme sala sobrecalentada. Sand se arrepintió de no haber hecho lo mismo, hacerlo ahora sería absurdo—.

Pero resulta lamentable... —Hizo una pausa retórica, casi pedante, para subrayar sus palabras—. En cualquier caso, resulta lamentable constatar que la abogada Karen Borg, que me consta que tiene una reputación y un criterio intachables como letrada, no se haya percatado de que ha violado el párrafo

144 del Código Penal. —Una nueva pausa, el juez buscaba la mencionada disposición, mientras que Håkon esperaba paralizado el desarrollo de los acontecimientos—. Karen Borg está sujeta por la ley de secreto profesional —prosiguió el defensor—. Y la ha quebrantado. Entre los documentos que ha incluido veo algo que se parece a un consentimiento por parte de su difunto cliente, supongo que pretende que sirva de coartada a la terrible infracción que ha cometido. Pero esto no puede, en modo alguno, ser suficiente. En primer lugar quiero hacer hincapié sobre el hecho de que el cliente en cuestión se encontraba en estado psicótico, lo cual es fácilmente demostrable, y que, por lo tanto, no estaba en condiciones de decidir lo que mejor le convenía. Y, en segundo lugar, quiero dirigir la atención del tribunal sobre la llamada carta de despedida del suicida, documento 17-1. —Pasó parsimoniosamente las páginas hasta dar con la copia de aquella carta desesperada—. A tenor del contenido, resulta bastante poco claro, diría incluso muy poco claro, que los términos utilizados encierren una exención del secreto profesional. Tal y como yo interpreto este escrito, partiendo de que es una despedida, parece más bien una patética declaración de amor a una abogada que, seguramente, fue muy buena y cercana.

—¡Pero si está muerto!

Håkon no se pudo contener, se levantó a medias y abrió los brazos en forma de protesta, pero se volvió a espatarrar sobre la silla antes de que el juez pudiera amonestarle. El abogado defensor sonrió.

—Diario jurídico, 1983, página 430 —dijo, remitiéndose al papel que sostenía, y rodeó el estrado para dejar una copia de la sentencia sobre la mesa del juez—. Una para la fiscalía también —dijo ofreciendo una copia a Håkon, que tuvo que levantarse e ir a recogerla él mismo—. La mayoría fundamentó su decisión en que el secreto profesional, bajo ninguna circunstancia, finaliza cuando el cliente fallece —explicó—. Lo mismo pensó la minoría, en realidad. No puede prevalecer ninguna duda sobre este asunto, con lo cual volvemos a esta carta. —La sostuvo en alto, a una brazada de distancia y a la altura de sus ojos y citó—: «Has sido buena conmigo. Puedes olvidarte de lo que dije sobre lo de cerrar la boca. Escribe una carta a mi madre. Gracias por todo».

Colocó la carta en su sitio, encima de la carpeta. Hanne no sabía qué pensar; Håkon tenía la piel de gallina y notó cómo su escroto se encogía hasta la mínima expresión como cuando uno toma un baño helado.

—Esto —continuó el defensor—, esto no constituye una exención del secreto profesional. La abogada Borg nunca debería haberse explayado sobre el caso. Una vez que se ha propasado es importante que este tribunal no cometa el mismo error. Hago referencia al Código Penal y, más concretamente, al párrafo 119; afirmo que este tribunal actuaría contra la ley si cimentase este juicio sobre la versión de Borg.

Håkon estaba hojeando la separata que tenía delante. Sus manos temblaban tanto que tenía problemas para coordinar los movimientos, aunque finalmente dio con la sentencia. Mierda. Los tribunales debían aceptar las declaraciones de abogados que hubieran obtenido la información en el ejercicio de sus funciones.

Estaba muerto de miedo. Ya no le importaba Lavik, no le importaba el camello y presunto asesino Jørgen Ulf Lavik. Sólo pensaba en Karen, que tal vez se hubiera metido en un lío serio, y todo por su culpa. Fue él quien insistió en quedarse con su transcripción y, aunque ella en un principio no protestó, seguro que no la habría agitado como una bandera en el juicio si no le hubiesen obligado a hacerlo. Todo era culpa suya.

Al otro lado de la sala, el abogado defensor había recogido los papeles, se había acercado al estrado, más cerca del juez, y apoyó su mano sobre la tribuna.

—En definitiva, venerado tribunal, la fiscalía se ha quedado con las manos vacías. Los números de teléfono en la agenda de Roger Strømsjord no tienen la suficiente credibilidad como para suscitar el más mínimo interés. El hecho de que al hombre le encanten los juegos de números no demuestra nada, ni siquiera significa nada, salvo que es un tipo curioso. ¿Qué pasa entonces con las huellas en el billete de banco? La información que manejamos es muy exigua. Pero, su señoría, ¿por qué no podría el abogado Lavik estar diciendo la verdad a este respecto? Es perfectamente posible que haya prestado mil coronas a un cliente por el que sentía lástima; desde luego no fue una gran idea, pues la solvencia de Frøstrup era más que discutible, pero el préstamo

representa sin duda un gesto amable, y tampoco se puede conceder a este asunto mayor relevancia. —Un gesto con el brazo indicó que estaba a punto de concluir—. No hablaré del terrible despropósito que ha sido la detención de mi cliente, no es necesario. No existe el menor indicio que alimente una sospecha razonable. Se debe poner a mi cliente en libertad, gracias.

Tardó exactamente ocho minutos. Håkon había hablado durante una hora y diez minutos. Los dos policías que custodiaban a Lavik habían estado bostezando durante toda su intervención, pero no habían pestañeado mientras hablaba Bloch-Hansen.

El juez no estaba muy inspirado y tampoco intentó ocultar su cansancio haciendo movimientos de cabeza, estiramientos de cuello y frotándose la cara con las manos. Sand ni siquiera fue invitado a hacer su réplica, a la que tenía derecho. No importó, la vacuidad se había alojado en su estómago en forma de oscuridad vacía y siniestra, y no se sentía en condiciones de abrir la boca. El juez de instrucción miró el reloj, eran ya las seis y media y faltaba media hora para que comenzaran las noticias en televisión.

—En fin, vamos a proseguir inmediatamente con Roger Strømsjord. Este caso no debería alargarse mucho, pues el tribunal tiene ya plena constancia y conocimiento de los hechos alegados —dijo, esperanzado.

Apenas les llevó una hora. Hanne tuvo la sensación de que al pobre Roger no se le consideraba más que una prolongación o apéndice de Lavik. Si caía Lavik, caía Roger; si soltaban a Lavik, soltarían a Roger.

—Tendremos hoy una decisión, al menos eso espero, pero puede que tengamos que esperar hasta medianoche —anunció el juez cuando la vista oral estaba a punto de concluir—. ¿Queréis esperar o me facilitáis cada uno vuestro número de fax?

Se quedó con los faxes. Condujeron a Roger de vuelta al sótano tras una susurrada conversación con su defensor. El juez estaba ya en el despacho contiguo acompañado por la mujer del ordenador. El letrado del Tribunal Supremo Bloch-Hansen agarró su desgastado y augusto portafolio y se acercó al fiscal adjunto. Parecía más afable de lo esperado.

—Mucho no podíais tener cuando llevasteis a cabo la detención el viernes —dijo con voz baja—. Me pregunto lo que habríais hecho si no hubiera

aparecido la agenda con los números de teléfono y no hubierais tenido suerte con las huellas dactilares, lo cual, dicho brevemente, implica que debíais de estar a años luz de tener motivos razonables de sospecha cuando arrestasteis a los dos hombres.

Håkon estaba a punto de desmayarse, tal vez a los otros dos les resultó claro, porque el abogado quiso tranquilizarlo.

—No voy a montar ningún revuelo por esto, pero, con todo mi aprecio: no te embarques en aventuras que no puedas controlar. Es un buen consejo, en todas las facetas de la vida.

Asintió breve y educadamente con la cabeza y salió para hablar con aquellos periodistas —todavía eran unos cuantos— que aún no habían perdido la paciencia y aún aguardaban a la salida. Los dos policías se quedaron solos.

—Venga, vamos a comer algo por ahí —propuso Hanne—. Así espero contigo, estoy convencida de que todo saldrá bien.

Era una mentira descarada.

De nuevo reparó en el suave y agradable olor de su perfume. Ella le dio un beso de consuelo y lo animó cuando se quedaron solos, pero de poco sirvió. Una vez fuera del honorable e imponente Palacio de Justicia, Hanne comentó lo inteligente que había sido esperar esa media hora. Hacía ya un rato que los curiosos habían vuelto al calor de sus casas; la gente de la televisión había capitulado ante la programación prefijada y habían vuelto prestamente a la redacción con lo poco que tenían. Asimismo, los periodistas gráficos habían desaparecido tras recibir las escuetas explicaciones del abogado defensor. Eran ya las ocho y cuarto.

—Lo cierto es que hoy no he comido nada —dijo Håkon, asombrado. Notó que el hambre había despertado después de pasarse todo el día muerto de miedo en algún rincón del estómago.

—Yo tampoco —replicó Hanne, aunque no era del todo cierto—. Tenemos tiempo, el juez necesita al menos tres horas. Vamos a buscar un sitio tranquilo.

Bajaron la cuesta cogidos del brazo, esquivaron una gotera del tejado de un viejo edificio y consiguieron una mesa apartada en un restaurante italiano a

la vuelta de la esquina. Un chico muy guapo con el pelo negro como el carbón los acompañó hasta la mesa, entregó una carta a cada uno y preguntó mecánicamente si deseaban algo para beber. Tras un instante de reflexión pidieron dos cervezas, que aterrizaron sobre la mesa apenas unos segundos más tarde. Håkon engulló medio vaso de una sentada. La cerveza le sentó muy bien. El alcohol le afectó instantáneamente, o tal vez fue su estómago hundido quien despertó de repente.

—Se va a ir todo a la mierda —dijo, en un tono casi alegre, y se limpió la espuma del labio superior—. No puede salir bien, van a volver a la calle para retomar sus negocios. Es culpa mía.

—No anticipes las desgracias —dijo Hanne, sin poder ocultar del todo que ella compartía su pesimismo, y miró el reloj—. Nos quedan un par de horas antes de tener que reconocer nuestra derrota.

Permanecieron sentados un buen rato sin decir palabra, con la mirada perdida a lo lejos. Los vasos estaban vacíos cuando sirvieron la comida. Los espaguetis tenían buena pinta y estaban calentitos.

—No será culpa tuya si sale mal —dijo, esforzándose para tragar los largos cordones blancos con salsa de tomate. Con una leve disculpa se colocó la servilleta en el escote para proteger el jersey contra las inevitables manchas—. Y tú lo sabes —añadió con énfasis, escrutando su rostro—. Si sale mal, habremos fallado todos. Acordamos jugarnos un ingreso en prisión, nadie puede reprocharte nada.

—¿Reprocharme? —Estampó la cuchara en la mesa haciendo salpicar la salsa—. ¿Reprocharme? ¡Por supuesto que me lo van a reprochar! ¡No has sido tú ni Kaldbakken ni la comisaria general ni nadie en este mundo quien la ha cagado durante horas ahí dentro! ¡He sido yo! He dilapidado lo poco que teníamos, claro que deberían reprochármelo. —De repente ya no tenía hambre y apartó el plato con un gesto lleno de aversión, como si encerrase un asqueroso auto de puesta en libertad escondido entre los mejillones—. Creo que nunca lo he hecho así de mal ante un tribunal, tienes que creerme, Hanne. —Respiraba con dificultad. Avisó con la mano al joven camarero para pedirle un agua con gas y con limón—. Probablemente lo habría hecho mejor si me hubiese enfrentado a otro abogado. Bloch-Hansen me hace sentir inseguro, su

estilo correcto y objetivo me saca de quicio. Creo que me había preparado para una batalla campal, pero cuando en vez de eso el adversario ha recurrido a un elegante duelo con florete me he quedado paralizado como un saco de patatas. —Se frotó la cara enérgicamente, sonrió y sacudió la cabeza—. Prométeme que no vas a hablar mal de mi actuación —le pidió.

—Te lo prometo por mi honor y conciencia —le juró Hanne levantando la mano derecha—. De verdad que no estuviste «tan» mal. Por cierto —añadió, cambiando de tema—, ¿por qué le has hablado al periodista ese de Dagbladet sobre la posible existencia de una tercera persona que estuviera todavía en libertad? Tal y como lo ha escrito en su periódico, se entiende que tenemos en el punto de mira a alguien en concreto. Bueno, ¿me imagino que lo ha sacado de ti?

—¿Te acuerdas de lo que dijiste cuando me escandalicé tanto sobre el modo en que trataste a Lavik, durante el último interrogatorio antes de la detención?

Una profunda arruga en la base de la nariz indicó que estaba pensando con mucha fuerza.

—Mmm, no sé —dijo esperando la respuesta.

—Dijiste que las personas que tienen miedo cometen errores, que por eso quisiste asustar a Lavik. Ahora he querido hacer yo de coco. Tal vez haya sido un disparo al aire, pero quizás en estos momentos haya allí fuera un hombre muy asustado, un hombre muerto de miedo.

La cuenta aterrizó sobre la mesa pocos segundos después de que Håkon hiciese un discreto movimiento con la mano. Ambos se lanzaron por el recibo, pero Håkon fue más rápido.

—Ni hablar —protestó Hanne—. O pago yo todo o me quedo al menos con mi parte.

Con una mirada implorante, Håkon oprimió la factura contra su pecho.

—Permíteme que por una sola vez en este día me sienta como un hombre —le suplicó.

Tampoco fue mucho pedir, pagó y redondeó el importe con tres coronas de propina. El chico con el pelo aceitoso los acompañó hasta la salida sin soltar la sonrisa de su boca, y los invitó a volver. No pareció muy sincero.

La fatiga se había instalado como una capucha prieta y negra alrededor de la migraña. Los ojos se le cerraban cada vez que dejaba de hablar durante unos minutos. Sacó un frasco de suero para los ojos del bolsillo de su chaqueta, se echó hacia atrás, apartó las gafas y se llenó los ojos de líquido. Le quedaba muy poco suero y eso que había comprado el botecito esa misma mañana.

Håkon movió la cabeza de un lado para otro intentando distender un poco los músculos del cuello, que estaban tensos como las cuerdas de un arpa. Se encogió al forzar demasiado y notó un fuerte calambre alzarse en el lado izquierdo.

—¡Ay, ay, ay! —rugió, frotándose febrilmente la zona dolorida.

Hanne miró el reloj por enésima vez, faltaban cinco minutos para la medianoche. Era imposible predecir si que la decisión tardara tanto en llegar era buena o mala señal. El juez sería muy concienzudo en su trabajo si decidía encarcelar a un abogado. Por otro lado, tampoco haría una chapuza si dictaba una sentencia de puesta en libertad. Estaba claro que, en cualquier caso, independientemente del contenido, recurrirían la sentencia.

Bostezó con tanto ímpetu que su mano pequeña y estrecha no alcanzó a tapar del todo su boca. La mujer se recostó echando la cabeza hacia atrás y Håkon pudo comprobar que carecía de amalgama en las muelas.

—¿Qué experiencia has tenido con los empastes de plástico? —preguntó, de un modo muy inoportuno; ella le miró sorprendida.

—¿Empastes de plástico? ¿Qué quieres decir?

—Pues veo que no tienes amalgama en los dientes. Le he estado dando vueltas a si me cambio los empastes o no. Leí un artículo que echaba pestes sobre la «plata», sobre toda la mierda que contiene, el mercurio y esas cosas. He leído incluso que hay personas casi inválidas debido al uso de amalgama. Pero mi dentista me previene, dice que la amalgama es mucho más dura.

Se inclinó hacia él, la boca abierta de par en par, y él pudo constatar que todo estaba completamente blanco.

—Ninguna caries —dijo ella sonriendo y con cierto orgullo—. Lo cierto

es que soy un poco mayor para pertenecer a la «generación sin caries», pero teníamos un pozo donde crecí. Mucho flúor natural, seguramente era peligroso, pero en la vecindad éramos dieciséis niños y todos crecimos sin tener que acudir al dentista.

Dientes. Incluso los dientes acababan convirtiéndose en tema de conversación.

El fiscal adjunto se acercó de nuevo a comprobar el fax; como la vez anterior y la anterior y la anterior a ésta, estaba todo en orden. La lucecita verde lo miraba fijamente con aires de arrogancia, pero, por si acaso, revisó una vez más si el cajón alimentador tenía papel. Evidentemente estaba lleno. Un bostezo quiso abrirse camino, pero lo retuvo apretando las mandíbulas y sus ojos se llenaron de lágrimas. Agarró el mazo de cartas usadas y lanzó una mirada interrogativa hacia la subinspectora; ella se encogió de hombros.

—Por mi sí, pero juguemos a otro juego. Al casino, por ejemplo.

Les dio tiempo a jugar dos bazas hasta que la máquina de fax soltara un gruñido prometedor. La luz verde había cambiado a ámbar; al cabo de unos segundos, la máquina se tragó la primera hoja blanca de la bandeja. El folio permaneció un rato en las entrañas de la máquina hasta que sacó la cabeza por el otro lado, hermosamente adornado con la carátula del juzgado de instrucción de Oslo.

Los dos policías notaron cómo les subía el ritmo cardiaco. Una sensación desagradable de hormigueo empezó a reptar por la espalda de Håkon y éste se estremeció.

—¿Empezamos con estas hojas o esperamos a que salgan todas? — preguntó con una sonrisa apagada.

—Vamos a por una taza de café y cuando regresemos habrán salido todas. Es mejor que quedarnos aquí a esperar la última página.

Se sintieron tremendamente solos cuando salieron del cuarto al pasillo. Ninguno dijo nada. No quedaba café en la salita, así que debía haber más gente en la sección, pues Hanne había puesto una cafetera hacía menos de una hora. Håkon optó por entrar a su despacho, abrió la ventana y agarró una bolsa de plástico que colgaba de un clavo en el marco. Sacó dos botellas de medio litro de naranjada.

—«Garantizado, el único refresco que no sirve más que para aplacar la sed» —citó con humor negro.

Hicieron sonar las botellas en un sórdido brindis, y Håkon no hizo nada para evitar un potente y sonoro eructo. Hanne regurgitó un poco y volvieron muy despacio a la sala de operaciones. Olía a cera. Los suelos relucían como no lo hacían desde hacía mucho tiempo.

Cuando entraron en la habitación, el asqueroso ojo verde había vuelto a ocupar el lugar de su colega amarillo. La máquina había vuelto a su estado de zumbido aletargado.

Un buen montón de hojas descansaba en la bandeja de plástico que hacía pocos minutos estaba vacía. Con la mano temblorosa, más por el cansancio que por la excitación, Håkon recogió el fajo de papeles, los juntó y pasó velozmente las hojas hasta llegar a la última página. Se hundió en el sillón y leyó en alto:

—«El sospechoso Jørgen Ulf Lavik permanecerá en prisión preventiva hasta que los tribunales o el Ministerio Fiscal dictaminen otra cosa; aun así, el encarcelamiento no deberá sobrepasar la fecha del lunes 6 de diciembre. Se le impone incomunicación total durante ese periodo».

—¡¡¡Dos semanas!!! —El cansancio fue ahuyentado por una fuerte dosis de adrenalina—. ¡Le han caído dos semanas!

Se levantó bruscamente del sofá, tropezó con la mesita y se echó al cuello de Hanne. Los papeles revoloteaban a su alrededor. —Tranquilo —dijo ella riéndose—. Dos semanas constituyen literalmente media victoria, pediste cuatro semanas.

—Dos semanas es poco, es cierto, pero podemos trabajar las veinticuatro horas del día y juro que... —Dio un puñetazo en la mesa antes de proseguir—: ¡Me juego el sueldo de un mes a que podremos colgarle más a este mierda antes de que acaben las dos semanas!

Su entusiasmo y optimismo infantil no contagiaron de inmediato a la subinspectora, que estaba más preocupada por recoger los papeles y colocarlos en orden.

—Veamos lo que nos cuenta el juez.

Tras una lectura exhaustiva, el auto difícilmente podía considerarse como

una medio victoria, como mucho podía estirarse hasta reconocer que era un octavo de victoria.

El abogado del Tribunal Supremo Bloch-Hansen recibía respaldo, al menos en gran medida, en sus valoraciones acerca del testimonio de Karen Borg. El tribunal compartía el juicio del defensor de que la carta de despedida de Van der Kerch no podía considerarse como una dispensa del secreto profesional. Era necesario realizar una evaluación más profunda sobre las intenciones que movieron al holandés en su día, una estimación que debía hacer énfasis en si se podía presuponer que el chico iba a salir ganando si los detalles salían a la luz. Existían ciertos indicios que indicaban que no era el caso, ya que la declaración hasta cierto punto lo incriminaba a él mismo; por lo tanto, podía dañar su reputación. En cualquier caso, opinaba el tribunal, la declaración de la letrada Borg era demasiado escueta con relación a los planteamientos del asunto. Por consiguiente, el tribunal optaba, en el momento y condiciones actuales, por descartar la explicación, puesto que podía estar en conflicto con las decisiones procesales.

A continuación, el tribunal consideraba, con ciertas reservas, que existían razones fundamentadas para presumir la existencia de hechos punibles, aunque sólo en relación con el apartado I de la imputación de cargos, es decir, con el importe específico de dinero encontrado en casa de Frøstrup. Según el tribunal no existía un motivo razonable para suponerle al abogado otro delito mientras no se pudiera tener en cuenta la declaración de Karen. El peligro de destrucción de pruebas era manifiesto, y el juez se había limitado a refrendarlo en una frase. Tampoco un encarcelamiento de dos semanas podía considerarse una intervención desproporcionada, a tenor de la importancia y gravedad del caso. Veinticuatro gramos de droga dura representaban una cantidad considerable: su valor en la calle alcanzaba las doscientas mil coronas. El resultado fueron dos semanas a la sombra.

Roger quedaba en libertad.

—Mierda —dijeron a la vez los dos policías.

Roger sólo estaba involucrado por la declaración de Han van der Kerch, mientras ésta fuera inservible al tribunal sólo le quedaba los números de teléfono codificados. Aquello no era suficiente para retenerle, así que fue

puesto en libertad.

Sonó el teléfono y ambos se sobresaltaron como si el leve sonido telefónico fuera una alarma de incendios. Era el juez, que quería asegurarse de que el envío del documento había llegado a su destino.

—Espero recursos por ambas partes —dijo el juez, muy cansado, aunque Håkon creyó adivinar una leve sonrisa a través del auricular.

—Sí, al menos voy a recurrir la puesta en libertad de Roger Strømsjord y pido que se dilate su efecto, sería una catástrofe que saliera en libertad esta noche.

—Conseguiré retrasar la entrada en efecto de su puesta en libertad —dijo el juez tranquilizándolo—. Bueno, lo dejamos por ahora, ¿de acuerdo?

En esa cuestión estaban todos de acuerdo, había sido un día muy, muy largo. Se pusieron la ropa de abrigo, cerraron cuidadosamente la puerta con llave y abandonaron a su suerte las dos botellas de refresco medio vacías. La publicidad decía la verdad: sólo ayudaban a aplacar la sed.

Martes, 24 de noviembre

Fue como despertar con una resaca monumental. Hanne Wilhelmsen no había podido dormir al regresar a casa, a pesar de haberse tomado un poco de leche caliente y de recibir un masaje en los hombros. Tras apenas cuatro horas de sueño alterado, la radio despertador la catapultó hacia un nuevo día con su desagradable parte de noticias. El auto de prisión copaba todas las primeras planas. La locutora afirmaba que el resultado había sido un empate, aunque ponía en duda que la Policía realmente tuviera un caso. Como es natural, no conocía los argumentos que habían dado lugar al auto y por esa razón dilapidó varios minutos especulando sobre las causas que habían forzado a poner en libertad al mecánico. Las especulaciones eran disparatadas.

Se estiró hundida por la pereza y se obligó a levantarse y a abandonar las cálidas sábanas que la abrazaban. Tendría que saltarse el desayuno; le había prometido a Håkon que estaría en el despacho a las ocho. El día que tenían por delante iba a ser al menos tan largo como el anterior.

Una vez en la ducha, intentó pensar en otra cosa. Se agachó y posó la barbilla sobre el alicatado blanco dejando que el agua le pusiera la espalda al rojo vivo. Era imposible abstraerse del caso, su cerebro trabajaba a toda máquina y la arrastraba consigo en contra de su voluntad. En ese momento sólo deseaba un traslado instantáneo, tres meses en la Policía de tráfico habrían estado muy bien. Lo cierto es que no era de esas personas que huyen de las tareas difíciles, pero el caso la tenía completamente absorbida. Le resultaba imposible encontrar la paz, todos los cabos sueltos se enredaban y jugueteaban

con otras soluciones, nuevas teorías, nuevas ideas. Aunque Cecilie no se quejaba, Hanne sabía que últimamente no destacaba ni como amante ni como amiga. Durante las cenas y celebraciones permanecía silenciosa, moderadamente amable y con una copa en la mano. El sexo se había vuelto algo rutinario que llevaba a cabo sin demasiada pasión o compromiso.

El agua estaba tan caliente que tenía la espalda casi anestesiada. Se incorporó y se sobresaltó al quemarse los senos. Fue en el momento en que abría el agua fría, para evitar arder viva, cuando aquello le vino a la mente.

¡La bota! Tenía que haber un gemelo del trofeo de caza de Billy T. en alguna parte. Dar con una bota concreta de invierno, del 44, en Oslo y en esta época del año se le antojó hartoo difícil. Por otro lado, el número de posibles propietarios era bastante reducido y valía la pena intentarlo. Si localizaban al propietario se encontrarían ante un tipo que casi seguro estaba involucrado, y luego ya verían lo que aguantaba. La lealtad nunca fue el lado más fuerte de los narcotraficantes.

La bota, había que encontrarla.

El día estaba empezando a desperezarse y, aunque el sol no había alcanzado todavía el horizonte, merodeaba por algún lugar detrás de la loma de Ekeberg insinuando el advenimiento de un hermoso y frío martes de noviembre. La temperatura había vuelto a bajar de cero y todas las emisoras locales advertían a los conductores y hablaban de autobuses y tranvías llenos. Algunos currantes de camino a otro día de trabajo se paraban ante el edificio que albergaba el periódico Dagbladet para leer la edición matutina expuesta en las vitrinas.

Su caso llenaba de nuevo las portadas; en su agenda había apuntado a escondidas que era la duodécima vez aquel año que aparecía en portada. Un poco inmaduro, tal vez, pero era importante llevar la cuenta, pensó con orgullo. Al fin y al cabo, sólo estaba cubriendo una sustitución, casi como un periodo de prueba.

La copia de la llave le ardía en el bolsillo; por si acaso, hizo tres copias más y las escondió en lugares seguros. El cerrajero no pudo ayudarlo mucho,

las posibilidades eran múltiples, aunque la llave no podía corresponder a algo más grande que un casillero de consigna. Tal vez un armario, pero definitivamente no era una puerta; si lo era, tenía que ser muy pequeña.

Las consignas ubicadas en los lugares más obvios no dieron resultado. La llave no funcionó en la Estación Central del Ferrocarril, ni en los aeropuertos de Fornebu y Gardemoen ni en los grandes hoteles. El que la llave careciera de número de serie indicaba que era poco probable que pudiera usarse en un lugar público.

¿Debía dársela a Håkon Sand? Seguramente la Policía estaba muy estresada en estos momentos, dos semanas eran poco; después de que los recursos pasaran por las manos del juzgado de segunda instancia, nada garantizaba que se fueran a cumplir esas dos semanas.

La balanza parecía inclinarse en favor de ayudar a la Policía. Ésta poseía medios que permitirían buscar con mucha más efectividad algún lugar donde poder utilizar la maldita llave. Además, seguro que saldría beneficiado de este asunto, quizá podría llegar a un buen acuerdo con ellos. Lo cierto es que cuando acabó de pensárselo bien no le pareció tan buena idea pasearse con un objeto en el bolsillo que podía ser una prueba decisiva en un caso de tanta envergadura, con asesinatos y todo. ¿Podría estar cometiendo un delito? No estaba seguro.

Por otro lado: ¿Cómo iba a explicar el modo en que la llave había acabado en sus manos? El allanamiento del despacho de Lavik era en sí punible y, si se enteraba el director de su periódico, adiós y gracias. De momento no se sentía capaz de inventar una historia alternativa que tuviera sentido.

La conclusión era obvia, tenía que seguir buscando por su cuenta. Si lograba encontrar el armario, la caja o lo que fuera, acudiría a la policía, siempre que su contenido tuviera algún interés, claro. De ese modo, su dudoso procedimiento quedaría en un segundo plano y se esfumaría. Sí, lo sensato era quedarse con la llave.

Se ajustó los pantalones y entró al gran edificio gris de su rotativo.

El gigantesco escritorio estaba inundado de periódicos. Peter Strup

llevaba en su despacho desde las seis y media de la mañana; también él se había despertado con las noticias sobre el auto. De camino a su bufete había comprado siete diarios diferentes: todos llevaban la misma noticia en portada. No decían prácticamente nada, pero todos presentaban distintos puntos de vista. El diario comunista Klassekampen opinaba que el encarcelamiento representaba una victoria de la justicia y su editorial hablaba de confianza en los tribunales que habían demostrado que no sólo practicaban la justicia de clases. Pensó exasperadamente sobre lo curioso que era que las mismas personas que solían utilizar la artillería pesada para atacar la primitiva necesidad de venganza de esta sociedad podrida que encierra a la gente en las cárceles, de repente, se alegraran del mismo ordenamiento en cuanto afectaba a una persona procedente de un entorno más favorecido. Los periódicos mostraban más fotos que texto, salvo los gigantescos titulares. El conservador Aftenposten imprimió una crónica ponderada y anodina a la vez, a pesar de que el caso merecía cierta magnitud, tal vez tenían miedo de ganarse alguna demanda por difamación. Una sentencia firme contra Lavik se antojaba infinitamente lejana. El sentido común presagiaba una terrible venganza por parte de Lavik si no era condenado.

La pluma raspó el papel cuando empezó a tomar notas a toda velocidad. Siempre era difícil entender los planteamientos jurídicos partiendo de los titulares. Los periodistas mezclaban conceptos y revoloteaban por el panorama judicial como gallinas sueltas. Sólo el Aftenposten y el Klassekampen tenían la suficiente autoridad como para saber que se trataba de un auto y no de un veredicto, y que había sido recurrido y no apelado.

Finalmente hizo una pila con todos los periódicos restantes, las hojas estaban descompuestas tras recortar la información más importante, y lo tiró todo a la papelería. Grapó los recortes junto con las notas escritas a mano, los introdujo en una funda de plástico y lo guardó todo en un cajón con llave. Luego contactó con su secretaria a través del interfono y ordenó que le anulara todas las citas de aquel día y del día siguiente. La secretaria se quedó perpleja y empezó con un «pero», aunque ella misma se detuvo.

—De acuerdo. ¿Los cito a todos para otro día?

—Sí, hazlo, por favor. Diles que me ha surgido un imprevisto. Tengo que

hacer un par de llamadas importantes, que no me moleste nadie.

Se levantó y cerró la puerta que daba al pasillo, después sacó un pequeño teléfono móvil y se acercó a la ventana. Al cabo de un par de llamadas logró ponerse en contacto con la persona que andaba buscando.

—Hola Christian, soy Peter.

—Buenos días.

La voz era tenebrosa y armonizaba mal con el mensaje.

—Bueno, lo cierto es que no son buenos para ninguno de los dos. Entiendo que debo felicitarte, por lo que dicen los titulares de los periódicos: uno, libre; el otro, encarcelamiento parcial. No es un mal resultado.

La voz era plana e inexpresiva.

—Esto es un jodido lío, Peter, un auténtico desbarajuste de mierda.

—No lo dudo.

Ninguno de los dos habló y el crepitado de la conexión empezaba a ser molesto.

—Hola, ¿sigues ahí?

Strup pensó que la conexión se había cortado, pero no era así.

—Sí, estoy aquí. Sinceramente, no sé lo que es mejor, que permanezca en prisión o que salga libre, ya veremos. El tribunal de apelación no dará a conocer su decisión hasta el final del día, o tal vez hasta mañana. Esta gente no es precisamente de la que alarga su jornada laboral.

Strup se mordió el labio inferior, cambió el teléfono de mano, se dio la vuelta y se situó de espaldas a la ventana.

—¿Existe alguna posibilidad de parar esta avalancha? Quiero decir, ¿de un modo relativamente decente?

—Quién sabe, de momento estoy preparado para cualquier eventualidad. Como esto reviente va a ser el caso más importante desde la Segunda Guerra Mundial. Espero encontrarme lejos para entonces. Ojalá me hubieras mantenido al margen.

—No pude hacerlo, Christian, que Lavik te escogiera a ti fue una increíble suerte dentro de toda esta desdicha. Alguien en quien podía confiar, confiar de verdad.

No pretendía en absoluto que fuera una amenaza; sin embargo, la voz de

Bloch-Hansen se tornó más incisiva.

—Que te quede una cosa muy clara —dijo con determinación y dureza—, mi buena voluntad tiene límites y te lo dejé bien claro el domingo. No lo olvides.

—No tendré ocasión de hacerlo —contestó Strup en un tono seco, para concluir la conversación.

Permaneció de pie, apoyado en la fría ventana. «Esto no es un jodido batiburrillo, es un puto caos», se dijo. Hizo otra llamada que finalizó al cabo de tres o cuatro minutos. A continuación salió a desayunar, aunque no tenía ni pizca de hambre.

Sentada ante una mesa de pino, delante de una ventana con laterales y travesaños de madera y cortinas de cuadros rojos, Karen disfrutaba del desayuno con un apetito bien distinto. La tercera rebanada de pan estaba a punto de desaparecer y el bóxer, tumbado con la cabeza sobre las patas entrecruzadas, miraba a su ama con ojos melancólicos y suplicantes.

—¡Pedigüeño! —le recriminó, y siguió profundizando en la novela que tenía delante.

La emisora P2 la entretenía lo justo, el sonido salía de una vieja radio portátil colocada en la estantería sobre la encimera.

La cabaña estaba ubicada en una loma pedregosa con unas vistas panorámicas que, cuando era niña, creía que llegaban hasta Dinamarca. A los ocho años había evocado aquellos parajes sureños y los veía llenos de hayas y gente sonriendo. La imagen no había desaparecido, ni las burlas de su hermano ni la demostración científica de su padre, que le decía que todo eran imaginaciones suyas, lo habían conseguido. Al cumplir Karen los doce, la imagen había palidecido; el verano que empezó en el instituto, Dinamarca entera se había hundido en el mar. Había sido una de las experiencias más dolorosas en su camino hacia la madurez, tuvo la sensación de que las cosas no eran como ella siempre había creído.

No había tenido demasiados problemas para calentar el lugar, la cabaña estaba muy bien aislada y preparada para el invierno. Estaba provista de

electricidad y todavía quedaba mucho del domingo cuando la casa alcanzó una temperatura agradable. No se atrevió a poner en marcha la bomba de agua eléctrica por si se congelaban las tuberías. No importaba, el pozo se encontraba a un tiro de piedra de la cabaña.

Habían transcurrido dos días y se sentía más tranquila de lo que lo había estado desde hacía muchas semanas. El teléfono móvil estaba encendido como medida de seguridad, pero sólo la gente del despacho y Nils disponían del número. Éste la había dejado en paz, pues las últimas semanas habían sido una dura prueba para ambos. Se encogió al recordar su mirada afligida e interrogante, y todos sus desesperados intentos de satisfacerla. El rechazo era ya una costumbre, y se dedicaban a hablar con amabilidad del trabajo, de las noticias y de las cosas cotidianas y necesarias. Ninguna intimidad, ninguna comunicación. A lo mejor sintió cierto alivio cuando ella decidió marcharse una temporada, aunque intentó protestar con lágrimas en los ojos y con preguntas desalentadas. En cualquier caso no había vuelto a dar señales de vida después de que mantuvieran la conversación de rigor para asegurarse de que ella había llegado bien. Estaba contenta de que él respetara su deseo de estar sola, pero no podía evitar sentir cierto fastidio al comprobar que realmente lo conseguía.

Sintió un fuerte escalofrío que la hizo estremecerse y derramó un poco de té en el platillo. El perro levantó la cabeza al notar el movimiento brusco; ella le lanzó un trozo de queso que el animal atrapó en el aire.

—No tienes bastante con un trozo —le dijo como para ahuyentarlo, sin que el perro mostrara signo alguno de perder la esperanza de cazar al vuelo otro pedazo, con su hocico lleno de babas.

De repente pegó un salto y subió el volumen de la radio. Debía de haber un mal contacto porque el sonido se distorsionaba cuando giraba la tecla del volumen.

¡Lavik en la cárcel! Dios mío, eso tenía que ser una victoria para Håkon. Habían dejado en libertad a otro hombre, de 52 años, aunque ambas decisiones iban a pasar por un control y una revisión posteriores. Seguro que se referían a Roger. ¿Por qué habrían dejado en libertad a uno y mantenido en la cárcel al otro? Ella había estado convencida de que, o bien los

encarcelaban a los dos, o bien los soltaban a ambos.

El noticiero no aportó nada más.

La mala conciencia empezó a manifestarse, le había prometido a Håkon que lo llamaría antes de marcharse de la ciudad. No lo había hecho, no tuvo fuerzas, tal vez lo llamase esta noche, pero sólo quizá.

Acabó la comida y el bóxer recibió dos trozos de queso adicionales. Iba a fregar los cacharros antes de salir para recorrer los dos kilómetros hasta el quiosco de prensa. No era mala idea seguir el asunto por los periódicos.

—¿Dónde diablos se ha metido esta mujer? —Estrelló el auricular contra el escritorio; el teléfono quedó destrozado—. Mierda —dijo algo sorprendido y mirando cariacontecido el teléfono; luego acercó el auricular al oído y el tono seguía ahí, una goma elástica serviría como reparación provisional—. No lo entiendo —prosiguió más calmado—. En el bufete dicen que no estará localizable durante una temporada y en casa no contesta nadie.

«Y definitivamente no llamaré a Nils», pensó sin decirlo. ¿Dónde estaba Karen?

—Tenemos que encontrarla —dijo Hanne en un comentario superfluo—. Es urgente tener otra entrevista con ella, y lo mejor sería tenerla hoy. Si tenemos suerte, el tribunal de apelación no estudiará el caso hasta mañana, y para entonces podríamos brindarles otro interrogatorio, ¿no?

—Pues sí —murmuró Håkon.

No sabía qué pensar. Karen había prometido avisarlo cuando se marchara. Él había mantenido su parte del acuerdo, no la había llamado ni había intentado dar con ella. Qué raro que ella no hubiera mantenido su parte, si es que realmente estaba fuera. Las posibilidades eran múltiples, tal vez estuviera reunida con toda discreción con un cliente. Tampoco había que tomárselo tan a pecho. No obstante, una sensación creciente de intranquilidad lo hostigaba desde el domingo. El consuelo que le proporcionaba saber que al menos se encontraba en la misma ciudad que Karen se había marchitado y había acabado desapareciendo del todo.

—Tiene un móvil con número secreto. Utiliza todo tu peso policial para

hacerte con él. La operadora de móviles, su despacho, lo que sea. Procura traerme ese número, no debería ser tan difícil.

—Voy a seguir buscando al hombre sin bota, me da igual lo que digas — afirmó Hanne, que volvió a su propio despacho.

El hombre mayor de pelo gris estaba asustado. El miedo encarnaba un enemigo hasta ahora desconocido y luchaba enérgicamente contra él. Había estudiado los periódicos con lupa, pero era imposible hacerse una idea clara de lo que sabía la Policía. El artículo que apareció en la tirada dominical del Dagbladet era en sí suficientemente aterrador, pero no podía ser cierto. Jørgen Lavik había jurado y perjurado su inocencia, eso sí que rezumaba de los rotativos, con lo cual era imposible que hubiese hablado. Nadie más sabía quién era, así que no había, ni podía haber, peligro alguno.

El miedo no se dejó convencer, se le agarró con sus zarpas ensangrentadas al corazón y le provocó un intenso dolor. Durante un instante respiró de manera entrecortada para intentar recobrar el control de sí mismo. Cogió una cajita con pastillas del bolsillo interior de su chaqueta, sacó torpemente una píldora y se la colocó bajo la lengua. Le alivió, recuperó el ritmo respiratorio y consiguió correr un tupido velo sobre la parte más agobiada de su persona.

—Por Dios, ¿qué te pasa? —La secretaria, que iba siempre como un pincel, se había asomado estupefacta a la puerta y se abalanzó sobre su jefe—. ¿Va todo bien? Tienes el rostro completamente gris.

La preocupación parecía sincera; aquella mujer idolatraba a su jefe. Además, sentía un terror obstinado ante la piel gris y húmeda desde que su marido había fallecido en la cama junto a ella cinco años antes.

—Ya estoy mucho mejor —aseguró él, que se desembarazó de la mano que la mujer había posado sobre su frente—. Es cierto, muchísimo mejor.

La secretaria salió atolondrada a por un vaso de agua. Cuando regresó, el viejo había recobrado parte de su color facial natural. Se bebió el agua con avidez y con una sonrisa ajada pidió más. La mujer se precipitó por otro vaso que desapareció con la misma premura.

Después de haberse asegurado repetidas veces de que todo iba bien, la secretaria se retiró con reticencias a la antesala. Inquieta, frunció el ceño y dejó la puerta entreabierta, con la esperanza de que el hombre al menos diera

alguna señal antes de morir. El hombre gris se levantó con firmeza y cerró la puerta tras ella.

Tenía que hacer de tripas corazón y recomponerse. Tal vez debiera tomarse unos días libres. Lo más importante era mantenerse completamente neutral con todo lo que estaba cayendo. No le podían pillar, lo más sensato era mantener el tipo mientras se lo pudiera permitir. Pero debía, «tenía» que averiguar lo que sabía la Policía.

—¿Cuánto se puede ganar en realidad con las drogas?

La pregunta resultaba llamativa, puesto que la formulaba una investigadora que llevaba muchas semanas trabajando con un caso de estupefacientes. Pero Hanne Wilhelmsen nunca tenía miedo de plantear preguntas banales y, en los últimos tiempos, había empezado a preguntárselo seriamente. Si hombres más o menos respetados, con unos ingresos muy por encima de lo que ella consideraría altos, estaban dispuestos a arriesgarlo todo para ganar unos cuartos de más, tenía que tratarse de grandes cantidades de dinero.

Billy T. no se sorprendió en absoluto. Las drogas eran una cosa difusa y poco clara para la mayoría de la gente, incluso dentro de la Policía. Para él, en cambio, el concepto era bastante tangible: dinero, muerte y miseria.

—Este otoño, las Policías encargadas de los asuntos de drogas en los países nórdicos han requisado once kilos de heroína a lo largo de seis semanas —dijo—. Hemos arrestado a unos treinta correos en todos estos países, y ha sido gracias a la investigación de la Policía noruega. —Parecía orgulloso de lo que contaba, y probablemente tenía razones para estarlo—. Un gramo proporciona un mínimo de treinta y cinco dosis. En la calle, cada dosis cuesta unas 250 coronas. Así que te puedes hacer una idea de las sumas de las que estamos hablando.

Hanne apuntó las cifras en una servilleta, pero ésta se desgarró.

—¡En torno a ocho mil setecientas coronas por gramo! Eso son... —con los ojos cerrados y la boca moviéndose en silencio, renunció a la servilleta e hizo una serie de cálculos mentales, luego abrió los ojos— 8,7 millones por kilo, casi cien millones por los once kilos. ¡Once kilos! ¡Eso no ocupa más que

un cubo lleno! Pero ¿hay mercado para tanto dinero?

—Si no hubiera mercado, no lo importarían —comentó Billy T. en tono seco—. Y la introducción en el país es desesperantemente sencilla con el tipo de fronteras que tenemos nosotros, ya sabes, incontables entradas de barcos y aterrizajes de aviones, además del tráfico de los coches que entran por los pasos fronterizos. Es evidente que es imposible llevar a cabo un control demasiado efectivo. Pero, por suerte, la distribución es más problemática. La lleva un mundillo completamente podrido, y a eso nosotros le sacamos partido. En las investigaciones sobre drogas dependemos de los chivatazos. Aunque gracias a Dios, chivatazos tenemos un montón.

—Pero ¿de dónde sale todo?

—¿La heroína? En su mayor parte de Asia. De Pakistán, por ejemplo. El sesenta o setenta por ciento de la heroína noruega viene de allí. Por lo general, el material ha pasado por África antes de llegar a Europa.

—¿África? Eso es un rodeo, ¿no?

—Sí, geográficamente tal vez sí, pero allí hay muchos correos dispuestos. Pura explotación de africanos muertos de hambre que no tienen nada que perder. ¡En Gambia tienen escuelas para aprender a tragarse la droga! «Gambian swallow school». Esos chicos son capaces de tragar grandes cantidades de la sustancia. Primero fabrican bolas de unos diez gramos cada una, las envuelven con papel de plata y calientan el plástico para sellar el paquete. Luego llenan un condón de bolas de esas, lo impregnan de alguna sustancia y se lo tragan entero. No te creerías lo que son capaces de tragar. Entre uno y tres días más tarde, sale por el otro lado. Entonces hurgan un poco en la mierda y, ¡hala!, ¡somos ricos!

Billy T. lo contaba con una mezcla de asco y entusiasmo. Casi había terminado de comer, una enorme cantidad de pan integral con fiambre. Todo lo que había comprado en la cantina eran dos botellas de medio litro de leche y un café. Se lo estaba comiendo todo en un tiempo récord.

—Como dijo el maestro Galeno: «Quien quiera comer y lo haga despacio, lo hará con sabiduría».

Billy T. interrumpió por un momento la ingesta y la miró sorprendido.

—El Corán —le explicó Hanne.

—Bah, el Corán...

Siguió comiendo al mismo ritmo.

Hanne no había tenido tiempo de desayunar aquella mañana, y mucho menos de prepararse una tartera. Una rebanada de pan seco con gambas descansaba a medio comer sobre su plato. Billy T. comentó que no habían sido precisamente muy generosos con las gambas y asintió en dirección al triste bocadillo. La mayonesa tenía mal aspecto; aun así, la subinspectora había aplacado lo peor del hambre. El resto no se lo iba a comer.

—La cocaína, en cambio, por lo general, viene de Sudamérica. Por Dios, ahí abajo hay regímenes enteros que se mantienen gracias a que nuestras sociedades generan la necesidad de droga en mucha gente. Sólo en este país se vende por miles de millones al año. Eso creemos. Con unos siete mil drogadictos que compran material por unas dos mil coronas al día, te salen unas sumas increíbles. ¿Que si da mucho dinero? Sin duda. Si no fuera ilegal, creo que yo mismo me metería en el negocio. De inmediato.

Ella no lo dudó, estaba perfectamente enterada de la costosa política de contribución familiar de Billy T. Por otro lado, con el aspecto que tenía sería bastante vulnerable en un control fronterizo. Al menos sería el primero al que pararía ella.

La cantina se estaba empezando a llenar, ya era casi la hora del almuerzo. Cuando varias personas hicieron ademán de quererse sentar en su mesa, Hanne consideró que había llegado el momento de volver al trabajo. Antes de que se retirara, Billy T. le prometió, por lo más sagrado, que iba a buscar la bota perdida.

—Estamos todos en guardia —sonrió el policía—. He distribuido una foto del alijo entre todas las unidades. ¡Ha dado comienzo la gran caza de la bota!

Amplió aún más la sonrisa y le dedicó un saludo de boy scout, llevándose dos dedos a la cabeza rapada.

Hanne le devolvió la sonrisa. Realmente el tipo era todo un policía.

La habitación ofrecía la garantía de no tener aparatos de escucha, como era natural. Se hallaba al fondo de un pasillo de la tercera planta del número 16 de

la calle Platou. Desde fuera, el edificio parecía completamente aburrido y anónimo, una impresión que se veía reforzada por la gente que conseguía entrar. La casa alojaba el cuartel general de los servicios secretos desde 1965. Era pequeña y angosta, pero servía para sus propósitos. Era lo bastante discreta.

Tampoco el despacho era muy grande. Estaba vacío por completo, aparte de una mesa cuadrada de un material plástico que ocupaba el centro de la habitación, con cuatro sillas a cada lado, además de un teléfono que se encontraba en el suelo, en un rincón. Las paredes estaban desnudas y eran de un color amarillo sucio que reflejaba amablemente la luz hacia los tres hombres sentados a la mesa.

—¿Existe alguna posibilidad de que vosotros os hagáis cargo del caso?

El hombre que lo preguntaba, un tipo rubio de unos cuarenta años, era uno de los empleados del cuerpo, al igual que el tipo moreno vestido con vaqueros y jersey. El tercer hombre, un tipo mayor vestido con un traje de franela, estaba vinculado a la Brigada de Información de la Policía y tenía los codos apoyados sobre la mesa, mientras entrechocaba las puntas de los dedos a toda velocidad.

—Demasiado tarde —constató brevemente—. Habría sido posible hace un mes, antes de que el caso creciera tanto. Ahora, sin duda, es demasiado tarde. Llamaría mucho la atención, mucho más de lo que nos podemos permitir.

—Pero ¿hay algo que podamos hacer?

—No creo. Mientras ni siquiera nosotros tengamos clara la envergadura del caso, sólo puedo recomendaros que mantengáis la relación con Peter Strup, que no perdáis de vista a nuestro buen amigo y que, por lo demás, intentéis adelantaros a todos los demás. ¿Cómo hacerlo? No tengo ni idea.

No había nada más que añadir. Las patas de las sillas chillaron en protesta cuando los tres hombres se levantaron al mismo tiempo. Antes de dirigirse a la puerta, el invitado estrechó lúgubrementemente la mano de sus dos anfitriones, como si acabaran de estar en un entierro.

—Esto no está bien, no está nada bien. Ruego a Dios que os estéis equivocando. Buena suerte.

Diez minutos más tarde estaba de vuelta en las plantas superiores e

invisibles de la jefatura. Su jefe lo escuchó durante media hora. Luego se quedó mirando a su experimentado empleado durante más de un minuto, sin decir palabra.

—Menuda mierda —concluyó.

La comisaria principal estaba un poco molesta por la insistencia del secretario de Estado. Por otro lado, quizá sólo estaba usando el caso como una excusa para contactar con ella, la idea la halagaba. Se miró al espejo y, lo que vio, le hizo fruncir la boca en un gesto poco favorecedor. Era deprimente, cuanto más flaca estaba, más vieja parecía. Durante los últimos meses cada vez esperaba con más preocupación la siguiente menstruación, que ya no era tan fiel como antes. Vacilaba un poco, le venía cuando le parecía, y se había reducido desde una cascada de cuatro días a un riachuelo de dos. En su lugar, había registrado aterrorizada cierta tendencia hacia los sofocos. En el espejo veía a una mujer a la que la naturaleza había colocado, sin piedad, en la clase de las abuelas. Puesto que tenía una hija de veintitrés años, la posibilidad no era en absoluto una cuestión teórica.

Un estremecimiento le recorrió la espalda al pensarlo, tenía que intentarlo.

De un cajón del escritorio sacó una crema hidratante para la cara, Visible Difference. «Invisible difference», había comentado secamente su marido, una mañana hacía algunas semanas, con la boca prieta bajo la maquinilla de afeitar. Ella le había pegado tal empujón que él se había hecho un buen tajo en el labio superior.

Volvió al espejo y se aplicó la crema sobre la piel con mucho detenimiento. No sirvió de nada.

Al parecer, el secretario de Estado seguía casado. Al menos la prensa rosa no había informado de otra cosa, aun así, mantenía la posibilidad abierta. Una vez de vuelta en el sillón del jefe, le echó otra mirada al telefax antes de marcar el número de teléfono. El fax estaba firmado por el ministro en persona, pero se le indicaba que llamara al secretario de Estado.

El hombre tenía una voz profunda y agradable. Era de Oslo, pero acentuaba algunas palabras de un modo muy particular, cosa que tornaba su

voz especial y muy fácil de reconocer, era casi cantarina.

El secretario de Estado no le propuso una cena, ni siquiera un triste almuerzo. Fue breve y estuvo poco implicado, y se disculpó por el fax. Era el ministro quien había insistido. ¿Podría proporcionarle un pequeño resumen del estado de la situación? La prensa había empezado a acosar al ministro de Justicia. Quería que mantuvieran una reunión, con la propia comisaria o con el jefe de grupo. Pero no quería cenar.

En fin, si el secretario de Estado quería mostrarse distante, ella también podía hacerlo.

—Te envió el texto de la acusación. Y punto.

—Está bien —respondió el secretario de Estado y, para decepción de la comisaria, ni siquiera se tomó la molestia de discutirlo—. A mí, en realidad, me importa un bledo, pero no acudas a mí en busca de ayuda cuando el ministro empiece a dar la lata. Yo me lavo las manos. Adiós.

La comisaria se quedó muda, mirando fijamente el aparato. Qué bajón. No pensaba proporcionarle ni un dato, ni un puto dato.

Miércoles, 25 de noviembre

El ruido la pilló tan desprevenida que, del susto, casi se cae de la cama. Seguía sentada, leyendo, pese a que eran cerca de las dos de la madrugada. No es que el libro fuera especialmente emocionante, sino que se había echado una siesta de tres horas después de comer. Sobre la mesilla, que había fabricado ella misma muchos años atrás, había una vela y un vaso de vino tinto. La botella estaba medio vacía, y Karen, medio borracha.

Se levantó y se golpeó la cabeza contra el techo inclinado sobre la cama, aunque no se hizo demasiado daño. El teléfono móvil se estaba cargando en el enchufe junto a la puerta. Lo cogió y volvió a meterse entre los edredones antes de pulsar la tecla de descolgar y responder.

—Hola, Håkon —dijo, sin saber quién la llamaba. Corría un gran riesgo, puesto que lo más probable era que fuera Nils, pero sus instintos no fallaron.

—Hola —sonó débilmente en la otra punta del teléfono—. ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? ¿Qué ha dicho el tribunal?

Así que ya lo sabía.

—No han conseguido acabar hoy. Bueno, ayer. Todavía hay esperanzas. Dentro de algunas horas vuelve a empezar la jornada laboral y supongo que la resolución no tardará en llegar. La verdad es que no puedo dormir.

Le llevó media hora explicarle a Karen lo que había pasado no intentó disimular su desastrosa actuación.

—Seguro que no fue para tanto —dijo ella, sin demasiado convencimiento—. Al fin y al cabo has conseguido que el tribunal encarcele al principal

sospechoso.

—Sí, mientras dure... —respondió él en tono hosco—. Mañana se irá todo a la mierda. Está bastante claro. Y no tengo ni idea de qué vamos a hacer después. Y encima te he liado para que cometas un delito: faltar a la confidencialidad.

—Eso te lo puedes tomar con mucha calma —dijo ella descartando la idea—. Me planteé el problema de antemano y lo hablé largo y tendido con el más experimentado y sabio de mis colegas del bufete.

Håkon estuvo tentado de mencionar que el juez del caso no carecía precisamente de experiencia y que tampoco Christian Bloch-Hansen era un novato en el oficio, mientras que la competencia de Greverud & Co en ese campo estaba mucho menos clara, pero se calló. Si ella no estaba preocupada, sería mejor no preocuparla.

—¿Por qué no me avisaste de que te marchabas? —preguntó de pronto, con un claro tono de reproche.

Ella no respondió, no sabía exactamente por qué. Ni sabía por qué no le había avisado ni por qué era incapaz de responder. Por eso no dijo nada.

—¿Qué es lo que quieres de mí, en realidad? —preguntó Håkon, molesto por su prolongado silencio—. Me siento como un yoyó. Me das órdenes y me pones prohibiciones; intento acatarlas como puedo, ¡pero tú no lo haces! ¿Qué quieres que piense?

No había una respuesta clara para aquello. Karen se quedó mirando una pequeña litografía que estaba colgada sobre la cama, como si la solución al enigma estuviera escondida en el paisaje azul grisáceo. Pero no lo estaba. Aquello era demasiado para ella. No tenía fuerzas para hablar con él. En vez de decírselo, pulsó el botón de cortar con un dedo fino. Cuando soltó, todos los reproches habían desaparecido. En la habitación sólo se oía un débil zumbido tranquilizador, mezclado con los ruidos del bóxer, que estaba acurrucado a su lado, sobre la alfombra.

El teléfono se hizo notar con un sonido lastimoso. Lo dejó sonar más de diez veces antes de contestar.

—Está bien —dijo una voz muy lejana—. No hace falta que hablemos más sobre nosotros. Cuando te apetezca, puedes hablarme del asunto. En cualquier

momento. —Karen pareció no captar el sarcasmo—. La cosa es que necesitamos un nuevo interrogatorio. ¿Podrías volver a la ciudad?

—No, no quiero. No puedo. Quiero decir... Simplemente no tengo fuerzas. Tengo dos semanas de vacaciones y no pienso ver a nadie más que al viejo de la tienda. Por favor. Ahórramelo.

El suspiro de hastío no desapareció entre los ciento veinte kilómetros de líneas telefónicas, pero Karen no quiso pensar en eso. Había hecho más de lo que le correspondía en aquel caso tan espantoso. Ahora quería olvidarlo todo, olvidar al pobre holandés, olvidar el cadáver horriblemente desfigurado, olvidar la droga, los asesinatos y todos los horrores del mundo. Quería pensar sólo en sí misma y en su vida. Con eso tenía más que suficiente, mucho más.

Después de pensárselo, Håkon le propuso una alternativa.

—Entonces te mando a Hanne Wilhelmsen. El viernes. ¿Te va bien?

El viernes no le iba nada bien, y el jueves o el sábado tampoco, pero si la alternativa era ir a Oslo, tendría que aceptarlo.

—Está bien —dijo—. Tú sabes cómo llegar. Dile que le voy a marcar la salida con una bandera noruega. Así no se perderá.

Por supuesto que Håkon conocía el camino. Había estado allí cuatro o cinco veces, junto con diversos novios de Karen. En más de una ocasión, había tenido que recurrir a los tapones de oído para evitar escuchar los dolorosos sonidos de la habitación contigua, los suspiros del sexo y el crujido de la cama. Paciente como un perro, se había acurrucado en la estrecha cama de la cabaña y se había metido los tapones tan adentro que a la mañana siguiente le había costado sacárselos de las orejas. Nunca había dormido gran cosa en la cabaña de los padres de Karen, pero muchas veces había desayunado allí solo.

—Entonces le digo que esté allí sobre las doce. Que sigas teniendo buena noche. No estaba siendo una buena noche; por tanto, tampoco podía seguirlo siendo, pero la de Håkon mejoró un poco cuando ella finalizó la conversación diciendo:

—No te rindas conmigo, Håkon. Buenas noches.

Viernes, 27 de noviembre

No tenía sentido intentar que le cubrieran los gastos del viaje. Doscientos cuarenta kilómetros en un triste coche de servicio, sin radio ni calefacción, le resultaron tan poco tentadores que decidió irse en su propio automóvil. Una solicitud de ayuda por kilómetros recorridos tendría que pasar por infinitas instancias y lo más probable era que fuera rechazada.

Tina Turner berreaba un poco demasiado alto «We don't need another hero». Le sonó bien, no se sentía precisamente heroica. El caso estaba atascado. La comisión del tribunal de apelaciones había aceptado la puesta en libertad de Roger y había reducido la prisión preventiva de Lavik a una raquítica semana. La primera alegría provocada porque la comisión se mostrara de acuerdo en que había razones para catalogar a Lavik como un criminal se le había pasado en unas pocas horas; el pesimismo no había tardado en asomar su fea sonrisa por los rincones, y al poco tiempo se había apoderado de ellos de modo pegajoso y desagradable. En ese sentido estaba encantada de poder alejarse de todo durante un día. Cuando el pesebre está vacío, los caballos empiezan a morder, se dice, y en su grupo todo el mundo había empezado a pegar mordiscos. El final del plazo, el lunes por la mañana, era como un muro para todos ellos. Nadie se sentía lo bastante fuerte como para saltarlo. En la reunión matinal, a la que Hanne había acudido antes de meterse en el coche, sólo Kaldbakken y Håkon habían mostrado cierta confianza en que aún tenían alguna posibilidad. En el caso de Kaldbakken probablemente la confianza era sincera, aquel hombre nunca se rendía antes de

que fuera imprescindible, pero Hanne pensaba que las débiles energías que mostraba Håkon eran en realidad pura apariencia. El fiscal tenía los ojos enrojecidos y la cara demacrada por falta de sueño, y debía de haber perdido peso, aunque esto le había sentado bien.

En total, había catorce investigadores trabajando en el caso; cinco de ellos eran del grupo de drogas. Hubieran podido ser cien, porque el reloj avanzaba inexorablemente hacia el lunes, el plazo implacable que les habían impuesto los tres vejstorios del tribunal de apelaciones. La decisión judicial había sido brutal: si la Policía no podía aportar más de lo que tenía hasta ese momento, Lavik volvería a ser un hombre libre. Las investigaciones técnicas, los informes de las autopsias, varias listas de viajes al extranjero, una gastada bota de invierno, hojas codificadas e incomprensibles, los análisis de la droga de Frøstrup..., todo estaba apilado en la sala de emergencias, como retazos de una realidad cuyo aspecto conocían perfectamente, pero que eran incapaces de armar de modo que pudiera convencer a alguien que no fuera de la Policía. El análisis de la letra de la nota que amenazó la vida de Van der Kerch tampoco había proporcionado una respuesta clara. La habían comparado con un par de notas encontradas en el despacho de Lavik, además de con una nota que le habían hecho escribir con el mismo texto. El abogado la había escrito sin protestar y aparentemente sin comprender, pero el experto vacilaba. Le parecía apreciar ciertos rasgos en común aquí y allá, pero llegó a la conclusión de que no se podía decir nada con certeza. Subrayó que no era imposible que Lavik fuera el autor de la nota, podía haber previsto la situación y haber cambiado su propia letra. Un rinconcito en la parte alta de la T y un extraño garabato en la U podían indicar algo así, pero eso desde luego no tenía valor como prueba.

Se salió de la carretera principal a la altura de Sandefjord, una pequeña ciudad de veraneo que, bajo la niebla de noviembre, no resultaba nada encantadora. La ciudad estaba como adormilada. Sólo algún que otro valiente vestido de otoño se atrevía a enfrentarse al viento y a la lluvia que prácticamente entraba en horizontal desde el mar. El viento era tan fuerte que varias veces tuvo que agarrar el volante con firmeza, puesto que el coche perdía estabilidad y amenazaba con acabar en la cuneta.

Después de recorrer durante quince minutos una carretera sinuosa, vio la banderita que, al modo de un testarudo homenaje a la madre patria, se golpeaba en blanco, rojo y azul contra el tronco de un árbol que no se dejaba perturbar por la paliza. Qué manera tan rara de marcar un camino del bosque. Por alguna extraña razón sintió que era una irreverencia dejar la bandera del país abandonada contra las fuerzas de la naturaleza y se tomó el tiempo necesario para parar y recogerla.

No le resultó difícil encontrar el sitio. De las ventanas salía una luz acogedora que contrastaba cálidamente con la tristeza de las cabañas vecinas, cerradas durante el invierno.

Casi no la reconoció. Karen llevaba puesto un chándal del año de la polca. No pudo evitar sonreír al verlo. Era azul con unas hombreras blancas que se reunían en dos picos sobre el pecho. Ella había tenido uno igual de adolescente, que había ido haciendo las veces de prenda para jugar, ropa deportiva y pijama, hasta que acabó deshaciéndose y fue imposible encontrar otro igual.

En los pies aren llevaba unas zapatillas de lana viejísimas, agujereadas en ambos talones, y daba la impresión de que no se había peinado ni maquillado. La abogada guapa y aseada se había escondido. Hanne se pilló a sí misma buscándola por la habitación.

—Tendrás que disculparme por la vestimenta —sonrió Karen—, pero parte de la libertad que siento aquí reside en tener este aspecto.

Le ofreció a Hanne un café, pero ella prefirió un vaso de zumo. Se quedaron charlando durante media hora, después de lo cual la abogada le enseñó la cabaña y ella expresó la debida admiración. La subinspectora nunca había echado raíces en ningún sitio en el campo, sus padres siempre habían preferido viajar al extranjero durante las vacaciones. El resto de los niños de la calle la habían envidiado, pero ella les habría cambiado sus viajes por dos meses en el campo con una abuela, puesto que la única que tenía ella era una actriz fracasada y alcoholizada que vivía en Copenhague.

Al final se instalaron a la mesa de la cocina. Hanne sacó una máquina de escribir portátil de una funda gris y se preparó para el interrogatorio. Les llevó cuatro horas. En tres páginas, la abogada habló sobre el estado mental de

su cliente, sobre su relación con ella y sobre cómo interpretaba la propia Karen los verdaderos deseos del chico. A continuación redactaron una declaración de cinco hojas que, a grandes rasgos, era igual a lo que ya tenían. Firmaron detenidamente en el margen de cada hoja, además de al final de la última de ellas.

Se había hecho tarde. Hanne miró su reloj antes de aceptar la invitación a comer. Estaba muerta de hambre y calculó que le daría tiempo a comer y estar de vuelta en la ciudad antes de las ocho.

La comida no fue especialmente refinada. Albóndigas precocinadas en salsa, con patatas y una ensalada de pepino. La ensalada no pegaba nada, pensó Hanne para sus adentros, pero no se quedó con hambre, sin duda.

Karen se puso un chubasquero amarillo enorme y unas botas de marinero para acompañar a la subinspectora al coche. Se quedaron un rato comentando el paisaje antes de que Karen le diera un abrazo impulsivo a la otra mujer y le deseara buen viaje. Hanne le respondió con una sonrisa y le deseó que disfrutara de sus vacaciones.

Arrancó el coche, encendió la calefacción y puso a Bruce Springsteen a todo trapo. Luego salió traqueteando por el desastroso camino. Karen no se movió, sino que se quedó allí despidiéndola con la mano. Hanne vio por el espejo como la figura amarilla se iba encogiendo hasta desaparecer detrás de una curva. Ésa, pensó con una sonrisa en los labios, es el gran amor de Håkon Sand. Estaba totalmente convencida.

Sábado, 28 de noviembre

—¿Habéis oído el del tipo que se presentó en un prostíbulo sin un duro? ¿Y al final lo mandaron con la vieja Olga para que se diera un revolcón?

—Sííí —jadearon los demás, con lo que el contador de chistes volvió a apoltronarse en la silla y se bebió el resto del vino sin decir palabra. Era el cuarto chiste verde que intentaba contar, sin apenas respuesta de los demás. Pero su silencio no duró mucho, se sirvió más de beber, sacó pecho y lo volvió a intentar:

—¿Sabéis lo que dicen las chicas cuando les dan una gran...?

—Sííí —gritaron los otros cinco a coro; el contador de anécdotas cerró la boca.

Hanne se inclinó sobre la mesa y le dio un beso en la mejilla.

—¿No podrías dejar de contarnos esas historias unnar? La verdad es que después de haberlas oído unas cuantas veces no tienen mucha gracia.

Sonrió y le acarició el pelo. Se conocían desde hacía trece años. El hombre era más bueno que el pan, bastante bobo y el tipo más cariñoso que conocía. En compañía de otros amigos de Hanne y de Cecilie metía la pata continuamente, pero a pesar de todo era uno de ellos y las anfitrionas lo amaban y lo consideraban casi parte del inventario. Era lo más cercano que tenían las dos mujeres a un viejo amigo íntimo del barrio. Su piso se hallaba pared con pared con el suyo y estaba hecho un desastre. Carecía por completo de gusto y no se tomaba las tareas domésticas muy en serio, así que le resultaba mucho más agradable apoltronarse en los profundos sillones de sus

vecinas que pasar la noche en su propio nido sucio. Se pasaba por su casa al menos dos veces por semana y era, literalmente, uno de los invitados imprescindibles en todas las cenas.

A pesar de las vulgaridades del pesado de Gunnar, la noche pintaba bien. Por primera vez desde que, una lluviosa mañana de septiembre, encontraron un cadáver desfigurado en el río Aker, Hanne se estaba relajado. Era la una y media de la madrugada y hacía dos horas que el caso no era más que un pálido fantasma olvidado. Tal vez fuera el alcohol lo que le había provocado ese compasivo efecto. Después de dos meses de abstinencia total, cinco copas de vino tinto bastaron para provocarle un placentero mareo y para despertar sus seductores encantos. Un intenso coqueteo con los pies de Cecilie la había animado a intentar poner punto final a la fiesta, pero probablemente hubiera sido inútil. Y además se sentía a gusto. En ese momento sonó el teléfono.

—Es para ti, Hanne —le gritó Cecilie desde el pasillo.

Al levantarse de la silla, Hanne tropezó con sus propias piernas, pero se rio y salió para averiguar quién se atrevía a llamarla en plena noche de sábado. Cerró la puerta del salón a sus espaldas; estaba lo bastante sobria como para percibir la cara de disgusto de su pareja. Cecilie tapó el teléfono con la mano izquierda.

—Es del trabajo. La verdad es que me voy a enfadar en serio como te largues ahora.

Rebosante de reproches, le pasó a Hanne el teléfono.

—¡No te lo vas a creer, coño! ¡Hemos cogido al tipo, Hanne! ¡Ya lo tenemos!

Era Billy T. La subinspectora se restregó la nariz para intentar despejarse en lo posible, pero sin resultados palpables.

—¿Qué tipo? ¿A quién has cogido?

—¡Al tipo de la bota, mujer! ¡Pleno al quince! Está acojonado y listo como un tomate maduro. Eso parece.

No podía ser verdad. Se negaba a creerlo. El caso no sólo se había ido al garete, sino que habían tirado de la cadena y se dirigía ya a las cloacas. Pero ahora esto. El punto de inflexión, quizás: una persona implicada, con vida y detenida, alguien que podía contarles algo en firme, alguien a quien tenían

cogido de los huevos y que podía arrojar a Lavik al mismo lodo en el que se había revolcado la Policía durante los últimos días. Un chivato. Exactamente lo que necesitaban.

Hanne agitó la cabeza y preguntó a Billy T. si podía ir a buscarla, descartaba la posibilidad de conducir.

—Estoy allí dentro de cinco minutos.

—Que sea un cuarto de hora. Me voy a tener que dar una duchita.

Catorce minutos después, la subinspectora se despidió de sus amigos con un beso y les ordenó seguir hasta que ella regresara. Cecilie la acompañó hasta la puerta y Hanne intentó darle un abrazo de despedida, pero ella lo rehuyó.

—De vez en cuando odio ese trabajo que tienes —dijo con seriedad—. No siempre, pero de vez en cuando sí.

—¿Quién se pasó noche tras noche más sola que la una en un pueblo perdido de Nordfjord, dejado de la mano de Dios, cuando tuviste que hacer tus turnos en provincias? ¿Quién tuvo quince toneladas de paciencia durante cuatro años de guardias de noche en el hospital de Ullevål?

—Creo que fuiste tú... —admitió Cecilie con una sonrisa conciliadora.

Al final se dejó abrazar.

—Está tan limpio como un bebé recién bañado. No tiene ni una puta multa de tráfico. —Sus dedos sucios aporreaban el papel, que bien hubiera podido contener los antecedentes del primer ministro, porque no había nada—. Y siendo así —Billy T. sonrió de oreja a oreja—, con ese expediente impoluto, va a tener que darnos una puta explicación que nos convenza para andar amenazando con una pistola a la Policía en medio de la calle. Está ahí dentro temblando como un flan.

Llevaba razón. De cómo se reaccionaba ante una detención se podía sacar mucha información. Ciertamente, los inocentes también se asustaban, pero en esos casos era un miedo manejable, un sentimiento que se podía paliar recordando que, si todo era un malentendido, antes o después se aclararía. Nunca les llevaba más de un cuarto de hora calmar a un inocente. Según Billy

T., este detenido llevaba dos horas aterrorizado.

No tenía sentido comenzar el interrogatorio esa misma noche. Ella no estaba lo bastante sobria y era obvio que al preso le iba a sentar bien esperar. El fiscal adjunto lo había acusado de amenazas contra la Policía, con eso bastaba para retenerlo hasta el lunes.

—¿Cómo lo has encontrado?

—No he sido yo, lo han encontrado Leif y Ole. Menuda suerte, no te lo creerías.

—¡Prueba!

—Hay un tipo al que vigilamos hace mucho, pero nunca hemos encontrado nada contra él; es un estudiante de Medicina con buenas costumbres. Vive en un barrio bonito y decente, en Roa, en un bloque bonito y decente de poca altura, conduce un coche un poco demasiado bonito y decente y se rodea de mujeres que son todo menos decentes, pero sí bonitas. Nos llegó la información de que podía estar en posesión de una pequeña partida y decidimos comprobarlo. Dimos en el clavo. Los chicos encontraron quince gramos, además de una pequeña partida de hachís. Ole se dio cuenta enseguida de que no iba a llegar a casa a tiempo para reunirse con su mujer. Un registro concienzudo del piso iba a llevarle bastante tiempo. Ahora bien, resulta que, aunque suene increíble, el tipo no tenía teléfono. Así pues, Ole llamó a la puerta del vecino, un tipo de unos treinta años. Nacido en 1961, para ser exactos. —Sus dedos volvieron a bailar sobre la copia de Strasak, el archivo informático de la Policía—. Evidentemente resulta incómodo recibir una visita de la Policía a las nueve y media de la noche de un sábado, pero no es como para quedarte paralizado y cerrarle la puerta en las narices al agente.

A Wilhelmsen no le extrañaba nada que alguien le cerrara la puerta en las narices a Ole Andresen. Tenía el pelo hasta la cintura y presumía de lavárselo cada quince días, «aunque no estuviera sucio». Llevaba la raya en medio, como un hippie superviviente, y a través de la cortina de pelo asomaba una enorme nariz llena de espinillas y una barba que hubiera despertado la envidia de Karl Marx. Volvió a pensar que era plausible asustarse, pero sabiamente mantuvo la boca cerrada.

—Pero no podía haber hecho una tontería peor. Ole volvió a llamar y el

pobre hombre no pudo sino abrir. Lo malo es que estuvo unos minutos a solas en el piso y lo fantástico es que al final abrió... —Billy T. se moría de la risa y las carcajadas iban en aumento; Hanne no pudo sino reírse también un poco, aunque no tenía la menor idea de qué era lo que le resultaba tan gracioso; finalmente Billy T. se controló y continuó—: Y cuando por fin abrió la puerta, ¡salió con las manos en alto! —Volvió a darle un ataque de risa y esta vez Hanne también se rió con ganas—. Con las manos en alto, como en una película. Y antes de que Ole pudiera decir nada, sólo le había mostrado su placa de Policía, el tipo se colocó de cara a la pared con las piernas separadas. Ole no entendía nada, pero lleva el tiempo suficiente en el oficio como para saber que algo turbio tenía que haber. Y, en un estante, encontró el par de la bota perdida. El bueno de Ole sacó mi patrón y lo comparó con la bota. Hemos dado en el clavo. El tipo se echó a llorar, con las palmas de las manos aplastadas contra la pared. —Los dos se reían a carcajadas y se les saltaban las lágrimas—. ¡Y Ole sólo pretendía que le dejaran el teléfono! — En realidad no era tan increíblemente gracioso, pero era muy tarde y ambos sentían alivio, un enorme alivio—. Esto es lo que encontramos en el piso — dijo el policía, agachando su cuerpo desgarrado hacia una bolsa que tenía en el suelo.

Una pistola de calibre fino golpeó la mesa y, a continuación, una bota de invierno vieja, del número 44, apareció ante Wilhelmsen.

—Esto tampoco es como para que te entren los siete males —constató Hanne satisfecha—. Debe de tener algo más que aportar.

—Dale una ración especial de Hanne Wilhelmsen. Mañana. Y ahora te vas a casa y sigues divirtiéndote.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Domingo, 29 de noviembre

—Flan, gelatina, hojarasca, lo que quieras. Tienes un temblor de cojones, así que como no seas capaz de sacarme un certificado médico que garantice que padeces un párkinson avanzado, yo aseguraría que estás a punto de mearte de miedo.

Wilhelmsen no debería haber dicho eso. Silenciosamente, se formó un charquito a los pies del detenido, un charquito que fue creciendo despacio hasta tocar las cuatro patas de la silla. La subinspectora suspiró, abrió la ventana y decidió que lo iba a dejar un rato con los pantalones mojados. Por si fuera poco, el chico había empezado a llorar un poco, un llanto lastimoso que no despertó en ella ningún tipo de compasión, sino que, más bien al contrario, le irritó ostensiblemente.

—Deja de lloriquear. No voy a matarte. —Sus palabras no sirvieron de nada. El chico siguió gimoteando sin lágrimas; le pareció estar enfrentándose a un niño malcriado—. Tengo amplios poderes —mintió Hanne—. Muy amplios poderes. Tú estás metido en un buen lío, pero las cosas mejorarían bastante si mostraras un poco de buena voluntad, algo de flexibilidad, si nos dieras algo de información. ¿Qué relación tienes con el abogado Jørgen Lavik?

Era la enésima vez que se lo preguntaba, pero tampoco esta vez tuvo suerte. Completamente desanimada, dejó al detenido en manos de Kaldbakken, quien hasta ese momento se había mantenido callado en un rincón.

Tal vez él pudiera sacarle algo al tipo, aunque la verdad es que no tenía mucha fe en ello.

Håkon se deprimió cuando le resumió la situación. Daba la impresión de que el tipo de Roa prefería sufrir los martirios del Infierno antes que las represalias de Lavik y su organización. Así pues, la policía no lo tenía todo tan controlado como habían creído Hanne y Billy T. la noche anterior, cuando no podían parar de reír. Aun así, la batalla todavía no estaba perdida.

Lo estuvo cinco horas más tarde, cuando Kaldbakken se hartó, dejó un rato solo al llorica y sacó a Hanne al pasillo.

—No podemos seguir —dijo en voz baja, con una mano sobre el pomo de la puerta, como para asegurarse de que nadie se lo iba a robar—. Está exhausto y además tenemos que dejar que lo vea un médico. Ese temblor no es natural. Tendremos que volver a intentarlo mañana.

—¡Tal vez mañana sea demasiado tarde!

La subinspectora Wilhelmsen estaba desesperada, pero no sirvió de nada. Kaldbakken había tomado una decisión y, en tales casos, no había quien le hiciera cambiar de opinión.

Fue Hanne quien tuvo que comunicarle las malas noticias a Håkon, quien las escuchó sin decir palabra. Al acabar, Hanne se quedó sentada sin saber qué hacer, pero decidió que lo mejor era dejarlo tranquilo.

—Por cierto, metí el interrogatorio de Karen en tu carpeta del caso —dijo antes de irse—. El viernes no me dio tiempo a hacer copias. ¿Podrías hacerlas tú antes de irte? Yo me voy, que hoy es el primer domingo de Adviento.

Lo último pretendía ser una disculpa, aunque fue innecesaria. Él la despachó agitando la mano. Cuando Hanne cerró la puerta a sus espaldas, Håkon se inclinó sobre la mesa y apoyó la cabeza en los brazos.

Estaba agotado y quería irse a casa.

Lo malo fue que se le olvidó hacer copias del interrogatorio, se acordó en el coche, de camino a casa. En fin. Podía esperar hasta el día siguiente.

A pesar de rondar la edad de la jubilación, se movía con la agilidad de un atleta. Eran las cuatro de la madrugada del lunes, esa hora en la que el noventa y cinco por ciento de la población está durmiendo. Las luces de un enorme árbol de Navidad parpadeaban entre la hojarasca para mantenerse despiertas y

las paredes de cristal de los locales de guardia del grupo de crimen arrojaban una pálida luz azulada, pero, por lo demás, estaba todo a oscuras. Sus suelas de goma no hacían ruido a pesar de que correteaba por el pasillo, pero agarró con fuerza el imponente manajo de llaves para que no sonaran. Una vez delante del despacho señalado con el nombre de Håkon Sand, no tardó en encontrar la llave correcta. Pocos segundos después cerraba la puerta tras de sí. Luego sacó una pesada linterna cubierta de goma, cuyo haz de luz era tan potente que por un momento lo cegó.

Fue todo casi demasiado fácil. La carpeta estaba encima de la mesa y el interrogatorio que buscaba fue lo primero que encontró dentro. Hojeó rápidamente el resto del montón, pero era evidente que no había más copias, al menos de aquellos documentos. Recorrió el papel con la luz de la linterna. ¡Era el original! Se apresuró a plegarlo y lo introdujo en el fondo de un bolsillo interior de su amplia chaqueta de tweed. Echó un rápido vistazo para asegurarse de que todo estaba como cuando llegó, y a continuación se dirigió a la puerta, apagó la linterna antes de salir y cerró con llave. Un poco más adelante en el pasillo, abrió otra puerta con otra llave. También en este despacho el expediente estaba sobre el escritorio, abierto y dividido en dos pilas desordenadas, como si se hubiera quedado dormido por el agotamiento provocado por su exceso de volumen. Esta vez la búsqueda le llevó más tiempo. El interrogatorio no se encontraba donde le correspondía. Siguió buscando, pero como el documento de ocho páginas no aparecía, empezó a registrar sistemáticamente otros sitios.

Al cabo de quince minutos tiró la toalla. No podía haber otra copia. La idea lo animó, y no era del todo ilógica. Según se desprendía de los informes, Hanne Wilhelmsen no había regresado al despacho hasta las siete y media de la tarde del viernes. Tal vez no había tenido la paciencia de esperar los veinte minutos que tardaba la fotocopidora en calentarse.

La teoría se vio reforzada por el registro del tercer despacho, el de Kaldbakken. Si tanto Wilhelmsen como el inspector carecían de copias, era bastante probable que sólo existiera el original del documento, que ahora se encontraba en su bolsillo.

A los pocos minutos ya no estaba allí. Primero lo pasó por una máquina de

destrucción de documentos, hasta que adquirió el aspecto de un montón de espaguetis secos y malogrados. Luego lo dejó todo en un cuenco durante el rato que tardaron las llamas en destruirlo por completo; al final, reunió las cenizas en un trozo de papel higiénico, las tiró al inodoro y tiró de la cadena. El servicio se encontraba al fondo del pasillo de la planta más invisible de la comisaría. El hombre de la Brigada de Información de la Policía limpió las últimas pavesas de ceniza del inodoro con un cepillo bastante usado; de ese modo, el viaje de Hanne Wilhelmsen a una fría zona de Vestfold pasó al olvido.

Una vez de vuelta en su despacho, el hombre sacó el teléfono móvil y marcó el número de uno de los dos hombres con los que se había reunido un par de días antes en la calle Platou.

—He ido tan lejos como podía ir —dijo en voz baja, como por respeto al edificio adormilado—. La declaración de Karen Borg ha desaparecido del caso. Es una putada hacerle algo así a unos compañeros. A partir de ahora tendréis que apañaros sin mí.

No esperó a que le respondieran antes de cortar la conversación. En su lugar, se acercó a la ventana y contempló Oslo. La ciudad se extendía pesada y fatigada a sus pies, como una vieja ballena dormida cubierta de algas luminiscentes. Suspiró y se echó sobre un sofá pequeño y muy incómodo para esperar el comienzo de la jornada laboral. Antes de dormirse, el mismo pensamiento volvió a asaltarlo: era una putada hacerle algo así a unos compañeros.

Lunes, 30 de noviembre

No me extraña que esta gente haya conseguido funcionar durante tanto tiempo. Nunca he visto un caso en el que tengan a su gente tan controlada, no en el mundillo de la droga. Es asombroso. ¿No suelta prenda?

Kaldbakken estaba francamente sorprendido. Estuvo seis años en el grupo de drogas y sabía de lo que hablaba.

—Bueno, tampoco es que tengamos tantas cosas con las que acusar al tipo —constató Wilhelmsen en tono lúgubre—. Las amenazas a la autoridad no te dan derecho más que a unas breves vacaciones en una celda bonita. En ese sentido le conviene no hablar. No cabe duda de que parece aterrorizado, pero no lo bastante como para perder la cabeza. Es incluso lo bastante astuto como para haber reconocido que fue él quien apuntó a Billy T., así que vamos a tener que soltarlo hoy mismo. Con eso no basta para retenerlo. Si confiesa, no hay peligro de destrucción de pruebas.

Era evidente que podían seguir al tipo, podían vigilarlo durante algunos días, pero ¿durante cuánto tiempo? Gran parte de su capacidad estaba acaparada por el seguimiento, las veinticuatro horas al día, de Roger de Sagene. Si soltaban ese día a Lavik, sencillamente iban a tener problemas de falta de personal. A corto plazo se podían resolver, sin duda, pero estos tipos no iban a hacer nada malo en los próximos días ni semanas. Era probable que pasaran meses antes de que reanudaran algo que pudiera tener interés y, a esas alturas, la Policía no se percataría. No por propia voluntad, sino porque los presupuestos no toleraban semejantes extravagancias, ni siquiera en un caso de

dimensiones tan grandes. Pan comido. Como siempre.

Håkon no había dicho nada. Se había dejado llevar por la apatía. Estaba asustado, harto y profundamente decepcionado. Sus sienes grises se habían tornado más grises, su acidez de estómago más ácida y sus manos húmedas más húmedas. Ya no le quedaba más que la declaración de Karen, y no estaba claro que fuera suficiente. Se levantó resignado y abandonó la reunión sin decir una palabra. Dejó tras de sí un gran silencio.

La declaración no estaba donde él la había dejado. Distraídamente abrió un par de cajones, ¿podría haberlo metido allí? No, todo lo que encontró fueron unos casos insignificantes que estaban ya tan caducados que intentaba aplacar su mala conciencia apartándolos de su vista, pero estaba tan agotado que su conciencia no se dejó afectar por el reencuentro.

El interrogatorio no apareció en ningún sitio del despacho. Era extraño, estaba convencido de haberlo dejado justo ahí, sobre la pila de documentos. Con el ceño fruncido, empezó a repasar el día anterior. Iba a sacar unas copias, pero luego se le había olvidado. ¿O sí había pasado por la sala de la fotocopidora? Fue a comprobarlo.

La máquina iba a todo trapo. Una oficinista sesentona, bajita y corpulenta, le aseguró que, al llegar ella, no había nada allí. Por si acaso echó un vistazo detrás y debajo de la fotocopidora, pero el documento tampoco se había escondido allí.

Hanne no lo había cogido y Kaldbakken ya le había solicitado una copia y se limitó a encogerse de hombros con desánimo al jurarle que él nunca había llegado a verlo.

Håkon empezó a preocuparse en serio. El documento era lo único que mantenía algo parecido a la esperanza de obtener una ampliación de la prisión preventiva. Antes de irse a casa la noche anterior, lo había recorrido con sus ojos enrojecidos. Era exactamente lo que necesitaba, minucioso y hecho en profundidad, convincente y bien redactado. Pero ¿dónde coño estaba?

Era el momento de dar la alarma. Eran las nueve y media de la mañana y la solicitud de prolongación de la prisión preventiva tenía que estar lista antes de las doce para llevársela al juez. En realidad, la vista oral estaba prevista para las nueve de la mañana; sin embargo, ya el viernes, Bloch-Hansen había

pedido que se pospusiera algunas horas. El abogado tenía un juicio esa misma mañana y prefería no enviar a un ayudante a una cita tan importante. Quedaban dos horas y media. En realidad era el tiempo justo para dictar una solicitud. No quedaba tiempo para una búsqueda, y sin ese documento se quedaban sin prisión preventiva.

Sobre las diez y media se suspendió la búsqueda. El documento había desaparecido sin dejar rastro. Hanne estaba desconsolada y se echaba toda la culpa. Tendría que haberse asegurado de hacer las copias enseguida. Pero el hecho de que asumiera toda la responsabilidad no ayudaba en absoluto a Håkon. Todo el mundo sabía que él era último que había tenido en su poder los papeles.

Karen podía venir a declarar. Podría conseguir un aplazamiento de una hora, de manera que tuviera tiempo de acudir desde la cabaña. Tendría que darle tiempo a llegar.

Pero no cogía el teléfono. Håkon la llamó cinco veces sin resultado alguno. Mierda. El pánico acechaba al fiscal adjunto, con sus pequeñas pezuñas afiladas trepaba ya por su espalda. Era muy desagradable. Sacudió violentamente la cabeza, como si eso le pudiera ayudar.

—Llama a Sandefjord o a Larvik. Que vayan a recogerla. De inmediato.

El tono de comando no consiguió camuflar su angustia. Daba igual, Wilhelmsen estaba igual de asustada. Cuando hubo hablado con la jefatura de Larvik, porque tenía la errónea impresión de que era la más cercana de las dos, volvió corriendo al despacho de Håkon, pero se lo encontró borde y cortante, y muy ocupado intentando componer un texto que se pareciera a algo sólido. No era una tarea nada fácil, con el material de tercera con el que se había quedado.

Maldijo al tipejo ese de la bota. Håkon se sentía tentado de ir corriendo a buscarlo para ofrecerle cien mil coronas por hablar. Si no surtía efecto, siempre podía pegarle una paliza, o tal vez matarlo, de puro enfado y furia. Por otro lado, tanto Frøstrup como Van der Kerch habían comprado y pagado su billete al más allá, así que tal vez la Policía no tardara en tener otro suicidio sobre sus espaldas. Que Dios no lo quisiera. Además, ese mismo día tenían que soltar al tipo, aunque pensaban retenerlo lo máximo posible.

Al cabo de una hora no había nada más que hacer. A la secretaria le llevó doce minutos pasar a limpio lo que le había dictado. El fiscal lo leyó con un desánimo que iba creciendo por cada línea. La mujer lo miró con compasión, pero no dijo nada. Probablemente fuera lo mejor.

—Karen no está en la cabaña. —Hanne estaba en la puerta—. El coche está allí y la luz de la cocina sigue encendida, pero no ven al perro ni a ninguna persona. Tiene que haberse ido de excursión.

De excursión: su amada Karen, su clavo ardiendo y su única esperanza. La mujer que podía salvarlo a él de la humillación total, salvar a la Policía de los titulares del escándalo y salvar al país de un asesino y narcotraficante, estaba dando un paseo. Tal vez en esos precisos instantes estuviera paseando por las playas de Ula, arrojando palos al perro e inspirando el aire fresco del mar a años luz de distancia de su caluroso despacho de la comisaría, cuyas paredes habían empezado a desplazarse, a juntarse hasta amenazar con ahogarlo. Se la estaba imaginando, con su viejo chubasquero amarillo, el pelo mojado y la cara sin maquillar, como iba siempre los días de lluvia en la cabaña. De excursión. Se había ido de puta excursión un día que diluviaba.

—¡Pues que los policías también se vayan de excursión! ¡Esa zona tampoco es tan grande, coño!

Era injusto pagarlo con Hanne y se arrepintió enseguida. Intentó paliar su exabrupto con una sonrisa pálida y un triste movimiento de cabeza.

Hanne dijo en voz baja que ya les había pedido que lo hicieran. Aún quedaba tiempo, todavía podían mantener la esperanza. Una apresurada mirada al reloj le obligó a preguntarle si ya había dado aviso del retraso.

—Les he pedido un aplazamiento hasta las tres, y me lo han concedido hasta las dos. Nos queda una hora. Supongo que me darían más si les pudiera prometer que Karen va a venir; como no pueda, la vista empezará a las dos.

Lejos, lejos de allí, una figura amarilla caminaba junto a un mar de invierno, alimentándolo con piedras. El bóxer se zambullía en las aguas agitadas y frías, pero eso no lo detenía, sus instintos se negaban en redondo a abstenerse de perseguir cualquier objeto que fuera arrojado. Nunca había

estado constipado, pero en aquellos momentos temblaba vigorosamente. Karen se paró y sacó un jersey viejo de la mochila, con el que abrigó al bóxer. Aquello le confirió un aspecto ridículo, con un jersey rosa de angora que se le fruncía por las patas delanteras y le colgaba del resto de su enclenque cuerpo, pero al menos dejó de temblar.

Había llegado ya al extremo de los cabos al sur de Ommane y estaba buscando un cálido rincón resguardado en el que ya se había refugiado muchas veces en días como éstos, pero que siempre le resultaba igual de difícil de encontrar. Ahí estaba. Se sentó sobre un cojín aislante y sacó el termo. La leche con cacao tenía un definido sabor a muchos años de café impregnado, pero no le importó. Permaneció mucho tiempo sentada, ensimismada y rodeada del ruido del mar revuelto y del viento que se cortaba en la gran piedra a sus espaldas. El bóxer se había acurrucado a sus pies y parecía un caniche rosa. Por algún motivo u otro se sentía inquieta. Había ido allí buscando paz, pero ésta había desaparecido. Era raro, la tranquilidad siempre había estado dispuesta a citarse con ella allí. Tal vez se hubiera enamorado de otra. Menuda traición.

Los agentes de Policía no la encontraron. Aquel día no llegó a Oslo y ni siquiera supo que la estaban buscando.

Como era obvio, la cosa tenía que salir mal. Sin un solo asidero nuevo, no había nada más que aportar al juez. En esta ocasión, a Bloch-Hansen no le llevó más de veinte minutos convencer al tribunal de que prolongar la prisión preventiva constituía una decisión insensata. Como era natural, el trabajo de Lavik se estaba viendo muy afectado por su encarcelamiento. Estaba perdiendo treinta mil coronas a la semana. Además, el abogado no era el único afectado: tenía dos empleados cuyos puestos de trabajo estaban amenazados por su ausencia. Su posición y su estatus social acentuaban sus padecimientos en este contexto y los enormes titulares de los periódicos no contribuían precisamente a mejorar la situación. Si el tribunal, contra todo pronóstico, aún pensaba que había motivos para seguir sospechando de él en un caso penal, al menos debía mostrar consideración por la carga extrema que suponía el

encarcelamiento. En una semana, la policía debería haber conseguido aportar algo más, y no lo había hecho. El abogado debía ser puesto en libertad. Su salud corría peligro, no había más que verlo para darse cuenta de ello.

Y el juez lo veía. Si en la vista anterior había tenido mal aspecto, en esta ocasión desde luego no había mejorado. No hacía falta ser médico para ver que el hombre estaba consumido. La ropa había empalidecido al ritmo de su propietario; el joven abogado, antes tan boyante, tenía pinta de haber sido detenido después de una malograda cena de Navidad para indigentes.

El juez se mostró de acuerdo. Su decisión fue dictada en ese mismo momento. La profunda depresión de Håkon encontró algún obstáculo cuando llegaron al punto del motivo razonable de sospecha, que seguía vigente. Sin embargo, el alma volvió a caérsele a los pies cuando el juez describió en palabras bastante desagradables la incapacidad de la Policía para hacer avanzar el caso e hizo hincapié en lo lamentable que era que las circunstancias en torno a la desaparición de la declaración de Karen Borg no se hubieran aclarado.

El peligro de destrucción de pruebas era también obvio, pero por desgracia al juez le pareció igualmente obvio que prolongar la preventiva era una actuación insensata. El hombre iba a ser puesto en libertad, aunque tendría que presentarse en el juzgado todos los viernes.

¡Presentarse en el juzgado! Menudo consuelo. Håkon recurrió de inmediato la decisión y pidió que se pospusiera la puesta en libertad. Eso al menos les proporcionaría un día más. Un día era un día. Aunque Roma no se hubiera construido en tan poco tiempo, muchos casos habían visto cambiar su suerte gracias a unas pocas horas extra.

El fiscal adjunto Håkon Sand no podía creer lo que estaba oyendo cuando el juez le dejó claro que tampoco le iba a conceder esa petición. Intentó protestar, pero fue rechazado con firmeza. La Policía había tenido su oportunidad y la había desperdiciado. Ahora tendrían que apañárselas sin la ayuda del tribunal. Sand respondió que entonces no tenía sentido recurrir y, en un ataque de enfado, retiró el recurso. El juez no se dejó afectar y antes de levantar la sesión comentó secamente: —Si tenéis suerte, os libraréis de una demanda de indemnización. Si tenéis suerte de verdad.

Pusieron en libertad a Jørgen Ulf Lavik esa misma noche. En el momento en que salió pareció erguirse dentro de su traje, dio la impresión de crecer algunos centímetros y de recuperar al menos algunos de los kilos que había perdido. Abandonó la comisaría riéndose, por primera vez en diez días.

Ni Hanne Wilhelmsen ni Håkon Sand se rieron, ni tampoco nadie más en el gran edificio de la calle Grønland 44.

Había salido bien. Lo cierto es que había salido todo bien. La pesadilla había terminado y no habían encontrado nada. Si hubieran encontrado algo, seguiría detenido. Pero ¿qué podían encontrar? Le dio gracias al destino, porque tan sólo unos días antes de su detención había sustraído la llave de debajo del armario y la había escondido en un sitio más seguro. Tal vez el viejo estuviera en lo cierto cuando afirmaba que las fuerzas del bien estaban de su parte. Los dioses sabrían por qué.

Aun así había algo que no acaba de entender. Cuando escogió como defensor al abogado del Tribunal Supremo Christian Bloch-Hansen, lo hizo porque estaba convencido de que era el mejor. El culpable necesita al mejor; el inocente puede apañarse con cualquier cosa. Y Bloch-Hansen había estado a la altura de sus expectativas, probablemente a él no se le hubiera ocurrido lo de la confidencialidad de la información de Karen Borg. El abogado defensor había hecho un gran trabajo y lo había tratado con corrección y cortesía, pero en ningún momento se había mostrado ni cálido ni comprensivo ni receptivo. No se había implicado en el caso. Bloch-Hansen había hecho su trabajo y lo había hecho bien, pero en sus agudos ojos había relumbrado algo que podría parecer odio, tal vez incluso desprecio. ¿Creía que era culpable? ¿Se negaba a creer sus plausibles historietas, tan plausibles que casi se las creía él mismo?

El abogado Lavik se desembarazó de la idea. Ya no tenía importancia. Era un hombre libre y no le cabía duda de que el caso sería sobreseído en poco tiempo. Le pediría a Bloch-Hansen que se encargara de eso. Lo del billete de mil coronas había sido un enorme error, pero por lo que sabía se trataba del

único verdadero error que había cometido. Nunca, nunca, nunca, se volvería a poner a sí mismo en una situación semejante. Sólo le quedaba una cosa por hacer y había tenido tiempo de sobra para planearla, varios días, aunque ahora tendría que realizar ciertos ajustes en su plan, en ese sentido Sand le había hecho un regalo al explicar la ausencia de Karen Borg diciendo que estaba de vacaciones. Al juez le había irritado que la Policía tuviera problemas para contactar con una persona que se encontraba en Vestfold, como si aquello estuviera en la otra punta del mundo. No lo estaba. El abogado sabía exactamente dónde se hallaba. Nueve años antes habían estado allí junto con todos los representantes de los estudiantes que formaban parte del consejo de facultad. Progresistas y conservadores. En aquella ocasión tuvo la sensación de que la mujer tal vez estuviera enamorada de él, sin embargo, el abismo político que los separaba había imposibilitado cualquier acercamiento. Ahora bien, como se estaba hablando de restringir el acceso a los estudios, todos ellos habían dejado a un lado las grandes batallas políticas para reunir sus fuerzas en torno a la lucha contra la exclusión de estudiantes; Karen Borg se había propuesto como anfitriona de aquella histórica reunión, que acabó girando más en torno al vino que a la política, aunque por lo que podía recordar había sido un fin de semana agradable.

Tenía prisa y le iba a resultar difícil deshacerse de los moscones que sabía que le iban a perseguir durante bastante tiempo, pero podría con ello. Tenía que poder. Si se libraba de Karen Borg, nunca conseguirían cogerlo. Ella era el último obstáculo entre su persona y la libertad definitiva.

El Volvo azul oscuro había llegado al garaje, patinó un poco en el resbaladizo acceso, pero aun así encontró su sitio, como un caballo viejo que retorna a su establo tras una dura jornada de trabajo. Lavik se inclinó por encima del volante, hacia su pálida mujer, y la besó con ternura mientras le daba las gracias por su apoyo.

—Ahora va a ir todo bien, cariño.

Dio la impresión de que ella no le acababa de creer.

¿Debería llamarla o no debería? ¿Debería ir a buscarla o no? Deambulaba

inquieto por su pequeño apartamento, que mostraba claros indicios de no haber sido, en los últimos días, más que un lugar por donde se pasaba para coger la colada y echar una cabezadita. Pero ya no le quedaba más ropa limpia y tampoco era capaz de conciliar el sueño.

Se mareó y tuvo que agarrarse a la estantería para no caer al suelo. Por suerte, tenía una botella vieja de vino tinto en el fondo de la nevera. Media hora más tarde estaba vacía.

Había perdido el caso, y probablemente también a Karen. No tenía sentido contactar con ella. Todo había terminado.

Se sentía fatal y arremetió contra media botella de aguardiente de patata, que llevaba en el congelador desde las Navidades del año anterior. Al final el alcohol surtió efecto y se quedó dormido. Durmió mal y tuvo pesadillas con grandes abogados demoníacos que lo perseguían y con una diminuta figura amarilla que lo llamaba desde una nube en el horizonte. Intentaba correr hacia ella, pero las piernas le fallaban y nunca llegaba hasta ella. Finalmente, Karen desaparecía, y él se quedaba tirado en el suelo mientras la figura amarilla salía volando y unos cuervos con capa le sacaban los ojos a un pequeño fiscal adjunto.

Martes, 1 de diciembre

Todo aquel jaleo, la brillantina y los chillones farolillos de plástico que algunos consideraban que conferían un aspecto navideño a las calles, empezaban, por fin, a tener algo de sentido. Al menos ya era diciembre. La nieve había vuelto y los comerciantes se habían percatado entusiasmados de que el consumo personal del pueblo noruego se había incrementado unos pocos puntos en el último año. Eso generaba grandes expectativas de ganancias e impulsaba a recargar los escaparates. En Navidad, los tilos de la calle Karl Johan sustituían a sus primos de hojas perennes, aunque parecían desnudos y algo embarazados con sus luces de Navidad. Dos días antes se habían encendido solemnemente las luces del enorme abeto de la plaza de la Universidad, pero aquel día sólo lo estaba disfrutando un triste oficial del ejército de salvación que, tiritando de frío, sonreía esperanzado a cualquiera que aquella mañana pasara apresurado por delante de su bote de dinero, sin disponer de un solo minuto de sobra para detenerse a admirar el enorme árbol.

Jørgen Lavik sabía que lo estaban vigilando. En varias ocasiones se detuvo bruscamente y miró hacia atrás, pero le resultaba imposible distinguir a quien le estaba siguiendo. Todo el mundo tenía la misma mirada vacía; sólo alguno de ellos miró con curiosidad al abogado Lavik, como si lo reconociera, «¿Dónde lo habré visto antes?». Por suerte, las fotografías de la prensa diaria eran tan malas y tan viejas que era probable que nadie lo reconociera de inmediato.

Pero sabía que estaban detrás de él. Eso le complicaba las cosas, pero al

mismo tiempo le proporcionaba una coartada perfecta. Podía volverlo todo a su favor. Suspiró profundamente, se sentía muy lúcido.

La visita al despacho fue corta. A la secretaria estuvo a punto de caérsele la dentadura postiza de pura alegría de verle y le propinó un abrazo que olía a vieja y a lavanda. Resultó casi enternecedor. Tras dedicarle unas horas a los asuntos más urgentes, dio aviso de que iba a pasar el resto de la semana en su cabaña de la montaña. Estaría localizable por teléfono y se llevaba consigo una pila de casos, un aparato de fax portátil y un ordenador. Probablemente volvería el viernes, al fin y al cabo tenía que presentarse en el juzgado.

—Así que tendrás que ocuparte tú del negocio, Caroline, como has estado haciendo estos días —le dijo a la secretaria para darle ánimos.

Su boca volvió a desplegarse en una sonrisa gris y la alegría por el halago hizo que se le formaran pequeños soles rojos en las mejillas. Se le plegaron las rodillas coquetamente, pero se contuvo antes de que la reverencia llegara a ser demasiado profunda. Claro que ella se ocuparía del negocio, y esperaba que él disfrutara mucho de sus vacaciones. ¡Se las merecía!

Eso mismo pensaba él. Pero antes de irse pasó por el servicio y sacó el teléfono móvil que había cogido del estante de uno sus colegas. Se sabía el número de memoria.

—Vuelvo a estar en la calle. Puedes relajarte.

El susurro apenas se oyó a causa del molesto ruido de una cisterna defectuosa.

—No me llames, y mucho menos ahora —le espetó el otro, pero no colgó.

—Es un teléfono seguro, puedes relajarte —repitió él, aunque no sirvió de nada.

—¡No me digas!

—Karen Borg está en su cabaña de Ula, pero no va a permanecer allí mucho tiempo. Puedes estar seguro. Ella es la única que puede cazarme a mí, y yo soy el único que puede cazarla a ella. Si a mí me van bien las cosas, a ti también te irán bien.

Las protestas del viejo no llegaron a oírse. La comunicación ya se había cortado. Jørgen Ulf Lavik meó, se lavó las manos y salió a reunirse con sus invisibles guardianes.

Pronto iba a tener que hacer algo con su corazón. Las medicinas que le habían dado ya no funcionaban, por lo menos no muy bien. En dos ocasiones había estado al borde de sentir el mordisco de la muerte, del mismo modo en que lo había derribado tres años antes. El entrenamiento sistemático y la dieta magra probablemente lo habían ayudado hasta ese momento, pero la situación por la que estaba pasando en las últimas semanas no se podía compensar haciendo footing y comiendo zanahorias.

Habían ido a buscarlo. En cierto sentido los había estado esperando desde que la pelota de nieve empezó a correr. Sólo podía ser una cuestión de tiempo. A pesar de que la descripción en el Dagbladet del presunto hombre fuerte de la organización había sido bastante general y podría encajar con cientos de personas, el retrato había resultado un poco demasiado evidente para los chicos de la calle Platou. Una tarde, cuando volvía a casa desde el trabajo, de pronto estaban ahí. Eran tan anónimos como el trabajo que realizaban, dos hombres iguales, igual de altos, vestidos igual. Con amabilidad pero decisión, lo habían metido en un coche. El viaje duró media hora y finalizó delante de su propia casa. Él lo había negado todo y ellos no le habían creído, pero sabían que él sabía que era conveniente para todos que saliera indemne del asunto. Eso lo tranquilizaba un poco. Si se llegaba a saber para qué se había empleado el dinero, el asunto iba a arrastrarlos a todos. Era cierto que sólo él sabía de dónde provenía el capital, pero los demás habían cogido el dinero y lo habían usado. Nunca le habían preguntado nada ni habían comprobado nada ni habían investigado nada, lo cual los dejaba en una situación delicada.

Lavik era el gran problema. El tipo había perdido la cabeza. Estaba bastante claro que pretendía quitarle la vida a la abogada Borg, como si eso fuera a solucionar algo. Él sería el sospechoso número uno, al instante. Además: ¿quién podía saber si había hablado con más gente o si había escrito algo que aún no había llegado a manos de la Policía? Matar a Karen Borg no solucionaba nada.

Matar a Jørgen Lavik, en cambio, lo solucionaba casi todo. En el mismo momento en que se le ocurrió la idea, la vio como su única posibilidad. El

exitoso asesinato de Hans A. Olsen había bloqueado con eficacia cualquier problema en esa rama de la organización. Lavik lo estaba complicando todo, para él mismo y para el viejo. Había que pararle los pies.

La idea no lo asustaba, le resultaba más bien tranquilizadora. Por primera vez en varios días, su pulso latía constante y tranquilo. Su cerebro parecía estar lúcido y la capacidad de concentración estaba regresando de sus largas vacaciones.

Lo mejor era acabar con él antes de que le diera tiempo a enviar a Karen Borg al dudoso cielo de los abogados. El asesinato de una abogada joven, guapa y, en este contexto, inocente, causaría demasiado revuelo. Tampoco un abogado drogadicto y desesperado iba a morir sin llamar la atención, pero aun así... Un asesinato era mejor que dos. Pero ¿cómo hacerlo?

Jørgen Lavik había hablado de una cabaña en Ula. Tenía que significar que pensaba ir para allá. Pero el viejo no entendía cómo tenía pensado librarse de la cola de policías que sin duda tenían que estarlo persiguiendo, aunque ese problema se lo iba a dejar a Lavik. El suyo era encontrar a Lavik, encontrarlo sin que lo vieran esos mismos policías y, preferiblemente, antes de que llegara hasta Karen Borg. No necesitaba coartada, no estaba en el punto de mira de la Policía y tampoco iba a estarlo, si todo salía bien.

Le costaría menos de una hora encontrar la dirección exacta de la cabaña de Karen Borg. Podía llamar a su despacho, o tal vez a algún juez del lugar, que podría comprobar el registro de la propiedad, pero eso era demasiado arriesgado. Al cabo de unos minutos se había decidido. Por lo que podía recordar, sólo había una carretera que llevara a Ula, un pequeño brazo de la carretera de la costa entre Sandefjord y Larvik. Iba a tener que esperarlo allí.

Aliviado por haber tomado una decisión, se concentró en los asuntos más urgentes de aquel día. Las manos ya no le temblaban y el corazón se había estabilizado. A lo mejor al final no necesitaba medicinas nuevas.

En realidad no se podía decir que fuera una cabaña. Era una sólida casa de madera de los años treinta, completamente rehabilitada, e incluso en la oscuridad de diciembre se intuía el paraíso que rodeaba la casa pintada de

rojo. Estaba bastante expuesta a las inclemencias del tiempo y, aunque en la entrada había algo de nieve, el eterno viento proveniente del mar se había encargado de limpiar los peñascos detrás de la casa. Un abeto se cimbreaba testarudo un par de metros hacia la derecha de la pared de la casa. El viento había conseguido retorcer el tronco, pero no matar el árbol, que se inclinaba hacia el suelo, como si añorara reunirse con la familia de la casa, pero no fuera capaz de desprenderse. Entre las manchas de nieve del flanco resguardado de la casa, intuía los contornos de los parterres de flores del verano. El lugar estaba bien cuidado. No era propiedad del abogado Lavik, sino de su anciano y senil tío, que no tenía hijos. Mientras el viejo aún fue capaz de tener sentimientos, Jørgen había sido su sobrino preferido. Cada verano, el chiquillo había aparecido lealmente y se habían dedicado a pescar, a pintar la barca y a comer tocino frito con judías. El abogado se convirtió en el hijo que nunca había tenido el viejo; la hermosa casa de verano acabaría en manos del sobrino en el momento, que no tardaría en llegar, en que el alzhéimer tuviera que rendirse ante el único contrincante que podía vencerlo, la muerte.

Lavik había invertido bastante dinero en aquel lugar. El tío no era un hombre pobre y se había encargado él mismo de la mayor parte de los arreglos, pero fue Jørgen quien instaló la bañera con yacusi, la sauna y la línea telefónica. Además, para su setenta cumpleaños, le había regalado a su tío una pequeña barca, con la certeza de que en realidad iba a ser suya.

Durante el viaje hasta el extremo de Hurumlandet no había visto una sola vez a sus perseguidores. Aunque constantemente había tenido coches detrás, ninguno de ellos se le había pegado durante un tiempo sospechoso. Aun así sabía que estaban allí. Y se alegraba de ello. Se tomó su tiempo para aparcar el coche y dejó claras sus intenciones de quedarse una temporada al meter el equipaje en varios viajes. Caminó despacio de habitación en habitación encendiendo las luces y alivió la presión sobre la instalación eléctrica prendiendo la estufa de aceite del salón.

Después de comer salió a dar una vuelta. Paseó por el terreno familiar, pero tampoco entonces descubrió nada sospechoso. Por un momento se inquietó. ¿Acaso no estaban ahí? ¿Habían abandonado del todo? ¡No podían

hacer eso! Su corazón latía rápido e inquieto. No, tenían que andar por las intermediaciones. Seguro. Se tranquilizó. Quizá sólo fueran extremadamente eficientes. Era probable.

Tenía unas cuantas cosas que preparar y sentía urgencia por ponerse manos a la obra. Se detuvo un rato delante de la puerta de entrada, se tomó tiempo para desperezarse y quitarse la nieve de las botas. Tardó mucho más de lo estrictamente necesario.

Después entró en la casa para dejarlo todo listo.

Lo peor era que todo el mundo intentaba animarlo. Le daban palmaditas en la espalda, «quien no se arriesga no gana», le decían. Y le sonreían y, con mucha amabilidad, le comunicaban su apoyo. Incluso la comisaria principal se había tomado la molestia de llamar al fiscal adjunto Håkon Sand para decirle que estaba satisfecha con sus esfuerzos, a pesar del lamentable final que había tenido el proceso. Él le mencionó la posibilidad de una demanda de indemnización, pero ella la descartó con desdén. No pensaba que Lavik fuera a atreverse a hacerlo, al fin y al cabo era culpable. Probablemente estaba feliz de volver a estar en libertad y prefería dejarlo todo atrás. Håkon podía estar de acuerdo en eso. Según los hombres que lo seguían, Lavik se encontraba en una cabaña en Hurumlandet.

Todo aquel apoyo no le ayudaba gran cosa. Se sentía como si lo hubieran metido en una lavadora automática, con centrifugadora y todo, y sin pedirle permiso. El tratamiento había hecho que se encogiera. En el escritorio, ante sí, tenía algunos otros casos cuyos plazos eran endemoniados, pero estaba completamente paralizado y decidió esperar al menos hasta el día siguiente.

Sólo Hanne sabía cómo se sentía por dentro. A media tarde pasó por su despacho con dos tazas de té ardiente. Al probarlo, Håkon tosió y escupió el contenido, creía que era café.

—¿Y ahora qué hacemos, fiscal adjunto Sand? —le preguntó poniendo las piernas sobre la mesa. Unas hermosas piernas, era la primera vez que Håkon se fijaba.

—Si tú me preguntas a mí, yo te pregunto a ti.

Volvió a probar el té, esta vez con más cuidado, en realidad estaba bueno.

—Desde luego no vamos a tirar la toalla. Vamos a coger a ese tipo. Aún no ha ganado la guerra, sólo una batalla de mierda.

Era increíble que consiguiera ser tan optimista. La verdad es que daba la impresión de que lo decía en serio. Tal vez esa fuera la diferencia entre ser sólo policía y pertenecer a la fiscalía. Él disponía de muchas otras posibilidades. Podía ser secretario tercero del Ministerio de Pesca, por ejemplo, y el pensamiento lo entristeció aún más. Wilhelmsen, en cambio, se había formado como policía y sólo había un sitio donde podía encontrar trabajo, en la Policía. Por eso nunca podía rendirse.

—Pero escucha, hombre —dijo ella volviendo a bajar las piernas de la mesa—. ¡Tenemos muchas cosas con las que seguir trabajando! ¡Ahora no puedes desanimarte! Es en las derrotas cuando se tiene la oportunidad de demostrar lo que se vale.

Una banalidad, pero tal vez fuera cierto. En tal caso era un pusilánime. Estaba claro que no podía encajar aquello. Quería irse a su casa. Tal vez fuera lo bastante hombre como para encargarse de las tareas del hogar...

—Lláname a casa si pasa algo —dijo, y abandonó tanto a la cansada subinspectora como el té que casi no había tocado.

—You win some, you lose some —le gritó cuando bajaba por el pasillo.

Los agentes, seis en total, habían comprendido que iba a ser una noche larga y fría. Uno de ellos, un hombre competente de hombros estrechos y ojos inteligentes, había comprobado la parte de atrás de la casa roja. A sólo tres metros de la pared, en dirección al mar, una empinada cuesta descendía hacia una cala con una playa de arena. La cala no tenía más de quince o veinte metros de ancho y estaba delimitada por una valla de alambre de espino asegurada con pilares en ambos extremos. «El derecho de propiedad privado siempre se acentuaba junto al mar», pensó el agente con una sonrisa. Al otro lado de las vallas, una pared de montaña de cinco o seis metros de alto subía por cada lado. Seguro que se podía remontar el repecho, pero no era fácil. Como mínimo, Lavik tendría que salir al camino que pasaba junto a la casa. El

cabo estaba completamente aislado de la carretera que había que atravesar para salir de allí.

Dos de los agentes se colocaron en sendos extremos del pequeño camino que separaba el cabo de la tierra firme; otro se situó en medio, y tampoco era tan largo como para que no pudieran vigilar visualmente la extensión de unos doscientos metros que los separaba. Lavik no podía pasar por allí sin que lo vieran. Los otros tres agentes se distribuyeron por el terreno para vigilar la casa.

Lavik estaba dentro disfrutando de la idea de que los hombres del exterior, fueran cuantos fueran, tenían que estar pasando un frío de muerte. Dentro de la casa se estaba caliente y a gusto, y el abogado se sentía animado y exaltado por todo lo que estaba haciendo. Tenía ante sí un viejo despertador al que le faltaba el cristal que cubría las manecillas. Con un poco de esfuerzo, consiguió amarrar un palito a la manecilla más corta y conectó el telefax a la red y metió una hoja para comprobar que funcionaba. Luego puso el despertador algo antes de las tres, colocó la manecilla ahora alargada sobre la tecla de enviar del fax, marcó el número de su propio despacho y se quedó mirándolo. Pasó un cuarto de hora sin que sucediera nada. Al cabo de unos minutos más, empezó a preocuparse por si todo acababa siendo un fracaso. Pero, en ese momento, cuando la manecilla saltó sobre el número tres, todo funcionó. El palito que alargaba la manecilla rozó levemente la tecla electrónica de enviar y con eso bastó: el aparato obedeció, se tragó la hoja de papel y envió el condescendiente mensaje.

Animado por el éxito, se dio una vuelta por la casa colocando los pequeños programadores que se había traído de su casa. Allí los utilizaban para ahorrar electricidad: apagaban los radiadores a media noche y los volvían a encender a las seis de la mañana, para que la casa estuviera caliente cuando se levantaban.

No le llevó mucho tiempo, estaba familiarizado con aquellos pequeños aparatos. Le quedaba lo más difícil. Necesitaba algo que produjera movimiento mientras estaba fuera, no bastaba con que se encendieran y se

apagaran luces. Lo había planeado todo, pero no había probado para ver si funcionaba. Era difícil saber si se podría llevar a cabo en la práctica. Al resguardo de las cortinas corridas, extendió tres cordeles a través del salón. Amarró un cabo de todos ellos al pomo de la puerta de la cocina; los cabos opuestos los fue enganchado en diversos puntos de la pared de enfrente. Después amarró un trapo de cocina, un bañador viejo y una servilleta de sus respectivos cordeles. Le llevó un poco de tiempo colocar correctamente las velas. Tenía que situarlas muy cerca de los cordeles, tan cerca como para que la cuerda se prendiera cuando la vela se hubiera consumido. A continuación partió las velas a diferentes alturas y las fijó sobre unos cuencos de porcelana con un montón de cera. La vela junto al cordón de la servilleta era la más corta, se alzaba pocos milímetros por encima del tenso cordel. Se quedó mirándolo, expectante.

Funcionó. Al cabo de pocos minutos la llama había bajado lo suficiente como para empezar a prender la cuerda. El hilo se rompió y la servilleta cayó al suelo, dibujando sombras en las cortinas de la ventana que daba al camino. Perfecto.

Preparó un nuevo cordel para sustituir al que se había quemado y puso una vela más grande. Luego colocó el reloj de manera que la manecilla de las horas señalaba la una pasadas. Dentro de algo menos de una hora, parecería que Lavik le enviaba un fax a un abogado de Tønsberg. Era un mensaje relacionado con un encargo urgente que lamentablemente se había retrasado por causas ajenas a su voluntad. Pedía disculpas y esperaba que el retraso no le causara mayores inconveniencias.

Después se vistió. La ropa de camuflaje estaba pensada para la caza: era lo apropiado. Prendió con cuidado las velas y se aseguró una vez más de que estaban firmes. A continuación bajó al sótano y salió por el ventanuco de la parte trasera de la casa.

Abajo, en la playa, permaneció un rato a la espera. Se pegó a la pared de montaña y estaba bastante seguro de que se fundía con el entorno. Cuando recuperó el aliento, se dirigió sigilosamente hacia el lugar donde muchos veranos atrás había hecho un agujero en la valla, a fin de facilitar el acceso a la casa del vecino, donde vivía un niño de su edad.

Se arrastró hacia el camino. Era probable que lo vigilaran en toda su extensión. Se quedó un rato entre los árboles escuchando a ver si oía ruidos. Nada. Pero tenían que estar allí. Siguió avanzando a lo largo del camino, pero manteniendo con él una distancia de cinco metros y oculto por los árboles. Allí estaba. La pequeña tubería que conducía a un riachuelo que salía del bosque al otro lado y que se dirigía, imperturbado, hacia el mar. Pero ahora iba a perturbarlo. Se había arrastrado a través de la tubería incontables veces, aunque desde aquellos tiempos había ganado veinte centímetros de altura y unos cuantos kilos. Sin embargo, no se había equivocado al calcular que aún podía pasar por allí. Desde luego que se mojó un poco, pero el riachuelo tenía poco caudal, probablemente la laguna se había congelado por el invierno. La tubería salía a tres metros del camino. Habían dejado espacio para una ampliación del camino de la que se llevaba hablando años pero que nunca se llevaba a cabo. Con la cabeza asomada por fuera del tubo, escuchó de nuevo durante unos minutos. Seguía sin oír nada. Respiraba con dificultad y cayó en la cuenta de hasta qué punto le habían afectado los días que había pasado retenido. Sin embargo, parte de la pérdida de fuerzas se veía compensada por una fuerte dosis de adrenalina. Aceleró el paso y desapareció silenciosamente entre el bosque que había al otro lado del camino.

No tenía que recorrer a la carrera mucho trecho, Al cabo de seis o siete minutos había llegado. Miró el reloj. Las siete y media. Perfecto. Las maderas crujieron un poco cuando abrió la puerta del pequeño cobertizo, pero la Policía se encontraba demasiado lejos como para oírlo. Se metió dentro en el momento en que pasó un coche por la carretera, a unos veinte metros de distancia. Justo después pasó otro, pero él ya se encontraba dentro del Lada verde oscuro y pudo constatar que la batería seguía funcionando tras dos meses en desuso. Aunque el tío estaba completamente ido y apenas lo reconocía cuando lo visitaba en la residencia, resultaba evidente que se alegraba cuando Jørgen, de vez en cuando, se lo llevaba de excursión en su viejo Lada. El sobrino había mantenido el coche en condiciones en un gesto hacia su tío, pero aquellos momentos era un verdadero regalo para él mismo. Comprobó el motor un par de veces y salió del garaje. Se dirigía a Vestfold.

Hacía un frío de perros. El agente estaba de pie y se daba golpecitos en los brazos intentando no hacer ruido ni hacerse visible. No era fácil. Para utilizar los prismáticos se tenía que quitar los guantes, así que no los usaba demasiado. Maldecía por lo bajo al abogado que se había refugiado dentro de un cálido lugar que les obligaba a vigilarlo al aire libre. Hacía un momento, el tipo había apagado la luz de una habitación de la segunda planta, pero seguramente no tenía intenciones de acostarse tan temprano. No eran más que las ocho. Joder, le quedaban cuatro horas para el cambio de turno. La muñeca se le heló cuando destapó su reloj de pulsera y se apresuró a volverla a cubrir.

Podía probar a usar los prismáticos con los guantes puestos. No se veía gran cosa. Como era natural, había corrido todas las cortinas. El tipo no podía ser tan tonto como para no entender que ellos estaban allí. En ese sentido era una estupidez que se esforzaran tanto por ser invisibles. Suspiró. Qué trabajo tan aburrido. Era probable que el abogado Lavik pretendiera quedarse allí varios días, lo había visto entrar con muchas bolsas de comida, con un ordenador portátil y con un aparato de telefax.

De pronto se despabiló. Guiñó rápidamente los ojos para deshacerse unas lágrimas que le había provocado el viento frío y después de un momento se arrancó los guantes, los soltó en el suelo y ajustó los prismáticos.

¿Qué coño era lo que arrojaba aquellas sombras bamboleantes? ¿Habría encendido la chimenea? El agente bajó un momento los prismáticos y miró la chimenea cuyo contorno se dibujaba en negro contra el cielo gris oscuro. No, no había humo. Pero, entonces, ¿qué era? Volvió a mirar por los prismáticos y esta vez lo vio con claridad. Algo estaba ardiendo, y ardía con viveza. De pronto las cortinas estaban en llamas.

Arrojó los prismáticos al suelo y corrió hacia la casa.

—La casa está ardiendo —berreó en el interior de su equipo de radio portátil—. ¡La puta casa está ardiendo!

El equipo era innecesario. Todos los oyeron y dos agentes acudieron corriendo. El primero de ellos salió corriendo hacia la puerta de entrada y se percató inmediatamente de que junto a ella había un extintor, como prescribía la ley, luego se dirigió corriendo al salón. A los pocos segundos empezaron a

escocerle los ojos a causa del humo y del calor, pero se dio cuenta enseguida de donde estaba el foco del incendio. Con el haz de polvos al modo de una furiosa espada, se abrió paso a través de la habitación, blandiendo el extintor. Las cortinas en llamas lanzaban ascuas hacia la habitación y una de ellas aterrizó sobre su hombro. La chaqueta se prendió. Ahogó la llama con las manos, aunque se quemó la palma de una de ellas. Aun así no se rindió. Entre tanto, habían llegado los otros dos. Uno de ellos cogió una manta de lana del sofá; el otro, sin ningún respeto, arrancó un magnífico tapiz de la pared. Al cabo de un par de minutos habían apagado el fuego. La mayor parte del salón se había salvado. Ni siquiera se había ido la luz. Pero el abogado Lavik sí.

Con el aliento entrecortado, los tres policías contemplaron la habitación. Vieron los dos cordeles que quedaban y descubrieron el pequeño mecanismo que aún no había tenido tiempo de enviar su telefax.

—Me cago en la leche —maldijo el primero de ellos por lo bajo, mientras agitaba su mano abrasada—. Ese puto abogado nos ha engañado. Nos ha engañado como a tontos.

—No puede haber salido antes de las siete. Los agentes lo vieron mirar por una ventana a las siete menos cinco, joder. En otras palabras, no nos puede sacar más de una hora de ventaja. Con un poco de suerte, menos. Quién sabe, tal vez se acababa de largar cuando lo descubrieron.

Wilhelmsen intentaba tranquilizar al alterado fiscal adjunto, pero sin ningún éxito.

—Tienes que llamar a las jefaturas más cercanas. Hay que pararlo como sea.

—Håkon, escúchame. No tenemos ni idea de dónde está. Puede haber regresado a su casa de Grefsen, y tal vez esté viendo la tele con su mujer y bebiéndose una copa de bienvenida. O quizá se haya ido de excursión a la ciudad. Pero lo más importante de todo es que no tenemos nada nuevo que justifique otra detención. El que todos nuestros agentes se dejaran engañar evidentemente supone un problema, pero el problema es nuestro, no de él. Nosotros podemos vigilarlo, pero él no hace nada que esté penado por la ley

al tomarnos así el pelo.

Aunque Håkon estaba dominado por la angustia, tenía que darle la razón a Hanne.

—Está bien, está bien —interrumpió a la subinspectora en medio de otra parrafada—. Está bien. Entiendo que no podamos mover cielo y tierra. Tienes razón en todo. Pero, créeme, va a ir a por ella. Todo encaja: las notas sobre Karen que robaron cuando te atacaron a ti, luego su declaración, que desapareció. Tiene que ser él quien está detrás de todo eso.

Hanne suspiró, la cosa se estaba yendo de madre.

—¿No querrás decir, en serio, que fue Jørgen Lavik quien me atacó? ¿Que se escapó de una celda para subir a tu despacho a robar un interrogatorio, para luego volver a su celda y cerrar la puerta? No lo estás diciendo en serio.

—No tiene por qué haberlo hecho él en persona. Puede tener colaboradores. ¡Hanne, por favor! ¡Sé que va a por ella!

Håkon estaba realmente desesperado.

—¿Te quedarías más tranquilo si cogemos el coche y vamos para allá?

—Creí que no me lo ibas a preguntar nunca... Ven a buscarme al hipódromo de Skøyen dentro de un cuarto de hora.

Tal vez todo aquello no fuera más que una excusa para ver a Karen. No podía jurar que no fuera así. Por otro lado, la angustia se acumulaba en un doloroso bulto bajo sus costillas y desde luego eso no se lo estaba imaginando.

—Llámalo intuición masculina —ironizó, y más que ver intuyó que ella sonreía.

—Intuición, intuición... —se rió ella—. Esto lo hago por ti, no porque crea que estás en lo cierto.

No era verdad. Después de hablar con él veinte minutos antes, había empezado a tener la sensación de que tal vez su compañero no anduviera tan desencaminado. No tenía claro qué era lo que le había hecho cambiar de opinión. Tal vez hubiera sido la convicción de Håkon: había vivido lo suficiente como para no despreciar las intuiciones de la gente. Además, Lavik

había parecido tan perdido y tan desesperado la última vez que lo vio que lo creía capaz de cualquier cosa. No le gustaba que Karen llevara toda la tarde sin coger el teléfono. Por supuesto, no tenía por qué significar nada, pero no le gustaba.

—Prueba a llamar otra vez —dijo, metiendo otra cinta en el radiocasete, pero Karen seguía sin responder; Hanne miró a Håkon, puso una mano sobre su muslo y lo acarició levemente—. Cálmate, lo mejor es que no esté en casa. Además... —lanzó un vistazo al reloj que brillaba sobre el salpicadero—, aún no puede haber llegado, incluso en el peor de los casos. Primero tiene que haberse buscado otro coche. Y aunque, contra todo pronóstico, hubiera tenido alguno preparado en las inmediaciones de la casa, es imposible que haya salido antes de las siete pasadas. Es probable que más tarde. Ahora son las nueve menos veinte. Cálmate.

Era más fácil de decir que de hacer. Håkon tiró de la palanca situada a la derecha del asiento y reclinó el respaldo.

—Voy a intentarlo —murmuró con desánimo.

Las nueve menos veinte. Tenía hambre. De hecho no había comido nada en todo el día. Todo aquel trajín había acabado con su apetito; además, su estómago se había desacostumbrado a la comida después de pasar diez días prácticamente de ayuno, aunque, a decir verdad, en aquel momento rugía con exigencia. Puso el intermitente y salió hacia el aparcamiento iluminado. Tenía tiempo de sobra para comer algo. Le faltaba poco más de tres cuartos de hora para llegar, a lo que había que añadir otro cuarto de hora para encontrar la cabaña en cuestión. Tal vez incluso media hora, pues habían pasado muchos años desde su fin de semana de estudiantes.

Aparcó el coche entre dos Mercedes, pero el vehículo no pareció dejarse cohibir por la elegante compañía. El abogado Jørgen Lavik sonrió un poco, dio unas palmaditas amistosas sobre el maletero del Lada y entró en la cafetería. Era un edificio extraño, parecía un ovni que se hubiera asentado en el terreno. Pidió un gran plato de sopa de guisantes y se fue con un periódico a una mesa junto a la ventana. Allí se quedó durante un buen rato.

Ya habían pasado Holmestrand y la cinta se había dado la vuelta. Håkon estaba harto de escuchar country y rebuscó en la ordenada guantera en busca de otra cinta. No dijeron gran cosa durante el viaje. No era necesario. Håkon se había ofrecido a conducir, pero ella no había accedido. En realidad se alegraba de ello. Lo que no le alegraba tanto era que Hanne hubiera encadenado un cigarrillo con otro desde que pasaron por Drammen. No tardó en hacer demasiado frío como para mantener abierta la ventanilla y estaba empezando a marearse. El rapé no le ayudaba gran cosa. Empleó una servilleta de papel para librarse de él, pero acabó tragando un poco.

—¿Te importaría dejar el tabaco para luego?

Ella se quedó atónita, pidió mil disculpas y apagó el cigarrillo que acaba de encender.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —dijo con cierto tono de reproche, y arrojó el paquete de tabaco por encima del hombro.

—Éste es tu coche —respondió él en voz baja y mirando por la ventana: una fina capa de nieve cubría los grandes campos sobre los que se extendían largas filas de bobinas de paja envueltas en plástico blanco—. Parecen enormes albóndigas de pescado —comentó, y se mareó aún más.

—¿El qué?

—Las bobinas de plástico. Heno o lo que sea.

—Paja, supongo.

Håkon avistó al menos veinte grandes bobinas a unos cien metros de la carretera por el lado izquierdo, pero el plástico era negro.

—Bolas de regaliz —dijo, y cada vez estaba más mareado—. Pronto vamos a tener que hacer una parada. Me estoy mareando.

—No nos quedan más de veinte minutos, ¿no podrías esperar?

No parecía molesta, sólo impaciente por llegar.

—No, la verdad es que no puedo esperar —respondió él, y se llevó rápidamente la mano a la boca para subrayar la precariedad de su situación.

Al cabo de tres o cuatro minutos encontraron un sitio adecuado para salir del camino, una parada de autobús justo delante de la salida que llevaba hacia

una casita blanca en la que no había luz. El sitio estaba tan desierto como lo puede estar un lugar en la carretera general que cruza Vestfold. No se veían más signos de vida que los coches que de vez en cuando pasaban a toda velocidad.

El aire fresco y el frío le sentaron increíblemente bien. Hanne se quedó dentro del coche mientras él daba una vuelta por la carretera alledaña. Permaneció durante algunos minutos con la cara hacia el viento. Se sintió mejor y se dio la vuelta para volver.

—El peligro ha pasado —dijo poniéndose el cinturón de seguridad.

El coche tosió cuando ella giró la llave. Luego se quedó en silencio. Hanne volvió a girarla una y otra vez. No hubo reacción. El motor estaba muerto. Los pilló tan desprevenidos que ninguno de los dos dijo anda. Ella volvió a intentarlo. Seguía sin sonar nada.

—Habrà entrado agua por la tapa del distribuidor —dijo Hanne con las mandíbulas apretadas—. O tal vez sea otra cosa. Puede que el puto coche se haya estropeado.

Håkon seguía sin decir palabra y era lo mejor. Enfurruñada y brusca, Hanne salió del coche y levantó el capó. Poco después se encontraba de nuevo dentro del coche, con algo en las manos que él asumió que sería la tapa del distribuidor, al menos tenía el aspecto de una pequeña tapa. Hanne sacó papel de cocina de la guantera y empezó a secar la tapa. Al final inspeccionó el interior con mirada crítica y salió para volverlo a colocar en su sitio. No tardó mucho.

Pero no sirvió de nada. El coche no quería colaborar. Tras dos nuevos intentos de arrancarlo, aporreó el volante del enfado.

—Típico. Y justo ahora. Este coche ha ido como un reloj desde que lo compré hace tres años. Sin problemas. Y ha tenido que fallarme precisamente ahora. ¿Sabes algo de motores de coche?

La mirada que le dirigió era bastante crítica y él intuyó que conocía la respuesta a la pregunta. Negó despacio con la cabeza.

—No mucho —dijo exagerando. La verdad era que lo único que sabía de coches era que necesitaban gasolina.

Aun así salió con ella para echar un vistazo. Podía contribuir con una

especie de apoyo moral, tal vez el coche se dejara persuadir si eran dos.

A juzgar por sus maldiciones, Hanne no estaba avanzando mucho en su búsqueda de la avería. Håkon fue lo bastante sabio como para saber que debía retirarse. De nuevo sintió que la inquietud de su cuerpo aumentaba. Hacía frío y empezó a pegar saltitos mientras miraba los coches que pasaban. Ni uno de ellos hizo ademán de parar. Seguramente se dirigían a sus casas y no tenían la menor gana de mostrar compasión en un día tan frío y desagradable de diciembre. Pero los conductores tenían que verlos, una farola solitaria estaba colocada junto al pequeño cobertizo de la parada de autobús. Se hizo el silencio, una pequeña pausa en el tráfico constante aunque no demasiado abundante. A lo lejos vio los faros de un coche que se acercaba hacia ellos. Daba la impresión de respetar el límite de velocidad de 70 kilómetros por hora, a diferencia de todos los demás, y llevaba detrás una fila de cuatro coches impacientes y demasiado pegados.

Se pegó un verdadero susto. La luz del cobertizo iluminó durante un segundo al conductor del coche que pasaba. Miró con especial atención porque había hecho una apuesta consigo mismo: Laque conducía tan despacio tenía que ser una mujer. No lo era. Era Peter Strup.

Pasaron unos segundos antes de que las consecuencias de lo que había visto alcanzaran la zona correcta de su cerebro. Pero fue sólo un momento. Se sobrepuso del shock y salió corriendo hacia el coche con el capó abierto, parecía un lucio entre los juncos.

—Peter Strup —chilló—. ¡Peter Strup acaba de pasar en un coche!

Hanne se levantó bruscamente y se golpeó la cabeza contra el capó, pero ni siquiera se dio cuenta.

—¡Qué dices! —exclamó, aunque lo había oído perfectamente.

—¡Peter Strup! ¡Acaba de pasar en un coche! ¡Ahora mismo, justo ahora!

Todas las piezas encajaron a tal velocidad que les resultó difícil entenderlo, aunque ahora la imagen de conjunto se presentaba ante ellos con la claridad de un día de primavera frío y soleado. Hanne se puso furiosa consigo misma. El hombre había estado todo el rato bajo sospecha. Era la alternativa más obvia, en realidad la única. ¿Por qué no había querido verlo? ¿Habría sido por la impecable vida de Strup? ¿Por su correcto comportamiento, por las

fotos de las revistas, por su longevo matrimonio y sus fantásticos hijos? ¿Habría hecho todo aquello que su intuición frenara la sospecha más lógica? Su cerebro le estaba diciendo que era él, pero su instinto policial, su maldito instinto que tanto le halagaban, había protestado.

—Mierda —dijo en voz baja, y cerró el capó de un golpetazo—. So much for my damned instincts. —Ni siquiera había interrogado al tipo, menuda puta mierda—. Para un coche —le gritó a Håkon.

Él siguió la orden y se situó junto a la carretera y empezó a agitar los brazos. Ella, por su parte, se metió en su maldito coche estropeado para coger la ropa de abrigo, el tabaco y el monedero, y luego se aseguró de que quedaba cerrado. A continuación se situó junto a Håkon, que parecía aterrorizado.

Ni un solo coche hizo ademán de parar. O bien seguían a toda velocidad sin dejar que les afectaran las dos personas que brincaban y agitaban los brazos junto a la carretera, o bien los sorteaban a pocos centímetros de distancia, o bien les pitaban expresando su reproche y pasaban trazando un suave arco.

Cuando hubieron pasado más de veinte coches, Håkon estuvo a punto de derrumbarse y Hanne entendió que había que hacer algo. Ponerse en medio de la carretera era mortalmente peligroso, así que eso quedaba descartado. Si llamaban pidiendo ayuda podría ser demasiado tarde. Echó un vistazo a la casa a oscuras. Parecía estar encogida y ser discreta, con los ojos cerrados, como si intentara disculparse por la inconveniencia de su ubicación a sólo veinte metros de la carretera E-18. No se veía ningún coche aparcado.

Salió corriendo hacia el edificio. La pequeña construcción al otro lado de la casa, que apenas se veía desde la carretera, podía ser un garaje. Håkon no tenía claro si esperaba que él siguiera intentando parar algún automóvil, pero se arriesgó a seguirla y no oyó protestas.

—Llama al timbre, para ver si hay alguien —le gritó mientras ella tiraba de la puerta de la pequeña construcción.

No estaba cerrada.

Dentro no había ningún coche. Pero sí una motocicleta. Una Yamaha FJ, de 1.200 centímetros cúbicos. El modelo del año. Con frenos ABS.

Wilhelmsen despreciaba los cacharros. Motos sólo eran las Harley, lo

demás no eran más que medios de transporte de dos ruedas. A excepción de las Motoguzzi, tal vez, aunque fueran europeas. A pesar de todo, en su fuero interno siempre había sentido cierta atracción hacia las motos japonesas, con su aire de carreras urbanas, sobre todo hacia las FJ.

Parecía estar en condiciones de ser conducida, aunque le habían sacado la batería. Estaban en diciembre, así que era probable que la moto llevara como mínimo tres meses parada. Encontró la batería sobre un periódico, limpia y almacenada para el invierno, tal y como suele recomendarse. Agarró un destornillador y conectó los polos. Saltaron chispas y, unos segundos después, la punta del fino metal empezó a brillar un poco. Había la corriente suficiente.

—No hay nadie en la casa —dijo Håkon jadeando desde la puerta.

Sobre los estantes había muchas herramientas, prácticamente las mismas que tenía ella en el sótano de su casa. Encontró enseguida lo que necesitaba y la batería estuvo instalada en tiempo récord. Luego vaciló un instante.

—En sentido estricto esto es un robo.

—No, es derecho de emergencia.

—¿Legítima defensa?

No acababa de entenderlo y pensaba que Håkon se había expresado mal por la agitación.

—No, derecho de emergencia. Luego te lo explicó.

«Si es que alguna vez tengo la oportunidad», pensó.

Aunque le partía el alma tener que destrozar una moto nueva, no le llevó más de unos segundos hacerle un puente. De un fuerte tirón, partió el bloqueo del volante. El motor zumbaba de modo constante y prometedor. Buscó el casco por el cobertizo, pero no estaba allí. Era natural, probablemente en el interior de la casa cerrada hubiera un par de cascos caros, unos BMW o unos Shoei. ¿Deberían forzar la puerta de la casa? ¿Les quedaba tiempo?

No. Tendrían que ir sin casco. En un rincón, unas gafas de slalom colgaban de un gancho, junto a cuatro pares de esquís alpinos amarrados a la pared. Tendría que bastar. Se montó en la motocicleta y la sacó al exterior.

—¿Has montado alguna vez en moto? —Håkon no respondió, se limitó a menear elocuentemente la cabeza—. Escucha: cógeme la cintura con los brazos y haz lo que haga yo. Sientas lo que sientas, no tienes que inclinarte

hacia el lado contrario. ¿Lo has entendido?

Esta vez él asintió y, mientras ella se ponía las gafas, se montó en la moto y la agarró tan firmemente como le fue posible. La sujetaba tan fuerte que ella tuvo que soltarse un poco antes de salir bramando con la moto hacia la carretera.

Håkon estaba aterrorizado y no decía nada, pero hacía lo que ella le había dicho. Para paliar el miedo, cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa. No era fácil. El ruido era extremo y tenía muchísimo frío.

Wilhelmsen también. Sus guantes, sus propios guantes de paseo, estaban ya empapados y helados. Aun así era mejor llevarlos puestos, al menos le proporcionaban cierta protección. Las gafas también eran de cierta ayuda, aunque no de mucha. Tenía que limpiárselas constantemente con la mano izquierda. Miró de refilón el reloj digital que tenía ante sí. No les había dado tiempo a ponerlo en hora antes de salir, pero al menos sabía que hacía un cuarto de hora que habían salido; en ese momento había marcado las diez menos veinticinco.

Quizá se les estuviera acabando el tiempo.

El viejo constató que lo recordaba bien. Sólo había una carretera hacia Ula. Aunque estaba asfaltada, era estrecha y no invitaba a ir rápido. En una pronunciada curva, encontró una carreterita que se metía en un bosque tupido. El coche avanzó algunos metros dando tumbos. En una pequeña pradera, encontró sitio para dar la vuelta al coche. La helada había endurecido la tierra y facilitaba la maniobra. Poco después tenía el morro del coche apuntando hacia la carretera. Estaba bien oculto, al mismo tiempo que, a través de un claro, podía ver los coches que llegaran. Tenía la radio puesta con el sonido bajo y, dadas las circunstancias, estaba bastante cómodo. Suponía que reconocería el Volvo de Lavik. Sólo tenía que esperar.

Karen también estaba escuchando la radio. Era un programa para camioneros, pero la música no estaba mal. Por séptima vez empezó a leer el

libro que tenía en el regazo, el Ulises, de James Joyce. Nunca había pasado de la página cincuenta, pero esta vez lo iba a conseguir.

En el amplio salón hacía calor, casi demasiado. El perro ladró y ella abrió la puerta para que saliera, pero no quiso, sino que continuó dando vueltas dando muestras de intranquilidad. Cuando Karen se hartó, lo riñó para que volviera a su sitio y al final el animal se tumbó, reticente, en un rincón, con la cabeza alzada y las orejas en guardia. Lo más probable era que hubiera olido a algún animalillo, o tal vez a un alce.

Pero lo que se ocultaba entre los arbustos no era ni un conejo ni un alce. Era un hombre que ya llevaba un rato allí tumbado. Aun así tenía calor. Estaba alterado y bien abrigado. No le había costado encontrar la cabaña, sólo una vez había escogido el camino de bosque erróneo, aunque se había dado cuenta bastante rápido. La cabaña de Karen Borg era la única que estaba en uso en esa época del año y había encontrado un buen sitio para esconder el coche a cinco minutos de distancia. Como un pequeño faro, la cabaña le había ido indicando el camino.

Tenía la cabeza y los brazos apoyados contra una lata de gasolina de diez litros. Aunque al llenarla había puesto cuidado para no derramar nada, el combustible le molestaba en la nariz. Entonces se levantó algo entumecido, agarró la lata y se encaminó agachado en dirección a la casa. Probablemente fuera innecesario porque el salón daba hacia el otro lado y tenía vistas sobre el mar. A la parte de atrás sólo daban las ventanas de dos dormitorios, que estaban a oscuras, y de un aseo en la entreplanta. Se palpó el pecho para asegurarse de que la llave inglesa estaba en su sitio, aunque sabía que estaba allí.

La puerta estaba abierta. Un obstáculo menos de lo previsto. Sonrió y bajó el pomo, infinitamente despacio. La puerta estaba en buen estado y no hizo ningún ruido cuando la abrió y entró.

El viejo miró el reloj. Debía llevar ya un buen rato ahí sentado. No había pasado ningún Volvo, sólo un Peugeot, dos Opel y un viejo Lada oscuro. La densidad del tráfico era mínima. Intentó estirarse un poco, pero no resultaba

fácil, allí sentado dentro de un coche. No se atrevía a correr el riesgo de salir a estirar las piernas.

¡Qué locura! Una motocicleta pasó a mucha más velocidad de la recomendable en un camino tan malo. Dos personas iban montadas en ella y ninguno llevaba casco ni traje de motero. ¡Y en aquella época del año! Se estremeció/tenía que hacer muchísimo frío. La moto patinó en la curva y, por un momento, temió que chocaran contra su coche, pero el conductor consiguió enderezar en el último momento, luego aceleró y desaparecieron. Una locura. Bostezó y volvió a mirar el reloj.

Karen había llegado a la página cinco. Suspiró. Era un buen libro, lo sabía porque lo había leído en muchos sitios, aunque a ella le resultaba tedioso. Aun así estaba decidida, pero eso no impedía que constantemente se le ocurrieran pequeñas tareas para interrumpirse a sí misma. Ahora quería más café.

El perro seguía inquieto. Lo mejor era que no saliera, en dos ocasiones anteriores había desaparecido durante más de un día persiguiendo a algún conejo. Era curioso porque no era un perro de caza, pero ese instinto debían de tenerlo todos los perros.

De pronto oyó algo y se giró hacia el bóxer. El animal permanecía inmóvil y, aunque había dejado de gimotear, tenía la cabeza ladeada y las orejas alzadas. Una ligera vibración recorría al perro. Karen comprendió que él también había oído algo, algo que había sonado abajo.

Se dirigió a las escaleras.

—¿Hola?

Qué ridículo, por supuesto que no había nadie. Se quedó inmóvil durante unos segundos, después se encogió de hombros y se giró para volver.

—Quieto —le ordenó severamente al perro al ver que se estaba levantando.

Luego escuchó los pasos detrás de ella y se giró sobre el talón. En un momento de incredulidad vio la figura que subía corriendo los quince escalones. Aunque tenía el gorro bien calado sobre los ojos, se dio cuenta de quién era.

—Jørgen La...

Pero no tuvo tiempo de acabar. La llave inglesa la alcanzó justo encima del ojo y cayó al suelo, inconsciente.

El perro se volvió loco. Se abalanzó sobre el intruso entre ladridos y gruñidos furiosos, y saltó sobre el pecho del hombre. Consiguió agarrarse a la chaqueta con la mandíbula, aunque la perdió cuando el hombre hizo unos convulsos movimientos con el tronco. No obstante, el perro no se rindió. Se aferró fuertemente al antebrazo del abogado y esta vez no se pudo soltar. Sentía un dolor terrible y, con las enormes fuerzas que le confería aquel dolor, consiguió levantar al perro del suelo, pero no sirvió de mucho. Se le había caído la llave inglesa, había caído al suelo y se arriesgó a dejar que la bestia volviera a hacer pie. No debería haberlo hecho, porque el perro lo soltó durante un segundo, pero sólo para agarrarse mejor un poco más arriba, donde le dolía aún más. El dolor estaba empezando a nublarle la vista y sabía que andaba mal de tiempo. Al final consiguió coger la llave inglesa y asestó un golpe mortal en el cráneo del perro enloquecido, que aun así no lo soltó. Estaba muerto y colgaba agarrado por su último mordisco. Al abogado le llevó casi un minuto desprender el brazo de las poderosas mandíbulas. Sangraba como un cerdo. Con los ojos llenos de lágrimas echó un vistazo por la habitación y vio unas toallas Verdes que colgaban de un gancho, en el rincón donde estaba instalada la cocina. Se apresuró a hacerse un torniquete provisional y lo cierto es que empezó a dolerle menos, aunque sabía que el dolor regresaría con brutalidad. Mierda.

Bajó corriendo a la planta baja y abrió la lata de gasolina. Fue distribuyendo el contenido sistemáticamente por la cabaña. Le sorprendió lo mucho que daban de sí diez litros. Al poco rato, toda la casa apestaba a gasolinera vieja y la lata estaba vacía.

¡Robar algo! Tenía que conseguir que pareciera un robo. ¿Por qué no había pensado en eso? No traía nada en lo que transportar cosas, pero seguro que había una mochila en algún lado. Abajo. Seguro que estaba abajo. Había visto allí cosas de deporte. Bajó otra vez corriendo.

Karen no entendía qué era lo que sabía tan mal. Lo saboreó un poco. Debía de ser sangre, seguramente la suya. Quería volverse a dormir... No, tenía que

abrir los ojos. ¿Por qué? Le dolía muchísimo la cabeza. Lo mejor era volverse a dormir. Olía fatal. ¿Olía así la sangre? No, era gasolina, pensó e intentó sonreír por lo lista que era. Gasolina. Intentó de nuevo abrir los ojos, pero le fue imposible. Tal vez debería intentarlo otra vez. Quizá fuera más fácil si se giraba, aunque cuando probaba a hacerlo le dolía una barbaridad. Aun así consiguió ponerse casi boca abajo, aunque algo le impedía girarse del todo, algo cálido y suave. Cento. Su mano acarició despacio el cuerpo del animal. Lo entendió enseguida. Cento estaba muerto. De pronto abrió los ojos. La cabeza del perro estaba pegada a la suya, completamente destrozada. Desconsolada intentó ponerse en pie. A través de las pestañas ensangrentadas vio una figura masculina al otro lado de la ventana. Tenía la cara pegada al cristal y se protegía la cabeza con las manos para ver mejor.

«¿Qué está haciendo aquí Peter Strup?», alcanzó a pensar antes de volverse a desmayar y aterrizar suavemente sobre el cadáver del perro.

En la cabaña no había gran cosa de valor. Algunos objetos de adorno y tres candelabros de plata tendrían que bastar, porque la cubertería de los cajones de la cocina era de acero. Puede que no llegaran a darse cuenta de que faltaba algo. Si tenía suerte, toda la casa quedaría reducida a cenizas. Cerró la mochila, sacó las cerillas de su bolsillo y se dirigió hacia la ventana de la terraza.

En ese momento vio a Peter Strup.

En realidad aquella motocicleta no era la más indicada para el motocross. Además estaba helada y se daba cuenta de que, por aquel día, ya había consumido sus fuerzas y su capacidad de coordinación. Se detuvo a los pocos metros de tomar el camino del bosque y se bajó de la moto. Håkon no dijo una sola palabra. Suponía una pérdida de tiempo intentar usar el pie de la moto en aquel terreno tan irregular, así que intentó tumbarla con cuidado. A treinta centímetros del suelo se le cayó. El dueño se iba a poner hecho una furia. Ella le hubiera matado.

Corrieron por el camino tan rápido como pudieron, y eso no era muy deprisa. Al tomar una curva se pararon en seco. Una terrible luz naranja se

vislumbraba a través del bosque, unos doscientos metros más adelante; las llamas parecían querer lamer la barriga del cielo sobre los árboles desnudos.

Tres segundos más tarde estaban corriendo de nuevo. Mucho más rápido esta vez.

Lavik no sabía exactamente qué hacer, pero su indecisión sólo duró unos segundos. Había lanzado tres cerillas a su alrededor y todas habían alcanzado su objetivo. Las llamas se extendieron a los pocos segundos. Percibió que Strup zarandeaba la puerta de la terraza, pero por suerte estaba cerrada. No era probable que el hombre se largara, tenía que haber visto a Karen Borg tirada en el suelo, era perfectamente visible desde fuera. ¿Se habría movido? Estaba seguro de que antes estaba tumbada boca arriba.

Posiblemente, Strup no lo había reconocido. Seguía llevando el gorro bien calado sobre la frente; además, la chaqueta tenía el cuello alto. No obstante, no podía correr el riesgo. La cuestión era qué consideraría Strup que era lo más importante: cogerle a él o salvar a Karen Borg. Lo último era más probable.

No tardó en decidirse, agarró la llave inglesa y salió corriendo hacia la puerta de la terraza. Fue evidente que Strup se llevó una sorpresa, pues soltó la puerta desde fuera, retrocedió tres pasos y debió de tropezar con una piedra o con un tronco, ya que se balanceó un poco antes de caer hacia atrás. Ésa era la oportunidad que Lavik necesitaba. Abrió la puerta. Entonces las llamas, que ya se habían agarrado a las paredes de la cabaña y a algunos de los muebles, se inflamaron violentamente.

Se abalanzó sobre el hombre que estaba tirado en el suelo, con la llave inglesa alzada para golpear. Un nanosegundo antes de alcanzarlo en la boca, Strup se escabulló. La llave inglesa continuó hacia el suelo y Lavik la soltó.

Entre el aturdimiento y el intento de recuperar el arma, no estuvo lo bastante en guardia. Strup se había situado a su lado y consiguió estamparle la rodilla en los genitales. No fue un golpe muy fuerte, pero él se plegó por la cintura y se olvidó de la llave inglesa. El dolor lo puso tan furioso que consiguió agarrar las piernas del otro justo en el momento en que éste había

conseguido levantarse. Strup volvió a caer al suelo, aunque esta vez tenía los brazos libres y, mientras intentaba soltarse las piernas dando patadas al contrincante, consiguió meter la mano dentro de la chaqueta. El pataleo estaba teniendo resultados y sintió que acertó en la cara de Lavik. De pronto tenía las dos piernas libres. Se levantó y se dirigió dando tumbos hacia el bosque veinte metros más allá. A sus espaldas oyó un berrido y se giró, completamente asustado.

El fiscal adjunto Håkon Sand y la subcomisaria Hanne Wilhelmsen llegaron justo a tiempo para ver a un hombre vestido de cazador, con una llave inglesa en la mano, abalanzándose sobre otro que ofrecía un aspecto más urbano. Impotentes se quedaron mirando con la respiración entrecortada.

—¡Detente! —chilló Wilhelmsen en un vano intento de evitar la catástrofe, pero el cazador no se dio por aludido.

Distaban sólo tres metros cuando resonó el disparo. No sonó muy fuerte, sino breve, violento, y muy, muy nítido. La cara del hombre vestido con traje de cazador adquirió una curiosa expresión perfectamente perceptible a la luz de las llamas; dio la impresión de que le hacía gracia alguna travesura infantil que no acababa de creerse. La boca, que durante la carrera había permanecido abierta de par en par, se cerró en una leve sonrisa antes de dejar caer la herramienta y los brazos, luego se miró el pecho y se derrumbó.

Strup se giró hacia los dos policías y arrojó la pistola al suelo, en un gesto abierto y tranquilizador.

—Ella sigue dentro —gritó señalando la cabaña en llamas.

Håkon no pensó en nada. Se lanzó hacia la puerta de la terraza y, sin siquiera oír los gritos de advertencia de los otros dos, entró en la habitación ardiendo. Iba tan deprisa que no consiguió parar hasta que estaba en medio del salón en donde, por ahora, sólo ardía la punta de una alfombra. El calor era tan intenso que sintió como la piel de la cara empezaba a tensarse.

Era ligera como una pluma, o tal vez él era tan fuerte como un toro. No le llevó más que unos segundos subirla sobre sus hombros, al modo en que lo hacen los bomberos de verdad. En el momento en que se giró para volver por donde había venido, resonó la explosión, fue un estallido ensordecedor. Las ventanas panorámicas habían hecho lo que habían podido para resistirse al

calor, pero al final habían tenido que rendirse. La potencia de la corriente proveniente del exterior hizo que el estruendo de las llamas se volviera casi insoportable; no había manera de salir de allí, al menos por ese lado. Se giró despacio, como un helicóptero, con Karen como malograda hélice muerta. El calor y el humo le dificultaban la visión. La escalera estaba ardiendo.

Pero ¿quizá no con tanta fuerza como el resto? No tenía elección. Inspiró profundamente, pero sólo consiguió provocarse un ataque de tos. Las llamas se habían agarrado ya a sus pantalones. Con un alarido de dolor, corrió escaleras abajo oyendo cómo la cabeza de Karen se golpeaba contra la pared por cada escalón.

El incendio había abierto la puerta del sótano. La alcanzó en un último esfuerzo y el aire fresco le proporcionó las fuerzas de más que le permitieron alejarse siete u ocho metros de la cabaña. Karen cayó al suelo y, antes de desmayarse, él alcanzó a constatar que sus perneras aún estaban en llamas.

Estaba siendo un fracaso considerable. Lavik podía haber llegado antes que él, aunque no era demasiado plausible, los asesinatos son más fáciles de cometer por la noche y en la oscuridad le resultaría más fácil deshacerse de los policías que le seguían.

Sin embargo, era muy aburrido esperararlo allí. Decidió correr el riesgo de bajarse del coche, no había pasado ningún vehículo después de los locos de la moto. Hacía un frío de perros, pero no llovía y la escarcha se extendía bajo sus pies. Estiró los brazos por encima de la cabeza.

Un débil resplandor rosa se reflejaba en las nubes bajas, más o menos a la altura de dónde pensaba que estaba Sandefjord. Se giró hacia Larvik y vio lo mismo. Sobre Ula, en cambio, la luz era más naranja y bastante más intensa. Además tuvo la sensación de ver humo. Miró con detenimiento en dirección a la casa. ¡Estaba ardiendo!

Mierda, Lavik tenía que haber llegado antes que él, ¿o tal vez no hubiera ido en el Volvo? Probablemente había usado otro coche, para engañar a la Policía. Intentó recordar las marcas que habían pasado por el camino. Un par de Opel y un Renault. O tal vez hubiera sido un Peugeot. Daba igual. El

incendio no podía ser casual. Vaya manera de quitarle la vida a alguien. Debía de haberse vuelto loco.

Era probable que fuera ya demasiado tarde. Le iba a resultar muy difícil pillar a Lavik. El incendio era ya tan visible que alguien, necesariamente, tendría que verlo y avisar a los bomberos. Al cabo de pocos minutos, el lugar estaría lleno de coches rojos y de bomberos.

Pero no se pudo contener. Se volvió a meter en el coche, metió la marcha y condujo despacio hacia la enorme hoguera.

—La ambulancia es lo más importante. Lo más importante.

Hanne le devolvió el teléfono móvil a Strup, que se levantó y se lo metió en el bolsillo.

—La que peor está es Karen Borg —constató el abogado—. Aunque la quemadura de tu fiscal adjunto tampoco tiene muy buena pinta. Y a ninguno de los dos les puede haber sentado muy bien tragar tanto humo.

Entre los dos habían conseguido trasladar los dos cuerpos inconscientes hacia el aparcamiento, donde estaba el coche de Karen. Hanne no había vacilado en usar una piedra para romper el cristal del conductor. Dentro del coche había una manta de lana y dos pequeños cojines, y estaba cubierto por una lona sobre la que tendieron a los dos heridos, no sin antes arrancar un trozo grande que llenaron con el agua helada de un riachuelo que pasaba por la parte baja del aparcamiento. Aunque el agua se volvía a salir, ambos creían que debía de tener cierto efecto calmante sobre la pierna destrozada de Håkon. El incendio de la cabaña calentaba hasta el aparcamiento. Hanne ya no tenía frío. Esperaba que los dos heridos tampoco estuvieran mal. La herida sobre el ojo de Karen no parecía peor que la que había tenido ella unas cuantas semanas antes. Era de esperar que eso se correspondiera con la fuerza del golpe. El pulso parecía constante, aunque un poco rápido. De un maletín de primeros auxilios que encontró en el coche, sacó una pomada con la que untó las feas quemaduras antes de cubrirlas con una venda húmeda. Pensó, abatida, que debía de ser como usar un jarabe para la tos contra una tuberculosis, pero aun así lo hizo. Ambos seguían inconscientes, eso no debía de ser buena señal.

Strup y Hanne se quedaron mirando las llamas, que parecían a punto de saciarse. Era un espectáculo fascinante. Toda la planta alta había desaparecido, pero la planta baja era más difícil de digerir, estaba construida principalmente con ladrillo y hormigón, aunque debía de contener bastante madera, pues a pesar de que las llamas no se alzaban ya tanto hacia el cielo, aún seguían bastante ajetreadas. Por fin oyeron en la lejanía las sirenas, desdeñosas, como si los coches rojos quisieran tomarle el pelo a la cabaña moribunda anunciándole su llegada, aunque fuera demasiado tarde.

—Supongo que tuviste que matarlo —dijo Hanne sin mirar al hombre que tenía a su lado.

Él suspiró profundamente y le pegó una patada a la hierba congelada.

—Ya lo viste. Era él o yo. En ese sentido tengo la suerte de tener testigos.

Era verdad, un caso clásico de legítima defensa. Lavik estaba muerto antes de que Hanne llegara hasta él. El disparo lo había alcanzado en medio del pecho, así que debía de haber afectado a algún órgano vital. Curiosamente no había sangrado demasiado. Lo había arrastrado un poco más lejos de la pared de la cabaña, no tenía sentido incinerar al tipo de inmediato.

—¿Qué haces aquí?

—En estos momentos estoy aquí porque me has detenido. No hubiera sido muy cortés largarme en estas circunstancias.

Habían pasado demasiadas cosas aquel día como para que tuviera fuerzas para sonreír. Lo intentó, pero no salió más que un gesto poco bonito en torno a su boca. En vez de seguir preguntando, lo miró con las cejas algo levantar.

—No tengo por qué contar la razón por la que vine —dijo él con calma—. No tengo ninguna objeción contra que me detengas ahora. He matado a un hombre y hay que interrogarme. Contaré todo lo que me ha pasado esta noche, pero nada más. No puedo, y tampoco quiero. Probablemente has estado pensando que yo tenía algo que ver con la organización de la que se ha estado hablando. Tal vez aún lo creas. —La miró para que confirmara o negara su afirmación, pero Wilhelmsen no movió un músculo—. Sólo puedo decirte que te equivocas, pero que he tenido mis sospechas sobre lo que estaba pasando. En tanto que antiguo jefe de Jørgen Lavik y como alguien que siente cierta responsabilidad hacia el gremio de los abogados y...

Se interrumpió, como si de pronto pensara que había dicho demasiado. Un ligero gemido de uno de los heridos a sus espaldas les hizo girarse. Era Håkon, que hacía ademán de levantarse. Hanne se puso de cuclillas junto a su cabeza.

—¿Te duele mucho?

Bastaron un leve movimiento de la cabeza y una mueca. Le acarició con cuidado el pelo, lo tenía chamuscado y olía a quemado. La sirena de la ambulancia se oyó más fuerte y se desvaneció en un aullido ahogado en el momento en que el coche rojo y blanco se detuvo junto a ellos. Detrás venían los dos coches de bomberos, que eran demasiado grandes como para subir hasta arriba.

—Todo va a ir bien —le prometió en el momento en que dos hombres fornidos lo colocaban con cuidado sobre una camilla y lo metían en el coche—. Ahora va a ir todo bien.

El hombre de pelo grisáceo ya había visto bastante. Era evidente que Lavik estaba muerto, yacía solo y sin vigilancia sobre la hierba. Con respecto a los dos que estaban en el aparcamiento no estaba tan seguro. Le daba igual. Su problema estaba solucionado. Retrocedió de espaldas hacia el bosque y se detuvo para encender un cigarro cuando estaba a suficiente distancia. El humo le irritó los pulmones, en realidad hacía años que había dejado de fumar, pero ésta era una ocasión especial.

«Debería haber sido un puro», pensó al llegar al coche y apagar la colilla como pudo en la hierba marrón. «¡Un Habano enorme!»

Sonrió de oreja a oreja y se encaminó hacia Oslo.

Martes, 8 de diciembre

Los dos se recuperaron. Karen había sufrido una intoxicación de humo, una pequeña fractura en el hueso de la frente y una fuerte conmoción cerebral. Seguía internada en el hospital, pero tenían previsto darle el alta hacia finales de semana. Håkon Sand ya estaba en pie, aunque no literalmente. Las quemaduras no eran tan terribles como se habían temido, pero tendría que hacerse a la idea de usar muletas durante una temporada. Le habían dado una baja de varias semanas. La pierna le dolía muchísimo y no paraba de bostezar, tras una semana durmiendo mal y consumiendo grandes cantidades de calmantes. Además se había pasado varios días escupiendo manchitas de hollín. Pegaba un respingo cada vez que alguien encendía una cerilla.

De todos modos estaba satisfecho, casi alegre. Seguramente no habían resuelto el caso, pero al menos le habían puesto una especie de punto final. Jørgen Lavik estaba muerto; Hans A. Olsen estaba muerto; Han van der Kerch estaba muerto; y Jacob Frøstrup estaba muerto. Sin olvidar al pobre e insignificante Ludvig Sandersen, que había tenido el dudoso honor de inaugurar la fiesta. La Policía sabía quién había matado a Sandersen y a Lavik; Van der Kerch y Frøstrup habían elegido ellos mismos su camino. Sólo el triste encontronazo de Olsen con una bala de plomo seguía siendo un misterio, aunque se sospechaba que el responsable era Lavik. Tanto Kaldbakken como la comisaria principal y el abogado del Estado habían insistido en eso. Era mejor tener un asesino conocido aunque muerto, que uno desconocido y libre. Håkon tenía que admitir que el fundamento de la teoría de un tercero en

discordia había caído. La idea había surgido a causa del extraño comportamiento de Peter Strup, y ahora el abogado estrella ya no estaba bajo sospecha. El hombre había tenido un comportamiento ejemplar. Aceptó sin rechistar los dos días de prisión preventiva, hasta que la fiscalía cerró el asesinato de Jørgen Lavik sobreseyendo el caso al entender que se trataba de circunstancias no penales. Pura legítima defensa. Incluso el fiscal, que tenía por principio llevar cualquier asesinato ante los tribunales, se había mostrado enseguida de acuerdo con el sobreseimiento. El arma de Strup era legal, pues era miembro de un club de tiro.

La mayoría sostenía que no había ningún tercer hombre, y respiraban aliviados. Él por su parte no sabía qué pensar. Estaba tentado de aceptar las conclusiones lógicas de sus superiores, pero Wilhelmsen protestaba. Insistía en que el tercer hombre tenía que ser el que la había asaltado aquel domingo fatal. No podía haber sido Lavik. Los jefes no estaban de acuerdo. O bien había sido Lavik, o bien algún hombre más abajo en el jerarquía. En todo caso, no debían permitir que algo tan insignificante embadurnara la solución que tenían ahora sobre la mesa. La aceptaron, todos ellos. Salvo Hanne Wilhelmsen.

Strike. Por tercera vez consecutiva. Desafortunadamente era tan temprano que sólo una de las demás pistas estaba ocupada por cuatro jóvenes en la edad del pavo, que habían continuado jugando sin dedicarles una sola mirada desde que recibieron a los hombres mayores entre miradas críticas y risas. Por eso no había más testigo de su hazaña en los bolos que su contrincante, que no se dejó impresionar.

La pantalla que se encontraba por encima de sus cabezas, colgada del techo, mostraba que ambos habían hecho una buena serie. Cualquier cosa por encima de los 150 puntos estaba bien, teniendo en cuenta su edad.

—¿Otra ronda? —preguntó Strup.

Bloch-Hansen vaciló un segundo, luego se encogió de hombros y sonrió. Sólo una más.

—Pero consíguenos antes algo de beber.

Se quedaron sentados con sendas bolas en el regazo y una botella de agua mineral compartida. Strup no dejaba de acariciar la pulida superficie de la bola. Parecía más delgado y más viejo que la última vez que se vieron. Tenía los dedos delgados y secos, y sobre los nudillos se le había agrietado la piel.

—¿Tenías razón, Peter?

—Sí, lamentablemente. —La mano se detuvo en medio de la bola, y Strup la dejó en el suelo y apoyó los antebrazos sobre las rodillas—. Tenía tanta fe en ese chico... —dijo con una sonrisa triste, como un payaso que lleva demasiado tiempo trabajando y está ya un poco mayor.

A Bloch-Hansen le pareció ver lágrimas en los ojos de su amigo. Le dio una torpe palmada en la espalda a la vez que desviaba la mirada hacia los diez bolos que aguardaban su destino, serios y tensos. No tenía nada que decir.

—Tampoco es que el chico fuera como un hijo para mí, pero durante un tiempo estuvimos muy unidos. Cuando dejó de trabajar conmigo para empezar por su cuenta, me llevé una decepción..., tal vez incluso me sintiera algo herido. Pero mantuvimos el contacto. Siempre que podíamos, comíamos juntos los jueves. Era agradable y enriquecedor para ambos, creo. Aun así, el último medio año no hemos coincidido mucho para comer. El viajaba mucho al extranjero y supongo que yo ya no era tan prioritario para él. —Strup se enderezó en la incómoda sillita de plástico, tomó aire y continuó—: Soy un idiota. Creí que tenía una historia de faldas. Cuando se divorció por primera vez, creo que me comporté un poco como un padre severo. Cuando se alejó de mí, supuse que volvía a tener problemas de pareja y que no quería escuchar mis reproches.

—Pero ¿cuándo entendiste que algo iba mal? Realmente mal, quiero decir.

—No sabría decirte. Pero a finales de septiembre empecé a tener la sospecha de que alguien de nuestro gremio tenía algún negocio entre manos. Todo empezó cuando uno de mis clientes se derrumbó. Un pobre diablo con el que llevo toda la vida trabajando. No hacía más que llorar, y resultó que lo que quería en realidad era que me hiciera cargo del caso de un amigo suyo. Un joven holandés. Han van der Kerch.

—¿El tipo que se suicidó en la cárcel? ¿Cuando se montó tanto lío?

—Exacto. Ya sabes cómo nos vienen con sus amigos a rastras para que los

ayudemos a ellos también. No tiene nada de raro. Pero después de tres horas de lloriqueos me contó que sabía que había dos o tres abogados detrás de una liga de contrabando de drogas, casi una banda, o una mafia. Me lo tomé con mucho escepticismo. Aun así me pareció que merecía la pena investigarlo un poco. Lo primero que intenté hacer fue conseguir que el holandés hablara. Le ofrecí mis servicios, pero Karen Borg se mostró inamovible. —Se rio con una risa seca y breve, sin un ápice de alegría—. Esa decisión ha estado a punto de costarle la vida. En fin, puesto que no tenía acceso a la fuente principal, tuve que dar algunos rodeos. A ratos me he sentido como un detective norteamericano barato. He hablado con gente en lugares extraños, a las horas más raras. Pero..., de algún modo, también ha sido emocionante.

—Pero, Peter... —dijo el otro en voz baja—. ¿Por qué no acudiste a la Policía?

—¿A la Policía? —Miró a su compañero con la cara descompuesta, como si le hubiera propuesto un asesinato múltiple antes de comer—. ¿Y con qué narices iba a acudir a ellos? No tenía nada concreto. En ese sentido tengo la sensación de que la Policía y yo hemos tenido el mismo problema: hemos intuido, hemos creído y hemos supuesto cosas, pero no podíamos probar nada, coño. ¿Sabes cómo se concretó por primera vez mi incipiente sospecha hacia Jørgen?

Bloch-Hansen negó levemente con la cabeza.

—Puse a una de mis fuentes contra la pared..., bueno, lo senté en una silla sin mesa delante. Luego me coloqué ante él, con las piernas separadas, y lo miré fijamente. El tipo estaba asustado. No por mí, sino por una inquietud que se percibía en el mercado y que, por lo visto, estaba afectando a todo el mundo. Entonces le mencioné a una serie de abogados de Oslo. Cuando llegué a Jørgen Ulf Lavik, se puso muy nervioso, miró hacia otro lado y pidió algo de beber.

Los chicos ruidosos se estaban yendo. Tres de ellos se reían y se tiraban una chaqueta entre ellos, mientras que el cuarto, que era el más pequeño, intentaba recuperarla entre quejas y maldiciones. Los dos abogados se mantuvieron en silencio hasta que las puertas de cristal se cerraron detrás de los jóvenes.

—Vaya ocurrencia. ¿Qué podría haber hecho? ¿Acudir al tío policía para contarle que, usando un detector de mentiras de aficionados, había conseguido que un drogadicto de diecinueve años me contara que Lavik era un criminal, que si, por favor, podían arrestarlo? No, no tenía nada que contarles. Por otro lado, a esas alturas había empezado a ver retazos de la auténtica verdad y no era algo como para ir corriendo a contárselo a un crío de fiscal adjunto de la tercera planta de la casa. Preferí acudir a mis viejos amigos de los servicios secretos. La imagen que conseguimos componer con mucho esfuerzo no era nada bonita. Seré franco: era fea. Jodidamente fea.

—¿Cómo se lo tomaron ellos?

—Como era de esperar se montó una limpieza de la hostia. En realidad creo que aún no han acabado del todo. Lo peor es que no pueden tocarle un pelo a Harry Lime.

—¿Harry Lime?

—El tercer hombre. ¿Te acuerdas de esa película? Tienen suficientes cosas contra el viejo como para que se le caiga el pelo, pero no se atreven. Les iba a salpicar a ellos.

—Pero ¿le van a dejar seguir en el cargo?

—Han intentado presionarlo para que se retire, y seguirán haciéndolo. Ha tenido problemas de corazón, bastante serios, la verdad. No resultaría nada sospechoso que se retirara, por motivos de salud. Pero ya conoces a nuestro antiguo colega, ese hombre no se rinde hasta que está perdido. No ve ninguna razón para retirarse.

—¿Su superior está informado?

—¿Tú qué crees?

—No, supongo que no.

—Ni siquiera el primer ministro sabe nada. Es una putada. Y la Policía no conseguirá cogerlo nunca. Ni siquiera sospechan de él.

La última serie salió mal. Para su gran irritación, Strup tuvo que verse derrotado por su amigo por casi cuarenta puntos. Estaba empezando a hacerse viejo de verdad.

—Respóndeme a una cosa, Håkon.

—Espera un momento.

No le estaba resultando fácil meter la pierna herida en el coche. Se rindió después de tres intentos y le pidió a Hanne que reclinara el asiento lo máximo posible. Finalmente, lo logró. Colocó las muletas entre el asiento y la puerta; las pesadas puertas del patio trasero de la Policía se abrieron despacio y con vacilación, como si no estuvieran seguras de que fuera sensato dejarlos marchar. Al final se decidieron y los dejaron pasar.

—¿A qué querías que te respondiera?

—En realidad, ¿era tan importante para Jørgen Lavik quitarle la vida a Karen Borg? Quiero decir, ¿su caso dependía tanto de eso precisamente?

—No.

—¿No? ¿Sólo no?

—Sí.

Le dolía hablar de ella. En dos ocasiones había ido a la pata coja hasta la planta del hospital donde estaba ingresada Karen, muy magullada y desamparada, y las dos veces se había topado con Nils. Con mirada hostil y agarrando las pálidas manos sobre el edredón, el marido de Karen había impedido cualquier intento de Håkon de decir lo que quería decir. Ella se había comportado de manera distante y, aunque él no había esperado que le diera las gracias por salvarle la vida, le dolía profundamente que ni siquiera hubiera mencionado el asunto. Al igual que Nils, la verdad. Al final, el fiscal se había limitado a intercambiar unas cuantas frases anodinas y se había ido al cabo de cinco minutos. Tras la segunda visita se sintió incapaz de volver a intentarlo, pero desde entonces no había pasado un segundo sin que pensara en ella. Aun así, para su sorpresa, era capaz de alegrarse de que el caso estuviera más o menos resuelto. Sólo que no soportaba hablar de ella. Aun así se sobrepuso.

—No hubiéramos conseguido que condenaran al tipo, ni siquiera con la declaración de Karen o su testimonio. Eso sólo podía ayudarnos a prolongar la preventiva. Una vez que lo habían puesto en libertad, Borg daba igual. A no

ser que encontráramos algo más. Pero supongo que Lavik no estaba del todo bien.

—¿Quieres decir que estaba loco?

—No, de ninguna manera. Pero tienes que recordar que cuanto más alto estás, más grande es la caída. Tenía que estar bastante desesperado. De algún modo, se le había metido en la cabeza que Karen Borg era peligrosa. En ese sentido encaja eso que dicen los jefes de que fue él quién te agredió. Esas notas pueden haber hecho que se obcecara con ella.

—Así que es culpa mía que a Borg casi la mataran —dijo Hanne, ofendida, aunque sabía que él no había pretendido decir eso.

La subinspectora bajó la ventanilla, apretó un botón rojo e informó de su objetivo a una voz asexual que salía de una plancha de metal agujereada. Un criado invisible levantó la barrera. Hanne encontró el sitio que le habían indicado en el garaje del Edificio del Gobierno.

—Kaldbakken iba a venir por su cuenta —dijo, y ayudó a su colega a salir del coche.

Un ministro de Justicia no se iba a conformar con condiciones tan modestas. Aunque la habitación estaba siendo reformada, era evidente que el joven ministro seguía trabajando allí. El hombre pasó por encima de una pila de rollos de papel, esquivó una escalera de mano a la que un cubo de pintura amenazaba con hacer caer, sonrió de oreja a oreja y les tendió la mano a modo de saludo.

Era extremadamente guapo y joven, cosa que llamaba la atención. Cuando tomó posesión del cargo tenía sólo treinta y dos años. Su pelo rubio estaba dorado, aunque fuera pleno invierno, y sus ojos podrían ser los de una mujer: enormes, azules y con unas largas pestañas bellamente arqueadas. Las cejas constituían un masculino contraste con todo lo rubio, eran negras y tupidas y se juntaban sobre la nariz.

—Me alegra muchísimo que hayáis podido venir —dijo con entusiasmo—. Con todo lo que se ha dicho en la prensa en la última semana, es difícil saber qué creer. Me gustaría que me orientarais un poco. Ahora que ya ha pasado

todo, quiero decir. Un caso bastante inquietante, ¡e incómodo para nosotros, los guardianes de la ley! Se supone que es responsabilidad mía controlar a todos estos abogados, y no es nada agradable que empiecen a pasarse de la raya.

Su mueca probablemente pretendía expresar un amistoso hastío respecto al gremio de los abogados. El propio ministro había trabajado durante dos años en la Policía, antes de que, a velocidad récord, lo nombraran abogado del Estado con sólo veintiocho años. Amablemente, ayudó a Håkon con una de las muletas, que se le había caído al suelo cuando se estrecharon las manos.

—Toda una acción de salvamento, por lo que tengo entendido —dijo cordialmente señalando la pierna—. ¿Qué tal estás?

Håkon le aseguró que se encontraba perfectamente, que sólo tenía algunos dolores, pero que iba bien.

—Tenemos que entrar —dijo el ministro, que los condujo a la habitación contigua.

A diferencia de la otra, aquella estancia no tenía vistas sobre el enorme descampado en obras —por fin, estaban intentando transformar la manzana de Ditten en algo que no fuera sólo un agujero—, sino que daba al helipuerto situado sobre la azotea del ministerio de Industria.

El otro despacho no era más grande que el anterior, simplemente estaba más ordenado. Sobre el suelo se extendían dos magníficas alfombras orientales, una de ellas de más de cuatro metros cuadrados. No podían ser de propiedad pública; tampoco los cuadros que había sobre la pared. Si fueran propiedad del Estado, deberían haber estado expuestos en la Galería Nacional.

El secretario de Estado entró detrás de ellos. Dado que era su despacho, les ofreció sillas y agua mineral. Tenía el doble de edad que su jefe, pero era tan jovial como él. Llevaba un traje hecho a medida que dejaba notar que aquel hombre no había renunciado a las caras costumbres adquiridas durante los más de treinta años en que había ejercido la abogacía. El sueldo de secretario de Estado no debía de ser más que calderilla para él, seguía siendo socio de una firma de abogados de tamaño medio, pero de éxito muy por encima de la media.

La explicación les llevó algo más de media hora. Kaldbakken llevó la voz cantante casi todo el tiempo. Håkon estaba adormilado. Era embarazoso. Agitó la cabeza y pegó un trago de agua mineral para mantenerse despierto.

Las alfombras rojizas, con sus detallados dibujos, eran preciosas. Desde este lado, los colores eran distintos que vistos desde la puerta; eran más profundos y más cálidos. Las estanterías de la pared sí debían de formar parte del inventario, eran de madera chapada de color oscuro. Estaban repletas de literatura especializada. Håkon tuvo que sonreír al percatarse de que el secretario de Estado tenía debilidad por los libros antiguos de adolescentes. Había alguien más a quien le pasaba lo mismo, según creía recordar; pero las fuertes medicinas que tomaba no le dejaban recordar a quién.

—¿Sand?

Håkon pegó un respingo y se disculpó señalando su pierna, ¿qué le habían preguntado?

—¿Tú también piensas que el caso ya está resuelto? ¿Fue Lavik quién mató a Hans A. Olsen?

Wilhelmsen miró al aire, pero Kaldbakken asintió con decisión y lo miró directamente a los ojos.

—Bueno, en fin, tal vez. Es probable. Kaldbakken piensa que sí. Seguro que tiene razón.

Era la respuesta correcta. Los demás empezaron a recoger sus cosas, llevaban ya más tiempo allí de lo planeado. Håkon se puso en pie como pudo y se acercó a la estantería. Entonces lo recordó.

Se mareó y apoyó demasiado peso sobre una de las muletas, que se deslizó sobre el suelo. El secretario de Estado, que era quien estaba más cerca, acudió corriendo en su ayuda.

—Ten cuidado, ten cuidado, chico —dijo, y le tendió una mano.

Håkon no la cogió, pero se quedó mirando al hombre con cara de espanto el tiempo suficiente como para que Wilhelmsen acudiera corriendo y lo agarrara firmemente por el pecho.

—No pasa nada —murmuró esperando que atribuyeran su tribulación a la caída.

Después de que les dedicaran algunos cumplidos más, fueron libres para

marcharse. Kaldbakken iba en su propio coche.

Cuando Hanne y Håkon estuvieron a solas, éste la agarró de la chaqueta.

—Ve a buscar las hojas de los códigos y reúnete conmigo en la biblioteca Deichman tan rápido como puedas.

Acto seguido salió disparado a toda velocidad.

—Te puedo llevar en coche —le gritó ella, pero dio la impresión de que no la había oído. Había recorrido ya casi la mitad del camino.

Estaba muy desgastado, pero la imagen de la portada aún se veía con claridad. Un joven y atractivo piloto europeo yacía desamparado en el suelo, con su traje azul de piloto y un casco de cuero de los antiguos, mientras que un grupo de africanos salvajes y con cara de pocos amigos se precipitaba sobre él. El libro se titulaba Biggles sobre las alas. Se lo tendió a la subinspectora que tenía la respiración entrecortada; lo entendió de inmediato.

—Las alas —dijo en voz baja—. El título de la página de códigos que encontramos en la película porno de Hansa Olsen. —Se inclinó sobre el hombro de Håkon, que tenía ante sí, sobre la mesa, el resto de la serie sobre el heroico piloto británico. Hanne cogió Biggles en África y Biggles en Borneo —. África y Borneo. Los documentos salvavidas de Jacob Frøstrup. ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Por qué ahora?

—Gracias, destino, por todo nuestro mortal trabajo rutinario. En las largas listas sobre todo lo que había en el despacho de Lavik, me fijé en que la serie de Biggles se encontraba entre sus libros de la oficina. Me hizo reír un poco, yo devoré estos libros de adolescente. Si hubieran especificado cada uno de los títulos, puede que se me hubiera ocurrido en ese mismo momento, pero no ponía más que: «La serie sobre Biggles». —Acarició el lomo azul claro y fruncido del libro, la pierna había dejado de dolerle y Karen no era más que un débil murmullo lejano; había sido él quien había encontrado el código, llevaba dos meses y medio corriendo detrás de Wilhelmsen, pero ahora había llegado su hora—. El secretario de Estado tenía los mismos libros. La serie completa.

Lo que en esos momentos se encontraba ante ellos en forma de

deshilachados libros para adolescentes constituía una verdadera bomba. Aquellos libros que, por la razón que fuera, también se encontraban en el despacho del secretario de Estado. Al igual que en el despacho de un abogado cutre que estaba muerto. No podía ser una casualidad.

Cuarenta minutos más tarde habían descifrado el código. Tres páginas incomprensibles rellenas de líneas de números se habían transformado en tres mensajes de siete líneas. Con ello quedaba casi todo confirmado, lo que habían creído desde el principio. Se trataba de grandes cantidades. Tres entregas de cien gramos cada una. Heroína, como habían supuesto. Las letras apresuradas y torcidas, tanto Hanne como Håkon eran zurdos, decían dónde había que recoger el material y dónde debía ser entregado. Constaba el precio, la cantidad y la calidad. Cada mensaje acababa especificando los honorarios del correo.

Pero no salía ni un puto nombre ni una maldita dirección. Los lugares se indicaban con precisión, pero en código. Los tres lugares de recogida estaban indicados como «B-c», «A-r» y «S-x» respectivamente. Los lugares de destino eran «FM», «LS» y «FT». La Policía no podía entenderlo, aunque era obvio que los destinatarios de los mensajes sí.

Estaban solos en la enorme habitación. Los libros se elevaban en silencio y ausentes por las cuatro paredes, amortiguando la acústica e impidiendo cualquier intento de montar jaleo en el respetable edificio. Ni siquiera una clase de alumnos de primaria conseguía perturbar la sabia paz que impregnaba las paredes.

Hanne se dio una palmada en la frente, en un exagerado gesto de reconocimiento de su propia estupidez, y después golpeó el tablero de la mesa para destacar lo que iba a decir:

—El secretario de Estado estuvo en la comisaría el día en que me atacaron. ¿No lo recuerdas? ¡El ministro de Justicia iba a hacer una visita a las dependencias y a hablar sobre la violencia injustificada! ¡El secretario de Estado iba con él! Recuerdo haberlos oído en el patio trasero.

—Pero ¿cómo puede haber esquivado a todo su séquito? Los perseguían un montón de periodistas.

—La llave del servicio. Puede que le dejaran un manojito de llaves para ir

al servicio, o que se hiciera con ellas de otro modo. Qué sé yo. Pero estaba allí, y no es por casualidad. No puede serlo.

Plegaron los códigos descifrados, devolvieron los libros de Biggles a la señora detrás del enorme mostrador y salieron a las escaleras. Håkon se afanaba con una dosis de rapé, ya empezaba a coger la técnica y le bastaba con un par de apretones con la lengua.

—Pero no podemos detener a un tipo por tener unos libros en una estantería.

Se miraron y rompieron a reír. La risa sonó ensordecedora e irrespetuosa entre las severas columnas, que parecieron pegarse aún más contra la pared por puro rechazo de semejante estruendo. La respiración de los dos compañeros dibujaba nubecitas de niebla en el aire helado.

—Es increíble. Sabemos que hay un tercer hombre. Sabemos quién es. Supone un escándalo sin igual. Y resulta que no podemos hacer nada. Nada en absoluto, joder.

No era como para reírse, pero, de todos modos, siguieron riéndose hasta llegar al coche, que Hanne, con gran arrogancia, había aparcado sobre la acera. La placa policial estaba sobre el salpicadero y tornaba legal haber dejado en aquel lugar el coche.

—En todo caso teníamos razón, Håkon —dijo ella—. Da bastante gusto saberlo. Hay un tercer hombre, como decíamos nosotros.

Volvió a reírse. Esta vez con más desánimo.

El piso seguía como antes. Le resultaba ajeno en toda su familiaridad. Debía de ser él quién había cambiado. Después de tres horas de limpieza a fondo, que finalizaron con una ronda con la aspiradora en la moqueta del salón, recuperó el aliento y la paz. A la pierna no le venía bien tanta actividad, pero al coco sí.

Tal vez fuera un error no decirle nada a los demás, pero Hanne Wilhelmsen había vuelto a hacerse con el control. Tenían en su poder información que podía tumbar a un Gobierno, o que tal vez acabara como un malogrado cohete chino. En ambos casos se montaría un jaleo de la hostia. Nadie podría

reprocharles que esperaran un poco, que se tomaran su tiempo. No era probable que el secretario de Estado desapareciera.

Había marcado tres veces el número de Karen. Todas las veces lo había atendido Nils. Era una idiotez, sabía que aún seguía en el hospital.

Llamaron a la puerta. Miró el reloj. ¿Quién podía venir de visita un martes a las nueve y media de la noche? Por un momento consideró la posibilidad de no abrir. Seguramente sería alguien con una oferta fantástica para recibir el periódico durante un trimestre o alguien que quería salvar su alma inmortal. Por otro lado: podía ser Karen. No podía ser ella, claro, pero quizá, quizá, lo fuera. Cerró los ojos con determinación, rezó para sus adentros y respondió al interfono.

Resultó que era Fredrick Myhreng.

—He traído vino —dijo en tono alegre y, a pesar de que a Håkon no le tentaba en absoluto pasar la velada con el pesado del periodista, apretó el botón y lo dejó pasar.

Un instante después se encontraba ante la puerta, con una pizza tibia de Peppe's en una mano y una botella de un vino blanco dulce italiano en la otra.

—¡Vino blanco y pizza! —anunció alegremente el joven; Håkon frunció la nariz—. Me gusta la pizza y me gusta el vino blanco. ¿Por qué no tomarlos juntos? Riquísimo. Saca unas copas y un sacacorchos. Yo he traído servilletas.

Le tentaba mucho más una cerveza; tenía dos botellas de medio litro en la nevera. Fredrick se decantó por el vino dulce y se lo bebió como si fuera zumo.

Pasó un buen rato antes de que Håkon entendiera qué era lo que quería el hombre. Al final empezó a hablarle de cosas que no implicaban sólo presumir de sí mismo.

—Oye, Sand —dijo secándose la boca con una servilleta roja—, si alguien hiciera algo que no está del todo bien, no algo ilegal ni nada, pero sí un poco prohibido, y con ello descubriera algo mucho peor, algo que hubiera hecho otra persona... O si, por ejemplo, encontrara algo que le podía servir, por ejemplo, a la Policía, por ejemplo, en un caso que fuera mucho peor que lo que hubiera hecho el tipo, ¿qué haríais vosotros? ¿Haríais la vista gorda con lo que hubiera hecho? ¿Con eso que estaba un poco mal, pero no tan mal como

lo que había hecho el otro y que tal vez pudiera resolver el caso?

El silencio fue tan absoluto que Håkon pudo oír el débil zumbido de las velas. Con una mano agarró la caja de cartón, en la que ya no quedaban más que un par de champiñones, la quitó de la mesa y se inclinó sobre ella.

—¿Qué es lo que has hecho, Fredrick? ¿Y qué coño has averiguado?

El periodista bajó la mirada, cohibido, y Håkon estampó la mano contra la mesa.

—¡Fredrick! ¿Qué es lo que tienes?

El periodista capitalino se había esfumado y no quedaba más que un chiquillo compungido que tenía que admitir su pecado ante un furioso superior. Azorado, se metió la mano en el bolsillo y sacó una llavecita relumbrante.

—Esta llave era de Jørgen Lavik —dijo débilmente—. Estaba pegada a la parte baja de su caja fuerte. O en un armario archivero, no recuerdo bien.

—No recuerdas bien. —El fiscal tenía las fosas nasales blancas de furia—. No recuerdas bien. Has sustraído una prueba importante que pertenece a uno de los sospechosos en un caso penal grave y no recuerdas bien dónde la encontraste. Está bien. —La mancha blanca se había extendido en un círculo en torno a la nariz y su cara parecía una bandera japonesa invertida—. ¿Podría preguntarte cuándo «encontraste» la llave?

—Hace algún tiempo —respondió el joven esquivamente—. Por cierto, ésta no es la original. Es una copia. Saqué un molde de la llave y la volví a dejar en su sitio.

El fiscal adjunto de la Policía respiraba por la nariz, como un toro excitado.

—Volveré sobre esto, Fredrick. Créeme. Volveré sobre esto. Ahora puedes coger tu botella y largarte de aquí.

Con un movimiento agresivo introdujo el corcho en la botella medio vacía. Al periodista del Dagbladet no le quedó más remedio que salir a la desagradable y fría noche prenavideña. Al llegar a la puerta colocó el pie en el marco para impedir que se interrumpiera todo contacto.

—Pero, oye, Sand —probó a decir—: algo recibiré yo a cambio de esto, ¿no? ¿La historia va a ser mía?

No obtuvo más respuesta que un dedo del pie muy dolorido.

Jueves, 10 de diciembre

Al cabo de menos de dos días de trabajo habían reducido las posibilidades a un número muy pequeño de lugares. En concreto a dos. Uno de ellos era un gimnasio del centro, muy respetable y serio; el otro era un estudio menos respetable, más caro, situado en la loma de Saint Hans. Ambos lugares eran aptos para realizar actividades físicas, pero mientras uno de ellos era legal, el otro ejercía sus actividades con mujeres importadas especialmente desde Tailandia. Les había costado encontrar al fabricante de la llave, pero una vez que la Policía encontró la empresa correcta, les llevó pocas horas averiguar a qué tipo de armarios correspondía. Teniendo en cuenta el destruido renombre de Lavik, todos estaban convencidos de que se trataba del burdel de la calle Ullevål, pero se equivocaban. Lavik había levantado pesas dos veces por semana, cosa que en realidad ya sabían, y que recordaron cuando revisaron los documentos.

El armario era tan pequeño que el maletín negro apenas cabía. Tenía un cierre de seguridad. Aún no lo habían abierto, y permanecía sobre el escritorio de Kaldbakken, en la tercera planta de la jefatura, zona azul. Håkon Sand y Hanne Wilhelmsen celebraron las Navidades por adelantado y decidieron no esperar a que abrieran el duro regalo.

El cierre no se pudo resistir al destornillador de Kaldbakken. Por una cuestión de orden, habían jugueteado un poco con las seis tuercas con números del cierre de seguridad codificado, pero no tardaron en rendirse. El propietario ya no necesitaba el maletín, aunque éste estuviera completamente

nuevo.

Ninguno de ellos era capaz de entender por qué lo había hecho. Era inconcebible que el hombre quisiera correr semejante riesgo. La única explicación razonable era que esperara arrastrar a otros con él en caso de que cayera. Estando en vida, el montón de documentos no podía serle de mucha utilidad. Constituía un enorme riesgo para su seguridad. En un gimnasio, donde no podía tener la garantía de que los propietarios no se dieran una vuelta curioseando en las taquillas de los miembros después de cerrar, había metido un informe minucioso y completo sobre una organización que los tres lectores del documento habían creído que nunca llegarían a conocer, tal vez sólo en una novela policíaca.

—No menciona el asalto que me hicieron —comentó Hanne—. Eso tiene que querer decir que yo tenía razón. Tiene que haber sido el secretario de Estado.

Tanto el inspector Kaldbakken como el fiscal adjunto Håkon Sand mostraron su absoluta falta de interés. Aunque hubieran visto al Papa en persona viajar al norte para ejercer violencia contra una mujer indefensa, no habrían movido ni el párpado.

Tardaron casi dos horas en revisarlo todo. Devoraron los documentos, en parte juntos, en parte por separado. Los breves comentarios les hacían asomarse de vez en cuando por encima del hombro de los demás. Al cabo de un rato ya no se asombraban ante nada.

—Esto lo tenemos que enviar arriba enseguida —dijo Wilhelmsen cuando lo habían vuelto a meter todo en el maletín destrozado.

Señaló el techo con el dedo índice. No se refería precisamente a Dios.

El ministro de Justicia insistió en celebrar una rueda de prensa esa misma tarde. La Brigada de Información y el Servicio de Inteligencia de Defensa habían protestado intensa e insistentemente. No había servido de nada. El escándalo sería aún peor si la prensa averiguaba que mantenían oculto el caso durante más de unas horas. Ya tenían bastante jaleo.

El impresionante aspecto del ministro había sufrido un duro golpe a lo

largo de aquel día. Tenía la piel más pálida y el pelo no tan dorado. Oía el jolgorio de los lobos de la prensa al otro lado de la puerta. Por alguna extraña razón había insistido en que la rueda de prensa se celebrara en la jefatura.

—Vosotros sois los únicos que vais a salir bien parados de esta historia — le había dicho sarcásticamente a la comisaria principal cuando ella opinó que deberían recibir a la prensa en el Edificio del Gobierno—. La rueda de prensa la hacemos en la jefatura.

Lo que no dijo era que allí se estaba imponiendo un verdadero estado de excepción. El primer ministro había ordenado que triplicaran la vigilancia y actuaron paranoicamente contra la prensa, a lo largo de aquel día. En ese sentido, la jefatura era una buena solución.

Después de inspirar profundamente tres o cuatro veces, entró en la sala de reuniones. La reserva de oxígeno no le vino mal, porque una vez dentro casi llegó a perder el aliento.

El fiscal adjunto de la Policía Håkon Sand y la subinspectora Hanne Wilhelmsen estaban apoyados contra la pared del fondo de la sala. Ya no tenían nada que decir en aquel asunto. A lo largo del día, el caso había ido ascendiendo por las plantas del edificio a una velocidad de vértigo. Las únicas noticias que habían recibido eran el breve recado de que el caso se consideraba resuelto y la investigación finalizada. A ellos les venía de perlas.

—Va a tener su gracia ver cómo salen de ésta —dijo Hanne en voz baja.

—No van a salir de ésta. —Håkon negó con la cabeza—. De esto no va a salir nadie indemne. A excepción de nosotros dos, claro, que para eso somos los héroes. Nosotros los de los sombreros blancos de Stetson.

—The good guys!

Los dos sonrieron de oreja a oreja. Håkon pasó el brazo por encima del hombro de su compañera, cosa que ella aceptó. Un par de agentes de uniforme les echaron alguna mirada furtiva, pero los rumores llevaban ya un tiempo corriendo y habían perdido parte de su gracia.

Allí al fondo, eran casi invisibles para las hordas que se concentraban en la parte delantera de la sala. Los técnicos de tres canales de televisión distintos habían instalado rápidamente cinco focos de luz, de modo que la parte trasera de la estancia estaba sumida en la oscuridad en comparación con

la agresiva luz que iluminaba la mesa donde estaban sentadas todas las personas importantes. El canal público de televisión, NRK, iba a retransmitirlo en directo. Eran las siete menos cinco. La nota de prensa que se había hecho pública tres horas antes lo había dicho todo y nada. No se daban detalles, sólo se decía que el secretario de Estado había sido detenido por un delito grave y que el Gobierno estaba celebrando una reunión extraordinaria.

La comisaria principal fue la que abrió la sesión. Si no hubiera sido por el zumbido de los motores de las cámaras fotográficas se hubiera podido escuchar el famoso alfiler hasta donde se encontraban Hanne Wilhelmsen y Håkon Sand.

La comisaria principal parecía nerviosa, pero consiguió sobreponerse. Llevaba preparado una especie de resumen por escrito, unos folios que hojeaba de vez en cuando sin una lógica evidente, adelante y atrás, adelante y atrás.

La Policía tenía razones para creer que el secretario de Estado del Ministerio de Justicia estaba implicado, y probablemente era el jefe, de un grupo de personas que se dedicaba a la importación ilegal de estupefacientes.

—Vaya manera de decir que el tipo es un jefe de la mafia —susurró Håkon al oído de Hanne—. ¡Nos van a dar la versión bonita y jurídica!

El enardecido murmullo de conmoción se acalló en cuanto la comisaria principal volvió a tomar la palabra.

—Con los datos de que disponemos a esta hora... —dijo, y luego tosió discretamente detrás del puño cerrado—, podemos decir que la organización estaba constituida por dos grupos. El difundo abogado Hans A. Olsen era el responsable de una de las ramas; el difunto abogado Jørgen Ulf Lavik de la otra. Tenemos motivos para creer que el secretario de Estado era el superior de ambos. Ha sido detenido y acusado de importación y distribución de cantidades desconocidas de sustancias narcóticas.

Volvió a carraspear, como si dudara en seguir hablando.

—¿Cuánto? —preguntó un periodista, pero no obtuvo respuesta.

—Además está acusado del asesinato del abogado Hans A. Olsen.

En ese momento podrían haber caído tres toneladas de alfileres sin que nadie hubiera movido ni un párpado. La acribillaron a preguntas.

—¿Ha confesado?

—¿En qué basáis vuestras sospechas?

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—¿Habéis requisado algo?

Tardaron casi diez minutos en tranquilizar a los asistentes. El jefe de la Brigada Criminal estampaba la mano una y otra vez contra la mesa. La comisaria principal se había reclinado en la silla y, con la boca fruncida, se negaba a responder a ninguna pregunta antes de que hubiera orden en la sala. Parecía mayor que nunca.

—No acabo de entender por qué parece tan tensa —le dijo Hanne en voz baja a Håkon—. Tendría que estar encantada, coño. ¡Hace mucho que esta casa no puede atribuirse un triunfo como éste!

Finalmente, el jefe de la Brigada Criminal consiguió que se le oyera.

—Después de que las diferentes partes se hayan explicado, habrá tiempo para preguntas. Pero no antes. Os pido que mostréis comprensión.

Sería difícil decir si los murmullos dispersos de los periodistas fueron un asentimiento, pero al menos la comisaria principal pudo continuar.

—Da la impresión de que llevan varios años en activo. Creemos que desde 1986. Es demasiado pronto como para decir algo sobre la cantidad total. —Volvió a toser.

—Esa tos le entra cada vez que miente o que se asusta —susurró Håkon—. A partir de la información del maletín he calculado que serían unos catorce kilos. ¡Sólo en la cuenta de Lavik!

—Yo he calculado quince —dijo Hanne, que se rió.

La comisaria principal volvió a coger carrerilla.

—En lo que respecta a las circunstancias especiales en torno al uso de... —la tos estaba empezando a resultar paródica—... al uso de... las ganancias producidas por la distribución ilegal, le dejo la palabra al propio ministro de Justicia.

La mujer suspiró aliviada cuando todas las miradas se dirigieron al joven ministro. Daba la impresión de que le acababan de comunicar la muerte de su madre, una enfermedad de su padre y su propia ruina en un mismo día.

—Por ahora da la impresión, y lo repito, por ahora, de que parte de

estos..., de que parte de estos... medios pueden haber sido destinados a... un uso no reglamentario de los servicios secretos del Ejército.

De pronto todos entendieron por qué estaba también presente el ministro de Defensa. Algunos habían arqueado las cejas al ver que se encontraba allí, en el extremo izquierdo de la línea de personas importantes, por fuera de la mesa, casi de más. Nadie había tenido tiempo de detenerse a pensarlo.

Pasó a ser inútil intentar retrasar las preguntas. El jefe de la Brigada Criminal volvió a intentar golpear la mesa, pero cada vez resultaba más patético. La comisaria principal los metió en vereda. Con una voz que no se hubiera creído que podía producir su frágil cuerpo, tomó el control.

—Las preguntas de una en una —exigió—. Estaremos a vuestra disposición durante una hora. En vuestras manos queda aprovecharlo al máximo.

Un cuarto de hora más tarde, la mayoría se había hecho una idea aproximada de la situación. La banda, o la mafia, como ya la llamaban todos, incluidos los VIP del panel, había funcionado según una estricta need to know basis. La idea, como era obvio, había sido que nadie conociera más que a su superior inmediato. De ese modo, el secretario de Estado se aseguraba de que no lo conocían más que Olsen y Lavik. Pero con el tiempo los dos suboficiales habían empezado a sentirse demasiado seguros, habían ido demasiado lejos y se habían implicado demasiado. Había razones para suponer que se habían aprovechado a lo grande de sus posibilidades de introducir drogas en las cárceles. El pago más efectivo del mundo. Y también un medio para tentar.

Fredrick Myhreng consiguió que los demás se callaran durante un momento.

—¿Estamos hablando de vigilancia política ilegal? —berreó desde la tercera fila. Los miembros del panel se miraron entre ellos y ninguno tomó la palabra, tampoco tuvieron tiempo de hacerlo, porque el exaltado periodista continuó—: Según tengo entendido se trata de cerca de treinta kilos de sustancias duras. ¡Eso constituye una fortuna! ¿Se ha empleado todo en los servicios secretos?

El chico no era idiota. Pero la comisaria principal tampoco. Durante un instante miró fijamente al joven periodista.

—Tenemos razones para creer que una cantidad considerable de medios han sido empleados por fuerzas que han llevado a cabo ciertas actividades de vigilancia, sí —dijo despacio.

Los reporteros criminalistas más espabilados habían sacado inmediatamente sus elegantes teléfonos móviles y, con la voz sumida en las profundidades del bolsillo interior de su chaqueta, contactaron con sus redacciones para involucrar a los comentaristas políticos. No es que el caso no hubiera tenido interés para ellos hasta ese momento. El que una figura política de ese calibre resultara ser un criminal podía tener fuertes implicaciones políticas, pero habrían pensado que no pintaban gran cosa en una rueda de prensa en la Comisaría General. Hasta ese momento. Pasaron apenas unos pocos minutos entre el momento en que se supo el uso que se había hecho del dinero y el momento en que el primero de ellos entró por la puerta y consiguió que un compañero le susurrara un resumen. Poco a poco fueron llegando otros catorce o quince comentaristas políticos. Los reporteros criminalistas estaban cada vez más callados; incluso algunos de ellos salieron corriendo después de haber entregado el testigo.

Un tipo moderno del telediario del canal público, con la cara de cuarentón pero con una ropa y un peinado que le hubieran quedado mejor si tuviera veinte años, le sacó al ministro de Defensa un enorme micrófono forrado de piel.

—¿Quién sabía algo sobre esto en los servicios secretos? ¿Hasta qué altura estaban informados?

El ministro se retorció en la silla y dirigió una mirada suplicante a su colega del ministerio de Justicia. No recibió ninguna ayuda.

—Bueno, puede dar la impresión de que... Tal y como lo vemos por ahora, parece que... Nadie sabía de dónde salía el dinero. Muy poca gente sabía nada de ese dinero. Todo esto está siendo investigado ahora.

El reportero del telediario no se rendía.

—¿Quiere decir que los servicios secretos han empleado muchos millones de coronas en algo sin que nadie supiera nada, señor ministro?

Eso quería decir. Desplegó los brazos y alzó el tono de voz.

—Es importante recalcar que todo esto no ha sido oficial. No hay razones

para creer que hubiera mucha gente implicada. Por eso es un error hablar de los servicios secretos en este contexto. Se trata de individuos concretos; individuos que pagarán por lo que han hecho.

El hombre del telediario parecía casi atónito.

—¿Quiere decir que esto no va a tener ninguna consecuencia para los servicios secretos en sí?

Al no recibir respuesta enseguida, colocó el micrófono tan cerca de la cara del ministro de Defensa que el hombre tuvo que echarse para atrás a fin de evitar que se lo metieran en la boca.

—¿No cree que debería dimitir el ministro de Justicia ahora que su colaborador más cercano ha sido acusado de algo tan grave?

El ministro estaba muy calmado. Desplazó el micrófono unos veinte centímetros, se pasó la mano por el pelo y clavó la mirada en el reportero de la televisión.

—El ministro debe... —dijo en voz alta, pero despacio; el efecto fue inmediato, incluso las cámaras guardaron silencio—. Presento mi dimisión irrevocable —anunció.

Sin que nadie más hubiera dado muestras de que la rueda de prensa había acabado, recogió sus papeles. Se levantó, miró a la sala con los ojos entornados, enderezó la espalda y abandonó la sala.

Los dos policías que estaban al fondo de la sala sintieron simpatía por el joven ministro.

—Tampoco es que él haya hecho nada malo —murmuró Håkon—. Sólo ha escogido a un colaborador algo truhán.

—Good help is hard to get these days —dijo Hanne—. En ese sentido tú tienes suerte, porque me tienes a mí.

Le dio un beso en la mejilla y se despidió de él. La subinspectora Hanne Wilhelmsen se iba de compras nocturnas. Iba siendo hora de llevar a casa los regalos de Navidad.

Lunes, 14 de diciembre

Apenas quedaban diez días para Navidad. Los dioses del clima estaban emocionados e intentaron, por séptima vez en aquel otoño, adornar la ciudad para las fiestas. Esta vez parecía que lo iban a lograr. Ya había veinte centímetros de nieve en las grandes explanadas de césped ante el gran edificio arqueado de la Comisaría General de la calle Grønland. Los adoquines de la cuesta que conducía a la entrada estaban muy resbaladizos; a sólo diez metros de la puerta, la pierna mala del fiscal adjunto Håkon Sand falló. El taxista se había negado a probar suerte con el repecho, y Håkon estaba sudando la gota gorda para conseguir subirla a pie. Esa cuesta tenía que haber sido construida adrede.

Consiguió levantarse y entró en el edificio. Como de costumbre, el vestíbulo estaba lleno; y, como de costumbre, la gente de piel oscura se encontraba en el lado de la izquierda, desamparada, sudorosa y vestida con sus anticuadas chaquetas de colores estridentes. Håkon se paró un momento y recorrió las plantas con la mirada. La casa seguía en pie. Los servicios secretos estaban en peor situación.

El jaleo no se había aplacado, ni mucho menos. Los periódicos sacaban varias ediciones al día, y la redacción de informativos de la NRK llevaba tres días seguidos con emisiones especiales. La dimisión inmediata del ministro de Justicia había sido un intento de salvar al resto del Gobierno, pero aún no había ninguna certeza de que lo hubiera conseguido. La situación seguía siendo poco clara. Los servicios secretos tenían una furiosa comisión de

investigación sobre ellos y ya se hablaba en voz alta sobre una reorganización radical. Un libro que había sido publicado apenas un par de meses antes y que trataba sobre las relaciones entre el partido y los servicios secretos se puso nuevamente de moda. Una nueva edición estaba ya en imprenta. Un político de derechas que llevaba mucho tiempo afirmando que lo vigilaban ilegalmente sin recibir demasiada atención en ningún lado, empezó a ser tomado más en serio.

A Håkon le importaba un bledo todo lo que sabía del caso y tampoco parecía afectarle demasiado la total falta de palabras de reconocimiento por parte de sus superiores. Sólo sus compañeros del mismo nivel le reconocían la hazaña. El trabajo estaba hecho; el caso, resuelto. Aquel fin de semana había tenido libre tanto el sábado como el domingo. Hacía una eternidad que no disfrutaba de un fin de semana así.

Tardó un rato en abrir la puerta de las pegatinas medio arrancadas de Disney, pero por fin consiguió entrar. Se paró en seco al ver la estatuilla sobre la mesa.

Era la diosa Justicia. Durante un segundo creyó que era el ejemplar de la comisaria principal y no entendió nada, pero luego se dio cuenta de que esta versión era más grande y más brillante. Probablemente era bastante nueva. Además estaba más estilizada, la mujer era más espigada y el escultor se había tomado libertades con la anatomía. El cuerpo era demasiado largo en comparación con la cabeza; la espada estaba alzada en diagonal desde la cintura y no descansaba a lo largo de la falda. Parecía lista para cortar.

Se acercó a la mesa y levantó la estatuilla. Era pesada. El bronce era rojo y brillante y aún no había tenido tiempo de oxidarse. Una tarjeta cayó al suelo. Dejó la figura sobre la mesa con cuidado, se agachó con la pierna herida estirada hacia un lado, y recogió el sobre.

Lo abrió.

Era de Karen.

Queridísimo Håkon. Te doy las gracias por todo con mil tiernos besos. Eres mi héroe. Creo que te amo. No te rindas conmigo. No me llames, yo te llamaré pronto. Tuya (lo creas o no), Karen.

P.S. ¡¡¡Enhorabuena!!!

Leyó la nota una y otra vez. Le temblaban las manos mientras jugueteaba con la relumbrante figura de cobre. Era fría y pulida, y agradable de tocar. Por un momento se llevó un susto y abrió y cerró los ojos un par de veces. Le había parecido verlo tan claro...

La diosa de la Justicia había asomado, por un instante, los ojos detrás de la venda que la cegaba. Lo había mirado fijamente con un ojo. Hubiera jurado que le guiñaba el otro. Y que sonreía. Una sonrisa torcida y enigmática.



ANNE HOLT, nació en 1958 en Larvik (Noruega). Creció en Lillestrøm y Tromsø, y se trasladó a Oslo en 1978 donde vive actualmente con su pareja Anne Christine Kjær y su hija Iohanne. Holt se graduó en leyes en la Universidad de Bergen en 1986, y trabajó para *The Norwegian Broadcasting Corporation* (NRK) en el periodo 1984-1988. Después en el Departamento de Policía de Oslo durante dos años. En 1990 ejerció como periodista y editora jefe de informativos de un canal televisivo noruego. Anne Holt abrió su propio bufete en 1994, y fue ministra de Justicia de Noruega durante un corto periodo (Noviembre/1996-Febrero/1997). Dimitió por problemas de salud.

Hizo su debut como novelista en 1993 con la novela de intriga *Blind gudinne*, cuya protagonista era la detective de policía lesbiana Hanne Wilhelmsen, sobre la que ya se han publicado siete títulos. Dos de sus novelas, *Løvens gap* (1997) y *Uten ekko* (2000) fueron escritas en colaboración con Berit Reiss-Andersen. Con *Castigo*, protagonizada por la profiler Inger Johanne Vik y el comisario Yngvar Stubø inicia una nueva serie.

Sus novelas, inteligentes y emocionantes la han convertido en uno de los referentes de la novela escandinava actual. Anne Holt es, junto a Henning

Mankell, la autora escandinava más popular del momento.

Bibliografía

Blind Gudinne (La diosa ciega) (1993)

Salige er de som tørster (Bienaventurados los sedientos) (1994)

Demonens dod (1995)

Mea lulpa (1997)

Lovens gap (1997)

I hjertet av VM (1998)

Død joker (1999)

Utin ekko (2000)

Det som er mitt (Castigo) (2001)

Sannheten bortenfor (2003)

Det som aldri skjer (Crepúsculo en Oslo) (2004)

Presidentens valg (Una mañana de mayo) (2006)

Pengemannen (Noche cerrada en Bergen) (2009)

Flimmer (2010)

Jhenmeu (2010)

Notas

[1] En el sistema judicial noruego, los fiscales que dirigen la instrucción de los sumarios pertenecen al cuerpo policial. (N. de los T.) <<

[2] En noruego «jul» significa Navidad. (N. de los T.) <<